

LOS  
OS  
LES

BIBLIOTECA CENTRAL MILITAR

CONDICIONES DE SERVICIO

SERVICIO HISTORICO MILITAR



EX LIBRIS

Inscripcion 3380

Clasificación A-1-3

Colocacion { Sala I  
Estante 20  
Tabla 2<sup>a</sup>  
Número 15

III

44 - 2

5



BDZ - 24.833

# EPISODIOS NACIONALES

TOMO VIII

7 DE JULIO

LOS CIEN MIL HIJOS DE SAN LUIS

LIBRERÍA DE LA GUINNALDA

Los editores se reservan todos los derechos de propiedad de esta obra ilustrada.

---

Madrid 1884.—Imp. y lit. de *La Guirnalda*, Pozas, 12.

# EPISODIOS NACIONALES

POR B. PEREZ GALDÓS

TOMO VIII

*Ilustrado por los SRES. GOMEZ SOLER y ESTEBAN*



**MADRID**

Administración de LA GUIRNALDA y EPISODIOS NACIONALES  
CALLE DEL BARCO, 2 DUPLICADO

8001201

PLUMERIA

PLUMERIA

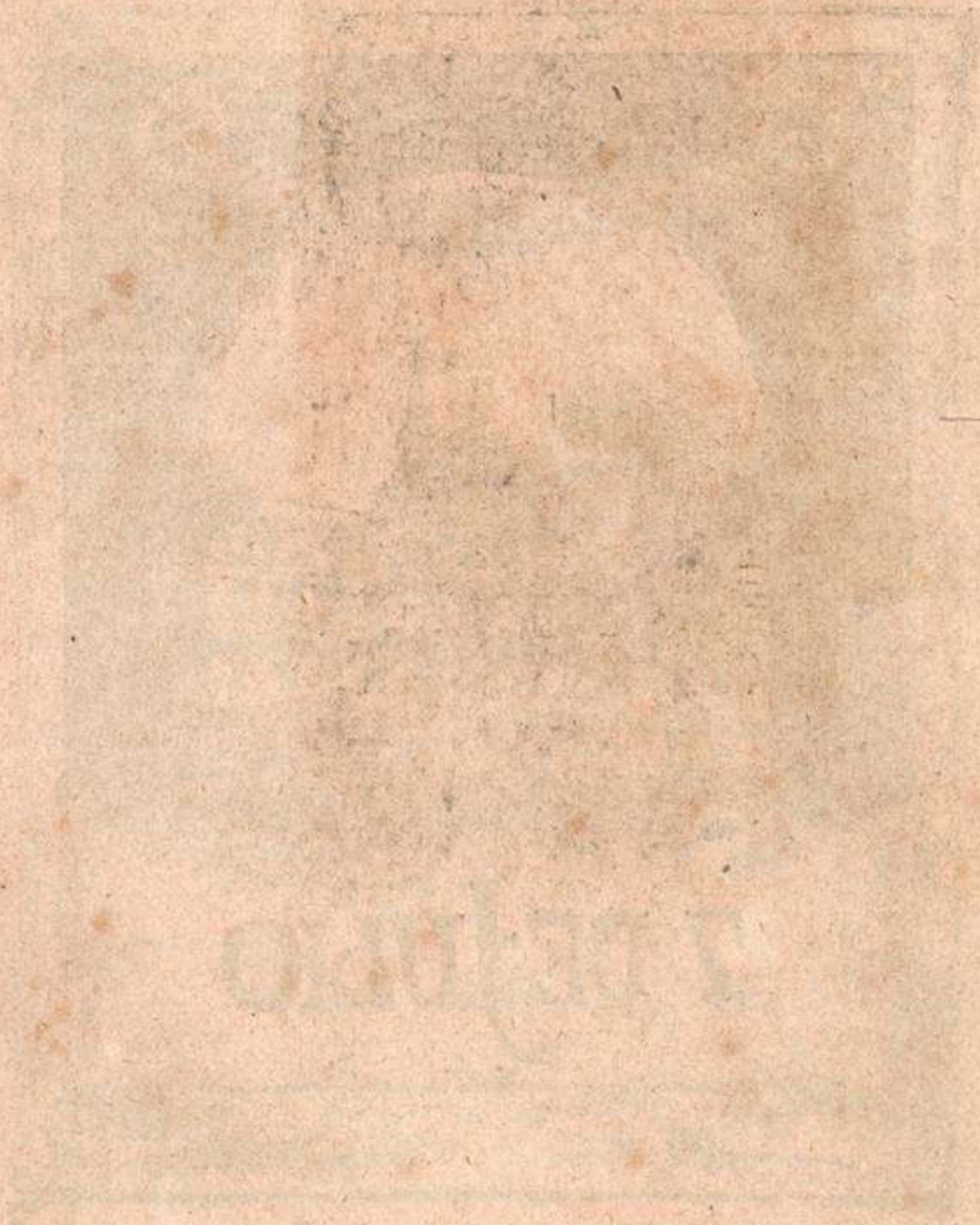
PLUMERIA

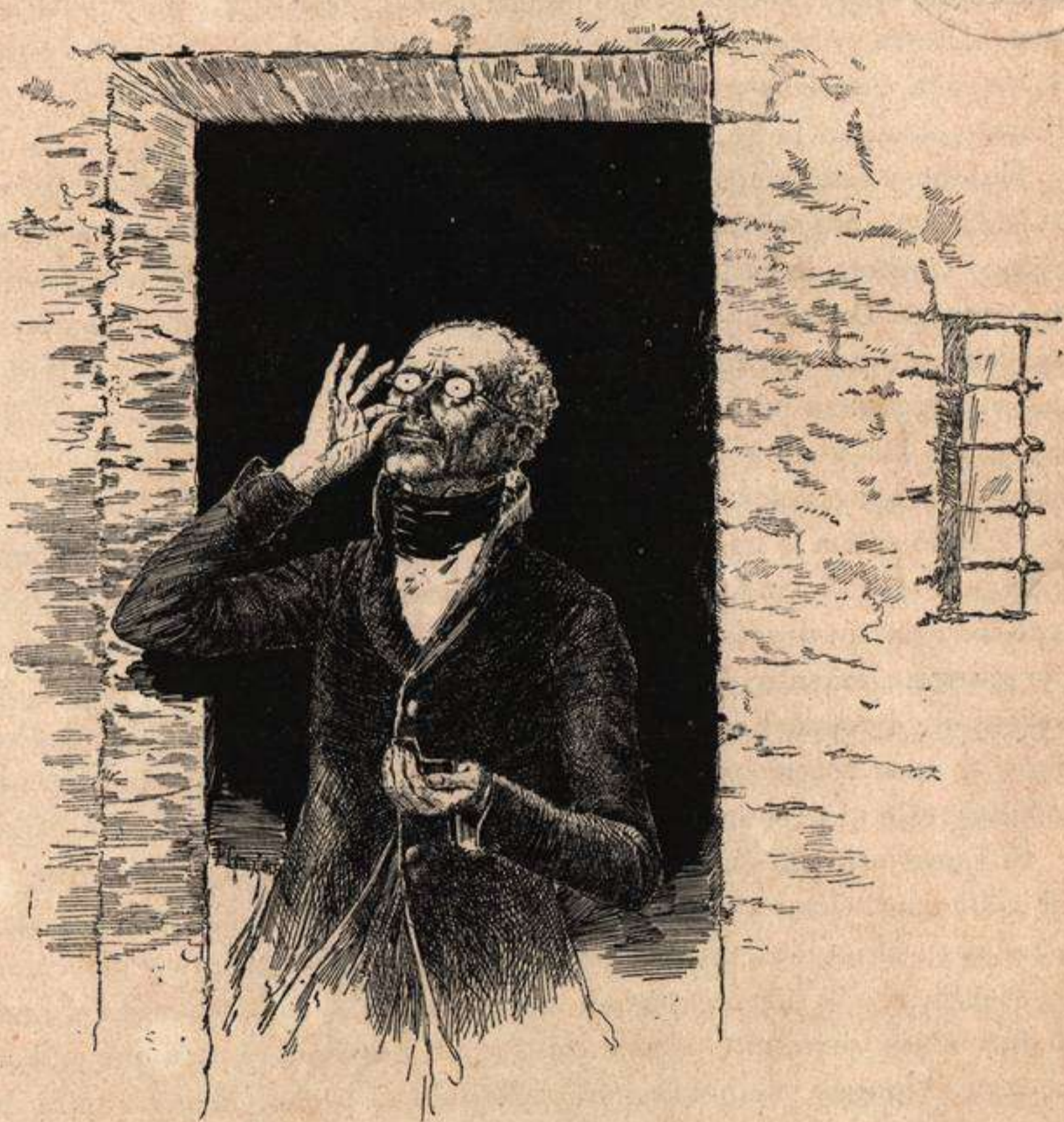


PLUMERIA









1

Parece que no ha pasado el tiempo. Todo está lo mismo. Ved la calle, la casa, los peces de colores nadando y revolviéndose con incessantes curvas en sus estanques; ved las jaulas de grillos colgadas en racimos á un lado y otro de la puerta; fijad la atención en la ventana de la escuela y oid el rumor de moscardones que por ella sale. Nada ha

cambiado, y D. Patricio Sarmiento, puntual é inmutable en su silla como el sol en el firmamento, esparce la luz de su sabiduría por todo el ámbito del aula. Lo mismo que el año pasado, está explicando la desastrosa historia y trágica muerte de Cayo Graco; pero su voz elocuente añade estas fatídicas palabras: "Terribles días se preparan. Roma y la libertad están en peligro.,,"

Entonces estábamos en Febrero de 1821; (\*) ahora estamos en Marzo de 1822. Durante este año de anarquía, durante estos trescientos sesenta y cinco motines, la calle de Coloreros no ha experimentado variaciones importantes. D. Patricio no parece más viejo: al contrario, creeríasele rejuvenecido por milagrosos filtros. Está más inquieto, más exaltado, más vivaracho: su pupila brilla con más fulgor y la contracción y dilatación de las venerables arrugas de su frente indican que hay allí dentro hirviente volcán de ideas.

Cuando suena la hora del descanso y salen los chicos, atropellándose unos á otros, golpeando el suelo con sus piés impacientes y llenando la calle toda con un desaforado infierno de chillidos, payasadas y cabriolas, que afortunadamente duran poco, D. Patricio limpia sus plumas, se arregla el gorro, para que ninguna parte de su cráneo quede en descubierto, y unas veces con la regla en la mano, otras con las manos en los bolsillos, sale al portal entonando entre dientes patriótica cancioncilla.

Si Lucas está en su puesto, padre é hijo hablan un rato antes de subir á comer. Otras veces D. Patricio planta su pintoresca figura majestuosa en el umbral, mira al cielo, husmea la temperatura y dirección del viento, y, si sus remos se han entumecido, da un paseo hasta el arco de San Ginés, sentando los piés con fuerza y estruendo para que entren en calor. Algunas palabras sonoras salen de su pecho, mientras mira de nuevo el cielo, como si en la inalterable grandeza de éste viera una imagen de la inmortalidad.

Un día D. Patricio cantaba:

Para arreglar todito el mundo  
tengo un remedio singular,  
y es un martillo prodigioso  
que á un nigromante pude hurtar.  
Cuando pretendan los malvados  
el despectismo entronizar,  
este martillo puede solo  
entronizar la libertad.

(\*) Véase *El Grande Oriente*.

Una joven se acercó á él con intención de hablarle.

—Hola, madamita—dijo Sarmiento deteniéndose junto á la puerta de su casa y echando las manos á la espalda.—¡Cuánto bueno por aquí! Hoy ha venido usted tarde, y el pájaro ha volado.

—¿No está?—preguntó la joven con desconsuelo.

El semblante de la que se expresó de este modo no indicaba una salud perfecta, ni su vestido un bienestar mundano digno de envidia. Pálida y triste, Solita decía á todo el mundo, con sólo mirar, que el año trascurrido había sido un fardo de bastante peso. Mas al mismo tiempo podía observar en ella quien supiera hacerlo, una firme resolución de resistir cuantas cargas le echara Dios encima, aunque tuvieran toda la pesadumbre imaginable. ¡Y en la forzosa modestia de su atavío había tanto anhelo de parecer bien, una decencia tan escrupulosa, una dignidad tan bien sostenida...! en suma, Solita sabía ser pobre, cualidad rara en todos los tiempos.

—No está—repitió con cierta displicencia Sarmiento, cual si quisiera mortificar á su antigua vecina.—Los hombres de ocupaciones no pueden estar todo el día en casa esperando á las niñas que van á buscarles.

—¿Sabe usted si ha ido ya á la oficina?—preguntó Soledad sin hacer caso de la grosera observación del maestro.

—¿Á casa del señor Duque?

—Sí señor. Aunque es temprano...

—Allí estará sin remedio.

—Pues voy. Muchas gracias, D. Patricio.

La madamita partió, y Sarmiento, encarando con su ilustre hijo que acababa de soltar la aguja para subir á comer, le dijo:

—Ahí tienes otra vez á la hija de cabra, á la niña del Sr. Gil, á esa loca y traviesa muchacha, visitando á nuestro D. Salvador. Ya ha venido cuarenta veces en lo que va de año.

—Lo menos.

—Es una buena pieza. ¡Quién lo había de decir viéndola tan mortecina, tan suavecita, tan humildota que su voz parece música de los ángeles del cielo! Pero la miseria todo lo corrompe, y Solita no ha podido menos de entrar en el camino de la perdición para encontrar un pedazo de pan que ponerle en la boca al tunante de Cuadra. Justo castigo ¡vive Dios! de las ideas contrarias á la libertad de los pueblos... Subamos, hijo.

—Me da lástima de ese pobre señor—manifestó Lucas dando el brazo á su padre para ayudarle á subir.

—A mí no—repuso Sarmiento.—Si nos andamos con sensibilidades peligrosas, que lejos de amansar, dan mayores alientos á los enemigos de la patria, llegará un día en que se ensoberbezcan demasiado y se nos pongan por montera. Es preciso ser inexorables, es preciso que cerremos á la compasión mujeril nuestros corazones generosos. ¿Lo entiendes bien? Esto te sorprenderá, pues has visto siempre en tu padre la mayor mansedumbre y templanza; pero has de saber que los tiempos hacen á las personas, y yo soy un hombre que predica constantemente á sus amigos el rigor y la crueldad, porque estamos en días de exterminio, querido hijo, estamos en la alternativa de cortar cabezas ó dejar que nos la corten...

—¡Pobre Sr. Gil!—repitió Lucas.—Yo no le creo capaz de cortar cabezas.

—¡Fíate del agua mansa!... ¡Chilindrón! Esos pícaros no escarmientan. Le viste reducido á prisión; le viste salvado de milagro; le viste errante por aldeas y despoblados, le ves al fin refugiado de nuevo en Madrid al amparo de Naranjo, otro bribón, para quien la horca no se ha levantado todavía, pero se levantará, se levantará, descuida... pues bien, ¿ves á Gil de la Cuadra arrinconado, miserable, enfermo, olvidado? Pues está conspirando.

Lucas manifestó sus dudas con una especie de gruñido.

—Tú eres un inocentón—dijo Sarmiento.—Como no tienes hiel, crees que todos son lo mismo. Pues sí; yo te aseguro que Gil de la Cuadra sigue conspirando. Pero vaya usted á decir esto á los amigos. Se rien, le llaman á uno mentecato, soñador de conjuras, hombre oficioso que anda buscando el pelo al huevo. Añade á esto que el Ministerio del Sr. Martinez protege á todos los pillos absolutistas, y comprenderás si el alma de un patriota ferviente como yo puede estar dispuesta á los sentimientos dulces, á los fililies de lastimillas y consideraciones. ¡Ay! —añadió dando un gran suspiro.—Si yo pudiera... si yo pudiera decir un solo día: “¡hoy mando yo, y baje todo el mundo la cabeza!...”, ¿Sabes que es pesadita esta escalera? ¡Malditas sean mis piernas! Cualquiera me tomaría por un vejete achacoso al ver que no puedo subir seis escalones sin morirme de fatiga... Te digo, querido Lucas, que si llegara el día... puede que llegue... que si llegara ese día, verías á un hombre. No aseguro yo que no pueda ser, y otras cosas más raras se han visto. ¡Por vida de la Chilindraina!... figúrate tú que las cosas se arreglaran de modo que yo... ¡Caracoles! ¿pero cuándo se acaba esta escalera? ¡Pobres piernas mías y pobres pulmones mío!... En tal caso yo arreglaría facil-

mente este desconcertado país, limpiándole de tan mala sangre como hay en él... ¿Pero todavía quedan escalones? ¡Ah!... Gracias á Dios: ya estamos arriba... Pues, cortando cabezas y más cabezas... Bendito sea Dios ¡qué apetito tengo! Á comer.





## II

**S**OLITA, después de andar breve rato por las calles de Madrid; llegó á casa del duque del Parque y penetró en las oficinas, que estaban en el piso bajo á la izquierda del portal ó vestíbulo, cuadra tan ancha, que los coches de Su Excelencia podían dar la vuelta para detenerse ante la gran escalera principal: La joven conocía tan bien aquellos lugares donde se albergaba el personal



administrativo de la casa, que no necesitó ser guiada ni menos anunciada por el portero. Penetró resueltamente y al final de oscuro pasillo empujó con suavidad una puerta y miró hacia dentro... Estaba.

—Entra, Solilla—dijo Monsalud riendo.—Entra y siéntate.

—¿Tienes mucho que hacer, hermano?—preguntó la muchacha, corriendo á sentarse junto á la mesa en que Salvador escribía.

—No: puedes acompañarme un rato. ¿Y el Sr. Gil?

—Lo mismo. Le he dejado durmiendo. Siempre consumido de tristeza y cada vez más decaído. No hay duda que está atormentado por la idea de quitarse la vida. Si yo no tomara tantas precauciones, ya nos habría dado un susto.

Soledad hablaba con agitación. Sus mejillas ligeramente se coloreaban, mas no puede asegurarse si este fenómeno tenía por causa el cansancio ó la satisfacción de verse allí, tan cerca de su antiguo vecino y amigo de siempre. Miraba á todos lados, demostrando cierto interés cariñoso por los varios objetos de la estancia, desde el archivo que ocupaba un testero, hasta los cuadros viejos y malos que cubrían el otro. Eran retratos desechados por carecer de condiciones artísticas, algunos paisajes á la flamenca, cacerías y también batallas absurdas en que se veían caballos muertos que parecían cerdos blancos, arcabuceros apuntando al cielo, culebrinas que vomitaban bermellón, y torres muy pulidas por cuyas almenas asomaban lindos arqueros empenachados con plumas de distintos colores.

Á Sola le parecía hermosísimo aquel museo. Después que lo observó todo con claras muestras de placer infantil, fijó los ojos en la mesa y vió con sorpresa que no estaba, como otros días, llena de papeles amarillos y empolvados, de expedientes, cuadernillos, cartas y libros de asiento, sino de hermosos volúmenes con canto de oro y finísimas pastas; vió también que su hermano tenía delante varios pliegos donde no había como otras veces grandes filas de números semejantes á ejércitos en disposición de entrar en batalla, sino renglones de prosa seguida y corriente.

—¿Qué estás haciendo?—preguntó Sola á su hermano con amable confianza.

—Para tí no hay secretos—repuso el joven separando la vista del papel.—Esto no es una cuenta, es un discurso que me ha encargado el señor duque.

—¿Un discurso?

—Sí; para pronunciarlo pasado mañana en las Córtes. Ya me falta

poco—añadió tomando un libro y hojeándolo.—Veamos lo que dice Voltaire sobre este punto, porque has de saber que Su Excelencia quiere que en el discurso haya muchas citas, y que en cada párrafo hablen por su boca dos ó tres filósofos.

La muchacha se echó á reír, aunque no comprendía bien la gracia de aquella observación. Pero se había acostumbrado á ser eco fiel de las ideas y de las sensaciones de su hermano, y su hermano en aquella ocasión parecía contento. Al escribir un párrafo, mostraba con sonrisas y gestos, burlesco orgullo y satisfacción de sus dotes literarias.

En tanto Soledad, fijos los ojos en el semblante del confeccionador de discursos y en la mano con que escribía; apoyando sus codos en uno de los lados de la mesa, no cesaba de tocar, mover y dar vueltas á los objetos que más cerca tenía. Esperimentaba la pueril necesidad de enredar que sentimos cuando en momentos de vaga contemplación y de serenidad de espíritu, cae algún cachivache bajo la acción de nuestras ociosas manos. Solita cogía un libro para volverlo á colocar por el otro lado; levantaba un pedazo de plomo destinado á cortar plumas, y con él tocaba cadenciosamente sobre la mesa una especie de marcha; acariciaba las barbas de una pluma rozándolas á contrapelo, y por último, tomando un lápiz hizo varias rayas y círculos sobre el forro de un cuaderno. ¡Extraña fuerza que hace describir á las manos acompasado vaivén, siguiendo el misterioso ritmo de las ideas!

—Vamos, atrévete á decirme que no sé hacer discursos—indicó Salvador jovialmente disponiéndose á leer.—Escucha y tiembla: “¿De qué „sirve, pues, que un caudillo esforzado estableciera la libertad, si el „Gobierno hace ilusoria tan gran conquista? ¿De qué sirven tanto penar, „tan formidables luchas y el sacrificio de nuestro reposo, si con las „cadenas rotas forja la perfidia nueva esclavitud?„... Pero dejemos estas tonterías y pensemos en otra cosa. Esta mañana estuve esperándote en mi casa, creyendo que irías por allá.

—Ya sabes que no puedo salir cuando quiero. Desde anteayer estoy proyectando el viaje; pero no he tenido ocasión hasta hoy. Una vez por semana me has mandado que te vea. Si dejo pasar diez días es porque no puede ser de otra manera.

—Ya tendrás falta de dinero. ¡Diez días y hombre enfermo en la casa!...—dijo Monsalud abriendo una gabeta.

—No, no—exclamó Sola vivamente, deteniéndole,—otro día me darás. Todavía tenemos.

—Ya le he dicho á usted, señora hermana—manifestó el secretario

del duque con jovial gravedad,—que no me gustan remilgos. Hicimos un trato, un trato solemne. Yo había de darte todo lo que necesitaras, y tú habías de tomar lo que yo te diera. Yo soy el juez de tus necesidades; yo, como hermano mayor, soy quien te arregla las cuentas, quien te marca los gastos. Yo soy la autoridad, y tú, chiquilla sin fundamento, no tienes que chistar ni responderme ni hacer observaciones.

Diciendo esto sacó tres monedas de oro, y tomando la mano de Soledad las puso en ella. Doblóle los dedos para cerrarle el puño, y apretándoselo suavemente, le dijo:

—¿Qué tienes qué replicar?

Soledad abrió la mano, y llevándose las monedas á la boca las besó.

—Las beso—dijo,—como los pobres cuando reciben una limosna.

—¿Te avergüenzas de recibir esos ochavos de oro?

—No me avergüenzo, porque me los das tú, y me los das con el corazón—dijo Soledad bebiéndose una lágrima y dando un suspiro.—Eres para nosotros la prueba viva que Dios da de su bondad á las criaturas que no quiere abandonar. Rechazar tu limosna; responder á tu caridad con orgullo, sería ofender á Dios. Tu dinero, sea oro ó cobre, es para mí el pan de cada día que se pide á Dios en el Padre Nuestro, y que siempre nos cae del cielo en una forma ó en otra.

Después miró las monedas, y tomando dos las presentó á Salvador, diciéndole:

—Estas dos están demás. Con una basta. No debe haber prodigalidad ni aun en la limosna, porque otro pobre necesitará mañana lo que hoy me has dado á mí de más.

—Ya te dije la semana pasada—repuso Monsalud,—que ese vestido que llevas, aunque no carece de decencia, está pidiendo sustituto.

—¿Qué tonto eres! Pues no faltaba más... Por tu vida, que estamos en situación de presumir. ¿Quieres que me vista de raso?

—No me gusta la gente mal vestida.

—Pero, hermano, te olvidas de una cosa.

—¿De qué?

—De que pido limosna. Soy más pobrecita que esas que por las calles alargan su mano flaca y piden por Dios. Si tú no existieras...

—Pero como existo... Me parece que no soy una sombra vana, como la libertad de que habla el discurso.

—Sí; pero comprar vestidos sería abusar de tu caridad. Trabajas mucho, trabajas como un esclavo para mantener á tu madre, para socorrernos á mi padre y á mí.

—Y todavía me sobra para dar á otros y para ahorrar. No creas, compraré una casa y una huerta donde pasar la vida solo y tranquilo. También pienso hacerte un buen regalo cuando te cases.

—Yo no compro vestido—dijo Sola vivamente y con ligera expresión de fastidio.

—Lo comprarás; te lo mando yo.

—Más adelante. Guárdame el dinero.

—No ha de ser sino ahora; lo deseo así. Recordarás bien la desgracia de tu padre. Había escapado de la carcel, y huía por los campos sin amparo, sin sustento, sin esperanza. Os mandé venir á Madrid y, sin dar mi nombre, os proporcioné la entrada libre en esta villa. Tu padre, á causa del aborrecimiento que me tiene, no quiso ni que se le hablara de mí; pero tú, más generosa y más humana, corriste á mi lado, diciéndome: “Hermano, yo te perdono sin conocerlo el mal que has hecho á mi padre. Socórrenos; nos morimos de hambre.”

—Tú me dijiste entonces: “Hagámonos la cuenta otra vez de que hemos nacido de una misma madre, y acepta sin ofenderte una parte de lo que tengo.”

—Hicimos el trato. Esto ya no es limosna; es un deber mío, un deber de familia que cumplo como puedo. Me daría mucha vergüenza de vestir mejor que tú.

—¡Qué bueno eres! Dios te hizo y rompió el molde—dijo Soledad con profunda emoción.—Pero me ocurre otra razón para que guardes ese dinero y aplacemos lo del vestido.

—¿Cuál?

—Con el mejor fin del mundo yo estoy representando una comedia, que tú me has aconsejado; es decir, tú has sido el poeta y yo la actriz.

—¿Qué comedia?

—Yo le hago creer á mi padre que estamos cobrando todavía la pensoncilla de que antes vivíamos. No se le puede decir que pido limosna, y menos que tú me la das. Si llegara á comprender estos manejos, el pobre se moriría de pesadumbre.

—Engañas á tu padre. Esto es lícito alguna vez.

—Pues bien, caballero—añadió Sola con expresión de triunfo.—La pensión apenas daría para comer. Si mi padre me ve comprar vestidos y ponerme majezas, quizás pensaría algo malo de mí.

Salvador meditó un rato.

—En efecto—dijo al fin.—Yo no había caído en eso.

—Ahí tienes el dinero.

—No: le dices á tu padre que has economizado; le dices lo que quieras, ¿sabes? —objetó Monsalud con impaciencia; —pero quiero verte mejor vestida. No debes atender demasiado á lo que piense tu padre, querida, porque el pobre viejo es demasiado terco. Ya ves cómo me trata. Es mucha saña la suya. Pero ya le amansaremos. ¿Sabes que el mejor día me presento en tu casa, le estrecho la mano y le propongo una reconciliación?

—¡Ah! —exclamó Soledad con tristeza.—No sabes bien cuánto te aborrece.—Yo le he preguntado mil veces la causa y nunca me la ha querido decir. Ello será alguna cosa muy rara, alguna equivocación, quizás una tontería, porque creer yo que tú eres malo, no, eso no lo creeré jamás.

—Según lo que se entienda por maldad. Pero dime, ¿tu padre me nombra con frecuencia?

—¡Quiá! Lo menos posible, aunque bien se le conoce que te tiene en el pensamiento. Yo lo comprendo así, porque me he acostumbrado á leer en el pensamiento de mi padre, y para obligarle á que me revele la causa de su odio, te nombro.

—¿Le recuerdas cuando éramos vecinos?...

—Y cuando iba yo á charlar con tu mamá.

—¿Y cuando le saqué de la carcel de la Corona?

—Y todos los beneficios que nos has hecho y tu buen comportamiento y generosidad—dijo Solita exajerando con la voz y el gesto lo que expresaban las palabras.—Pero, hijo, el recuerdo de tus bondades le ensoberbece más... ¡Si vieras cómo se pone!... La única vez que me ha dicho palabras malsonantes, amenazando pegarme, fué por ciertos elogios que hice de tí. Díjome que eras un malvado, un perverso, un... ¡no puedo repetir aquellas palabrotas! Mi padre se equivoca; ¿no crees tú que se equivoca?

—Quizás no—repuso sombríamente Monsalud.

—Vaya, que tú tienes también unas rarezas... ¿Con que dices que no se equivoca en lo que piensa de tí?

—Digo que no lo sé.

—Si le oyeras repetir: “Ese hombre es un mónstruo, hija mía; no te manches la boca nombrándole;”, si le oyeras esto, dirías que ha perdido el juicio. ¡Desgraciado padre mío! Ayer mismo me dijo: “Si ves á ese hombre en la calle, huye, corre, no le mires, evita su presencia y su contacto como el de un reptil venenoso...”, ¡Reptil venenoso nada menos, caballerito!... Y has de saber que tú manchas cuanto tocas. Todas esas

gracias tienes. Oyendo á mi padre estas locuras, ayer, ayer mismo, el corazón se me oprimía, las lágrimas se me saltaban y estuve tentada de contestarle: "pues el reptil venenoso nos está dando de comer,, pero no me atreví... Mejor fué callar, ¿no es verdad?"

—Callar, callar siempre. No le contraries jamás en este tema. Apóyale más bien. La verdad es que no soy un modelo.

—Si al ménos hubiese algún motivo, por pequeño que fuera, un motivo...

—Pues lo hay—dijo Salvador mirando serenamente á su joven amiga. —¿Tú qué sabes de cosas del mundo? Tú no entiendes de maldades afortunadamente.

—Pues si hay—un motivo—exclamó Sola con ardor,—si alguna razón hay para que mi padre te llame perverso, dímelo por Dios, dímelo, Salvador; dame esa prueba de confianza. Tu falta, tu error, tu equivocación ó lo que sea, no puede ser grave; será una tontería, una cosa... una de esas cosas que no valen nada... una sandez de esas que no merecen odio, sino risa...

—No es tontería.

—Pues lo que sea, dímelo; me parece que merezco esa prueba de confianza—repuso ella con afán.—¿Crees que me asustaré?... Sí, buena soy yo para espantarme de nada. He visto mucho mundo, señor mío; he visto muchas pilladas, y las tuyas, por grandes que sean, no me llamarán la atención.

—Es que las mías son muy grandes—dijo Salvador riendo.—Vamos, no quiero perder tu buena amistad. Es la única amistad verdadera que tengo. Déjamela.

—La tendrás mientras yo viva—indicó Sola con viva emoción.—Yo te juro que la tendrás, aunque seas más malo que el mal ladrón, aunque hayas sido asesino, salteador... ¿Por qué te ries?

—¡Asesino, salteador!

—Vamos; ya se comprende que no habrá sido tanto.

—Quizás más.

—¿Más? Tú también has perdido el juicio. No aumentes mi curiosidad.

—¿Tienes mucha?

—Muchísima. Me abraso... ¡Bah! Tú me quieres confundir. ¿Cómo puedo yo creer que tú, que tú, un hombre tan bueno, tan generoso; hayas ofendido... por que mi padre ha de creer que tú le has ofendido personalmente.

—Personalmente.

—¿De qué manera?

—Imagina la peor.

—¿Y la ofensa ha sido grande?

—Inmensa.

—Mentira, mentira. Por Dios, no me atormentes.

—Tú me atormentas á mí de un modo cruel.

—Si hablaras...

—Si callaras tú...

—Pues dímelo todo.

—Sola, querida hermana; el mérito consiste en perdonar las ofensas sin conocerlas. También es gran mérito, sobre todo en las mujeres, refrenar la curiosidad.

—Con respecto á tí no dirás que soy curiosa, ni atisbadora, ni entrometida. ¿Sé yo algo de tu vida? ¿Te pregunto en dónde pasas el tiempo que no estás aquí ni en tu casa? Verdad es que no tengo derecho á saber nada; pero en fin... en algo más que en los socorros que recibo debiera conocerse que somos hermanos, como tú dices. Jamás me has hecho una confianza, ni me has contado la causa de tus tristezas cuando estás triste, ni el motivo de tus alegrías cuando estás alegre.

—Si lo sabes todo, tonta.

—Si lo ignoro todo, pero todo—afirmó Sola con cierto enojo.—Dicen que los hombres enamorados son muy comunicativos; pero tú no lo eres.

—¿Estoy yo enamorado acaso?

—Siempre lo estás. ¿Pues qué, eso no se conoce? Estás enamorado, sí; pero vaya usted á averiguar de quién. De alguna gran señora... algo, algo se le va descubriendo á usía, caballero. No podrás negar que tienes siempre el pensamiento allá en las quintas regiones, ¿me explico? Quiero decir, hermanito, que rara vez estás en este mundo, donde nos arrastramos los desdichados que vivimos de pan.

—¿Y á eso llamas estar enamorado?

—Pues es claro. Enamorado estás. Si no es de una mujer, será de todas á la vez, ó de alguna que por sus muchas perfecciones no pueda existir, ni existe;... pero siempre hay alguna de carne y hueso, ¿no es verdad? Yo así lo creo, y tu madre lo cree también, pues dice que ahora estás más distraído que nunca; que te hablan y no contestas; que no ves lo que tienes delante; que no reparas en nada; que no duermes; que comes poco; que hablas solo; en fin, que tienes dos vidas, (eso lo digo yo,) esta que todos vemos y otra que ignoramos; esta que es clara, natural y sencilla, y otra que anda por esas nubes... yo no sé explicarme...

otra que vive en amores muy sutiles y... ¿cómo decirlo?... en amores terribles... parece que vas entendiendo.

Salvador reía.

—Vaya, puesto que te empeñas en ello, hermanita, voy á tener confianza contigo y á contarte...

—¿Sí? pues ahora mismo: empieza.

—No, ahora no.

—Sí, ahora. Sabe Dios cuándo volveré.

—Volverás otro día. Además, hijita, es preciso no olvidar el discurso del señor duque.

—¡Maldito discurso!...

—Ya hemos charlado bastante. Ahora te vas á tu casa, acompañas á tu papá, le cuentas cualquier amena historia que le distraiga, despachas tus quehaceres, das un paseito con el viejo, vuelves á tu casa, cozes un poco y después te acuestas para dormir santamente como un ángel.

—¡Sí... dormir!... Bueno, me marcharé—dijo Sola dirigiendo una mirada triste á los cuadros que ornaban las paredes.—Adios.

—Y al dormir soñarás con tu primo Anatolio Gordón, el cual del puesto de primo va á pasar al puesto de marido y que si no ha llegado, ni escribe, ni parece, ya llegará y escribirá y parecerá, porque Dios no abandona á los suyos.

Soledad exhaló un suspiro y se dispuso á salir. Oyóse en el mismo instante una campanilla.

—El señor duque me llama—dijo Salvador.—Adios, hermana. Haz todo lo que te digo, obedéceme y verás qué bien te va. Cuidado cómo te olvidas del vestido...

Vuelve dentro de ocho días... ó antes siempre que se te ofrezca algo urgente. También puedes escribirme.

—Todo, todo lo que mandes haré.

—Vaya, vaya—dijo Monsalud con impaciencia,—basta de despedidas, adios.





—Adios. ¿Has dicho que dentro de ocho días? Bueno. Y del vestido ¿qué has dicho?

Sola se detuvo junto á la puerta.

—Que sea muy bonito... Vete ya... el duque me llama. ¡Cómo pierdo el tiempo! Adios, adios.



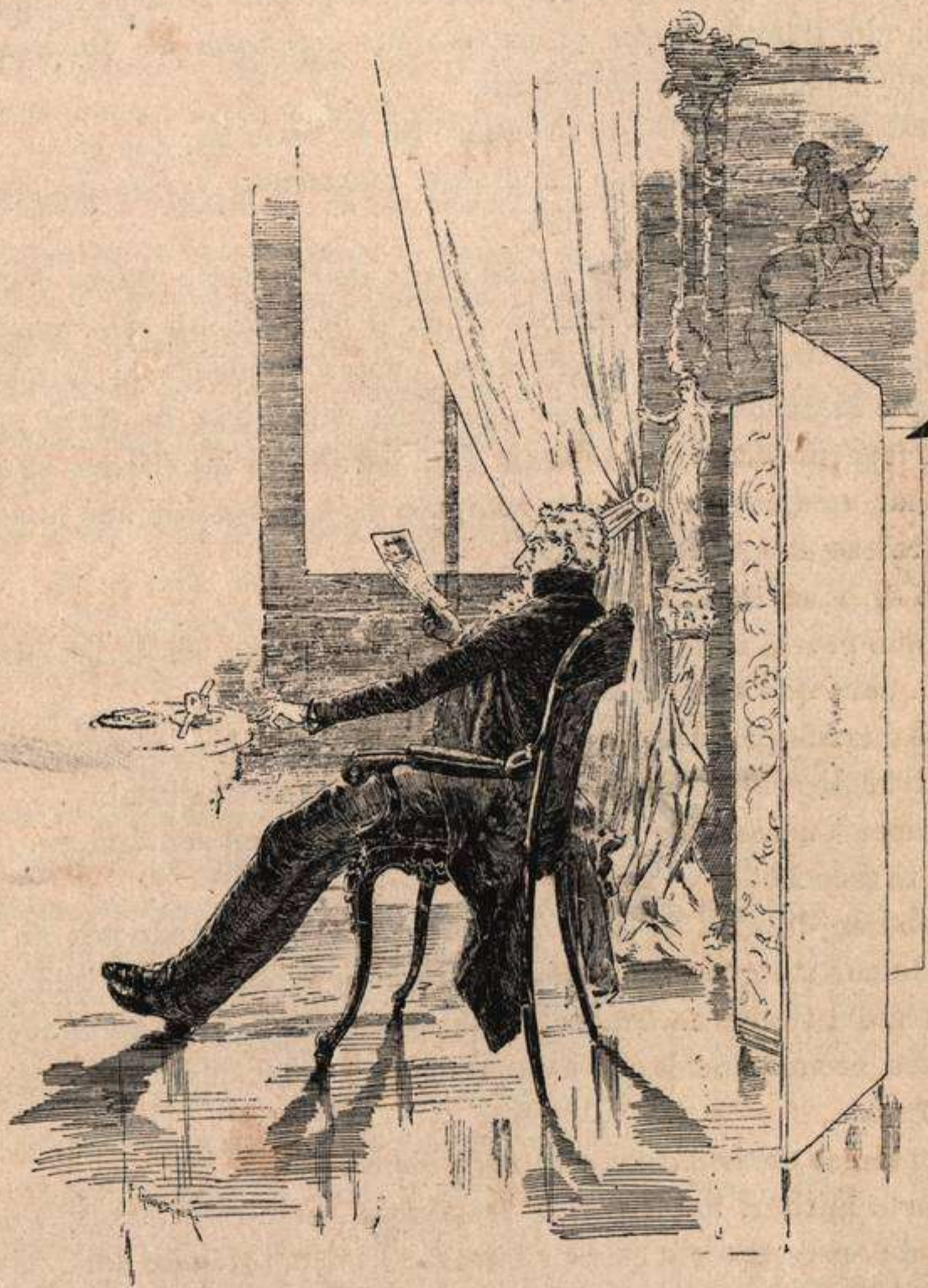


El duque del Parque fué uno de los generales españoles que más descollaron en la guerra de la Independencia. Después de Alvarez, el más heróico; de Alburquerque, el más inteligente; de Castaños, el más afortunado, y de Blake, el más militar, aunque el más desgraciado, es preciso colocar al duque del Parque, que, mandando el ejército de Galicia, ganó en 18 de Octubre de 1809 la batalla de Tamames. En ella fué derrotado el general Marchand y sus doce mil franceses con pérdida de dos mil hombres, un cañón y una bandera. No fué igualmente afortunado Su Excelencia en la política, á la cual se dedicó con el afán propio de los ineptos para tan escabroso arte.

Ó el trato de ciertas personas, ó lecturas revolucionarias, ó quizás desaires que no creía merecer, lleváronle al partido exaltado. Grande de España, se sentó en la silla presidencial de la *Fontana de Oro*, desde la cual oyó apostrofar á los duques. Diputado en el Congreso de 1822, figuró en el grupo de Alcalá Galiano, de Rico, que había sido fraile y guerrillero, de Isturiz y otros. Este grupo no quería el orden, y á fuer de sostenedor de los libres, se ocupaba en asaetear constantemente al otro partidillo compuesto de Argüelles, Álava, Valdés, etc. De la misma lucha, y como transacción, salió la presidencia de Riego. Ya tendremos ocasión de ver cosas muy saladas que ocurrieron en aquellos días y en aquel sillón presidencial.

Volviendo al duque, Su Excelencia poseía gran fortuna; era generoso, amable, ilustrado hasta donde podía serlo un duque y general y español por aquellos tiempos. Si se hubiera curado de la manía, tan

común entonces como ahora, de figurar en política contra viento y marea, habría sido una persona inmejorable; pero entre las muchas debilidades que le trajo aquel loco afán de llegar al Gobierno, tenía la de querer ser orador, y el orador como el poeta ha de nacer, pese al



refrán que dice lo contrario y que se equivoca como casi todos los refranes.

Despertó aquella mañana, después de un sueño en que le atormentaron ansiedades políticas, le conmovieron ambiciones y le embelesaron triunfos oratorios. Dormido había soñado lo que soñaba despierto, es

decir, que hablaba en el Congreso; que le aplaudían; que entusiasmaba; que era Mirabeau. Luego que se despabilaron sus sentidos, tomó *El Universal* y *El Zurriago*, que, juntamente con el chocolate, le había presentado su ayuda de cámara, y leyó; pero á su alma agitada no satisfizo la desabrida lectura. Levantóse, y después de las primeras abluciones y de pasarse la navaja por la cara (pues aquel grande hombre se afeitaba solo), mandó llamar al que en su casa desempeñaba las funciones de mayordomo, secretario y confidente.

—¿Está concluido ya?—le preguntó Su Excelencia.

—Está concluido—repuso Monsalud mostrando varios pedazos de papel escritos por un lado y otro.

—¿Tan pronto? ¿Te habrás hecho cargo de lo que yo quiero decir?

—Me parece que he interpretado bien el pensamiento de Vucencia. Es clarísimo. Vucencia quiere decir cuatro verdades al Ministerio, probar que Martinez de la Rosa con todas sus letras no sirve para el caso; Vucencia quiere que se arme gran barullo en las Córtes, en suma, pronunciar un discurso que á lo violento de la intención una la severidad y firmeza de una frase cortés.

—Eso es; y además...

—Sí, que revele sólida erudición y que abunden en él las citas de filósofos, para que se vea...

—Que mis discursos no son como los de Romero Alpuente, un fárrago de vulgaridades ramplonas para trastornar á la muchedumbre.

—¿Quiere Vucencia que lea?—preguntó el joven sentándose.

—Ya te escucho.

—“Señores diputados—dijo Monsalud leyendo,—cedo por fin á los ruegos de mis amigos y tomo la palabra para exponer mi opinión sobre la política del Gobierno. Hablo sin preparación alguna, apremiado por las graves circunstancias que atravesamos. No extrañéis la incorrección de mi frase...,”

—Es preciso decirlo así... está muy bien.

—“Rudo militar, hablaré con franqueza y sin retóricas, que no son propias de mi caracter y escasas letras. Al mismo tiempo debo advertiros que al tomar la palabra para intervenir en este delicado asunto, lo hago con repugnancia, con verdadero sentimiento. Amigos míos son los señores secretarios del Despacho, amigos de toda la vida. ¿Por qué ha querido la suerte que opinemos de distinta manera sobre los negocios del país? ¡Ah! en mi alma luchan los afectos de la más pura amistad con el deber que me imponen mi puesto y los poderes que he recibido.

Padezco hondamente, señores, podeis creérmelo; pero mi alma se esfuerza en sobreponer á todas las consideraciones la consideración del deber, y en tal ley anuncio al Ministerio que le voy á atacar duramente, durísimamente, porque los hombres deben ser esclavos de sus convicciones, y, como dijo Rousseau: de las grandes convicciones nacen los grandes hechos.,,

—Muy bien, ese principio me gusta. ¿Has confrontado bien la cita? No me vayan á decir que atribuyo á Juan Jacobo lo que es de Marco Aurelio ó de Erasmo.

—Descuide Vucencia. Si por casualidad resultare una equivocación, los diputados no se romperán la cabeza en averiguarla, porque tienen demasiados quehaceres para ocuparse de esto.

Siguió leyendo hasta que el Duque dijo:

—Me parece que en ese párrafo has ido demasiado lejos. Yo no quiero que se planteen todas, absolutamente todas las reformas que piden los exaltados.

—Lo expreso de un modo vago, sin determinar...

—No, no; conste claramente que no admito la ampliación de ley de milicias, ni la supresión de escarapelas, ni estoy de acuerdo con que se devuelva al Rey la ley de señoríos que no ha querido sancionar. Poquito á poco. No todas las reformas son buenas.

—Mayormente las que atacan á la nobleza—dijo Monsalud tachando algunos renglones.—Fuera esto.

—Parte del principio—dijo el del Parque poniendo la mano sobre las cuartillas y accionando gravemente con la otra,—de que yo, al mismo tiempo que detesto ciertas reformas, no puedo decir nada contra ellas. Ten presente que si defiendo otras, es porque tengo la convicción de que no se han de plantear nunca. ¿Qué se han de plantear, si le sientan á nuestro país como á la burra las arracadas?

—Comprendido: se variará este párrafo.

Después de otro poco de lectura, el aristócrata indicó con cierta sumisión, homenaje sincero del poder al talento:

—Van tres citas seguidas de Diderot. ¿No te parece que es demasiado?

—Pues esta última se la encajaremos á... á otro cualquiera... por ejemplo á Julio César Scalígero.

—Hombre, por Dios. ¿Así de ese modo cuelgas milagros?

—No importa. Ellos no revolverán bibliotecas para averiguar si la cita es exacta. Pondremos que lo dijo D'Alembert, añadiendo un "si no recuerdo mal.,," ¿No le parece á Vucencia?

—Añade “si no recuerdo mal... Ya saben los señores diputados que mi memoria es desgraciadísima.”

Al llegar al final, Su Excelencia meditó breve rato antes de dar su aprobación definitiva al discurso que había de pronunciar dentro de dos días. El secretario miraba á su amo con atención inquieta, cual si desconfiara del éxito de su obra. Por último, el duque se expresó así:

—Nada tengo que decir de la forma de mi discurso. También me parece admirablemente pensado. Si no me equivoco hablaré bien. El fondo, con las correcciones que te he dicho, quedará de perlas, menos en el final, que debe ser variado por completo. ¿De dónde sacas que yo quiero llamar á Riego *héroe invicto* y felicitarle por su elevación á la presidencia del Congreso?

—Como Vucencia pertenece al grupo exaltado, creí que encajaban bien estos piropos al héroe de las Cabezas.

—Te diré—repuso el prócer frunciendo el ceño.—Cuando los demás llaman á Riego *héroe invicto*, yo no les contradigo: también aplaudo si es preciso; pero de eso á darle yo mismo tales nombres hay mucha distancia.

—Entonces se suavizarán las frases de elogio—dijo Monsalud pasando los ojos por el final del manuscrito.

—No, ¿á qué vienen esos zahumerios? Harto le ensalza la plebe. ¿No se ha cacareado bastante su hazaña?

—Demasiado.

—No... sino que todos los días hemos de estar con el *padre de la libertad*, con el *adalid generoso*, con el *consuelo de los libres* y el insoportable *viva Riego*, que es como un zumbido de mosquitos que nos aturde y enloquece.

—¡Ah! todo cansa en el mundo, señor duque, hasta el incienso que se echa á los demás; todo cansa, hasta doblar la rodilla ante un ídolo de barro.

—¡De barro! Has dicho bien, muy bien. ¡Si yo pudiera decir eso en mi discurso!

—Pues nada más fácil.

—¡Hombre, qué calma tienes! Estaría bueno...

—En efecto; estaría bueno llamar nécio de buenas á primeras al jefe del partido á que uno pertenece—dijo Salvador riendo.—Pero todo puede hacerse en este mundo. Mire usted, señor duque, yo lo haría.

—¿Tú?

—Sí señor.

—Pero tú no sirves para la política. Lo malo que tiene este maldito oficio de politiquear consiste en que á menudo es preciso que adulemos y ensalcemos á más de un majadero que vale menos que nosotros y que se ha elevado por un rasgo de audacia ó por su misma majadería; pues también esto se ve todos los días. Con que quítame toda esa hojarasca del héroe invicto, y arréglalo de modo que ningún señorito mimado adquiera fama con mis discursos.

—Está muy bien. Con tal que se le cargue la mano al Ministerio...

—Firme, pero firme—dijo el duque acompañando de enérgica acción la palabra.—Haz que resalte bien nuestro lema: *libertades públicas antes que nada*. Todo lo bueno que sale de nuestras filas, ¡canario! no lo han de decir Alcalá Galiano, Javier Istúriz, Rivas y Bertrán de Lis. En todas partes hay tiranía, hijo. Hasta en el partido de la igualdad, de la democracia, de los hombres libres, ha de haber cuatro ó cinco gallitos que quieran despuntar, imponer su voluntad, tratando á los demás como miserables polluelos.

—¡Pícaro despotismo que en todas partes se mete!—dijo Monsalud con aparente distracción.—Pero yo tengo la seguridad de que Vucencia pronunciará un gran discurso que llamará la atención de la mayoría exaltada y de la minoría moderada.

—Desconfío mucho. Verás: me pasa que llevo en la memoria un parrafillo bien dispuesto: lo veo tan claro mientras estoy mudo, que hasta las comas parece que las tengo aquí, pintadas en el entendimiento; pero me levanto, hijo, abro la boca, digo “señores,, y entonces... ¡qué mareo! el Congreso empieza á dar vueltas en torno mío; parece que las tribunas son otras tantas bocas disformes que se rien de mí... empiezo á sudar, póneseme un picorcillo en la garganta, toso, escupo, en fin, Salvador de mi alma, que no digo más que vulgaridades... ¡y lo llevaba tan bien aprendido, tan claro!

—Procure Vucencia tener serenidad, y aprenda del general Riego. Eso sí que es hablar sin tón ni són; eso sí que es hablar perogrulladas huecas con apariencia de cosas graves. Todo por efecto de la serenidad. Cuando no se tiene idea del disparate, cuando no existe el temor, cuando una presunción excesiva asegura el aplauso de uno mismo, está allanada la dificultad y los apuros parlamentarios no existen.

—Dices bien: es cuestión de temperamento. Yo no sirvo para el caso; pero es preciso sacar fuerzas de flaqueza. ¡Ay! ya me tiemblan las carnes pensando... ¿Irás á oirme?

—¿Pues cómo había de faltar? Llevaré qu'en aplauda si es preciso.

—Eso no: si lo hago mal, no quiero palmadas. Poca burla harían de mí Alcalá Galiano é Istúriz. Así es, y siempre están con bromitas sobre mi oratoria, la oratoria Parquesiana, como dicen ellos. Vé tú, y no quites los ojos de mí: yo te miraré cuando me encuentre apurado, á ver si de este modo recobro el imperio de mí mismo y agarro las palabras que se me escapan.

—Allí estaré. Ya sabe Vucencia mi sitio en la tribuna de orden. Tendremos diversión pasado mañana por ser el día fijado para que el batallón de Asturias entre en Madrid.

—¿Pero eso va de veras?

—¡Tan de veras!... Por ser el primero que dió el grito de libertad en las Cabezas, Su Majestad le ha concedido permiso para que entre triunfalmente en Madrid, salude la lápida de la Constitución, y desfile ante el Congreso. Dicen más...

—Que una diputación de aquella fuerza se presentará en la barra de las Córtes á recibir de manos del Presidente un ejemplar de la Constitución.

—Así parece.

—¡Hombre, cuándo acabarán las mojigangas! Yo suprimiría la tal ceremonia; pero, ¿qué se ha de hacer? El partido lo quiere, y es preciso aplaudirla, decir que es admirable y defenderla á regañadientes de los burlones. Adelante, pues, y vengán mascaradas.

—Todo eso concluirá temprano y Vucencia podrá empezar su discurso á eso de las cuatro. Es buena hora.

—¿Crees que es buena hora?

—Sí, porque el público y el Congreso no están ni cansados ni impacientes. ¿Ya Vucencia se ha puesto de acuerdo con el Presidente?

—Sí; me ha concedido la palabra. Soy el primero que habla en la cuestión del voto de censura al Sr. Moscoso. Como no haya altercados que retarden la discusión... Á ver: dame esos papeles. Ya me parece que llega la hora fatal... Ánimo, duque del Parque, serenidad: hazte la cuenta de que no vas á decir ningún disparate, absolutamente ninguno.

—Principie Vucencia leyendo el discurso en voz alta, figurándose que está en Doña María. Accione, gesticule, entone bien, mire hacia la cama, haciéndose cargo de que es la Presidencia; mire á estas paredes creyendo que son las tribunas.

—Así lo haré. Dame, dame acá pronto. Miraré esas dos sillas creyendo que son Alcalá Galiano é Isturiz y desafiare sus miradas burlonas y sus ¡impertinentes sonrisillas.



—Mire Vucencia este jarrón vacío, figúrese que es el general Riego, figúrese que el *consuelo de los libres* le está mirando, y cobrará alientos y brío.

—Bien, bien—dijo el duque tomando el manuscrito.—¡Á estudiar! Felizmente tengo buena memoria. ¿Tú te irás á trabajar? Eso es: cuando tenga mi lección regularmente sabida, te llamaré, á ver qué tal lo hago.

—Muy bien: yo me vuelvo al despacho.

—Hoy no estoy para nadie... ¿Con que subirás después?... Lo leeré cuatro ó cinco veces. Cuando lo sepa regularmente tú me oirás, á ver qué te parecen la acción, el gesto, los cambios de tono. Me dirás si en tal ó cual pasaje conviene echar un par de toses, ó estirar el brazo, ó quedarme parado y en silencio mirando con altanero desdén á todos lados.

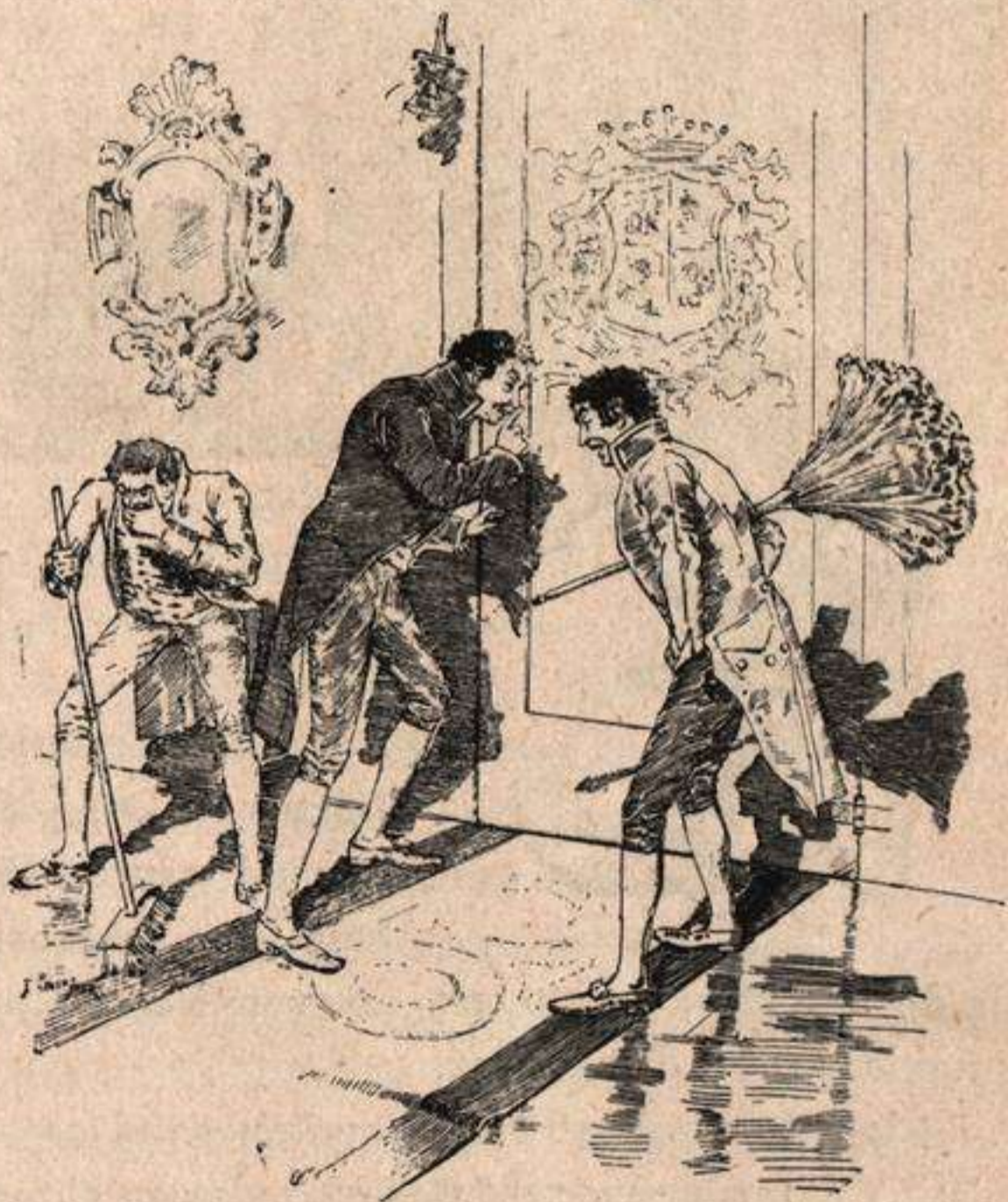
—De todo eso creo entender algo. Adios, señor duque; á trabajar.

—Adios, buena alhaja.

El duque se quedó solo, y poco después atroces gritos atronaron la

casa. Comentaban con malicia los criados tal rumor de apóstrofes, epifonemas y onomatopeyas que les aseguraban completa vagancia por algunas horas; pero ningún habitante de la casa se atrevió á poner su planta profana en el gabinete convertido en salón de sesiones.

Mientras hablaba el duque, la aquiescencia de su auditorio era perfecta. Ni la cama que era la Presidencia, ni las sillas que eran Galiano é Isturiz, ni las paredes que eran las tribunas, ni el jarrón vacío que era Riego, hicieron objeción alguna. El orador estaba inspirado.





#### IV

El 16 de Marzo las tribunas del salón de Cortes en Doña María de Aragón rebosaban de gente. Decíase que el segundo batallón de Asturias iba á penetrar en la sala de sesiones, y esto era de ver. No siempre entra la tropa en las Asambleas para disolverlas.

La iglesia-congreso ofrecía entonces al espectador escasísimo valor artístico. Por algunas pinturas sagradas en el techo se conocía el templo cristiano; por una estatua de la libertad y una inscripción política se conocía la Asamblea popular. El presbiterio sin altar, era Presidencia; la sacristía sin roperos, salón de conferencias; el coro sin órgano, tribuna. Bastaba quitar y poner algunos objetos para hacer de la cátedra

política lugar santo ó vice-versa, y así cuando los frailes echaban á los diputados ó los diputados á los frailes, no era preciso clavar muchos clavos.

El Senado actual puede dar idea completa del Congreso de entonces, si la imaginación suprime el decorado artístico y los graciosos remiendos de oro y estuco que los arquitectos del Estado han puesto por todas partes. El Presidente ocupaba el mismo sitio, y los diputados se sentaban, cual los modernos senadores, en dos filas, frente á frente, contemplándose unos á otros. Había en lo alto tribunas laterales tan oscuras, estrechas é incómodas como las de hoy, teniendo su ingreso por lóbregos pasillos, los cuales tenían tortuosa comunicación con una escalera que en los tiempos frailescos servía para dar subida al campanario. Los espectadores, fuesen á la tribuna de orden ó á la pública, tenían que ascender por inverosímiles antros oscuros y escurrirse luego por los corredores sin luz, hasta que la remota claridad de los medios puntos en que se abrían las tribunas y el rumor de la discusión les anunciaban el término de su arriesgado viaje.

Salvador Monsalud penetró en la tribuna cuando los padres de la patria empezaban á llenar los escaños. Su primera mirada fué para el duque, que también recorrió con los ojos el piso alto, buscando al autor de sus discursos. Fijóse luego el joven en los diputados de ambos grupos, en los de la gran montaña democrática, que eran los que daban interés á las sesiones y en los templados, que con su moderación importuna procuraban quitárselo. Vió á los grandes demagogos de aquellos días, Alcalá Galiano, Escobedo, el duque de Rivas, Isturiz, Bertrán de Lis, Infante, Ruiz de la Vega; vió á los doceañistas Argüelles, Canga Argüelles, Álava, Valdés; á los ministros Sierra Pambley, Balanzat, Clemencin, Romarate, Moscoso, Garelly y Martínez de la Rosa, objeto de la atención general por parte del público de las tribunas.

Un hombre como de cuarenta y cinco años, de mediana estatura, presencia simpática, rostro medianamente agradable, sin barba, de ojos azules y aspecto en general pacífico y bonachón, subió á la Presidencia. Era el hombre de la época, *el caudillo de la libertad, el héroe de las Cabezas, el ídolo de los hombres libres, el hijo más querido de la madre España, el padre de los descamisados*, D. Rafael del Riego.

Los primeros momentos no ofrecieron interés. Murmullos insignificantes, un rumor perezoso, verdadero bostezo de la Cámara luchando con su propia desgana, marcaron el período de las preguntas. Habló un ministro, hablaron dos ó tres diputados, y aquellas palabras fugaces se

perdieron, sin que nadie hiciera caso de ellas, como una conversación de visitas. Los discursos empezarían más tarde, aunque el interés de aquella sesión memorable no podía estar en los discursos. Una ceremonia ideada por los amigos y aduladores de Riego, y consentida ¡parece increíble! por Martínez de la Rosa, que no tuvo valor para oponerse á ella, debía verificarse dentro de pocos momentos.

Ya la anunciaba vivo y alegre rumor de bandas militares, cuyo lejano son entusiasmó á la gente de la tribuna pública. Agitáronse los diputados, agitóse el pueblo, y el Presidente, haciendo alarde de modestia y delicadeza, dejó su asiento. Al verle bajar y oscurecerse, perdiéndose en las filas de los diputados, un grito unánime sonó arriba y abajo: "¡Viva Riego!" El héroe (pues es preciso darle este nombre) saludó con la perezosa cortesía de los ídolos populares, fatigados de hacer reverencias al pueblo al volver de cada esquina. Los ministros querían aparentar satisfacción; pero hartos se conocía que la farsa próxima á representarse no les entusiasmaba. Algunos diputados estaban fríos, cejijuntos, otros reían, y la mayor parte aguardaban impacientes un espectáculo, que por lo nuevo en los fastos constitucionales, merecía ser visto para poderlo transmitir á las generaciones futuras.

Llegó el momento. Las músicas militares cesaron en las inmediaciones de Doña María, y viérais entrar en el salón por la puerta principal, precedidos de cuatro maceros, los oficiales comisionados para representar al batallón en acto tan solemne. Pusiéronse en pié los diputados, como si la real persona hubiera penetrado en el recinto, y un *¡Viva el batallón de Asturias!* zumbó en las altas regiones de las tribunas. Los oficiales avanzaron gravemente hasta encarar con la Presidencia, ocupada por el Vicepresidente Sr. Salvato, y allí detuvieron el animoso pié.

Cualquier extraño que asistiera á recepción tan ceremoniosa y oyese los estentóreos vivas, y viera la seriedad y emoción de muchos diputados, habría creído que aquellos distinguidos tenientes y capitanes, tan bien peinados, venían de conquistar medio mundo; habría creído que cada uno era cuando menos un Bonaparte regresando de Italia con los eternos laureles de Arcola, Lodi y Montenotte. ¡Pobre Representación nacional la que de este modo abría su puerta sagrada á media docena de oficiales, cuyo único mérito había sido lo que ellos llamaban el restablecimiento de la libertad!... ¡como si la libertad pudiera ser verdaderamente establecida ni derrocada por un batallón!

Pero el comandante de Asturias no había ido allí á servir de objetivo á miradas curiosas. Era preciso que hablara, que dirigiese cuatro pala-

brillas de consuelo á la Representación nacional, con algún consejo si ésta lo había menester. El comandante, cuyo nombre la historia no ha creído digno de ser conservado á pesar de sus indudables hazañas, tomó la palabra, y mirando con bizarría al Presidente, dió las gracias por la distinción hecha al cuerpo, y después, mostrando generosidad á toda prueba y grandes propósitos de proteger y amparar á la desvalida madre España, prometió defender la libertad hasta el último aliento. Tanta abnegación de parte de un comandante enterneció á los demagogos.

Tocóle la vez al Sr. Salvato, que era hombre de pocas palabras, algo ronquillo, y empezó su discurso, que parecía iba á ser largo como esperanza de pobre. De las tribunas no se le oía jota, lo cual fué ocasión de desasosiego y tumulto; pero Salvato, al llegar al fin de su perorata, alzó la debil voz cuanto le fué posible, y se oyeron estas palabras: “¡Batallón de Astúrias! ¡El genio tutelar de la libertad acompañe tus filas, mientras que el aprecio general de los hombres libres te sigue á todas partes!,,

En medio de atronadores aplausos, Salvato alargó al comandante un ejemplar de la Constitución. Al ver la entrega del librito, cualquier espectador de cabeza despejada habría creído presenciar el acto de la distribución de premios de escuela, y que el citado jefe había merecido llamar la atención del consejo profesional por sus correctas planas ó sus adelantos en la gramática. Pero aquí empezó la parte más chusca de aquella ceremonia, que oficialmente y según lo acordado por el Gobierno, debía concluir con la solemne entrega del libro.

El comandante, que sin duda era hombre de iniciativa, no creyó suficientemente hecha la apoteosis del batallón de Astúrias, y sintiéndose inspirado, abrasado en sacrosanto fuego de gratitud y patriotismo, descibió el corvo sable y lo ofreció al Congreso, dicienõ con hueca frase y triunfador gesto que era el mismo que empuñara D. Rafael del Riego al dar el grito de rebelión en las Cabezas de San Juan. Esto produjo cierto estupor, y aunque no faltaron aplausos, sordo murmullo corrió por los bancos, como un vientecillo rastrero precursor de grandes tempestades.

Vaciló el digno Sr. Salvato un momento, sin saber si admitir ó rechazar la oferta, estando, por razón de su perplejidad, un buen rato con el acero levantado, como aparecen en las estátuas conmemorativas de heróicos hechos los grandes capitanes y conquistadores; pero al fin decidióse por la admisión, y poniendo el sable sobre la mesa, pronunció estas palabras: “Las Córtes admiten con singular aprecio este acero,

fasto vivo del pronunciamiento de la libertad y trofeo del héroe predilecto de ella.,,

Más tarde el Congreso se avergonzó de su debilidad; comprendió la ridiculez de la escena que había consentido, y no sabiendo qué hacer del malhadado sable, devolviolo á su dueño *para que defendiese con él la amenazada Constitución.*

¡De esta manera querían establecer en España lo más serio, lo más imponente que existe, la libertad! ¡De esta manera querían infundir la dignidad de los hombres libres á un pueblo que conservaba la forma del absolutismo, como conserva el amasado yeso la figura del molde de que acaba de salir!

El Gobierno, concluido el acto, cayó en la cuenta de la mucha ridiculez de éste. Era preciso borrarlo de la memoria de todos; era preciso echarle tierra encima, es decir, discursos, para que con las agitaciones de un debate fuese puesto en olvido. Abrióse la discusión sobre el tema puesto á la orden del día, y Su Excelencia el duque del Parque se puso pálido. Mirando á la tribuna, vió á su fiel secretario y amigo, cuya presencia y animado semblante servíanle de consuelo. Evocó su serenidad; razonó consigo mismo durante breves minutos, considerando cuán bien y con cuánto despejo suelen hablar algunos tontos; hizo memoria de todos los consejos y recetas que su secretario le había dado, y midiendo con atrevida mirada ese abismo inmenso é imponente que separa el mutismo de la palabra, el silencio del discurso, arrojóse resueltamente á la otra orilla. Empezó muy bien, y era escuchado con atención.

El secretario á su vez, aunque no empezaba ningún discurso, sentía emociones muy vivas, no ciertamente por la ceremonia que acababa de presenciar. Esta no había concluido, cuando Monsalud vió en la tribuna de enfrente á una persona cuya presencia embargó de súbito sus facultades, dejándole atónito y confuso. Estupor más grande no lo tuvo en su vida. Fijó bien la atención, creyendo equivocarse; pero una observación prolija le convenció de la realidad de la imagen percibida. Á un tiempo mismo llenaban su espíritu secreto alborozo y una especie de terror instintivo, al cual la razón no podía hallar de pronto justificación cumplida. Miraba á la persona y sus miradas sorprendieron la furtiva mirada de ella. Trató de sobreponerse á un dominio que era de su agrado, y á sentimientos que con pasmosa rapidez principiaban á subyugarle; pero á la medida de sus esfuerzos crecía su debilidad y la esclavitud de su ánimo. Esto y lo que pasa á los peces cuando tiran del anzuelo para librarse de él, es una misma cosa.

Y en tanto el duque navegaba por el piélago inmenso de su discurso. Había afrontado impávido y sereno los escollos del exordio y entrado en la exposición que le ofrecía su ancho campo cerúleo, despejado, claro y llano como un mar sin olas; pero de pronto, ¡oh perversidad de los hados que protejen la oratoria! ¡Oh picardía de la maligna Palas! el duque tropezó, equivocando una oración por otra y enredándose en una palabra. Mascó durante breve rato, tratando de salir del paso por medio de un esfuerzo de ingenio; mas para esto era necesario improvisar, y



Su Excelencia no era fuerte en la improvisación. ¡Qué lástima, equivocarse precisamente cuando iba á examinar con crítica aguda la conducta del Ministerio; equivocarse cuando Alcalá Galiano é Isturiz estaban mudos de asombro ante aquel ignoto prodigio de elocuencia que tan inesperadamente aparecía!

El del Parque sintió que su frente se cubría de sudor, trató de recordar, llamó la memoria; pero el discurso había desaparecido ante los ojos de su entendimiento; se había borrado por completo y en su lugar

una inmensidad negra, horrendo caos sin una línea, sin una idea, sin un rasgo se extendía ante el atribulado espíritu del orador.

Al verse perdido, miró á la tribuna, esperando que la presencia de un amigo, devolviéndole la serenidad, le devolviese el evaporado discurso, pero entonces su angustia fué más grande. El amigo, el secretario, el confidente había desaparecido.

Entonces el duque sintió un mareo espantoso; en su garganta formóse un nudo; miró al Presidente con desesperación, con angustia, como un náufrago que pide socorro.

Los diputados todos le observaban, aguardando á ver en qué pararía aquello. Su Excelencia tartamudeó excusas que nadie pudo comprender, y al fin exclamó con voz clara:

—Señores diputados, señor Presidente... He dicho.







## V

**D**ESPUÉS de arrastrar miserable vida durante todo el año 21 en un lugar del camino de Francia, D. Urbano Gil de la Cuadra pudo volver á la córte tolerado, si no perdonado por la policía. Amparóle para esto un generoso desconocido á quien él creía compatriota suyo, y que interesándose por él, le pudo conseguir lo más parecido á un indulto, ó sea la negligencia del Gobierno. Favorecidos por aquella negligencia que tan caritativa era en el asunto de Gil de la Cuadra, mil y mil pillos conspiraban por el triunfo de todas las banderas conocidas.

Favoreció también á nuestro desgraciado reo un individuo á quien

pronto conoceremos y que se hacía pasar por amigo de D. Víctor Saez, confesor de Su Majestad. Llamábase Naranjo y era, como D. Patricio Sarmiento, maestro de primeras letras, existiendo entre los dos, con la igualdad de profesión ó industria, una rivalidad tan fuerte y, aunque disimulada, tan rabiosa, que para hallarla semejante sería preciso revolver los antiguos odios corsos ó el antagonismo clásico de griegos y troyanos en los tiempos oscuros.

Naranjo fué generoso con Gil, pues además de trabajar en su reducida esfera, para que pudiese volver á la córte, arrancándole de los desamparados y miserables pueblos del Norte de Madrid, le dió asilo en su misma casa y calle de las Veneras, á ochenta y tres escalones más arriba del local de la escuela y en un departamento estrecho pero independiente del propio domicilio del dómine. De tres ó cuatro piezas tan sólo disponía Gil; mas el buen orden de su hija había hecho de ellas un recinto casi decente y casi cómodo, utilizando los pobres trastos que conservara de su antigua casa y algo que allegó después de la vuelta con el favor de una providencia desconocida de todos los vecinos, aunque no de nosotros.

El desgraciado D. Urbano no salía de su casa á ninguna hora del día ni de la noche, y rara vez ponía los piés fuera de la pieza que escogió para su albergue, y que era triste y oscura como una mala noticia. Había adaptado su organismo á un sillón que le servía de concha, y en él la cabeza calva, el rostro pálido y estenuado, los cansados ojos, las manos flacas, los brazos negros, permanecían largo rato en inmovilidad casi absoluta, en medio de un silencio semejante al de cualquier alcoba mortuoria.

De pronto movía la cabeza, miraba hacia afuera y el patio lóbrego y sucio al cual daba su ventana, ofrecíale el grandioso paisaje de dos ó tres cocinas medianeras. Allá arriba se veía, sí, un recorte irregular y azul lleno de luz y de belleza: era el cielo. Gil de la Cuadra lo miraba hasta que el dolor del torcido pescuezo le obligaba á sumergir su contemplativa mirada en el fondo del patio. Allí todo era lóbreguez, horror, vapores infectos, un detestable olor á almíbar. Hervía el azúcar en las cazuelas y un negro cíclope del dulce labraba yemas y azucarillos en aquella caverna húmeda y acaramelada. Las coplas obscenas que cantaba y el vaho de tal industria se unían en conjunto muy desagradable.

El anciano leía á ratos. No escribía nada. Sus libros eran las novelas de la época, entre ellas el *Werther* y *La Nueva Eloisa*; también *Las Noches*. Aquel espíritu fatigado se revelaba contra las lecturas serias,

entregándose con deleite á un pasatiempo que le producía fuertes excitaciones de la sensibilidad y de la fantasía. El aplanamiento de la vida y la rápida decadencia habían determinado en hombre tan infeliz el retroceso senil, que consiste en una especie de renovación enfermiza de la juventud. En aquella edad, en aquellas circunstancias, en tal estado de cuerpo y alma, Gil de la Cuadra soñaba, mejor dicho, idealizaba.

Cuando su hija estaba en la casa, que era lo más común, solía dialogar con ella, aunque no mucho, á pesar de los esfuerzos de Sola por entablar conversaciones sobre temas lisonjeros; pero ya en los días á que alcanza nuestra descripción, que son los de Mayo de 1822, el anciano sin dejar de ser afectuoso con la graciosa joven, había perdido aquel cariño afable y atento que en él hemos conocido. Su sequedad llegaba á ser á veces aspereza y desabrimiento; mas la prudencia de Solita sabía burlar ingeniosamente los ataques, consiguiendo siempre que el viejo, después de irritarse un poco, tornase á su tranquilidad meditabunda.

Cuando estaba solo estaba en su elemento. Entonces revolviase inquieto después de largas pausas en que parecía dormido, ó mejor, muerto. Un día en que Soledad había salido, el anciano leyó por espacio de hora y media. Después dió un suspiro, puso el libro sobre el antepecho de la ventana, revelando honda agitación en sus ojos, así como en sus labios que articulaban sílabas sin sonido. En voz alta exclamó luego:

—Ahora tiene que ser. Ya no puedo más. He esperado bastante.

Levantándose como pudo, dirigióse al cuarto de su hija, y de allí á la pieza que servía de cocina. Revolvió febrilmente todos los objetos que pudo tocar, fué, vino de un lado á otro, registró, puso sus manos arriba y abajo, desordenando cuanto allí había.

—Nada—dijo para sí con acento de dolor.—Esa pícara lo guarda todo bajo llave.

¿Qué buscaba? No debía tener hambre, porque allí había comida y ni siquiera la tocó.

Volviendo al cuarto de su hija, examinó las cerraduras de todos los cofres. Ninguna estaba abierta. Con rabia golpeó las arcas y los cajones de la cómoda, gruñendo así:

—Todo, todo lo guarda esta condenada.

En seguida registró toda la ropa que en distintos puntos de la estancia había. Su mano activa y resbaladiza entraba en todos los bolsillos, deshacía todos los pliegues, sacudía las faldas, desdoblaba lo que estaba doblado y hacía envoltorios de lo que estaba extendido.

—Nada, nada.

Sin duda buscaba llaves. Después de mucho revolver sintió un ruido metálico. Metió la mano y sacó una pieza de dos cuartos y un ochavo.



—Esto ya es algo—pensó.—Con esto tengo ya catorce cuartos reunidos, y si encuentro más... Iré juntando, y á falta de un medio, emplearé otro.

Pareció darse por satisfecho con aquel razonamiento y con aquel hallazgo, y puso fin á sus investigaciones. Regresando á sus dominios, es decir, á su sillón, sacó del seno un envoltorio para guardar su nueva conquista. Antes de hacerlo contó repetidas veces, con la gozosa atención del avaro, su tesoro.

—Catorce cuartos—dijo.—Catorce y un ochavo.

Después hizo cuentas con los dedos mirando al techo.

—Sí—murmuró—pronto podré... Cualquier medio sirve. Quizás sea este el mejor... Sí, es el mejor, el más facil, el menos sospechoso, el más tranquilo... Puedo bajar facilmente á la calle, cuando mi hija no esté aquí... Ya sé lo que tengo que hacer. Catorce cuartos... Todavía es poco. Pero Dios me ayudará... es preciso concluir pronto. ¡Maldita vida! ¡que aún para echarte fuera, nos has de dar trabajo! ¡Miserable harapo que te llamas cuerpo!... ¡que aún para limpiarnos de tí, han de ser precisas tanta fatiga y tanta lucha!

Sintiendo los pasos de su hija, guardó precipitadamente lo que contaba y tomó el libro.

Disimulaba como un escolar travieso.

Soledad se acercó á él, le pasó la mano por la frente, le dijo varias palabras cariñosas y después entró en su cuarto.

—¡Virgen María! ¿quién ha estado aquí?—exclamó.—Si hubiera gatos en la casa, diría: “los gatos;” pero no los hay.

Miró desde la puerta á su padre con la severidad cariñosa que se emplea ante los niños enredadores.

—Yo fui, Sola—dijo D. Gil mirándola también con un poquillo de

turbación.—Yo fui: buscaba unas migas de pan para echar á esos gorriones que suelen bajar á la ventana de enfrente.

—El pan estaba en la cocina: ¿no le vió usted?

—No, hijita, no vi nada. Creí que tendrías migas en los bolsillos.

—Lo mismo pasó la semana pasada cuando salí—dijo Solita, quitándose los alfileres del manto y cogiéndolos en la boca, mientras se quitaba aquella prenda.—Este papá mío es más travieso... Otro día saldremos juntos.

—Ya te he dicho que no quiero salir.

—Á tomar el sol.

—Aborrezco el sol—repuso Gil de la Cuadra con laconismo.

—Á tomar el aire.

—Aborrezco el aire.

—Á ver á Madrid.

—Madrid me repugna, me enardece la sangre, me mata.

—Á ver la gente, á distraerse un rato.

—¡La gente! ¡Bonita cosa quieres enseñarme! ¡La gente! Si los ojos no sirvieran más que para ver gente no valdría la pena de tenerlos.

—Vamos, vamos: basta de locurillas. Dios se enfada con los que dicen eso.

—Basta, regañona. Ahora me toca á mí. ¿En dónde has estado hoy tanto tiempo?

Soledad vaciló un momento antes de dar contestación; ¡tanta era su repugnancia á mentir!

—He ido á entregar una obra que había concluido... Por cierto que he venido muy aprisa para que no estuviera usted solo.

—Por eso no. Solo estoy yo perfectamente—dijo el viejo con displicencia.—No me gusta ver espantajos delante. No me gusta que cuando salgas, te lleves las llaves de todo como si yo fuera un ladrón.

—¿Y para qué quiere usted las llaves?—preguntó Soledad con el mayor desconsuelo, dejándose caer sobre una silla y abrazando á su padre.—¿Para qué quiere usted las llaves? Todo lo que usted pueda necesitar queda fuera. Para otro día tendré cuidado de dejarle migas de pan, por si vuelven los gorriones de hoy.

—No te burles... la verdad es que estoy incomodado contigo... Me tratas como á un chiquillo... No puedo hacer cosa alguna sin que tú lo husmees y te enteres de todo. De tal modo me vigilas, que hasta de noche, cuando dormimos, si por acaso me levanto porque tengo calor en la cama, tú vienes tras de mí para ver á donde voy.

—Si usted no hiciera locuras, si se conformara con su suerte, como Dios manda, y no hubiera ya intentado una vez cometer el mayor pecado del mundo, cual es atentar contra la propia vida...

Gil de la Cuadra no contestó nada á esta razón.

—Son aprensiones, hija—dijo al fin inclinando la cabeza.—Y si fuera verdad, vamos á ver, ¿qué tendría de particular? Es hermosísima esta vida para aficionarnos á ella, ¿verdad?

—No nos falta nada.

—Nos falta todo. Honor...

—No se pierde por la persecución de la justicia cuando es injusta.

—Tranquilidad.

—La tenemos de sobra.

—No; porque esta es la hora en que yo no sé de qué vivo, ni cómo vivirás tú el día en que yo falte.

—Y para remediar mi orfandad y mi abandono, usted quiere matarse. ¡Linda precaución!

—A quien todo lo ha perdido, hija mía, se le puede perdonar que haga algún disparate.

—¡Quien todo lo ha perdido!... ¿acaso no vivo yo, ó no soy nada?

—Tú eres mucho, tú eres todo; eres todo para mí. Verdad es que te conservo—dijo Gil de la Cuadra abrazando á su hija.—Pues qué... ¿crees tú que si no existieras, si no tuviera yo junto á mí este rayo de luz, que da vida á mi vida, y esta alma que da apoyo á mi alma, podría sostenerme un día más? ¿Crees que puede sostenerse quien está perdido, humillado, miserable, deshonorado, sin otro lazo con la sociedad que el desprecio que ella me muestra y la limosna que me da un pobre maestro de escuela? La religión no basta á consolar á los que hemos fomentado en nuestro entendimiento ciertas ideas. Es triste decirlo; pero debe decirse porque es verdad... Mira tú lo que es el destino, Dios, la Providencia ó como quieran llamarlo. En medio de mis desastres, de mi padecimiento, de mi deshonra, yo tenía una esperanza.

Soledad hizo con la cabeza una señal de asentimiento.

—Yo tenía una esperanza, y ¡cuán risueña, cuán bella, hija mía! Era cuanto un padre cariñoso puede desear. Realizada aquella esperanza, yo hubiera subido al cielo como un angel, tranquilo, sereno, limpio, lleno de Dios. Sin ella... iré á donde mi perverso destino quiera.

—No hay que tomarlo de ese modo.

—¿Pues de cual? ¿La realidad puede tomarse de otro modo que como tal realidad? ¿Cabén en ella fantasmagorías? No; no te hagas ilusiones.

Tu primo no viene ya; nos desprecia como nos desprecian todos los nacidos, porque somos pobres, porque estamos deshonorados, porque somos una vil escoria.

—Mi primo no ha dicho que no vendrá.

—No lo ha dicho; pero ello es que no viene. Quiere romper su compromiso de una manera evasiva. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última carta?

—No lo recuerdo bien—dijo Sola, demostrando que no dedicaba sus ocios á llevar la cuenta de las cartas que escribía el desnaturalizado primo.

—Pues yo sí lo recuerdo. Hace cinco meses y tres días... ¿Qué quiere decir este silencio?

—Que no tiene ganas de escribir, ó que está preparando su viaje.

—No te hagas ilusiones; repito que no te hagas ilusiones. En la realidad no puede haber, no hay fantasmagorías. La cuestión es la siguiente...

—Sí, ya lo sé—dijo Soledad riendo.

—Mi pobre hermana, que murió hace cinco años, me dijo en los últimos días de su vida: “deseo ardientemente que mi hijo se case con tu hija...,”

—Y usted le contestó: “Yo también deseo que mi hija se case con tu hijo...,” Sí, ya sé; no es la primera vez que oigo ese cuento.

—Mi hermana y yo tratamos del asunto largamente. Hallábamos las cualidades más apreciables en uno y otro. Ella te creía un ángel del Cielo. Yo veía en su hijo un enviado de Dios. ¡Admirable plan, que ha dado alientos por mucho tiempo á mi cansada vida! He soñado con ese matrimonio, como sueña el mozalvete con la mujer que adora. Después de muerta su madre, Anatolio confirmó con una promesa solemne aquel sagrado testamento moral de la difunta Paula. Yo tuve que marchar á Francia, después fui á La Bañeza, después vine aquí, y en todas partes recibía cartas de mi sobrino, sin que en ninguna de ellas faltase la palabra ó el párrafo dedicados á tí y al dulce proyecto. Incitábale yo á que viniese; pero él me contestaba que el servicio militar le retenía en Asturias y que se holgaba de ello para poder estar al cuidado de su hacienda en estos tiempos tan revueltos.

—Pero no por eso dejaba de escribirnos y de hablar de la boda... ya, ya sé.

—Después de la época tristísima de mi desgracia, de mi prisión, de nuestra deshonra y pobreza, querida hija mía, he sabido que Anatolio,

sirviendo lealmente en el ejército, pasó á la Coruña, después á Santander y Santoña; pero se ha olvidado de nosotros, de su promesa, del deseo de aquella santa mujer su honrada madre. ¿Y sabes tú lo que es esto?

—Esto no es nada, padre—dijo Soledad tratando de calmar la agitación nerviosa del desgraciado D. Urbano,—esto no es más sino que el servicio no le deja tiempo para tomar la pluma.

—No, no, no—exclamó el anciano con ardor.—Te repito que no te hagas ilusiones. En la realidad no hay fantasmagorías.

—En la realidad hay mil cosas que no se comprenden.

—Lo cierto es que hace cerca de un año que no nos escribe. Desde que regresamos á Madrid no hemos visto su letra. Lo que te he dicho... Nuestra pobreza, nuestro decaimiento son la causa de su desvío. ¡Perro mundo y perra humanidad! No existe, no, una sola alma generosa.

—Sí existe, padre.

—Te digo que no existe. Tú no conoces este lodazal en que yacemos. ¡Ay! Cuando se escribió el libro de Job se trazó la pintura del mundo. Anatolio ha visto nuestro muladar y nos desprecia. Quizás si nos viera, me echaría en cara culpas que no he cometido, ó que si han sido cometidas deben ser perdonadas.

—Pues si se avergüenza de nosotros, no debemos pensar más en él.

—Tonta, ilusa, ¿qué estás diciendo? ¿Tú has pensado lo que va á ser de tí luego que yo me muera?... ¿Tú sabes que el abuelo de Anatolio ha fallecido hace dos meses?

—Sí, y que mi primo ha heredado una hacienda regular.

—¿Una hacienda regular? Una hacienda con la cual hubieras vivido como una reina—exclamó Cuadra.—Porque esa hacienda debía ser para tí, porque Anatolio debía casarse contigo como le mandó su madre.

—¿Y si le ha gustado más otra?

—¡Horror! ¡Qué despropósitos dices! Con que ese miserable será capaz de entregar á otra su mano, su corazón, su casa, su hacienda... que debía ser para tí, sí, para tí, lo repito mil veces.

—Eso sí que es vivir de ilusiones, eso sí que es vivir de fantasmagorías. ¿Á eso llama usted realidad?

—No... yo he soñado, he soñado como un insensato, como un niño, como un rapaz enamorado—dijo D. Urbano secando las lágrimas que corrían por sus flacas mejilas.—Yo he soñado durante algún tiempo que tú ibas á ser señora de una hermosa casa, que ibas á tener criados, magníficas praderas, vacas, mieses, bosques. Pero ese joven nos ha hecho traición... porque es una traición, una alevosía.



—Si ese joven se ha creído dueño de su propio destino, padre, ¿qué le vamos á hacer? ¿Hemos de irritarnos por eso? ¿Por qué hemos de dudar de Dios? Yo le juro á usted que renuncio de buena gana á los prados, á la hermosa casa y á las vacas de leche. Todo lo doy con gusto en cambio de la tranquilidad de nuestro espíritu, que es la hacienda mejor de todas.

—¡Desgraciada! Tú no sabes lo que es la orfandad, la soledad; tú has olvidado que muerto yo, no tendrás amparo alguno en el mundo.

—Pues yo estoy segura de que lo tengo; y de que lo tendré.

—¿Tú?... estás loca. No conoces el mundo.

—Lo conozco.

—¿En qué esperas?

—En Dios.

—Las calles están llenas de mendigos, de niños abandonados, de infelices muchachas que se han prostituido. ¿Dónde está Dios que no les ampara?

—¿Que sabe usted si les ampara ó no?

—Sé lo que es el mundo... ¡Dios de los cielos! ¿Qué faltas he cometido yo para tan inmenso castigo? ¡Tener horror á la vida por mi miseria, por mi desgracia, por mi infamia... y al mismo tiempo tener horror á la muerte porque muriendo, dejo á mi pobre hija en la miseria, sola y sin arrimo! ¡No poder vivir... ni morir!

El anciano rompió á llorar. Solita no dijo nada, porque lo que podía decir no hubiera convencido al taciturno, y lo que le habría convencido no podía ser dicho. Abrazó á su padre y se confundieron las lágrimas de uno y otro. Un ruido extemporáneo en lo interior de la casa les sacó de la sombría contemplación de su desgracia.





## VI



ÍASE la voz de Naranjo que era áspera y chillona. Oíase otra voz bronca y hueca que tenía las sonoras y retumbantes inflexiones de la elocuencia.

—Como lo cortés no quita á lo valiente—decía Naranjo,— bien venido á mi casa sea el Sr. D. Patricio. Dígame en qué puedo servirle.

—Todo Madrid, Sr. Naranjo, todo Madrid—decía Sarmiento,—sabe que no somos amigos. Cada cual tiene sus ideas, y como en las ideas no se transige... Pero una cosa es la política y otra la cortesía.

—Siéntese el buen Sarmiento.

—Gracias, Sr. de Naranjo.

En la habitación que á éste servía de sala de recibo estaba Sarmiento vestido con uniforme de miliciano nacional, gran casaca azul de botón de plata, con las iniciales M. N. en el cuello; descomunales morrión en forma muy semejante á la boca de una pieza de artillería y adornado de flamantes cordones; correaje blanco cruzado en el pecho, sable y cartuchera. Con tales arreos la enhiesta figura del maestro de escuela parecía agrandarse,

extenderse, crecer, tocar las nubes  
y en el profundo abismo hundir la planta.

¡Tanta era su arrogancia y tiesura, y el marcial continente severo con que los llevaba!

—No sabía—dijo Naranjo con sorna,—que el Sr. D. Patricio había ingresado en la Milicia Nacional. Ya tenemos á Periquito hecho fraile.

—Los pillos crecen, el absolutismo trabaja, el Sistema peligra; malos vientos soplan... Es preciso luchar... Con su permiso, Sr. Naranjo.

Ambos se sentaron.

Cuando Sarmiento se desplomó sobre la silla, emitió la siguiente copla, que siempre traía pronta en la boca para soltarla en todos los actos de la vida:

Digamos Ave María  
para que tiemble el Infierno:  
digamos para que tiemblen  
los pícaros: ¡Viva Riego!

—Amén—contestó Naranjo sonriendo.—¿Me dirá usted por fin á qué debo el gusto...?

—Poco á poco—repuso Sarmiento.—¡Cuánto se habrá sorprendido usted al verme entrar en su casa! ¡Ya se ve!... enemigos encarnizados, enemigos á muerte!... ¡usted absolutista, yo liberal; usted servil, yo gorro!

—En efecto, me sorprende mucho.

--Y no sólo somos enemigos políticamente hablando, sino escolásti-

camente—dijo Sarmiento, recalcando bien los adverbios.—Usted enseña por un sistema, yo por otro. Usted se inspira en el misticismo, yo en los grandes cuadros históricos; usted hace leer á sus alumnos el Antiguo Testamento, yo les lleno la cabeza de Historia romana; usted enseña la escritura por Torío, yo por Iturzaeta... ¡Enemigos á muerte!... y ahora ha de saber usted que hoy estreno mi uniforme y que me lo he puesto expresamente para venir á esta casa.

—Gracias, Sr. Sarmiento; es grande honor para mí.

—Al mismo tiempo—dijo D. Patricio,—debo tranquilizarle á usted respecto al fin de mi visita. Soy enemigo, pero enemigo leal.

—Lo supongo.

—Por consiguiente, no vengo acá como autoridad.

—Es de creer, porque no es usted juez, ni jefe político, ni capitán general.

—Quiero decir que no vengo con la espada en la mano... y razón había para ello, porque usted, Sr. Naranjo, conspira más que el Rey, y su casa es una madriguera de conspiradores, chilindrón, chilindraina.

—Sr. Sarmiento—dijo Naranjo con indignación mal reprimida,—cuando sea usted autoridad le daré cuenta de lo que en mi casa hago ó dejo de hacer. Pero no lo es usted todavía: absténgase, pues, de formar juicios temerarios, y no se meta en lo que no le importa.

—¡Ah! Ya sabía yo que saldríamos por ahí,—afirmó Sarmiento con vanidad.—Esté tranquilo, que las conspiraciones serán descubiertas y los locos realistas castigados. Seremos inexorables, y no le tendré á usted lástima, no, porque ejerzamos una misma honrosísima y nobilísima profesión, no... la justicia siempre por delante.

Siempre se dijo,  
y ello es probado:  
á burro lerdo  
purísimo palo.

Purísimo palo: es sensible, pero es preciso. Con que mucho cuidado, que mis consejos no son moco de pavo.

D. Patricio se levantó como para marcharse.

—De modo que sólo ha venido usted á llamarme burro lerdo y á ofrecerme purísimo palo.

—¡Qué demonche! ¡Chilindrón, chilindrón! Se me olvidaba...

—¡Cabeza de patriota! ¡Bendito sea Dios que todo lo cría, hasta las calabazas sin costuras!

—Sí: con la conversación y los avisos que he dado á usted para que ande con pausa en eso de las conjuraciones, se me olvidaba que venía...

En aquel instante Solita, impulsada por la curiosidad, abrió cautelosamente la puerta asomando su semblante.

—Pase usted, mi Señora Doña Solita—dijo Sarmiento haciendo una reverencia.—Acabo de decirle al Sr. Naranjo que ponga cuidado en lo que se trama en su casa, no sea que tenga que llamar al diablo con dos tejas. Todos sabemos que aquí no se viene á oír misa. Pues ñigo... viviendo en la casa Gil de la Cuadra, el lugarteniente de D. Matías Vinuesa...

Naranjo miró á un rincón de la sala, en el cual había una estaca.

—Pero si pienso ser inexorable el día en que toquen á descubrir artimañas—continuó D. Patricio,—en todas las demás ocasiones seré deferente y cortés con los que han sido mis vecinos. Señora Doña Solita, diga usted á su padre que he venido á traerle una carta que llevaron á casa.

—¡Una carta!—repitió Gil de la Cuadra, que también se había acercado á la puerta.

Un momento después, D. Urbano desdoblaba con febril impaciencia el papel, diciendo:

—¡Es de Anatolio!... ¡de tu primo!

Recorrió con la vista la carta. Su rostro pálido encendióse de pronto y una viva exclamación de alegría brotó de sus trémulos labios.

—¡Viene!... Dios mío, ¿es cierto lo que leo? ¡Viene!... Lee tú, hija mía, viene resuelto á cumplir su promesa...

El infeliz anciano se desmayó. Sustúvole Naranjo, y cuando le llevaron á su cama y le tendieron y le rociaron el rostro y recobró el conocimiento, exclamó:

—¡Hay Dios, hija de mi corazón, hay Dios! Abrázame... más fuerte. Soy el hombre más feliz de la tierra.



## VII



UÉLVEME á leer esa carta que me ha dado la vida—decía el padre á la hija media hora después, hallándose ya completamente solos.—Repíteme una á una sus consoladoras palabras.

Soledad volvió á leer.

—Se excusa de no habernos escrito—manifestó Gil.—¡Pobrecillo! Ha estado enfermo, ha tenido que hacer un viaje largo, penoso. ¿Cuántos días estuvo en la cama?

—Cuarenta y dos. ¡Pobre primo!

—¿Y cuánto tardó desde Santander á Logroño?

—Catorce días, caminando entre ventisqueros, hielos y tempestades.

—¡Desgraciado! ¡Y dice que viene resuelto á cumplir su promesa! Lee eso otra vez. Y que llegará... ¿cuándo?

—El 11 ó el 12.

—Es decir, mañana ó pasado. Hija de mi alma, abrázame otra vez. Ya tienes amparo, ya tienes apoyo en tu orfandad; ya puedo morirme, ya puedo entregar á la tierra este miserable despojo de mi cuerpo y decirle: “ahí tienes, tierra, lo que pides. Ya no te lo disputaré ni un día más.”

—Llegará mañana ó pasado—repitió Soledad pensativa.

—¡Y yo dudaba de Dios! ¡Dudaba de su misericordia infinita! ¡Qué hermosa lección me has dado, chiquilla!... Pero observo que no estás tan alegre como yo.

—Sí, padre, estoy contentísima.

—¿Y no dice más?

—Dice también que ha pedido pasar á la Guardia Real, donde servirá algún tiempo.

—¡Á la Guardia Real! Muy bien. Bravo yerno tendré. ¡Qué bien le sentará el uniforme! ¿No es verdad que le sentará bien?

—¡Oh! admirablemente.

—¿Saldremos á recibirle? ¿No dice por qué puerta entrará?

—No señor.

—Lo averiguaremos. Mira, hija, quiero salir á paseo; quiero dar una vuelta por las calles.

—Me alegro infinito—dijo Sola, demostrando verdadero gozo.—Hoy hace buen tiempo. Saldremos esta tarde y daremos un buen paseo.

—Y nos sentaremos bajo un árbol en la Cuesta de la Vega. Parece que me vuelven las fuerzas.

—¡Dios mío, si yo viera á mi padre sano, tranquilo y feliz!... —exclamó Soledad cruzando las manos.

Gil de la Cuadra se sentó en el sillón, tomó la cabeza de su hija para estrecharla ardentemente contra su pecho y derramando lágrimas de ternura, habló de este modo:

—Ya me puedo morir tranquilo; ya no quedas sola en el mundo... ¡Pobrecilla, cuánto he padecido por tí! Por tí y nada más que por tí. Si tú no existieras, ¿qué me importaría la miseria, qué la deshonra?... Me despedazaba el corazón la idea de morir y dejarte sola, sin un pariente, sin un amigo...

—Hubiera encontrado alguno—dijo entre sollozos Soledad.

—No hubieras encontrado más que desvíos: yo conozco el mundo. ¿Quién se acordaría de tí?

—Alguien...

—Nadie. Ahora tu porvenir está seguro. Dios nos ha favorecido después de tantas penas. ¡Bendita sea su misericordia infinita, de la cual he dudado en estos días de angustia y desaliento! He sido malo, muy malo, porque he dudado de Dios. Mientrás tú con tu fé angelical afrontabas serena las contrariedades, confiando en el porvenir, yo me entregaba á una febril desesperación. Mientras tú, fiada en tus ilusiones, asegurabas que había una Providencia para nosotros, yo, atento á la realidad, no veía más que tinieblas en derredor nuestro. ¿Y sabes hasta dónde llegó mi maldad y la flaqueza de mi razón?

Soledad no contestó, aunque creía poder contestar.

—Pues llegó hasta idear la más ruín, la más perversa de las soluciones al conflicto en que nos encontrábamos.

—¡Morir!—dijo Sola con voz débil.

—Morir por mi propia mano; morir los dos, tú y yo; marcharnos juntos de este mundo que no quería sostenernos y que nos arrojaba de sí.

Solita se estremeció de terror en los brazos de su padre.

—Esto es espantoso; pero yo estaba decidido á hacerlo, decidido, hija mía, y lo hubiera hecho. Se había clavado esta idea en mi entendimiento y de ningún modo podía librarme de ella. Pensaba en mi crimen á todas horas, de día y de noche, en sueños y despierto. Si al principio me causaba espanto, al fin pensar en él era una delicia para mi enfermo espíritu... ¡Ah, qué dulce es ahora para mí confesarte mi falta! Me parece que se la estoy contando á Dios en persona, y al hacerlo mi alma se libra de un peso enorme... ¡Pobrecilla! Tú habías comprendido mi demencia, porque tenías buen cuidado de guardar los cuchillos y todo instrumento que pudiera servir para arrancar la vida; guardabas hasta las tijeras. Yo buscaba como un loco, y ni alfileres podía encontrar en toda la casa.

Soledad sonreía.

—Me desesperaba tu capricho de esconder los cuchillos. Me parecía una manía absurda, ridícula; mientras la mía se me antojaba muy natural. Yo discurría todos los medios; yo soñaba con pistolas que levantarán la tapa de los sesos, con puñales que traspasaran el corazón, con tenedores que abrieran las venas, con cuerdas que ahorcaran, con braseros, cuyo humo, produciendo dulce letargo, adormeciera por toda la eternidad. Si hubiese tratado de matarme yo solo, la cuestión habría sido harto sencilla; mas era preciso que muriésemos los dos; pues de otro modo no tenía gracia, ¿no es verdad que no tenía gracia? Mi idea era que abandonáramos la vida juntos, abrazados, estrechadamente unidos. Algunas veces traté de confiarte mi pensamiento, á ver si tú lo aprobabas, si querías como yo, dejar este valle de lágrimas, conformándote con el suicidio; pero ¡ay! te veía tan serena, tan resignada á la vida; observaba en tí tanta fé y una convicción tan profunda de que había Providencia para nosotros, que no me atreví á decirte una palabra.

—Sí, padre, yo creía y creo que teníamos Providencia.

—¿Antes de recibir esta carta?

—Antes.

—¿Cuál?—preguntó Cuadra con cierta incredulidad.

—Una Providencia.

—Pero eso es muy vago.



—Un amigo...

—¡Un amigo! No conozco ninguno.

—Cobrábamos nuestra pensión.

—Pero después de muerto tu padre, ¿quién te hubiera dado la pensión?

—¡Qué sé yo!... pero...

—¿Quién te hubiera dado nombre, posición, bienestar?

—Alguien; uno, ¿quién sabe?...—repuso Soledad queriendo decir una cosa y no sabiendo cómo decirla.

—Vamos, no hables majaderías. Tú no puedes discurrir como discurro yo, con conocimiento de causa. Una muchacha siempre es una muchacha, y puede tener sensibilidad, fé, piedad, instinto, delicadeza; pero nunca un criterio claro para apreciar bien, como los hombres, las cosas del mundo.

—Será por eso.

—Yo no podía contar con tu consentimiento. Dirás que era una crueldad mía el quitarte la vida; pero si bien se mira, librarte de la miseria era quererte bien. Hay distintos modos de amar á los hijos. Yo prefiero verte muerta á que vivas deshonorada y miserable. No, no, morir conmigo no era tan lastimoso como vivir sola y sin amparo. Yo tengo de la muerte una idea algo romana. Hay momentos en que es la mejor de las soluciones. ¿No crees tú lo mismo?

—Alguna vez, ¿por qué no?

—Yo deseaba —añadió Gil de la Cuadra— que hubiera mar en Madrid. ¡Oh! El mar es admirable para los desesperados. Abrazaditos, como dos niños que duermen juntos, nos hubiéramos arrojado á él... Pero en Madrid no hay mar.

—¿Y los estanques del Retiro?

—Tienen antepechos. Sin tu consentimiento hubiera sido muy difícil... Yo discurría, discurría, y al fin, hija mía, pensé en el veneno.

—¡Jesús!

Soledad cerró los ojos y palideció.

—¿Te aterras?... Pensé en el veneno. ¿Pero cómo adquirirlo? Tú no me dabas respiro; y empeñada en que había Providencia, empeñada en vivir contra viento y marea, escondías el dinero. Sin duda temías...

—Sí, también me ocurrió lo del veneno.

—Pero yo iba juntando cuartos. Mira, aquí en el seno tengo catorce, y algunos ochavos. ¡Pobre hija mía de mi corazón! ¡Qué lejos estabas de que yo, cuando salías, registraba tus bolsillicos para robarte lo que olvidabas en ellos!

Soledad sentía el corazón oprimido y apenas podía respirar.

—¡Qué pálida estás, hijita!—le dijo su padre levantándose con más brío que de ordinario.—Ya todo eso pasó, y no hay que pensar en muertes ni en venenos. ¿Sabes lo que me ocurre?

—¿Qué?

—Que nos vayamos de paseo.

Gil sacó de su seno los cuartos que había reunido.

—¿Ves estos cuartos destinados á tan fatal proyecto? ¡Oh! ¡Dios mío cuán bueno has sido para mí y para mi adorada hija!... ¿Ves estos cuartos, Sola? Pues ahora vamos á tomar el sol á la Cuesta de la Vega, y con ellos compraremos avellanas y nos las comeremos tan alegres.

Diciendo esto, Gil de la Cuadra se encasquetó el sombrero con la presteza de un estudiante calavera.

—Vamos, vamos á paseo. Compraremos las avellanas en lugar del veneno. Pero mejor será piñones.

—Avellanas.

—Piñones, que las avellanas son pesadas.

—Dices bien. Pues piñones.

—Compraremos piñones.

—Y nos los comemos, se entiende... ¡Ah! y trataremos de averiguar por qué puerta entrará Anatolio y á qué hora.

—¿Pero cómo hemos de averiguar eso, padre mío?

—Tienes razón, hija: éntre él y no nos cuidemos de la puerta... Quizás los de la Guardia Real sepan cuándo viene. Si encontramos á alguno le hemos de preguntar. Qué bien le sentará el uniforme, ¿eh?

—Admirablemente—respondió Sola, poniéndose la mantilla.

Salieron. Soledad, obligada á sostener la conversación que sobre mil puntos entablaba su padre, cuya locuacidad repentina no conocía el cansancio, necesitaba hacer grandes esfuerzos para disimular su tristeza.



—¿Por qué suspiras?—le preguntaba él á ratos.—¿No estás contenta como yo?

—Sí, estoy contenta.

En la plazuela de los Caños encontraron á D. Patricio, que aún no había dejado su uniforme. Gil de la Cuadra le saludó con cortesía y hasta con amabilidad, diciéndole:

—No sé si le dí á usted las gracias por haberme llevado aquella carta. Estaba tan conmovido...

—¿Traía buenas noticias? ¿Qué tal van los negocios? ¿Se trabaja?

—Era de un sobrino mío, que pasa ahora á la Guardia Real... alférez de la Guardia Real, Sr. D. Patricio.

—¡De la Guardia Real! Bien.

En la tal pastelería  
se hacen pasteles muy buenos:  
pasteles y nada más,  
pasteles ni más ni menos.

—¿Qué dice usted?

—Que á ese joven de la Guardia Real le advierta usted que ande con pulso. Yo digo como *El Zurriago*:

Y si de nuestras voces no hacen caso,  
con el martillo se saldrá del paso.

—Usted no olvida sus coplitas—dijo Gil de la Cuadra mostrando un humor festivo que en mucho tiempo no se le había conocido.—Pues, allá va esa:

Dijo el sabio Salomón  
que para mandar á bueyes  
no se necesitan leyes;  
basta sólo un agujón.

—Pues yo digo:

Ay le lé, que toma que toma,  
ay le lé, que daca que daca;  
ya no bastan las razones,  
apelemos á la estaca.

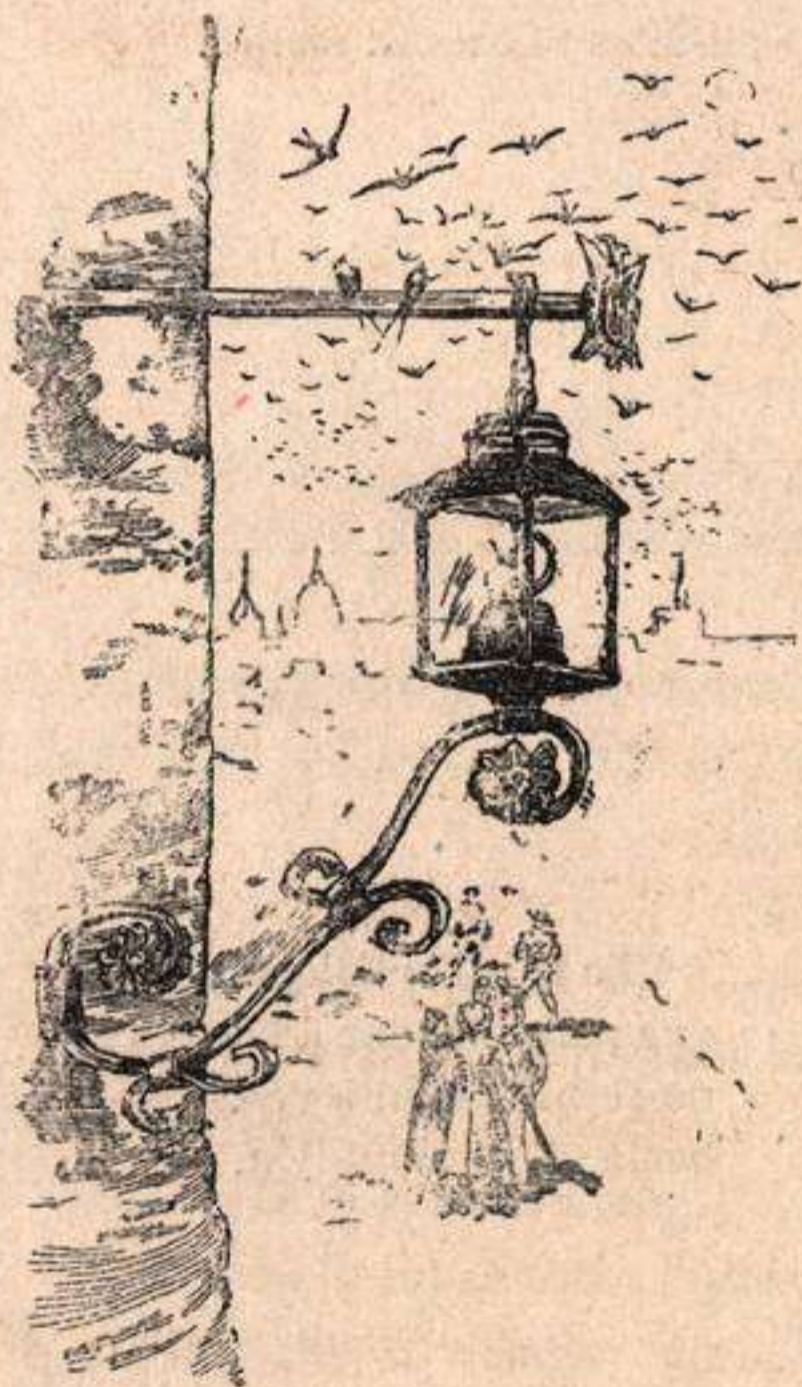
Y si esta no le gusta, allá va otra:

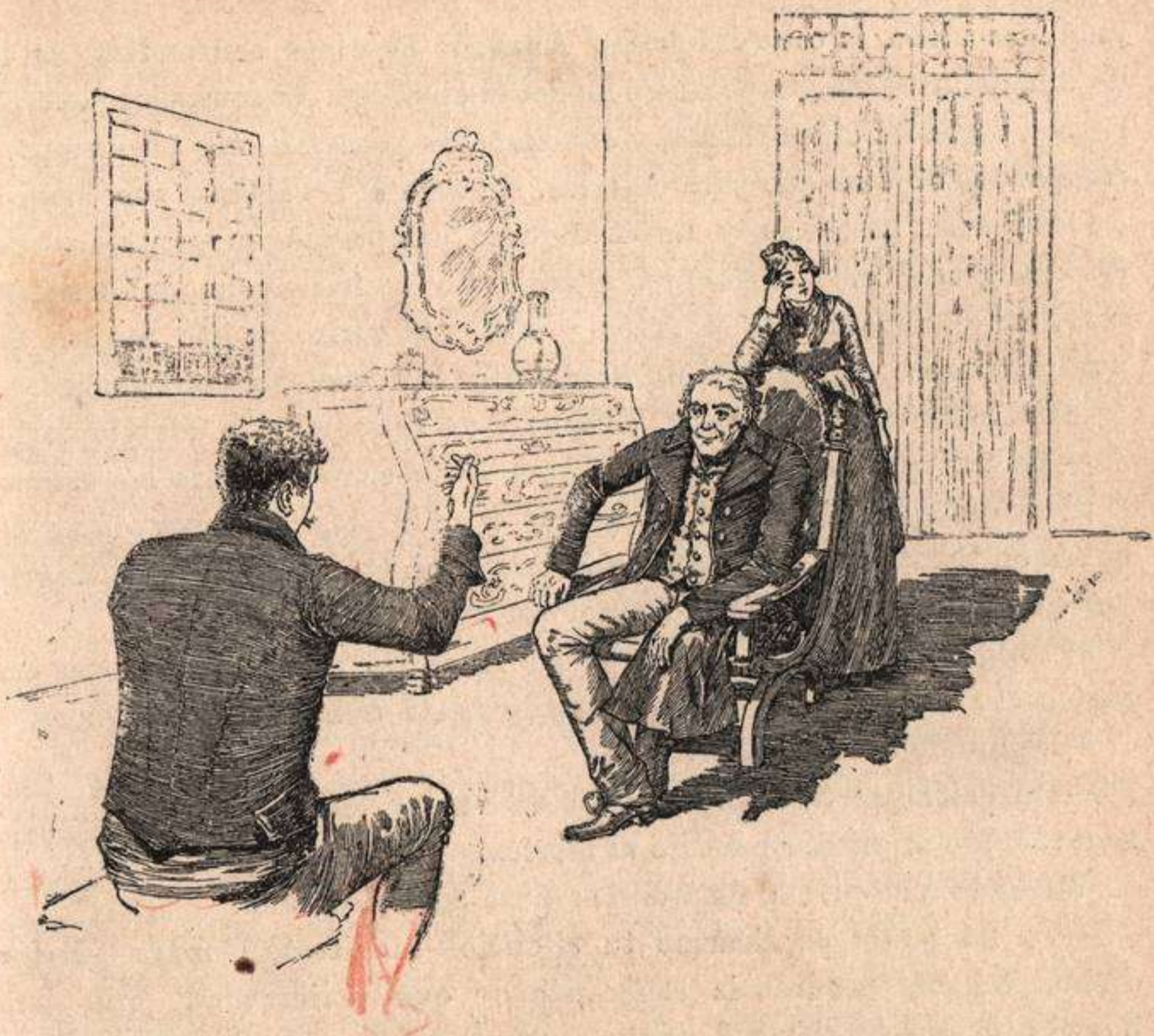
¡Qué martillito tan bonito!  
¡Qué medicina singular!  
Tú harás cesar todos los males,  
como te sepan manejar.

D. Patricio se separó de sus antiguos vecinos.

—Después de todo—dijo el Sr. de la Cuadra cuando seguían su camino,—este hombre no es más que un gran majadero.

Prosiguieron lentamente hacia la Cuesta de la Vega. Gil de la Cuadra detenía á todos los soldados de la Guardia Real para pedirles noticia de su sobrino; pero ninguno supo decirle nada de fundamento.





## VIII



los dos días el desgraciado D. Urbano tuvo el inefable placer de abrazar á su sobrino.

—Ven á mis brazos, hijo mío de mi corazón—exclamó el anciano, desvanecido por la felicidad.—Esta es tu esposa, mi hija querida.

Anatolio Gordón era un muchachote corpulento, tan rubio que el pelo y la cara casi parecían del mismo color, siendo sus cejas casi blancas y las pestañas como las de un albino. Su cara pecosa y arrebolada estaba siempre risueña, cualidad que se avenía bien con la redondez de la misma, y con sus facciones agraciadas y poco varoniles. Bigote amarillo, como madejilla de hilos de oro pálido ornaba su boca no menos encarnada que una cereza, y sin aquel ligero emblema de su condi-

ción masculina, la cara del primo Anatolio habríase confundido con la de una asturianaza guapetona ó mofletuda pasiega. El musculoso cuerpo representaba hercúlea fuerza, y sus manazas parecían más propias para romper los objetos que para cojerlos. En todo él revelábase poco hábito de las formas humanas y una franqueza campesina que por cierto no era desagradable. Finalmente, el conjunto de la persona de Anatolio Gordón predisponía en su favor, y nadie, al verle, podría negarle un puesto honroso, ó quizás el primero, entre los excelentes muchachos.

Hízole sentar á su lado D. Urbano y no se saciaba de contemplarle.

—Yo creí que vendrías de uniforme—dijo estrechándole las manos. —¡Pero qué grandón estás! ¡Cómo has crecido, hijo! De seguro que no habrá en toda España un mozo más guapo que tú. Si vieras qué alegría nos has dado con tu carta... Yo creí que nos habías olvidado.

—Tengo que pedirles perdón—dijo Anatolio con torpeza, pues era algo corto de genio,—por haber estado tanto tiempo sin escribirles.

—Déjate de excusas ahora...

—Pero siempre tuve intenciones de volver, siempre he tenido presente lo que mi madre me dijo al morir...

Mirando á su prima, Anatolio se puso como la grana.

—Yo no podía explicarme tu silencio—manifestó Cuadra.—Mejor dicho, yo había perdido la esperanza de que vinieras. Mi hija, esta buena hija, que ha sido mi consuelo y mi luz, esperaba siempre, confiando en la Providencia.

—No tarda quien viene. Aquí estoy al fin—dijo Anatolio con expresión desabrida,—aquí estoy á la disposición de usted, querido tío.

Solita no chistaba, concretándose á ver y oír. La conversación de Anatolio no era por lo común muy interesante, y aquel día redújose á fórmulas frías de felicitación y á pormenores de su viaje y de su instalación en Madrid. Anunció á su tío que una vez arreglados sus asuntos militares, le visitaría dos veces todos los días, siempre que no estuviera de servicio, siendo de tres ó cuatro horas cada visita. No hablaron en aquella primera conferencia de la proyectada boda, lo cual pareció muy decoroso á Gil, y se despidió el joven hasta la tarde, dejando en el anciano impresión felicísima y en la joven una especie de estupor frío que no se podía explicar.

Anatolio volvió al siguiente día con su uniforme de infantería. Sin estar mal, no podía decirse que fuera un modelo acabado de apostura guerrera. Ya fuese que engordara bastante después de estrenada la casaca, ya que el sastre se quedó corto al hacerla, ello es que un grave

conflicto parecía inminente por haber más cuerpo que paño; que éste se reventaba y aquel quería por las costuras á toda prisa salirse.

Aquel día empezó hablando de sus asuntos y del plan de conducta que se había trazado respecto á su carrera.

—Pienso abandonar la milicia en cuanto haya servido un par de meses en la Guardia. No me gusta esta maldita carrera, y soy partidario de que el buey suelto... ya me entienden ustedes.

—Apruebo esa determinación —repuso Gil de la Cuadra, que no podía pensar nada distinto de lo que pensara su futuro yerno.

—Felizmente no le falta á uno con qué vivir—añadió el mancebo con énfasis,—y yo creo que trabajando en lo que tengo no nos irá mal.

Al decir *nos* Anatolio miró á su prima, y Gil de la Cuadra, que pudo advertir palabras y mirada, sintió una sensación de gozo como si los ángeles le cogieran en brazos para llevarle al cielo.

—Díme una cosa—preguntó D. Urbano, á quien la satisfacción le salía chispeante por ojos y boca,—¿conservas aquella haciendita tan preciosa de Cangas?

—Sí señor—repuso Anatolio poniendo una pierna sobre la otra y echando el cuerpo atrás.—La conservo, y los dos prados de al lado; aquel pequeño, que era del procurador Sotelo, y el grande, que era de Doña Nicanora. Voy uniendo todos los pedazos que puedo, porque quiero hacer una hacienda grande, muy grande.

—¿Y las dos herrerías de Mieres?

—También, también las conservo. ¿Pues qué, las había de vender? No las daría por cinco mil duros.

—¡Caramba!—exclamó Gil mirando á su hija.—Y me dijeron que de la testamentaria de tu abuelo materno te tocó una casa en Luarca.

—Una casa, una cuadra y un taller de carretería. Los tengo arrendados, y aunque no son gran cosa, dan... sí señor, dan.

—Luego, tú eres tan arreglado, tan cuidadoso de tu hacienda, tan formal, tan económico... Te pareces á tu buena madre, que en gloria esté.

—Además tengo un crédito en la casa del Excelentísimo señor duque del Parque, mi paisano, y amigo que fué de mi señor padre.

—¿El duque del Parque? Ya sé, general y diputado, político y orador... Es de los exaltados y martilleros.

Al oír nombrar al duque, el corazón de Solita le saltó en el pecho, como un loco en su jaula.

—Mi padre —prosiguió Gordón,—anticipó una cantidad al señor duque para reparación de dos molinos en el río Pigüeña, y además se

quedó con las obras para la subida de aguas á las huertas de Cabruñana. No le pagaron, y ahora la administración de Su Excelencia dice que los papeles no están claros. Yo porfío que sí, y vamos á tener pleito, aunque espero que hablando yo mismo al señor duque que está en Madrid, y recordándole lo que pasó, reconocerá la deuda y me pagará por buenas.

—Sí, te pagará... Si es cosa clara...

—Son al pié de seis mil duros.

—¡Seis mil duros!... Querida Sola, ¿por qué no abres la ventana? Me falta aire que respirar.

Gil de la Cuadra quería meter toda la atmósfera en sus pulmones.

Al día siguiente Anatolio se atrevió á hablar á su prima de algo parecido á amores. Hasta entonces una violenta cortedad le había impedido tocar tan delicado punto. Estaban solos.

—Soledad—le dijo.—Mi madre y tu padre nos destinaron á casarnos. Yo estoy contento, ¿y tú?

—Yo quiero todo lo que quiere mi padre—repuso Solita.

Estaba pálida como una muerta, y sus palabras parecían suspiros.

—Yo bien sé que no me puedes querer...—añadió el mancebo.—Pues mira tú, yo te quiero á tí, aunque no te he visto sino cinco días. Hasta ahora ninguna mujer me ha gustado más que tú. Dime, ¿tienes deseos de ir á Astúrias?

—Yo estoy bien en todas partes.

—Bien contestado... pero dime, me encontrarás un poco palurdo, ¿no es verdad?

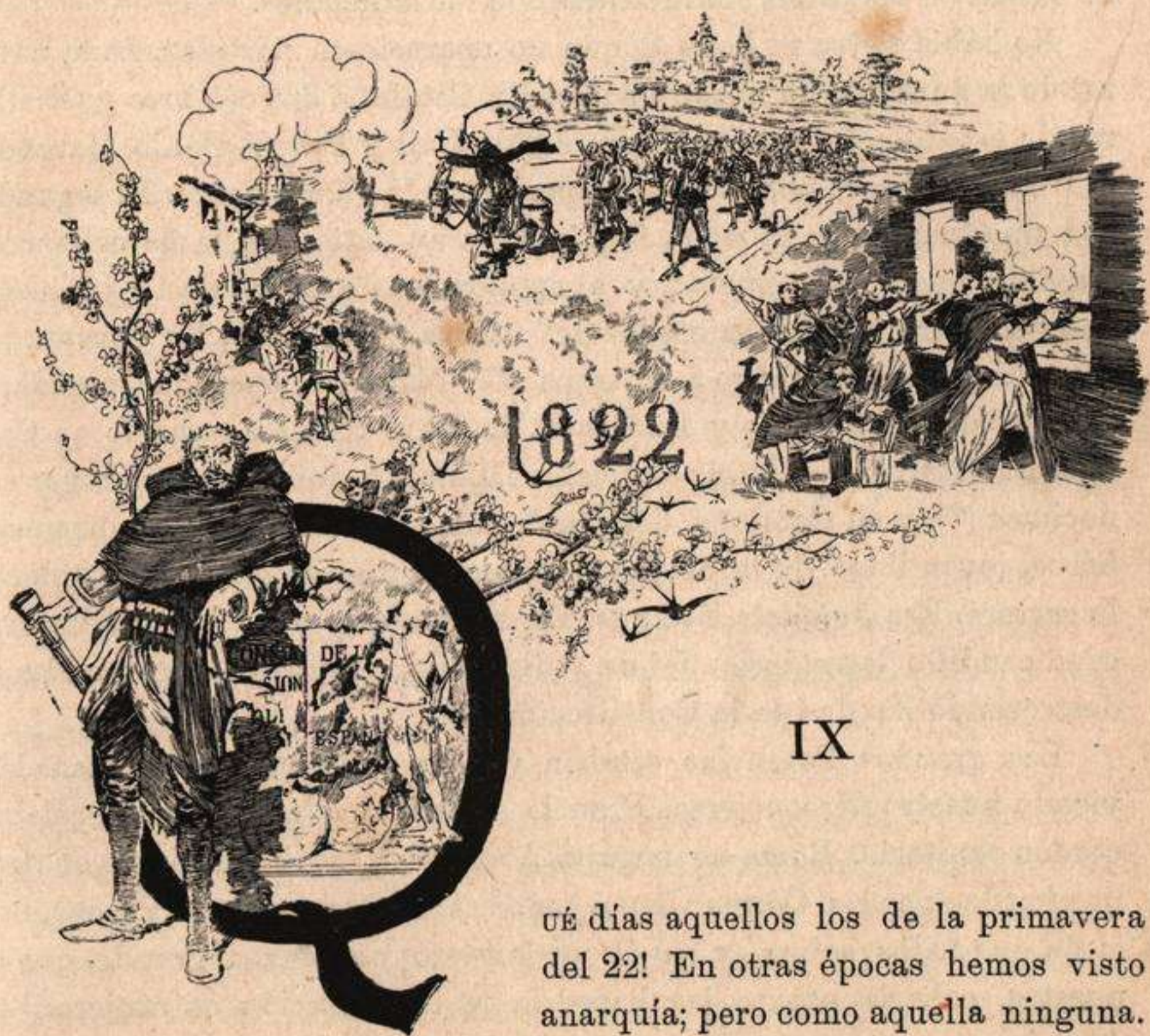
—¡Qué cosas tienes! ¿Tú palurdo?

—Digo... en comparación contigo. Porque tú eres muy señorita, y tienes un aire divino que no está mal, no está mal. Haremos buen par. Tú me afinarás y yo te embruteceré un poco.

Diciendo esto reía con la inocencia de un niño ó un salvaje.







## IX

¿Qué días aquellos los de la primavera del 22! En otras épocas hemos visto anarquía; pero como aquella ninguna. Nos gobernaban una Constitución

impracticable y un Rey conspirador que tenía agentes en el Norte para levantar partidas, agentes en Francia para organizar la reacción, agentes en Madrid para engañar á todos. En nombre de la primera legislaba un Congreso de hombres exaltados. En representación constitucional del segundo gobernaba un Ministerio presidido por un poeta. El Congreso era un volcán de pasiones, y allí creían que las dificultades se resolvían con gritos, escándalos y bravatas; el Rey sacaba partido de las debilidades de unos y otros, el Ministerio se veía acosado por todo el mundo; pero su honradez y sus buenas letras no le servían de nada.

El ejército estaba indisciplinado. Unos cuerpos querían ser *libres*, otros vitoreaban al REY NETO. Los artilleros se sublevaban en Valencia, los carabineros en Castro del Río, y la Guardia Real acuchillaba á los paisanos de Madrid. La Milicia Nacional bullía en todas partes inquieta y arisca; sublevábase la de Barcelona gritando *Viva la Constitución*, mientras la de Pamplona, enfurecida porque los soldados aclamaban á

Riego, les hizo fuego al grito de *Viva Dios*. En Cartagena las mujeres se batían en las calles confundidas con los milicianos.

No había tierra ni llano donde no apareciesen partidas, fruta natural de la anarquía en nuestro suelo. En Cataluña dos célebres guerrilleros de estado eclesiástico, Mosen Antón Coll y Fray Antonio Marañón, *el Trapense*, arrastraban á los campesinos á la guerra santa. El segundo, con un Crucifijo en la mano izquierda y un látigo en la derecha, conquistaba pueblo tras pueblo, y al apoderarse de la Seo de Urgel, asesinaba con ferocidad salvaje á los defensores prisioneros. En Cervera los capuchinos hacían fuego á la tropa. En Navarra imperaba Quesada, y no lejos de allí Juanito y D. Santos Ladrón. Había aparecido en Castilla D. Saturnino Albuín, el célebre Manco, á quien en otro lugar conocimos (\*), y en Cataluña despuntó, como brillante aurora, un nuevo héroe, joven lleno de bríos que empezaba con grande aprovechamiento la carrera. Era Jep dels Estanys. En Murcia empezaba á descollar otro gran caudillo legendario, Jaime el Barbudo, que iba de lugar en lugar destrozando lápidas de la Constitución.

Las grandes Potencias estaban ya extremadamente amostazadas, viendo nuestro desconcierto. Francia sostenía en la frontera su célebre cordón sanitario. Roma se negaba á expedir las bulas á los obispos nombrados por las Córtes. Iba á reunirse el Congreso de Verona, con el fin que todos saben, y en él un literato no menos grande que el nuestro, echaría pronto las bases de la intervención extranjera. Las Américas ya no eran nuestras, y en Méjico Iturbide tenía medio forjada su corona.

Poseíamos una prensa insolente y desvergonzada, cual no se ha visto nunca. Todos los excesos de hoy son donaires y galanuras comparadas con las bestialidades groseras de *El Zurriago* de Madrid y *El Gorro* de Cádiz.

Los insultos del primero encanallaban á la plebe. Nadie se vió libre de la inmundicia con que rociaba á los Ministros, á los diputados moderados, á las autoridades todas. El Gobierno, no teniendo ley para sofocar aquella algarabía indecente, la sufría con paciencia; pero los polizontes, que no entendían de leyes, imaginaron hacer callar *El Zurriago* de una manera muy peregrina. Se apoderaron de Megía, su redactor y después de esconderlo durante dos días, le metieron en una alcantarilla. Era, según ellos, el paraje donde debía estar. Pero Megía

---

(\*) Véase *Juan Martín el Empeñado*.

salió, y después de limpiarse, enarbolaba de nuevo su asquerosa bandera con el lema:

No entendemos de razones,  
moderación ni embelecos:  
á todo el que se deslice  
zurriagazo y tente perro.

En este desconcierto dos hombres de acción y energía, pugnaban por afirmar el principio de autoridad. Eran el jefe político Martínez de San Martín, llamado por el populacho *Tintín de Navarra*, y el general Morillo, que ganó en América la corona condal de Cartagena de Indias, militar denodado y buen caballero.

Tal era el cuadro que ofrecía esta Nación privilegiada en Junio de 1822.

Fijábase entonces la atención del país entero en la Guardia Real, porque casi todos los individuos de ella eran partidarios del *Rey neto*, profesando esta opinión con tanta franqueza y desparpajo, que á cada momento la manifestaban á sablazos. En formación ó sin ella, los guardias eran propagandistas muy celosos del absolutismo, y ya podía encomendarse á Dios quien delante de ellos osase pronunciar el *viva Riego*. Aborrecían *El Zurriago*, que diariamente les ponía cual no digan dueñas y despreciaban á los milicianos nacionales. El Rey no sólo les protegía sino que les azuzaba, haciéndoles instrumento de las oscuras tramas palaciegas; los Ministros les tenían más miedo que si fueran el ejército de Atila, y Morillo aspiraba á amansarles, reconciliándoles, ¡oh inocencia! con la Milicia Nacional.

En su soberbia, creían los arrogantes pretorianos que podían hacerlo todo, dar un puntapié á aquel desvencijado armatoste del constitucionalismo, y devolver al Rey sus facultades *netas*, poniendo las cosas en estado semejante al que tuvieron en el venturoso 10 de Mayo de 1814. Pero á pesar de la anarquía que pudría el cuerpo social, esto era más fácil de decir que de hacer.

¿De qué manera trataba el Congreso de sojuzgar á aquel espantable mónstruo de la Guardia, que amenazaba tragarse Córtes y libertad? ¡Ay! Los padres de la patria oían sonar los primeros truenos de la tempestad, y decidían:—Que se organizase mejor y con más desarrollo la Milicia Nacional.—Que los jefes políticos despertasen el entusiasmo liberal por medio de himnos patrióticos, músicas, convites y representaciones teatrales de dramas heróicos para enaltecer á los héroes de la libertad.—Que los obispos escribiesen y publicasen pastorales, poniendo por esas

nubes la sagrada Constitución. En cuanto á la Guardia, como molestaba tanto, decidieron que lo mejor era suprimirla por un decreto.

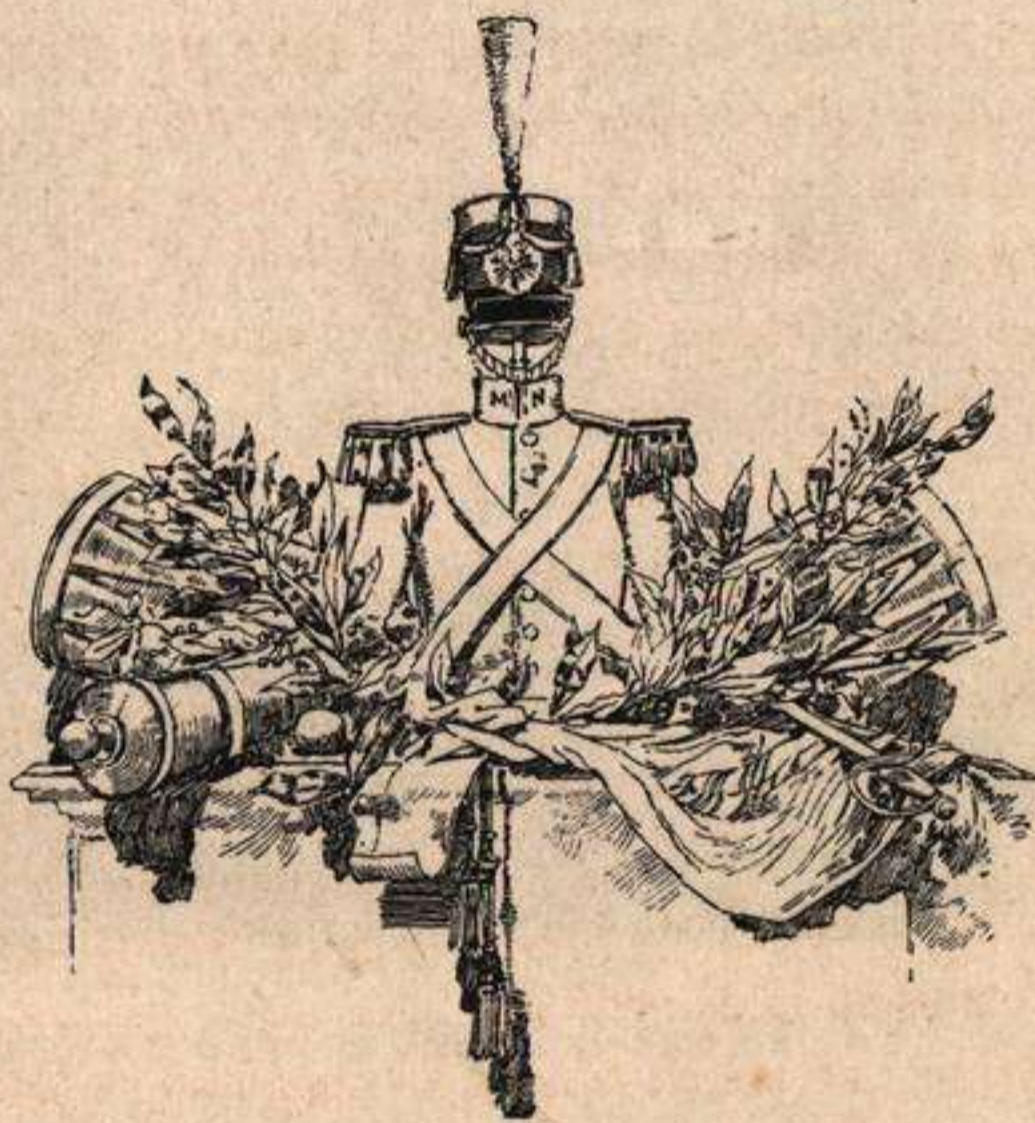
En esta situación política, la Milicia Nacional voluntaria (el Gobierno quería con razón hacerla forzosa) era la institución más feliz del mundo y los milicianos los hombres más bienaventurados de Madrid. Ellos no trabajaban, concurrían diariamente á festejos cívicos en que se empezaba comiendo y se concluía bebiendo; eran estimados por el vecindario, por nadie temidos, y únicamente por los serviles guardias despreciados. Se daban buena vida, vestían lujosos uniformes, formaban gallardamente en las procesiones, tiraban al blanco, y se tenían por el más firme sosten del Trono y del Sistema.

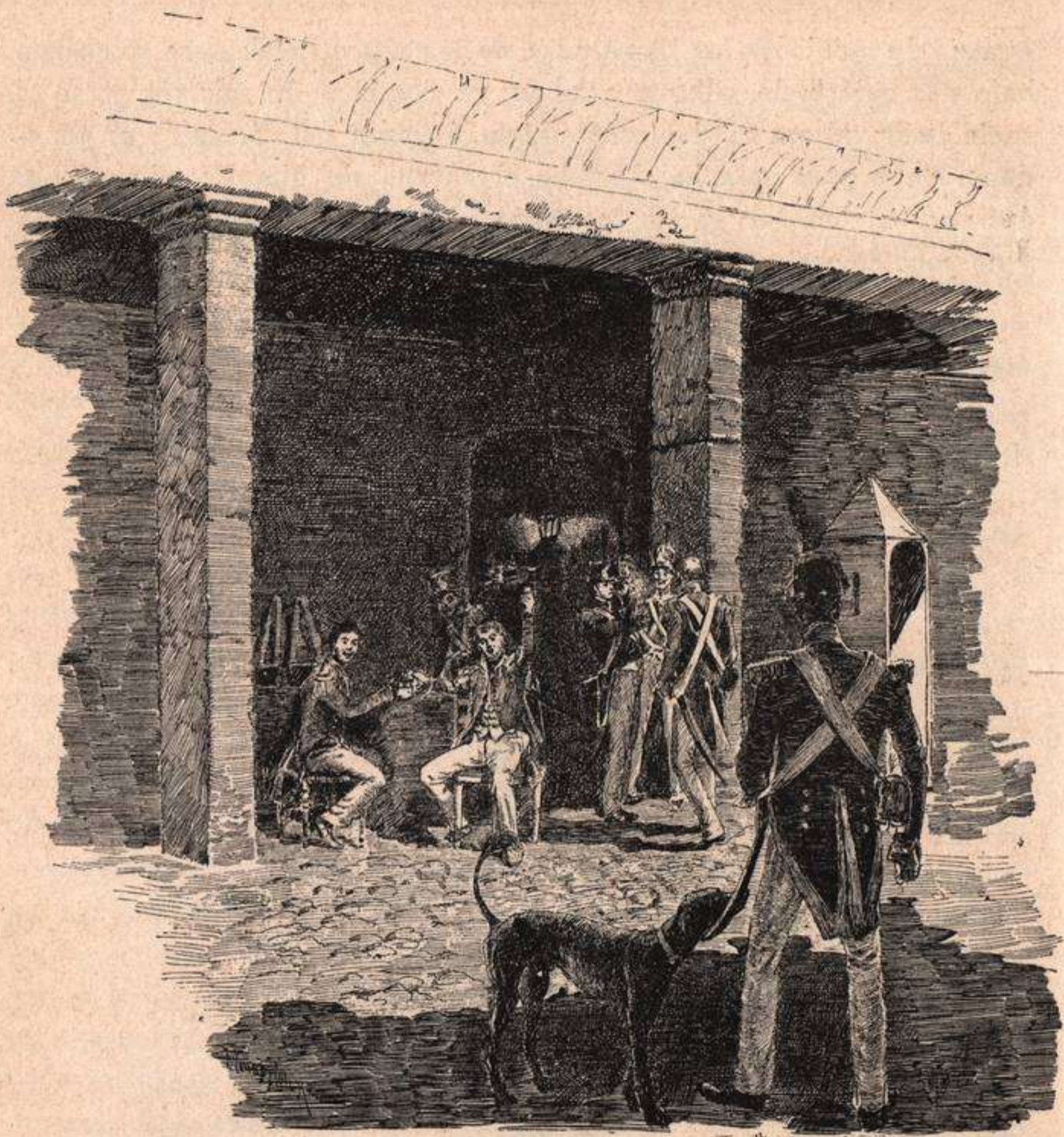
Verdad es que con tantas ocupaciones fuera de casa, más de un hogar estaba abandonado, muchas herramientas rodaban mohosas por el suelo, los chicos no iban á la escuela, y el presupuesto y arreglo domésticos se resentían notoriamente. En regiones más altas advertíase que muchos libros habían sufrido la infamante pena de horca; en diversas oficinas bostezaban cubiertos de polvo los expedientes, y en no pocas casas de comercio los géneros y las cuentas se resentían de falta de uso. En cambio bastantes jóvenes de elevadas familia habían moralizado sus costumbres, trocando las calaveradas dispendiosas por la holgazanería disciplinada de las formaciones y de las guardias, lo cual ciertamente era una ventaja. Se habrá comprendido por estas observaciones, que la Milicia Nacional de entonces no era, como alguien puede creer, un organismo militar formado con carne plebeya y artesana, sino que todas las clases sociales habían puesto en ella su magra y su tocino. Jóvenes de la clase media y de las familias más distinguidas se honraban con el uniforme de la M. y la N.

No puede darse heterogeneidad más abrumadora que la de aquella sociedad política. El Rey era absolutista, el Gobierno moderado, el Congreso democrático; había nobles anarquistas y plebeyos serviles. El ejército era en algunos cuerpos liberal, en otros realista, y la Milicia abrazaba en su vasta muchedumbre todas las clases sociales. Sólo la Milicia era lo que debía ser. Ya se verá también que era la que más valía.

Hacían la guardia los milicianos en diferentes puntos. Visitémosles en uno de ellos, en la Casa-Panadería. Aquel edificio tenía entonces el mismo aspecto de hoy, es decir, que parecía estar roído por los ratones y manchado por las moscas. Su frontis, lleno de figuras al temple, no había palidecido tanto, es verdad, y conservaba algo del rojo subido,

especie de reflejo de las llamaradas de los autos de fé; pero el cuerpo bajo y la galería de sillares estaban ya comidos de miseria, como se suele decir; tal era su deplorable vista á causa del tiempo y el abandono. En la gran sala baja estaba el cuerpo de guardia, el cual era dormitorio, comedor, garito, locutorio, cátedra, café, con mucho de club y no poco de casino, y hasta de lógia, apurando mucho.





## X

**E**RA una noche de fines de Junio clara y tibia. Los milicianos, sentados en banquetas ó en sillas, tenían su tertulia bajo los arcos. Había jóvenes y viejos de distintas clases sociales, divididos en grupos que formara la edad, la simpatía ó tal vez la posición, porque en medio de tanta fraternidad, el principio ecualitario no tenía una aplicación perfecta, como es de supo-

ner, ni se olvidaban los nombres y las fortunas. Más que la gerarquía social era puesto en olvido la militar, porque soldados rasos y oficiales se trataban de tú, bebían en un mismo vaso y cambiaban, partiéndola entre uno y otro, una misma peseta.

—Allí viene el gran D. Patricio—dijo en el principal grupo un mozo bien parecido, con insignias de sargento de granaderos.—¿Á que no saben ustedes qué es lo que le trae tan alterado y furioso?

—Que casi todos los chicos de la escuela se le van marchando. Eso ya lo presumíamos.

—Si no enseña más que tonterías... Se ha empeñado en que la Historia romana ha de ser antes que la escritura. Si quieren ustedes pasar un buen rato, pásense un día por la escuela. Ni en el teatro se ríe uno más.

—Era el mejor maestro de Madrid antes de meterse á patriota—dijo un jovenzuelo, con charretera de teniente.—Mamá ha quitado de su escuela á mis dos hermanitos, Manolo y Braulito, porque iban á casa cantando los versos de *El Zurriago* y no sabían palotada.

—¡Pobre D. Patricio!—exclamó un capitán que ya era hombre mayor.—Pues yo no he quitado á mi chico por... por pereza, porque estas cosas de la Milicia le traen á uno tan preocupado... pero mañana mismo le saco de Roma y Cartago.

—La gran pena de este pobre hombre es que todos sus alumnos se los quita un tal Naranjo, á quien no puede ver ni en pintura, porque es servil, porque enseña por Torío, y sobre todo, porque le quita la clientela.

—Naranjo, Naranjo—dijo el preopinante, haciendo memoria.—Yo he oído ese nombre. ¿Á ver si lo tengo aquí?

Sacó una cartera y á la luz del farol que había en la pared, miró.

—Sí, aquí lo tengo. Buen pájaro... amigo de D. Víctor Saez, el confesor de S. M. y del conde de Moy, coronel de guardias. Hay sospechas de que conspira.

En tanto D. Patricio, que venía de uniforme por estar de guardia aquella noche, habíase unido á un grupo de milicianos de su calidad y estofa, y dejaba oír su grave voz en toda la arcada. Los jóvenes no se volvieron á ocupar de él.

—Más quiero tirar de un carro que ser hurón de conspiraciones—dijo el de la cartera.

Sentándose con muestras de fastidio, encendió un cigarro. Aquel capitán era una figura demasiado grande y luminosa en el cuadro de los sucesos de 1822 para que le dejemos pasar con una simple mención.

Fué su cuna la calle de Toledo, y un comercio de hierro muy acreditado que heredó de su honradísimo padre, y que beneficiado por él, pudo transmitir á sus honradísimos hijos y á sus honradísimos nietos, que fueron años adelante tan milicianos nacionales como él. Más que un hombre, D. Primitivo Cordero era una especie. Su morrión, como las flores que se reproducen de año en año, ha brotado, digámoslo así, en períodos diversos siempre con igual lozanía.

El primer rasgo de su carácter es la hombría de bien y su comercio de hierro un modelo de buena fé y crédito y orden. En sus relaciones sociales jamás engañó á sus semejantes, ni calumnió, ni estafó, ni maltrató á nadie. Si no odiara con toda su alma á los serviles, se le tendría por paloma torcaz antes que por hombre. Con sus amigos es leal y cariñoso, y su opinión de buen muchacho está tan arraigada, que ha llegado á ser dogma de fé desde los portales de Bringas hasta el portillo de Gilimón. En su casa es modelo de padres y esposos. Para que nada le falte hasta es buen católico, y cumple con la Iglesia sin dar que decir al sacristán de su barrio, ni menos al cura, que sabe lo que pesan la cera y las limosnas y las misas del Sr. D. Primitivo Cordero.

El segundo rasgo de su caracter es menos simpático: consiste en la ignorancia. D. Primitivo no ha hecho estudios mayores, por no ser esto costumbre en el género de ferretería y en doscientas varas á la redonda de Puerta Cerrada. No se ha roto Cordero los codos en Alcalá ni en Salamanca, ni en ningún colegió ni seminario; de modo que sus letras son simplemente las del alfabeto. En cambio escribe por Iturzaeta con envidiable perfección; sus trazos son tan elegantes que casi invaden los regios dominios del arte, y su rúbrica, pieza de grandísimo mérito, le envanece no sin motivo, hasta el extremo de que no pierde ocasión de lucirla.

Fuera de esto, D. Primitivo *ignora todo lo ignorable*, según la frase de un contemporáneo suyo, y así como el pájaro no sabe lo que canta, él jamás ha sabido ninguna cosa referente á los sistemas políticos. Tiene ideas confusas, bebidas en una copla de *El Zurriago*, en un discurso de Argüelles y hasta en una frase inspirada de Pujitos; tiene, más que ideas, un sentimiento muy vivo de la bondad de las Constituciones liberales y una fé ciega y valerosa como la fé de los mártires, que desafía las polémicas, que desprecia los argumentos y se dispone á gritar y morir, jamás quebrantada ni disuadida. D. Primitivo Cordero no acierta á comprender que puedan existir opiniones distintas en política: no puede comprender que haya más que una opinión, la suya. De ahí re-



sulta su convencimiento de que los serviles, moderados y clerigones piensan como piensan por interés, siendo todos ellos farsantes hipócritas y egoistas. Para Cordero el mayor beneficio que puede hacerse á la humanidad es obligarla por la fuerza á tener la única opinión posible, su opinión de él, que es la más razonable, la más lógica, la más conveniente. No pensar como él piensa es simplemente obra de la astucia ó del interés bastardo, de lo cual deduce que todos los que no aman el Sistema son unos pillos.

El tercer rasgo de su caracter es una sumisión incondicional á otras personas de más seseras dentro del partido, en tales términos, que él no hace sino lo que ellos hacen y dice todo lo que ellos dicen. D. Primitivo, en los tiempos de 1822, ó sea en su primera encarnación, tenía por oráculo al jefe político *Tintín de Navarra*. Le ayudaba, le servía, le formaba en unión de otros buenos comerciantes de la calle de Toledo, una pequeña corte, ó más bien una de esas comparsillas que rodean á los personàjes de segunda y tercera magnitud.

El cuarto rasgo de su caracter en todas las encarnaciones de D. Primitivo Cordero es cierta templanza de hombre establecido y bien acomodado. Detesta las exajeraciones y el derramamiento de sangre. Ha oido hablar de una cosa nefanda, la revolución francesa, y le parece execrable; ha oido hablar de un hombre espantoso, Marat, y le parece un mónstruo, que mandaba matar gente por gusto. Él no quiere que en su país pasen estas cosas, y opina que para convencer á los reacios, deben emplearse, cuando más, algunos palos bien dados.

El quinto rasgo (porque son cinco) de su caracter es una gran predilección por la forma, dándole más importancia que al fondo. En la Milicia, por ejemplo, lo principal es el uniforme, en el Gobierno las palabras, en la política general los himnos. Un viva dado á tiempo, un pendón bien tremolado, parécenle de más poder que todas las teorías. Él cuenta siempre con un agente de gran valía para resolver todos los conflictos políticos, el entusiasmo; así es que casi siempre está entusiasmado. Hé aquí una cosa en que no se equivoca el bueno de D. Primitivo Cordero. ¡Desgraciada sociedad la que desconoce el entusiasmo! Esto es evidente; pero al mismo tiempo debe advertirse que ni aun este noble estado del ánimo que dispone á las grandes acciones, está libre de extravíos, y que entusiasmarse fuera de tiempo y por cosas que no lo merecen, no es de hombres sesudos ni de graves políticos.

La persona de este excelente hombre era en los días de su primera encarnación, bastante agradable. Gallarda figura, en la cual encajaba

el uniforme á maravilla; mirada perspícua, mas no como de quien ve sino de quien cree ver lo oculto de las cosas; semblante varonil, algo petulante, con bigotes largos (pues los de moco no los llevó hasta su segunda encarnación); andar precipitado, arrastrando con horrísono repiqueteo marcial el sable, como quien va siempre de prisa á comunicar algo importante; voz sonora y cierto sentimentalismo en su conversación, como quien está dispuesto á llorar dando un *viva*, ó á hacer pucheros cantando un himno; cierta disposición á la fraternidad, cierta generosidad áun con los enemigos; buena fé y lealtad, además de otras cualidades, completaban su persona en lo físico y en lo moral.

Era, además, hombre que gustaba de hablar en las esquinas y en los cafés misteriosamente, cuando topaba con sus amigos, de dar noticias á medias para confundir á las gentes, de no reconocerse nunca ignorante de ningún suceso, de dar á entender siempre que iba á pasar algo funesto, sólo sabido por él y por *Tintín*; gustaba también de afectar el conocimiento de todas las tramas de los pillos, y siempre estaba de prisa, siempre comía á escape, siempre le apretaban las ocupaciones, siempre le estaban aguardando, siempre iba á casa del jefe político ó al Ayuntamiento ó á otra cualquier parte donde debía de ser imprescindible su presencia. Ni más ni menos era D. Primitivo Cordero.



## XI



RABAJO es andar tras los conspiradores—le dijo el joven teniente.—Ahí tiene usted, amigo Cordero, una cosa para la que yo no sirvo.

—Yo tampoco, ni es de mi agrado—añadió el capitán;—pero San Martín se empeña en que lo haga, y no le puedo desairar. Es preciso que todos trabajemos por el Sistema. ¡Y el Sistema peligra, señores!

—¡Vaya que si peligra!—dijo el jovenzuelo á quien llamaban el Marquesito, por ser hijo de un marqués.—El Sultán conspira ayudado por el Tamerlán de Francia, y dicen que Bayona es una fragua de conspiradores.

—Me han dicho—manifestó un tercero que no era más que sargento,—que allá corre el dinero que es un gusto. Mataflorida, Eguía y Morejón son los agentes que manejan las partidas realistas del Norte. Esto se va poniendo muy malcarado.

—Ya, ya se tomarán medidas, señores—dijo Cordero con aplomo.—Los *siete carbuncos* son buenos sastres. Si creen ustedes que el Gobierno duerme, se equivocan. El Gobierno sabe todo lo que se trama.

—Pues yo—dijo el sargento,—no doy dos cuartos por lo que hagan los *siete carbuncos* (\*). Todos sabemos que Madrid mismo está lleno de agentes que entran y salen. El Rey manda sus soplones al Norte y el Norte envía sus correveidiles al Rey.

—Madrid lleno de agentes; ¡pero si ya lo sé!... Tanto romperle á uno

---

(\*) Los Ministros.

la cabeza con los agentes—exclamó Cordero.—¿Habrá alguien que lo sepa mejor que yo? Si les conozco á todos, como á los dedos de mi mano.

—¿Pues por qué no les prenden?

—Ya caerán. No se irá la fiesta por el repulgo.

—¿Y quién duda que los zurriaguistas y toda esa canalla exajerada, lo mismo que esos que han formado la *tertulia de los virtuosos descamisados*—dijo el Marquesito,—reciben también dinero de Palacio?

—Ya eso es más difícil de probar.

—Megía está vendido á los realistas. Por cada insulto le dan un duro.

—Sí, podrá ser... no digo que no. El oro de la reacción corre que es un gusto.

Volvióse á oír otra vez alta y sonora la voz de D. Patricio. Se acercaba de grupo en grupo.

—¿Qué me dirán ustedes á mí—objetó D. Primitivo,—que yo no sepa? Aquí en mi cartera tengo unas noticias que espantarían á ustedes si se las revelase. Pero á su tiempo maduran las uvas y todo se sabrá.

—¿Á qué tantos misterios? La Guardia Real se subleva.

—¿Por orden del Rey?

—Por orden de los agentes de Bayona, que son los que dan el dinero.

—Catorce agentes han llegado á Madrid en lo que va de mes—afirmó Cordero en alta voz,—¿habrá quien me pruebe lo contrario?

—Y yo digo que cuatrocientos—gritó D. Patricio acercándose á los tres jóvenes.

—Siéntese aquí el gran patriota—dijo el Marquesito ofreciendo una banqueta al simpático preceptor.

—Vaya un cigarro—insinuó Cordero ofreciéndoselo.

—No estará de más una copita, ¿eh?—le dijo el sargento.

D. Patricio á nada resistía.

—¡Á la salud del gran Riego y de los redactores de *El Zurriago*!—exclamó después de vaciar una copa.

—Eso último no, canario. Aquí no queremos *Zurriagos*.

—Cada uno le reza á sus santos. Dicen que los *zurriaguistas* están vendidos al oro de Palacio; pero yo digo que quien se vende es el Gobierno; ¿estamos?

—Falta probarlo.

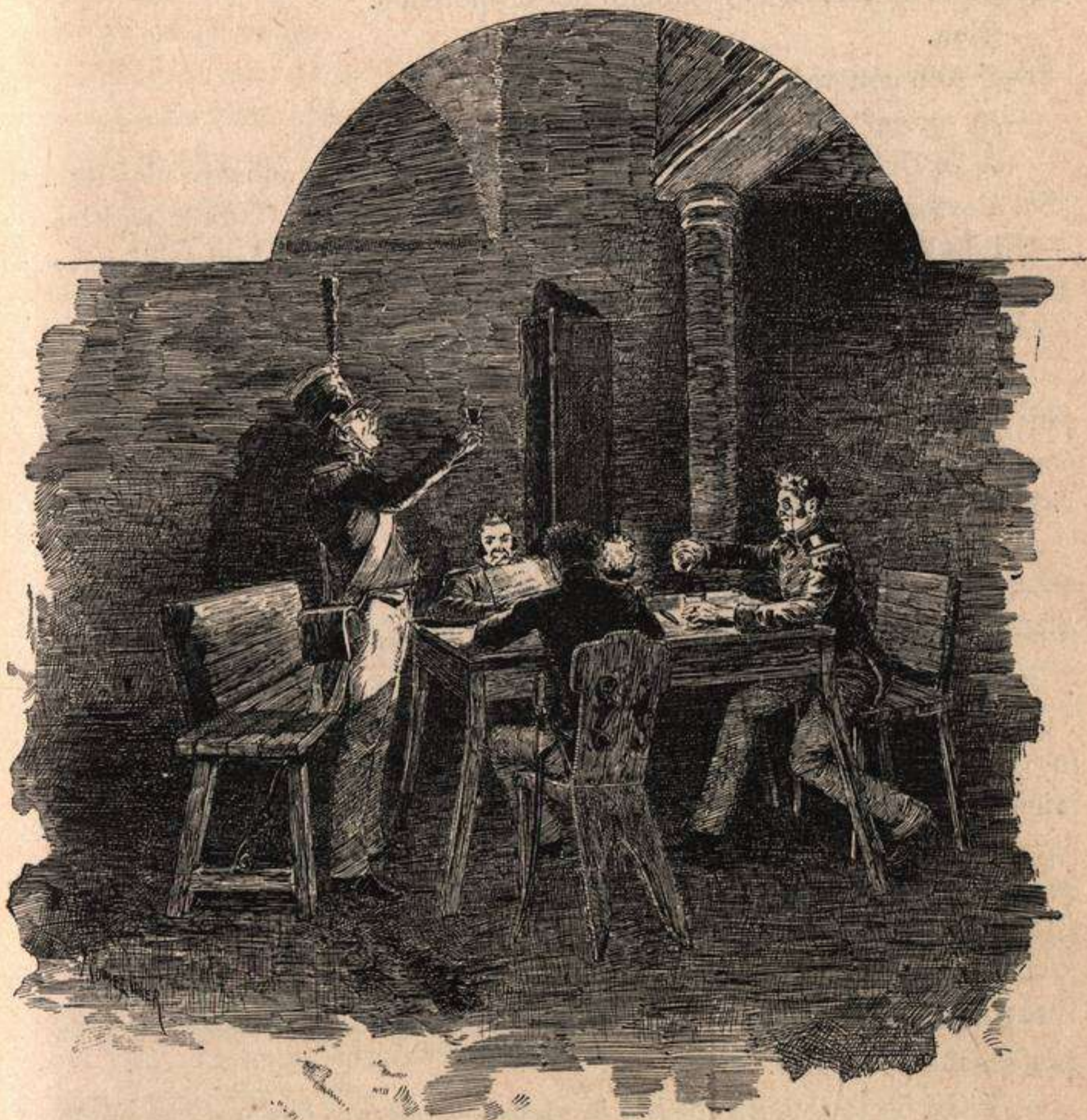
—Yo no pruebo nada.

—Mas que el vino.

—Todos ustedes—añadió el preceptor, dirigiéndose con gran énfasis

á D. Primitivo, — están con los ojos vendados. ¿A qué hablar de agentes venidos del Norte si los han visto como yo á los Reyes Magos?

—¿Cómo se llama aquel de quien me habló usted aquí, y cuyo nombre no recuerdo?—preguntó Cordero sacando su cartera.



—D. Anatolio Gordón... Apunte usted ese y servirá de algo.

—Ya está.

—Es alférez de la Guardia, y antes de llegar á Madrid escribió una carta que vino á parar á mis manos.

—Y que usted leyó.

—Yo no abro cartas ajenas, ¡chilindrón! aunque en ello me vaya la

vida—afirmó D. Patricio con dignidad.—Pero sin abrirla sé lo que contenía... El buen sastre conoce el paño. Tengo yo mucho ojo.

—¿Y qué contenía?

—Avisos, planes, quizás estaría en cifra. No es preciso quebrarse los cascos para comprender, señores, que dentro de aquella epístola se encerraba el mónstruo hediondo del despotismo.

—Bien.

—Y sólo con ver á quién iba dirigida...

—¿Á quién?

—Á D. Urbano Gil de la Cuadra... puede que no le conozcan ustedes... ¡Ya! á estos chicos de teta hay que enseñarles el A, B, C, de la política. —Gil de la Cuadra fué compañero del cura de Tamajón. Ambos hicieron aquel horrendo plan... ya saben ustedes.

—¡Sí, ya sé! Estuvo preso.

—Pero se escapó, y como nuestros Gobiernos de mantequillas protejen á todos los tunantes, y basta ser realista para ser mimado y recibir confites, Gil de la Cuadra volvió á Madrid y ahí está haciendo su santa voluntad y riéndose de ustedes. ¡Por los clavos de la chilindrana!...

Cordero apuntó.

—Basta saber dónde vive para comprender que no se ocupa, como el diablo cuando no tiene que hacer, en matar moscas con el rabo.

—¿Y dónde vive?

—En casa de Naranjo, hombre de Dios. Vaya unos amigos que tienen los *carbuncos*. No saben más que farandulear con los uniformitos, y mientras el enemigo nos mina el terreno, ellos se ocupan en retorcer el bigotejo lleno de pomada. ¡Qué amigos tiene el Gobierno! Será preciso que nosotros los zurriaguistas, nosotros los locos, los furiosos, los descamisados, los republicanos, les digamos dónde está el lobo.

—¿En casa de Naranjo?

—Hombre abominable—dijo el Marquesito con sorna,—hombre feroz que enseña por Torío.

—¿Y Gil de la Cuadra recibió la carta?—preguntó Cordero, mojado el lapiz en la punta de la lengua.

—Y después que la recibió, salió... yo acechaba, señores, porque me ocupo de estas cosas, aunque *Tintín* no me pide su parecer... Pues bien, Gil de la Cuadra salió, y con todos los guardias que encontraba al paso hablaba, ¿eh? Después fué á la Cuesta de la Vega y entró en el cuartelillo de Palacio.

—Donde está el primer batallón.

—Pues no hallo en eso nada de particular—dijo el sargento.

—No... ustedes en nada hallan nada de particular. Cuando reviente la mina veremos si hay algo de particular. Si esto fuera pintar la mona les sorprendería á ustedes, pero esto es indagar, inquirir, vigilar á esa canalla...

Cordero apuntó otra vez.

—¿Y ese Naranjo?...

—Es el íntimo de D. Victor Saez, que va á su casa todas las noches.

—¿Le ha visto usted?

—Como que no ceso de acechar la casa.

—¿Y el guardia?

—¿Gordón? Va también todos los días dos veces. Él ha de ser quien alcahuetea con sus compañeros. Gil de la Cuadra ha de ser el director. Pues no tiene poco intríngulis ese señor. Si le conoceré yo que he sido su vecino.

—Estos datos pueden ser de mucho valor, si se confirman con otros más positivos.

—Ustedes... ya se sabe—dijo D. Patricio amostazado,—no creen en el peligro hasta que lo ven encima, no creen en el fuego hasta que se queman. Cuando vean que en menos que canta un gallo todo se lo come un perro, dirán: “¡oh, qué tontos hemos sido!”, Estéense como ahora, y ya verán. Los serviles nos harán largar la pellica en la plazuela de la Cebada, y entonces ya no habrá tiempo más que para dar un *viva* á la libertad con el último respiro. Bien vamos, bien, en manos de *Rosita la Pastelera* (\*)... Guerra y exterminio á los exaltados, gorros, descamisados y zurriaguistas, que quieren poner la república y desacreditar el Sistema, eso es: en cambio paz y protección á los serviles, á los criados de Palacio que están conspirando, á los cortesanos del 14 que aborrecen el Sistema. Para esos, cortesías y tolerancia; para nosotros, palos y cárceles. Muy bien, Sr. Cordero, muy bien se portan los amigos de usted. Por este camino pronto medraremos. ¿Sabe usted lo que pasa en Aranjuez, donde está la Córte?

D. Patricio, al hacer esta pregunta daba á su rostro la expresión de un nigromante que va á revelar secretos terribles.

—No sé que pase nada de particular—repuso Cordero.

—Ya... nada de particular. De modo que donde meten el rabo Infantado, Amarillas y Montijo, ¿no pasa nada de particular? Y donde hace

(\*) D. Francisco Martínez de la Rosa.

sus guisados Rosita la Pastelera, ¿no pasa nada de particular? Dónde está bulle que bulle la cuadrilla de anilleros, afrancesados, serviles, ¿no pasa nada de particular? Sí, porque el emperador de la China, *Tigrekan* (\*), está mano sobre mano. Y sus hermanos el príncipe *Alfeñike* (\*\*) y el príncipe *Pakorríto* (\*\*\*) tampoco hacen nada. No se conspira, no se tiene todo preparado de acuerdo con el infame Ministerio pastelero para acuchillarnos á los libres y proclamar el absolutismo. No; si no ocurre nada, si estamos en una balsa de aceite, si marchamos, marchamos, ¡re-chilindrones! y él el primero por la sendita constitucional, si los guardias nos quieren mucho, si el Abuelo y D. Santos y el Trapense y Jaime el Barbudo son nuestros espoliques, si la clerigüecía nos mima y es capaz de jugar los Kiries por obsequiarnos...

—Se conspira contra el Sistema—dijo Cordero con hinchazón;—hay mucha pillería en Madrid y en la Côte, ya lo sabemos. ¿Pero quién tiene la culpa sino los anarquistas con sus escándalos?

—Eso es, nosotros, todo nosotros. Nosotros somos peores que Tintín y que *Tigrekan* y que *Trabuco* (\*\*\*\*), que es cuanto hay que decir—gruñó Sarmiento levantándose.—Cuidado, cuidadito, señores templados, no se nos suba San Telmo á la gabia, y entonces... Puede que nos cansemos de aguantar, ea... puede que algún día se diga: “Vaya, pues ya parió la Pepa,, y entonces se sabrá lo que somos. Con que abur, señores formalitos. Memorias al amigo Tintín, Sr. Cordero, y expresiones á Trabuquito... Yo me voy, que entro de guardia.

—Pues ya se sabe: mañana no hay escuela.

—Me parece natural. ¿Es uno de palo? Desgraciados chicos si no se les da algún descanso.

Un nuevo personaje se presentó en el grupo. Vestía también de miliciano y era pequeño y aventajado, aunque muy vivaracho y flexible. Distinguíase principalmente por el color encendido de su alegre rostro, por su pequeña nariz picuda y sus gafas de oro. Aspecto menos marcial jamás se ha visto; pero tampoco fisonomía más bonachona que la de don Benigno Cordero, honrado comerciante de la subida á Santa Cruz y tío felicísimo de nuestro D. Primitivo.

—¿Qué hay, tío?—le preguntó éste.

(\*) Fernando VII.

(\*\*) El infante D. Carlos.

(\*\*\*) D. Francisco.

(\*\*\*\*) El general Morillo.



—Pasado mañana viene Su Majestad—repuso D. Benigno frotándose las manos.—¿A cuántos estamos?



—Á 26.

—Pues dentro de cuatro días, es decir, el lunes, tendremos gran formación, señores. Con que prepararse.

—¡Gran formación!

—Sí. El día 30 es la ceremonia de cerrar la legislatura. ¿Hay alguno en la compañía á quien falte el uniforme?

—Á ninguno. ¿Con que el día 30?

—El día 30...—dijo D. Patricio dando media vuelta.—¿Formación? Bueno va...

*Tintín* sigue tan ufano,  
y *Trabuco* tan contento...  
Grandes planes se susurran;  
hay varios pájaros presos.

Don *Coletilla* (\*) en Bayona  
está manando en dinero;  
á fuerza de pesos duros  
á media España ha revuelto.

Andan por los barrios bajos  
de la córte muchos cuervos.  
Nos custodian las fronteras  
veinte y cinco mil podencos.

El martillo se perdió,  
los valientes se murieron;  
los gorros, ya no son gorros,  
se van tornando jumentos.

*Tigrekan* salta de gusto  
esperando ser *Rey neto*...  
Parece que estamos tontos...  
la cosilla tiene pelos...

Como recitaba en voz alta estos versos, sus compañeros le hacían coro con risas y agudezas.

---

(\*) Eguía.



## XII

**A**NATOLIO, después que arregló el negocio de su entrada en la Guardia, fué á Aranjuez con la Córte. Gil de la Cuadra, durante la ausencia de su futuro yerno, á fines de Junio, pasaba las horas recordando hasta las más triviales palabras de éste, haciendo cuentas para fijar bien la cifra de su fortuna, y dando consejos á Solita sobre la mejor manera de fomentar las praderas, de gobernar una casa de labor y de hacer manteca.

—Yo estoy cansado de hacer manteca en La Bañeza, donde la hay excelente—le decía;—pero tú, con la magnífica leche de Astúrias, la podrás obtener mejor.

Soledad, por darle gusto y tenerle contento, afectaba tomar con calor estos temas. Suegro y yerno habían concertado la boda para los primeros días de Julio, y no había que pensar mucho en los preparativos, porque todos podían hacerse en un día. Los referentes á la documenta-

ción ocuparon durante un par de semanas á D. Urbano, que se consagraba á esta dulce tarea con tanto júbilo como cuando se casó por primera vez lleno de dulces ilusiones.

Un día, mientras su padre escribía alguna cartas, Soledad salió. Iba por la calle con la vista fija en el suelo, sin reparar en nada de lo que á su vista ofrecía Madrid en tiendas y gentío á la mejor hora de la mañana. Pero á pesar de su abstracción, no se equivocaba de camino, y seguía derecha y sin vacilar calle tras calle, hasta que llegó á la casa del Excelentísimo señor duque del Parque. Ningún obstáculo halló á su entrada, y por fortuna la persona á quien buscaba no tenía á nadie en su compañía. Cuando Sola se sentó junto á la mesa del despacho, su hermano pudo observar en ella una palidez y tristeza mayores que de ordinario.

—¿Qué tienes?—le preguntó tocándole la mejilla con las barbas de la pluma.—¿Está ya arreglado el casamiento?

—Ya está arreglado—dijo Sola esforzándose en sonreír.—Pero quiero que me aconsejes tú.

—¿Pues qué, no lo has decidido todavía? ¿Necesitas de mi consejo para tomar una determinación tan buena?

—Sí—afirmó Sola suspirando,—porque según lo que tú me digas, así haré. Sería una falta muy grande que no te consultara para todo, después de lo que has hecho por mí.

—Soledad—dijo el joven con gravedad,—te considero como una hermana, te quiero como una hermana. Si hubiéramos nacido de una misma madre, no me interesaría por tí más de lo que me intereso. Pues bien; mi consejo de hermano es que te cases sin vacilar.

—Bueno, bueno... yo quería saberlo; quería que me lo dijeras así, terminantemente.

La voz de Sola temblaba, y sus palabras salían, como el trino musical, en sílabas aperladas, cristalinas.

—Pero me parece que no estás contenta—continuó Salvador dejando la pluma y apartando el papel.—Vamos á ver, querida, ¿no dices que tu padre desea que te cases?

—Lo desea tanto, que se volvería loco ó se moriría de pena si no me casara.

—Entonces...

—Yo estoy decidida á hacer el gusto á mi padre; pero quería saber si tú aprobabas mi resolución. Por esto conocerás el gran respeto que te tengo.

—Dejémonos de respetos. Tú te casas simplemente porque de este modo haces feliz al pobre Sr. Gil, y no por otra razón.

—Ni más ni menos.

—Eso quiere decir que no amas al que va á ser tu marido.

Salvador le clavó los ojos con tanta fijeza, que Sola se turbó más.

—Si he de decirte la verdad, Salvador—dijo sonriendo con gracia,—no le quiero mucho. ¿Por qué he de ocultártelo, por qué no te he de decir la verdad á tí, hermano mío, á tí, á quien debo la vida cien veces?...

Monsalud estuvo meditando breve rato.

—A pesar de eso—dijo al fin,—yo creo...

—¿Qué?

—Que debes casarte. ¿No dices que tu padre se volverá loco ó se morirá si no le obedeces?

—Seguramente, y le obedeceré. Sólo pensar lo contrario me da miedo.

—Entonces no me pidas consejo.

—Es que si tú...

Soledad se sofocaba. Necesitaba tomar aliento á cada palabra.

—Es que si tú me aconsejaras otra cosa, hasta sería capaz de no hacer lo que mi padre desea. Se enojaría por algún tiempo; pero ya buscaría yo el medio de contentarle.

—No puedo aconsejarte tal cosa—dijo Salvador seriamente.—Respóndeme con franqueza. El lugar que en tu corazón le corresponde á ese señor primo, ¿se lo has dado á otro?

Soledad vaciló un instante y se puso como la grana.

—Á nadie.

—Entonces, hija—dijo Monsalud apartando la vista de su hermana para fijarla en lo que escribía,—todo es cuestión de un poco de tiempo. He visto á tu primo, tengo antecedentes de él y respondo de que le querrás mucho. No te apures.

—¡Oh! eso sí: es un buen muchacho.

—Y en esta oficina hay datos para creer que es honradísimo. Aquí estuvo á solicitar del señor que le abonara unos créditos... Ya sabes.

—Sí.

—El duque vacilaba. Yo pedí informes á un mayordomo asturiano que vino á traer cuentas, y en virtud de las buenas noticias que me dió, aconsejé á Su Excelencia que accediera á la petición de tu marido... ya se le puede dar ese nombre.

—¿Y ha consentido el duque?

—Sí: cuando vuelva tu primo de Aranjuez le daré esa buena noticia.

¡Ah! pobrecilla: bien puedes decir que se te ha entrado la fortuna por las puertas. Anatolio es un joven agradable, bueno, sencillo, honrado, trabajador, leal. Además posee regular fortuna. Tu situación y la de tu padre son tales que podeis considerar esto como una bendición de Dios. No son otros tan afortunados. Sola, no desprecies lo que te da la mano de Dios, no tengas soberbia, no vaciles.

—No, si yo no me quejo—respondió la muchacha con turbación.—Si no digo nada; si estoy decidida á casarme. Ya te lo dije al entrar aquí. Mi padre lo quiere y basta... Pues no faltaba más.

—Y no sólo porque lo quiere tu padre, sino porque te conviene, Sola, porque este favor del Cielo excede á cuanto podías apetecer... Díme, ¿qué encuentras en Anatolio que no te agrada? Yo le encontré bien parecido, simpático, y su franqueza y lealtad me cautivaron.

—¡Oh! á mí tambien... no me desagrada—dijo Sola tratando de aparecer serena.

—¡Si vieras con cuánto interés le miraba yo! Le miraba como á persona que va á entrar en mi familia, y observándole decía para mí: "Como no hagas feliz á mi pobre Sola, ya te verás conmigo..."

—Si él hubiera sospechado quién eres tú, es decir, que eres mi hermano, que me das limosna...—indicó la joven.

—¡Oh! cualquier sospecha de este género le habría sentado muy mal. Es difícil hacerse cargo de las circunstancias en que nos hemos visto tú y yo... Cualquiera pensaría mal de mí y peor de tí, Solilla.

—¡Valiente cuidado me daría á mí de que pensaran algún disparate!

—Pero ya debemos estar tranquilos. Muy pronto tú no necesitarás de mí. Yo te aseguro que lo siento.

—Y yo también—replicó ella maquinalmente.

—Ahora son más peligrosas que nunca estas entrevistas nuestras—dijo Salvador con distracción.—¿No te parece? Figúrate que alguien le dijese á tu primo...

—¡Oh! Sí... Ya te comprendo.

—Hay que tener circunspección. Querida hermana, no vuelvas aquí.

La querida hermana sintió una puñalada en el corazón.

—Sí... es verdad—dijo balbuciendo.—Yo había pensado lo mismo. No debo volver, no volveré más.

—¡Qué triste es para mí tener que hablar de este modo! Creo que te echaré de menos, querida Sola, y que los momentos que has pasado junto á mí en este gabinete y junto á esta mesa no se me olvidarán mientras viva.

Solita, á pesar de su aparente timidez y dulzura real, no carecía de valor. Las desgracias de su vida habían dado singular temple á su corazón, y sabía ponerse á la altura de las circunstancias. Pudo, pues, alzar la frente con despejo, sonreír cariñosa aunque serenamente á su hermano y decirle estas palabras:

—¿Y á mí podrán olvidárseme los beneficios que me has hecho? ¿Podrán olvidárseme las atenciones que has tenido conmigo y tu empeño de llamarme hermana y tratarme como á tal? No se ven en el mundo muchos ejemplos de caridad tan grande ni ejercida con tanta nobleza, con tanta delicadeza.

—No he hecho por tí sino lo que debía. Tú te mereces mucho más. Pero el poco tiempo que nos queda para estar juntos no le empleemos en estas tonterías. Piensa que ahora nos vamos á separar, quizás para siempre. Sabe Dios cuál será el destino de cada uno. Probablemente tú serás feliz; vivirás contenta al lado de tu marido, que es un bendito, y de tus preciosos niños, (porque tendrás hijos) disfrutarás un bienestar tranquilo, sin ambición, sin cuidados, mientras que yo...

—Tú no eres feliz porque no quieres. No veo yo que te falte nada.

—Me falta todo—dijo Monsalud con tristeza.—Tú, amando tranquilamente á tu marido (porque le amarás, puedes estar segura de ello), rodeada de los hijos que has de tener, y al lado de tu padre, que vivirá todavía algunos años, puedes hallarte en la plenitud de sus sentimientos puedes estar satisfecha, saciada, que es como si dijéramos, con todas tus ideas realizadas, con tu vida llena hasta los bordes, sin ningún vacío. En mí, querida Solita, todo es vacío.

—Esto sí que no lo comprendo. Será porque tú lo quieres así—dijo la muchacha fijando la vista en varios objetos que había sobre la mesa y moviendo otros con su inquieta mano.

—No, no es fácil que lo comprendas. Dices bien. ¡Tú, por tu dicha, tienes una naturaleza tan distinta de la mía!... ¡Qué feliz es ser así! Tú tienes resignación para soportar las contrariedades; tú tienes una acendrada fé cristiana, que yo, por mi desgracia, no tengo; careces de pasiones exaltadas; tus sentimientos son tranquilos, fríos, dóciles, es decir, que haces de ellos lo que quieres; los míos son ardientes, furiosos, tiranos, es decir, que me esclavizan y juegan conmigo. Tus aspiraciones, en la esfera de los sentimientos, son razonables, proporcionadas á tí misma, á tu estado, á tus circunstancias; las mías son absurdas casi siempre, contrarias al buen sentido y á las leyes del mundo. Tú amarás á quien debes amar; yo siento atracción tan irresistible hacia lo imposible, que

me estrello, sí, querida mía, me estrello, (no encuentro otra palabra) contra unas murallas altas y negras que me cierran el paso por todas partes. Tú descansarás en el cumplimiento de tu deber, confiada, tranquila, con el corazón y las ideas dentro de lo que yo llamo la medida social; yo estoy siempre fuera de la ley; yo siempre estoy en revolución; yo siempre vivo en un mundo, pienso en otro y siento en otro, sin poder jamás hacer de los tres uno solo.

Soledad habría podido decir mucho sobre aquel tema; pero por lo mismo que podía decir mucho, no dijo nada.

—Aquí tienes la diferencia que hay entre los dos—continuó él;—tú estás cortada para la felicidad, yo para la desgracia. Si algún día llegan á tí noticias de mí...

—¿Pues qué, te vas?—preguntó Sola con viveza, frunciendo el ceño.

—Mi pobre madre enferma me detiene aquí; que si no... Yo no puedo vivir en este país.

—Que es el mejor de los países. No, hermano, tú no debes salir nunca de aquí, donde tienes tantos amigos.

—Hermana, no digas que se puede vivir en una sentina de envidias y miseria. Si al menos esta fuera grande para poderse uno mover; pero no puede haber un muladar más pequeño. Yo estoy decidido...

—¿Á marcharte?

—¡Á América!—dijo Salvador con entusiasmo.

—¡Oh, qué disparate!

—Cuando me quede solo, me marcharé para no volver más.

—¿Pero tú puedes estar solo alguna vez? No, no lo estarás. ¡Qué horror! ¡Á América, tan lejos; con el mar, un mar tan grande por enmedio!

—¡Ojalá fuera mayor!... Pero aún nos hemos de ver antes de que te cases. ¿Cuándo te casas?

—Lo más pronto posible—respondió Sola enérgicamente y con rápida voz, que indicaba la rapidez de la idea.

Ella también quería poner su mar por enmedio.

—Te veré quizás—dijo Monsalud distraído y mirando el reloj que en la pared de enfrente había.—Y si no, el mismo día de la boda estaré en la iglesia.

—Eso no podrá ser.

—¿Por qué no?

—Porque no es conveniente. ¡Qué cosas tienes!

—¿Y si á mí se me antoja?



—No te acordarás de ir.

—¿Que no me acordaré?

—No te acordarás—dijo Sola enredando en la mesa no ya con una mano sino con las dos,—porque eres muy distraído. El otro día dijiste que irías á pasear por San Blas y no fuiste.

—¡Oh! tuve que hacer.

—Es que no te acuerdas, se te van las ideas de la cabeza. Estás siempre distraído, pensando en las nubes de antaño.

—Naturalmente en algo ha de pensar uno—dijo Monsalud riendo.

—Es que tú te ocupas poco de lo que tienes delante, de lo que ves con los ojos de la cara. Tu pobre madre está disgustada, porque ahora, según dice, te ve más distraído que nunca.

—¿Distraído?

—Más enamorado que nunca habrá querido decir. Esa es tu enfermedad.

—¿Ahora más que nunca, dice mi madre?

—Ahora más que nunca, te hablan y no entiendes, miras y no ves. Así me lo dijo Doña Fermina. Tienes la cabeza llena de vapores; pero tan llena, que no existes más que para la persona desconocida que te ha puesto de este modo. Para nosotros no eres más que una sombra.

—¿Eso dice mi madre?—preguntó el joven riendo.

—Y yo también lo digo.

Esta última observación no la oyó Monsalud, estaba profundamente abstraído, con la vista fija en el reloj.

—Adios, Sola—dijo de repente,—Es preciso que te vayas.

—¿Qué hora es?—preguntó la muchacha sintiendo una gran turbación.—¿Esperas á alguien?

—No debes estar aquí más tiempo. Son las doce.

—Soledad dirigió una mirada, la última mirada á los muebles, á los cuadros viejos de batallas, al reloj, al archivo, á los papeles amarillentos, á los legajos polvorosos y demás objetos de aquella estancia que habían sido durante tantos días imágenes halagüeñas en su fantasía y en sus ojos, y que ya no debía volver á ver. Al despedirse de tan queridos cachivaches una piedra de hielo gravitó sobre su corazón.

—Ya me voy—dijo aparentando serenidad.—No te molesto más.

Salvador volvió á mirar el reloj. Estaba pálido.

—Las doce—dijo Solita.

—Sí, las doce, y...

Monsalud no se cuidaba de disimular su impaciencia. Soledad le

alargó la mano. Si en aquel momento no estuviera él tan profundamente distraído, si no tuviera, como tenía, el pensamiento y la vida toda en cosas y personas muy distintas de la pobre muchacha desvalida que estaba allí, habría visto en ella seguramente algo digno de llamar su atención. Además Soledad desplegaba cada vez más valor, más entereza de ánimo, y había aprendido á cubrir el llanto con la risa.

—Adios, mi queridísima hermana—dijo Monsalud estrechándole las dos manos.

Después la condujo suavemente hacia la salida.

Soledad le dijo adios por última vez y volvió la cara hacia la puerta. Dos pasos más y la puerta se cerró tras ella.

Aunque es cosa averiguada que el corazón no tiene alas, puede y



debe decirse, aceptando la anatomía vulgar, que á Solita se le cayeron las alas del corazón. Salió á la calle sin ver portero, ni portal, ni puerta, ni calle. Ella no veía más que su propia alma, que en aquellos instantes se le presentaba clara y completa con la lucidez que da el dolor. Dió algunos pasos sin saber á donde iba; pero las rejas de la habitación donde había estado dijeron algo á su entendimiento y se detuvo. En el

mismo instante vió una mujer que entraba en el portal de la casa. Corrió hacia allá, volvió á la reja, tratando de mirar hacia adentro con disimulo; pero nada pudo ver. Oyó, sí, una voz femenina, poco agradable por cierto, y al fin pudo distinguir una sombra, un perfil de mujer fea y ordinaria que parecía criada. Entonces apartándose de la reja, corrió hacia la esquina de la calle, donde vió un coche. La inquietud investigadora que la dominaba hizole mirar hacia el interior de la berlina y vió una mujer hermosa. Tan hermosa le pareció que creía no haber visto nunca belleza semejante. Los ojos de la dama y su actitud pensativa y espectante revelaron á Solita algo de lo que deseaba indagar.

No quiso ver, ni oír, ni enterarse de nada más y corrió hacia su casa. Á cada paso aumentaba la populosa grandeza del mundo que dejaba tras sí para siempre, y crecía el árido desierto que tenía delante. Las encantadoras esperanzas que pueblan la vida corrían hacia atrás y á cada paso el abandonado corazón se iba quedando más solo.



## XIII



Al entrar en la calle de las Veneras por la plazuela de Navalon, vió á D. Patricio en la esquina. Vestía de paisano.

—Buenos días, Sra. Doña Solita—le dijo riendo.—¡Qué tarde vuelve la niña! Salió usted hace dos horas. Ya está de vuelta de Aranjuez el joven guardia. Traerá buenas noticias. Dígale usted que estamos preparados.

El irónico acento del procaz viejo no hizo impresión alguna en el ánimo de Soledad.

—Buenos días, D. Patricio—le respondió con indiferencia.

Atendía demasiado á lo interior de su alma perturbada para poder discurrir sobre los móviles que llevaban á Sarmiento á aquellos sitios. Al entrar en su casa, Anatolio salió á recibirla. El rostro del joven irradiaba alegría como el de Febo luz.

—Ya estoy aquí—le dijo.—No dirás que he tardado muchos días.

Solita dijo algo sin duda; pero ella misma no supo lo que dijo. Gordón, tomándole de la mano, la llevó adentro. Gil de la Cuadra se enjugaba las lágrimas que la inesperada aparición de su radiante yerno en el cielo de la casa le había producido.

—Mira, querido Anatolio—le dijo.—Debes de estar muy cansadito. Siete leguas á caballo descoyuntan á cualquiera. ¿Por qué no te echas aquí en mi cama?

—Gracias, tío.

—Hombre, ten confianza. Échate, Anatolio. ¿No te parece, Sola, que debe echarse?

—Sí, que se eche... ¿Con que has llegado?...

—¿No te dijo el corazón que llegaría hoy?...

—¡El corazón!...—preguntó Sola, que creyó se volvía idiota.—No... sí... sí me dijo eso. Siéntate.

—Pero hija, ¿acabarás de dar vueltas por la habitación?—dijo Cuadra riendo.—En resumen: ¿te quitas el manto ó no te lo quitas?

—¡Ah! Sí... creí que me lo había quitado ya.

—¡Qué turbada estás!... Hoy comerá Anatolio con nosotros. Ya empieza á participar de nuestra pobreza... ¡Oh! ¡qué feliz soy, Dios mío!... Dime, ¿qué ha habido de particular en el Real Sitio?

—Cosas estupendas—repuso Gordón haciendo al fin lo que tan reiteradamente le había rogado su suegro, es decir, echándose.—Muchos vivas al Rey absoluto, otros tantos al Rey constitucional, bastantes palos y algunos sablazos. El día de San Fernando un miliciano insultó al infante D. Carlos.

—Sí, ya lo supimos; ¡qué iniquidad! ¡Y no se castigan tales desacatos!

—Su Majestad ha venido esta mañana. Dicen por allá, que día más, día menos, va á haber aquí un cataclismo. Mis compañeros están furiosos y decididos á proclamar al Rey neto. Acabáramos de una vez. Lo que ha de venir, venga pronto.

—Dices bien; pero no te metas en nada, querido hijo. Yo sé lo que es política; sé lo que es conspirar. Mucho cuidado. Sigue á tus compañeros; pero no te distingas entre ellos por un celo excesivo en favor del Rey neto.

—Así lo haré—dijo Anatolio estirándose bien para tocar con las manos la cabecera del lecho. Poco tiempo me queda de servicio. He pedido mi licencia absoluta... Á casa que es madre, á cuidar de mi familia y de mi conveniencia.

—¡Admirablemente pensado y dicho! Vamos á ver: ¿tienes tus papeles corrientes para la boda?

—Todo corriente. Por mi parte... Que mi prima fije el día.

—Que yo fije... ¿que yo fije el día...?—balbució Sola, mirando á su padre.

—Es claro, mujer; que digas: tal ó cual día me quiero casar.

—Pues el día... que ustedes quieran.

—Mañana—gruñó Anatolio.

—Hombre... calma, calma. Fijemos un día clásico, el domingo, ó para el Cármen.

—Muy bien.

Poco después comieron, siendo muy de lamentar que en día de tanta

solemnidad equivocase todas ó la mayor parte de las cosas Solita; ¡ella, que no se equivocaba nunca! Mas el padre, única persona que podía apreciar la singularidad de tales distracciones, no fijó en ellas la atención ó las atribuyó á una causa muy natural. Durante la comida, Anatolio, cuyo caracter había parecido hasta entonces poco comunicativo, empezó á desarrollar una locuacidad tan viva, que no era facil comprender á dónde llegaría por aquel inusitado camino. ¿Era que había envasado en su cuerpo todo el vino que faltaba en la botella puesta con previsorá solicitud á su lado? Tal vez sí, tal vez no. No aventuremos un juicio que podría ser desmentido más tarde por los hechos. Lo cierto es que Soledad no le quitaba los ojos, inspeccionando también la altura cada vez menor del líquido, y la voracidad del alférez, que sin duda llenaba con comida y bebida todo lo que con el gasto de palabras iba quedando vacío.

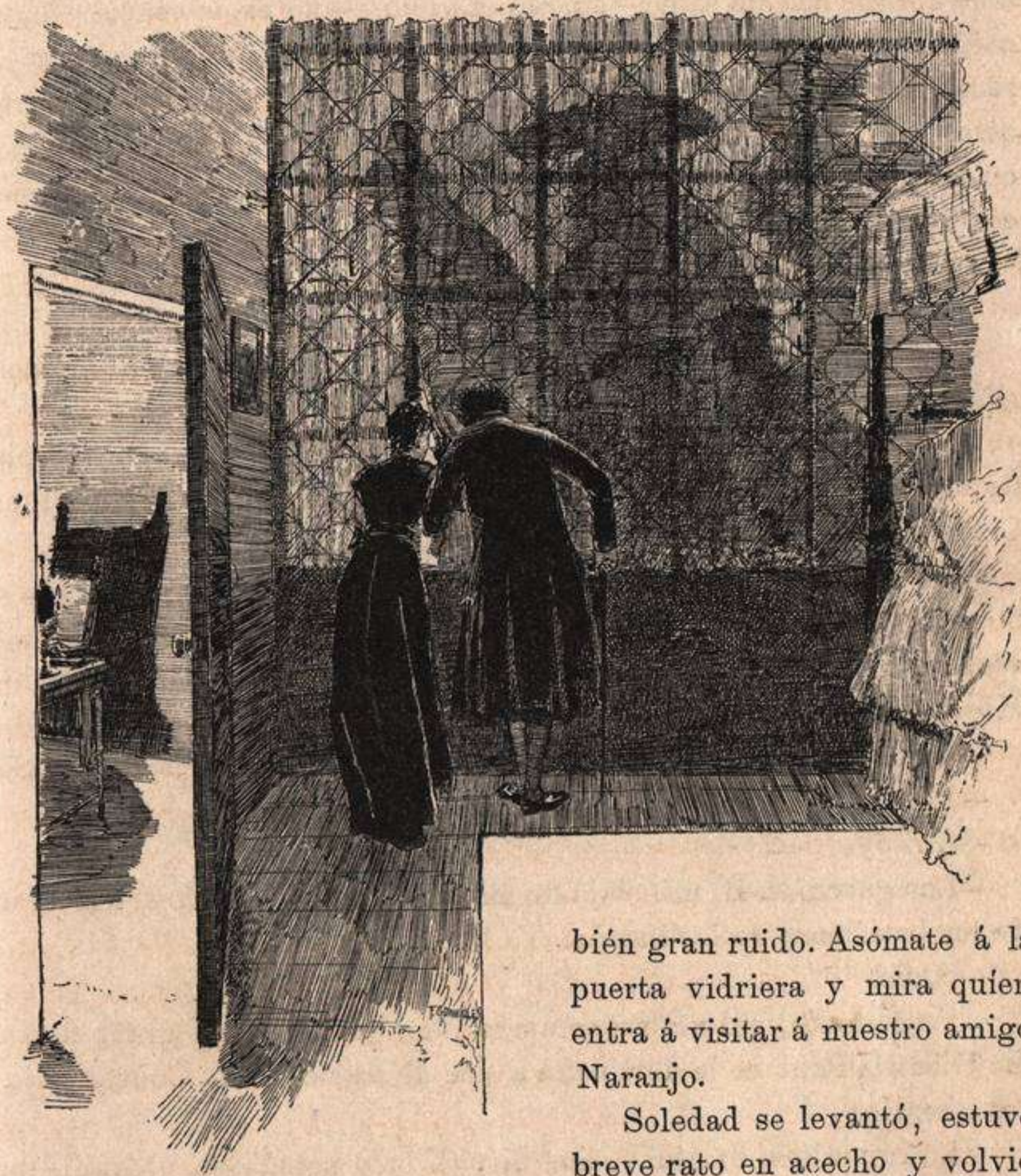
Por la tarde, levantados los manteles, salieron los tres de paseo hacia San Blas, no ocurriendo nada digno de contarse sino que Anatolio (quizás sería ilusión de los extraviados sentidos de Solita) no ponía los piés en el suelo ni sostenía su cuerpo con el aplomo y gallardía propios de un militar. De vuelta en la casa, encendieron luces; Sola tomó su costura, D. Urbano se puso las antiparras y sacando una baraja que en el cajón de la mesa tenía, invitó á Gordón á echar una partida de mediator. Los tres en torno á la mesilla formaban un grupo por demás interesante en apariencia, y que lo hubiera sido en realidad si los tres corazones latieran á compás, y si las tres almas se contemplaran delicadamente la una en la otra sin interposición de imágenes extrañas y sombras proyectadas desde lejos por otras almas.

Durante largo rato no se oyó más ruido que el de la aguja y las frases y términos propios del juego. Á las diez de la noche el cuadro había cambiado. Las cartas estaban esparcidas sobre el tapete; D. Urbano, con los codos sobre la mesa, como un escolar que estudia la lección del día siguiente, leía en voluminoso libro; Anatolio dormía con la cabeza reclinada sobre el hombro, el morrión caído sobre la ceja izquierda, abierta casi de par en par la boca y cruzados los brazos sobre el pecho; Soledad seguía cosiendo con la vista fija en su aguja, las cejas ligeramente fruncidas. ¡Entre las manos y los ojos qué inmensidad de ideas, de figuras, de imaginaciones! ¡Qué contraste entre la rústica beatitud del novio y la silenciosa meditación de la futura esposa.

Á las doce y media oyóse ruido de pasos en la parte de la casa habitada por Naranjo. Como las habitaciones eran tan pequeñas, facil-

mente se comunicaba todo rumor de una parte á otra, y aun podía verse quien entraba y salía. En la alcoba de Gil bastaba levantar el percal rojo que cubría una vidriera para observar á las personas que pasaban de la escalera á la sala de Naranjo.

—Hija mía—dijo el anciano,—parece que esta noche tendremos tam-



bién gran ruido. Asómate á la puerta vidriera y mira quien entra á visitar á nuestro amigo Naranjo.

Soledad se levantó, estuvo breve rato en acecho y volvió diciendo:

—Son tres: los mismos de la otra noche.

—Me lo temía—insinuó Gil de la Cuadra con disgusto.—Esta es una vecindad que no me gusta. Ha entrado también aquel señor...

—¿El eclesiástico gordo? Sí, acaba de entrar.

—D. Víctor Saez—dijo entre dientes el viejo, apartando el libro.

—¿Es el confesor de Su Majestad, padre?

—Chitón... por Dios... silencio, querida Sola—murmuró Cuadra llevándose el dedo á la boca y abriendo con espanto los ojos.—Cuidado con lo que hablas. Figúrate que no tienes ni ojos ni oídos. Hazte cargo de que no viene nadie á la casa del maestro Naranjo.

Soledad recobró la costura.

—Porque has de saber—añadió el viejo,—que estos señores han escogido la casa de nuestro amigo como el lugar menos sospechoso para reunirse y tratar de sus diabluras... Como vivimos solos Naranjo y nosotros, que somos la discreción en persona... Pero yo no me quiero meter en nada... porque esto no tendrá buen fin. Veo, escucho y callo. Créeme: estoy escarmentado de conspiraciones y sé á dónde conducen.

—¡Conspiraciones!

—Chitón... Por Dios y la Virgen, mucho sigilo.

—¿Y para qué conspiran?—preguntó Sola bajando mucho la voz.—¿Para trastornarlo todo, para que todo se vuelva del revés?

Al preguntar esto, el semblante de Sola se había animado y resplandecía con la extraña viveza que dan curiosidad ó interés profundo. Creeríase que un destello de esperanza lo iluminaba.

—Sí, para volverlo todo del revés. Estas cosas, estos planes son admirables cuando salen bien; pero casi siempre salen mal, hijita. En verdad te digo que de buena gana viviría en otra casa... ¡Hola, hola! Más ruido de botas... Sal á ver.

—Otros dos: los mismos que vinieron hace cuatro noches—dijo Sola.

—¿Son los dos altos y bigotudos?

—Sí.

—Los guardias. El más bajo de ellos es el conde de Moy, jefe de uno de los batallones de la Guardia. Ya la tenemos armada.

—¿Qué?

—Pero, tonta, ¿tú no has comprendido? ¡Pues es un grano de anís! La Guardia Real es la destinada á dar al traste con la Constitución y los liberales.

—Los guardias, es decir, Anatolio. ¿Y cree usted que podrán?—preguntó Sola con incredulidad.

—Hija, son muy valientes.

—¿Y en caso de que no puedan, tendrán que huir todos, absolutamente todos, y marcharse de Madrid?

—Un cuerpo tan esclarecido no volverá la espalda.

—¿Y eso será muy pronto?



Soledad mostraba el mayor interés.

—Debe de ser pronto. Es necesario apresurar el casamiento. Quisiera que Anatolio estuviese ya fuera del servicio para esos días. ¡Pobre hijo mío, si le sucede alguna desgracia!

Solita miró á su futuro esposo. Podía haberse creído que aquella mirada era una saeta, porque Gordón se movió en su beatífico sueño, cerró la boca, y llevándose ambos puños á los ojos, se amasó los párpados hasta ponérselos rojos.

—¿Qué hablaban de mí?—preguntó torpemente.

—Vamos, que no has echado mal sueño.

—Si no dormía... Sentí, es verdad, un poco de sueño y cerré los ojos; pero no he dejado de oír lo que hablaban.

—Á ver, ¿qué decíamos?

—Que yo debía haber sido eclesiástico en vez de militar.

—Hombre, ¡qué chuscadas tienes!—dijo Cuadra.

—Si oía perfectamente.

—Por Dios, confiesa que estabas dormido. Si me dejaste á medio juego. Hiciste perfectamente. Ya se ve... Siete leguas á caballo.

—¡Todo sea por Dios!

—¿Sabes que en las habitaciones del Sr. Naranjo—indicó D. Urbano acercando sus labios á la oreja del alférez,—ahí, poquito más allá de aquella puerta vidriera, están tratando de vuestro levantamiento?

—¿De nuestro levantamiento?

—Cabal. ¿Quién creerás que ha venido? El conde de Moy.

—¡Mi jefe!

—Otro señor comandante de guardias, que debe ser Herón, el confesor de Su Majestad D. Víctor Saez, y dos señores más que no conozco.

—¿Conspiración?

—¡Silencio!—dijo Cuadra tapándole la boca con la palma de la mano.

—Pues sí, dicen que nos levantaremos. La Guardia Real no puede consentir que el Rey esté sometido por esa canalla; que gobiernen las Córtes; que los gansos de la Milicia se paseen por las calles hechos un brazo de mar, y que *El Zurriago* y otros papeles indecentes insulten sin cesar á la gente honrada.

—¿De modo que estais decididos? Mira, sobrino, ó mejor dicho, hijo mío, pide tu licencia absoluta.

—Ya la he pedido. Pienso verme fuera antes de que estalle el movimiento que, según dicen, será dentro de no sé cuantos meses.

—Eso es, échate fuera; tú ya has probado que eres valiente.

Soledad volvió á mirar á su primo. No revelaban ciertamente sus ojos nada parecido á la admiración.

—Mi opinión—prosiguió el anciano,—es que no te metas en nada. Haz como yo, que he vuelto la espalda á la política para siempre. Ni siquiera me gusta verte aquí mientras están esos señores tratando sus diabluras. Vistes el uniforme de la Guardia; si algún intruso te ve, pueden sospechar de tí y creer que conspiras.

—Entonces debo marcharme. Además es tarde, y mi prima parece que tiene sueño. No todos tienen la suerte de descabzarlo en una silla.

—Sí, más vale que te vayas... Se me figura que siento pasos otra vez.

—¡Entra una señora!—dijo Sola con el mayor asombro.

—¿Una señora? Esto sí que es gordo. ¿Has dicho que una señora acaba de entrar?

—Sí, padre... Una dama, y por cierto que es joven y hermosa.

La curiosidad impulsó á Gil de la Cuadra á mirar también; pero la señora había pasado ya, y el viejo no vió nada.

—Yo conozco á esa señora—dijo Soledad apartándose de la vidriera.

—¿Tú? ¿Quién es, cómo se llama?—preguntó Gil con mucho afán.

—Eso es lo que no puedo decir. La he visto hoy mismo.

—¿En dónde?

—En la calle, dentro de un coche.

—Pues mira—dijo Cuadra, dando paseos por su habitación y cerrando la alcoba donde estaba la puerta vidriera,—figúrate que no la has visto.

—¿Sabe usted quién es?

—No; pero no ha de ser cosa buena. Mujer que se ocupa en conspirar... ¡Ah, conozco ese perro oficio!

—¿Será alguna princesa?

—Puede ser—dijo Cuadra meditabundo.—La verdad es que no caigo... En fin, olvidemos esto, hijos míos, y no participemos de tales líos ni aun con el pensamiento.

Naranjo entró á la sazón en el cuarto de Gil de la Cuadra.

—Amigo mío—le dijo.—Como su sobrino de usted es nuevo en la casa, vengo á suplicarle que sea discreto.

—¡Oh! descuide usted. Su boca será un broche.

—Es que podía inadvertidamente contar... creyendo reunión casual...

—Ni por pienso. Oígame usted, Sr. Naranjo. Ya sabe usted que no me meto en nada; ya sabe usted que ni aun me gusta tener por vecindad una conspiración. Á pesar de esto, ha excitado mi curiosidad una dama que ha entrado. ¿Querrá usted decirme quién es?

El preceptor se encogió de hombros.

—¿Que no lo sabe usted? No puede ser.

—Esta señora parece que viene comisionada por no sé qué junta que hay no se dónde... y no digo más. Con que silencio, mucho silencio. Cuidado con lo que se habla.

—Ya sabe usted que todos somos partidarios de la buena causa. El uniforme que lleva mi sobrino es una garantía de su prudencia.

—Lo sé; pero ya saben el sobrino y el tío que no han visto nada; que aquí no ha entrado nadie.

—Nadie, absolutamente nadie. ¡Ojalá fuera verdad!

Naranjo volvió á su conciliábulo y Anatolio se despidió hasta el día siguiente.

Gil de la Cuadra, al quedarse solo con su hija, apoyó la sién en la mano derecha y tomó la actitud de quien trata de resolver un grave problema ó acertijo.

—Pues por más que cavilo...—dijo después de un cuarto de hora.

Solita alzó los ojos de la costura para decir:

—Yo también medito en ello, y no puedo...

—Nada —añadió el padre,— no caigo en quién podrá ser esa mujer.

—Pues yo tampoco alcanzo quién podrá ser.

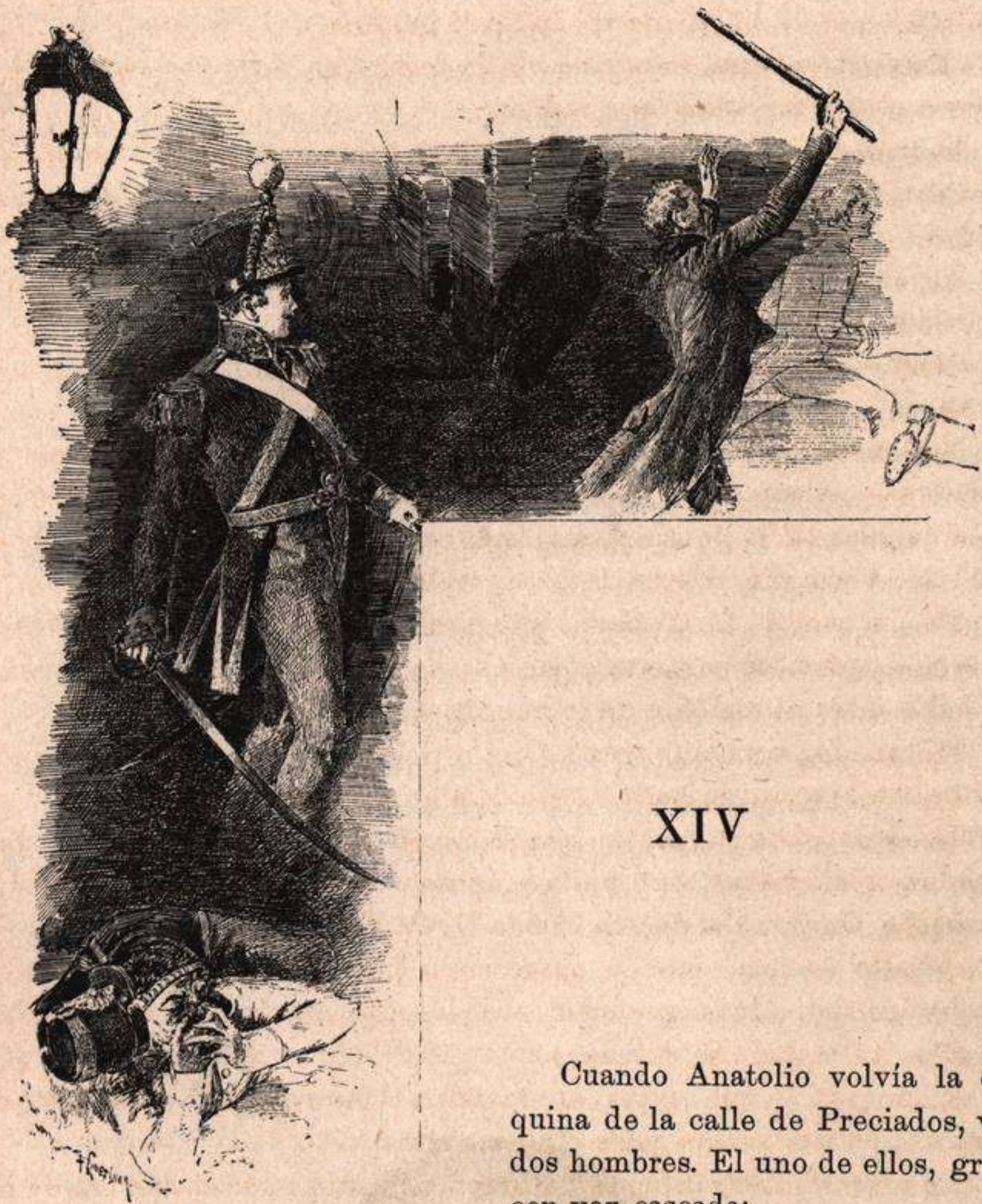
Y media hora después, padre é hija se miraron de nuevo, y el uno preguntó:

—¿Quién será?

Y añadió la otra:

—¿Pero quién será?





## XIV

Cuando Anatolio volvía la esquina de la calle de Preciados, vió dos hombres. El uno de ellos, gritó con voz cascada:

—Ya salió uno. Este es el alcahuete que lleva los recados á Palacio. Gordón se detuvo, dudando que se dirigieran á él. Pero otra voz joven cantó esta copla:

Huye, que viene la ronda  
y se empieza el tiroteo ..  
serviles, á la huronera,  
que os van los gorros siguiendo.

Gordón volvió atrás. Una figura escueta, un fantasmón anguloso,

cuyos brazos se movían en cruz, y en cuyo semblante arrugado y oscuro, brillaban ojos de lince, avanzó hacia el guardia.

—Sigue tu camino, so bruto—chilló como una furia grotesca,—si no quieres que te midamos las costillas.

D. Patricio, pues no era otro, mostró su brazo derecho. Donde éste acababa, tenía principio la desmesurada longitud de un garrote con nudos.

El joven que acompañaba á D. Patricio, y que vestía uniforme de miliciano, se interpuso diciendo:

—Padre, no nos metamos en danzas con esta canalla. Estamos desarmados.

Y al mismo tiempo avanzó su mano hacia el pecho de Gordón, que resueltamente atacaba á Sarmiento padre. El alférez no dijo una sola palabra, blandió la pesada mano como una maza de hierro, á quien el hercúleo brazo dió enorme fuerza y velocidad. El círculo fué breve y rápido. La cara de Lucas Sarmiento estalló con horrible chasquido y su cuerpo desplomóse en tierra como un saco. Bofetada más tremenda no se había dado ni recibido en lo que iba de siglo.

—¡Traición, traición!—gritó D. Patricio agitando el palo y dando saltos, sin avanzar un paso hacia adelante ni hacia atrás.

Lucas revolvía su cara en sangre, no en la sangre trágica de las contiendas caballerescas, sino en la sangre de la nariz que le quedó medio deshecha. Gordón iba derecho hacia D. Patricio para quitarle el palo y rompérselo encima, cuando aparecieron por la plazuela de Navalón arriba dos individuos igualmente armados de formidables porras. Uno de ellos iba vestido de miliciano.

—¡Amigos, á mí!—gritó el maestro.—¡Aquí estoy! ¡Ataquémosle juntos!... ánimo, amigos míos. ¡Que me mata!

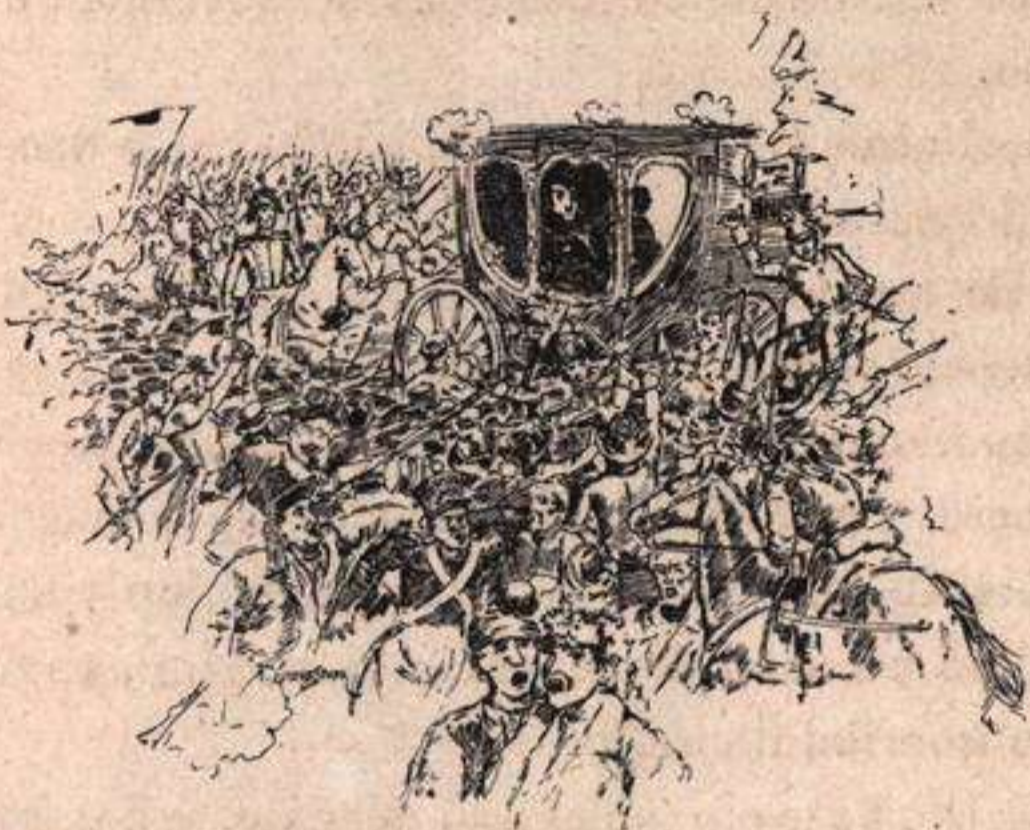
En un instante Gordón se halló comprometido por el número de los contrarios. Tres enormes garrotazos cayeron sobre sus hombros y espalda. Furioso, pesado, rugiente como el jabalí herido, avanzó hacia los apaleadores. Había sacado la espada y se disponía á atravesar al primero que se le pusiese delante. Pero los tres, al ver el acero, volvieron la heroica espalda apretando á correr con tanta ligereza, que el ruido de los piés sobre el suelo alborotó momentáneamente la angosta calle de las Conchas. Por un milagro fisiológico de la Providencia, don Patricio era el que más corría, gritando:

—¡Traición, traición!

Anatolio no era un ciervo para la carrera, merced á la pesadez de su

cuerpo, y se detuvo sofocado y sin aliento en la esquina de la costanilla de los Angeles. Miró en todas direcciones y no vió á nadie. Pero como sintiera ruido de pasos y voces por todas partes, creyó prudente dar por terminada la aventura y envainando su vírgen espada se alejó, dirigiéndose otra vez á la calle de las Veneras y por allí á la de Preciados.

Aquel incidente de poca importancia al parecer preparaba con otros



de igual naturaleza un gran acontecimiento histórico. Las tempestades empiezan así, cayendo ahora una gota, después otra. En los últimos días de Junio las colisiones entre guardias y milicianos eran tan frecuentes, que el vecindario estaba seguro de la proximidad del aguacero. Al día siguiente de la reyerta que hemos descrito, el 30 de Junio, Su Majestad

asistió á la clausura del Congreso. Formaron en la carrera tropa y milicianos, y Fernando pasó medroso, pálido, lleno de recelo, revolviendo los negros ojazos en todas direcciones, para escudriñar los semblantes y sorprender las señales de cariño ó desamor que su presencia ocasionara.

Mudos y recelosos recibieronle los diputados de la minoría, fríos los sostenedores del Gobierno. Con habla turbada leyó su discurso el tirano, acentuando las frases de sumisión al sistema constitucional, y no era preciso ser muy lince para reconocer en él un convencimiento seguro de que aquella farsa debía concluir; pero al través de su disimulo no se veía la esperanza de un éxito feliz.

Al volver á Palacio, los milicianos aclaman la Constitución y á Riego, y una voz atrevida grita en favor del Rey neto. Los chicos cantan el trágala; surge en todo el tránsito infernal algarabía y por entre la multitud, dividida en bandos de netos y zurriaguistas, atraviesa la ultrajada Majestad con el corazón oprimido, compartiendo su espíritu entre el miedo y la rabia. El recuerdo del infeliz Capeto viene á su memoria; pero no siente perder el amor popular, que tan poco le interesa, sino el poder ó quizás la vida. Desde que él logra pisar el umbral del

Palacio, los tambores de la Guardia abofetean á algunos paisanos, se cruzan palos, puñetazos, coces, y varios jóvenes distinguidos vierten en las calles su sangre preciosa. Se crean multitud de cardenales, aparecen rozaduras, magulladuras, protuberancias, y centenares de narices sangran enrojeciendo el suelo. Alguna que otra costilla cruje, rompiéndose, y no pocas encías se ven libres de tal cual muela cariada. Surgen chichones en varias cabezas y algún omóplato se hunde. Esto no es más que un juego de muchachos; pero así suelen empezar los capítulos más importantes de la historia en todas las edades.

Poco faltaba ya para que el sainete se convirtiese en tragedia. Más furiosa cada vez la tropa, cuando Su Majestad entró en Palacio, posesionóse de los altos de la plaza de Oriente, arrojó de allí á un retén de la Milicia voluntaria, y estableciendo una línea desde los Consejos al arco de la Armería, declaróse en abierta y descarada sublevación. Disparáronse varios tiros, y cayeron al suelo siete paisanos y un individuo de la Milicia. Un joven entusiasta, hijo de Flores Calderón, tuvo la malaventurada idea de arengar á los guardias que formaban junto á la casa de Ministerios y fué apaleado cruelmente y acuchillado.

Los tambores tocaban á ataque y los granaderos furiosos injuriaban á la multitud amenazando pasarla á cuchillo si no se retiraba. Caían con síncope y desazones las mujeres, votaban algunos hombres, rujían otros, y entre tanto veíase en una ventana de Palacio, cual si fuera palco de plaza de toros, apiñada multitud de palaciegos y damas vehementes que agitaban sus pañuelos para incitar á la soldadesca. Las pobrecitas no podían resignarse á vivir bajo el nefando imperio de la Constitución. Confundido entre los agraciados rostros como la serpiente entre las flores, Fernando atisbaba con ávidos ojos la osadía de los genizaros.

Entre éstos hubo un oficial que se atrevió á volver por los fueros de la ultrajada disciplina. Llamábase D. Mamerto Landáburu, exaltado liberal, buen patriota, fontanista, militar de club (cualidad que no constituye ciertamente la mejor casta de militares); pero al mismo tiempo persona estimable y simpática. Este desgraciado oficial habló con energía á los soldados; pero fué insultado. Ciego de furor tiró del sable á punto que otro teniente, Goiffieu, gritaba con voz frenética: *¡Viva el Rey absoluto!* Azuzados los granaderos por esta voz cayeron sobre Landáburu; pero aún pudieron intervenir y salvarle el comandante Herón y otro oficial cuyo nombre no se recuerda. Le separaron, le condujeron á Palacio; pero allí le siguió la turba de asesinos y dentro del portal de

Oriente recibió tres tiros por la espalda y cayó para siempre gritando: *¡Viva la libertad!*

Cuando la turba vió sangre se enfureció más; pero arriba en las excelsitudes de Palacio, un estupor medroso sucedió al levantisco entusiasmo teatral de damas y cortesanos. Cerráronse los balcones; volvieron los pañuelos á los bolsillos, y todo calló de improviso. Los tiros que mataron á Landáburu hicieron en Palacio el efecto de un par de palmas en un charco de ranas.

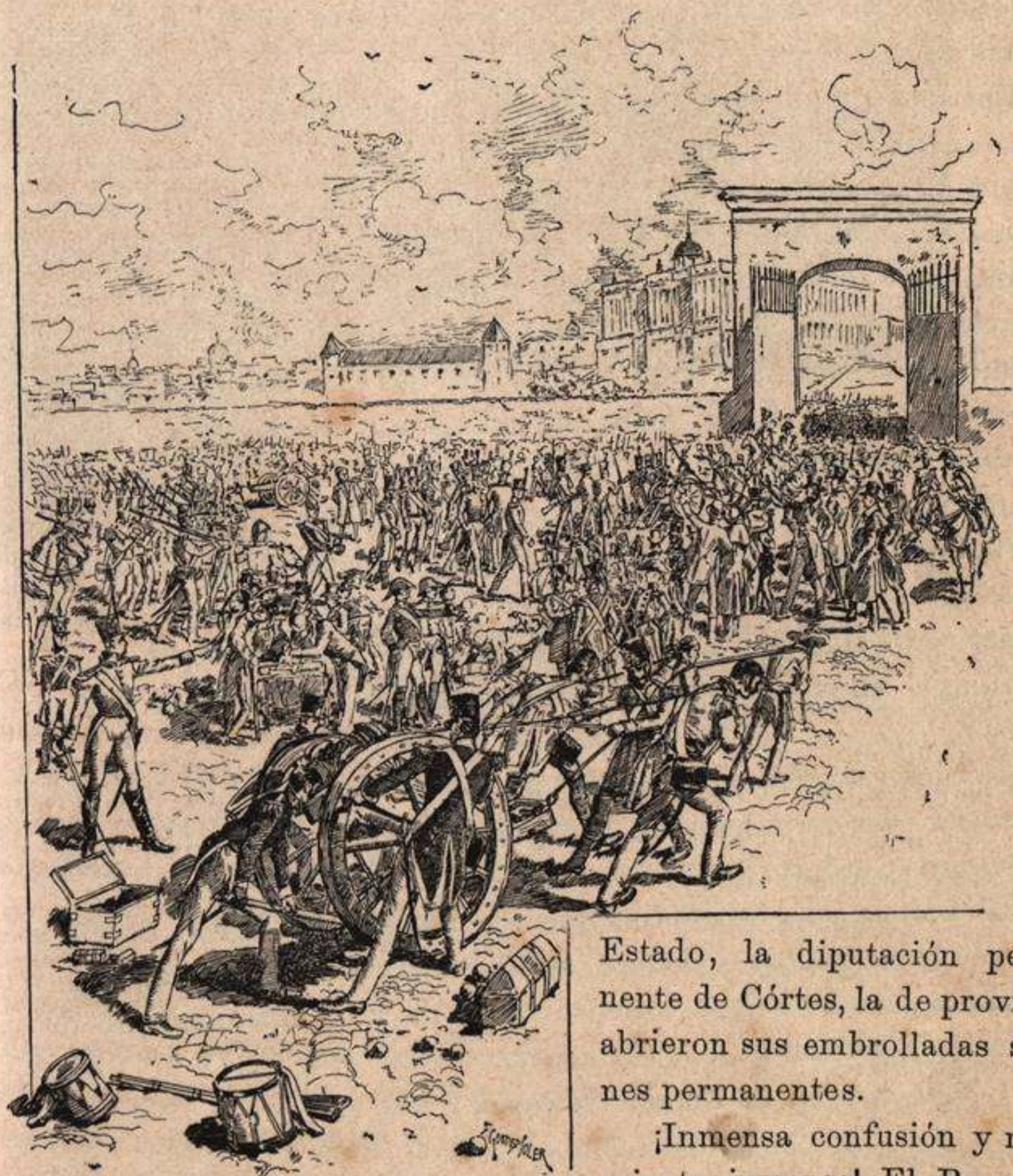
¿Y la Milicia qué hacía entonces? La Milicia, como la tropa de línea, ocupaba las calles cercanas, desde la Mayor hasta la plazuela de Santo Domingo, con objeto de estrechar en Palacio á los sublevados. Grande era el ardimiento de las fuerzas populares en la tarde y noche del 30; pero no quiso Dios que tuvieran ocasión de batirse. Ordenó el capitán general D. Pablo Morillo que se retirasen tropa y Milicia; pero ésta se negó á soltar las armas mientras el agravio de aquel día no quedase vengado. Un ardid ingenioso, al cual la murmuración de aquellos tiempos dió el nefando nombre de pastel, resolvió la cuestión. Dióse orden á la Milicia de que marchase á la puerta de Recoletos para municionarse, y este movimiento, á que los buenos patriotas no opusieron resistencia, permitió á la guardia sublevada retirarse tranquilamente á sus cuarteles, dejando un batallón en Palacio. Cuando esto ocurrió despuntaba en el horizonte el sol del 1.º de Julio, mes fecundo en revoluciones.

Y aquel sol trajo un día de estupor, de tristeza, de cruel ansiedad y duda. Los milicianos estaban en sus casas; pero disponían las armas. Los guardias no salían de sus cuarteles; pero sin cesar aclamaban al Rey neto. Hubo esperanzas de conciliación y esas tentativas de acomodamiento que no faltan nunca en casos de esta naturaleza. Generales y políticos calentaron el famoso horno de que tanto hablaba *El Zurriago*; pero aquella vez el pastelón, tan trabajosamente amasado, no pudo llegar á la sazón de su definitiva cochura por la indomable arrogancia de los guardias. Llegada la noche, los sublevados salieron de sus cuarteles, dejaron dos batallones en Palacio, y los cuatro restantes se retiraron al Pardo por la Puerta de Hierro, rompiendo así todo lazo con las autoridades establecidas. El absolutismo había lanzado su reto á la Constitución.

El nuevo día, 2 de Julio, trajo, pues, á Madrid alarma no menos grande que la del 2 de Mayo de 1808. La villa era un campamento. Por todas partes tropa de línea y voluntarios, generales encintados que iban y venían sin cesar, escoltas, destacamentos, guardias, toques, llamadas,



arengas, banderas, gritos, y el tambor resonando sin cesar como el ronquido del gigante furioso que impaciente aguarda la pelea. Juntóse todo lo que era jutable, y constituyóse todo lo constituible, comisiones, corporaciones, consejos; se dió principio á una deliberación inacabable, eterna, á la deliberación del peligro, y el Ayuntamiento, el Consejo de



Estado, la diputación permanente de Córtes, la de provincia, abrieron sus embrolladas sesiones permanentes.

¡Inmensa confusión y movimiento inmenso! El Parque de

San Gil hervía como una fragua. Todo era sacar cañones y llevarlos á un punto para después situarlos en otro, arrastrar y repartir cajas de municiones. Las órdenes se sucedían á las órdenes. Acudían de los cuatro ángulos de Madrid generales y brigadieres que iban á ofrecer sus servicios, y miles de espadas se presentaban desnudas y obedientes al pié de aquella Constitución tan odiada de las damas y de los palaciegos. Los alistamientos sucedían á los alistamientos; no bastaba la tropa

de línea, no bastaba la Milicia y era preciso improvisar batallones de paisanos. Con éstos y oficiales de reemplazo se improvisó en el Parque de Artillería el *batallón Sagrado*, cuyo mando se dió á San Miguel. Muchos individuos de prestigio organizaron compañías á sus espensas, renovando así el sublime fanatismo militar de la gran guerra, y al modo que entonces se formaban partidas de guerrilleros, se hacían ahora compañías de patriotas.

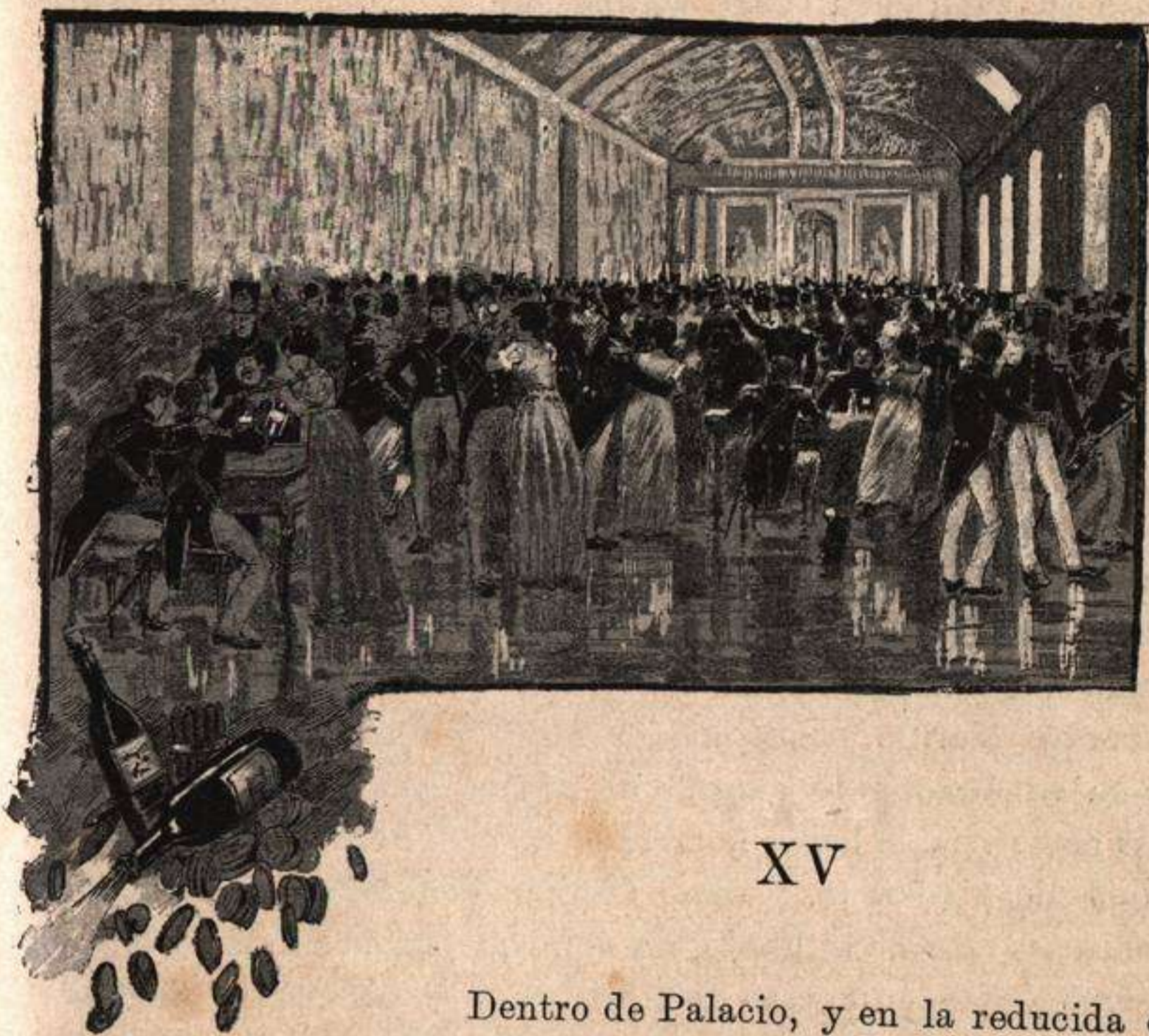
Entre los guardias sublevados había muchos oficiales liberales. Estos abandonaron á sus compañeros al salir de Madrid, presentándose en el Parque á recibir órdenes del Capitán general. Para distinguirse de sus hermanos, que pronto iban á ser sus enemigos, adoptaron el patriótico instintivo de una cinta verde con el lema *Constitución ó muerte* y un pañuelo blanco en el sombrero. ¡Oh! no es descriptible el entusiasmo de los milicianos, cuando vieron desfilar ante las puertas del Parque aquellos jóvenes oficiales, casi todos de familias muy distinguidas, que abandonaban voluntariamente, con noble instinto político, las filas del absolutismo para defender la Constitución que habían jurado, la hermosa libertad que amaban, la idea moderna, que veían resplandecer débilmente sobre el cielo de la patria como una estrella cuyo fulgor crecía, prometiendo iluminar algún día todas sus oscuridades. La multitud prorrumpió en vivas, y ardientes palabras se cruzaron de una parte á otra.

—Nobles y dignos jóvenes!—exclamó con lágrimas en los ojos un entusiasta patriota y honrado comerciante que respondía al nombre de D. Benigno Cordero.

—¡Benditas sean las madres que los han parido!—gritó Sarmiento, que á su lado estaba.—¿Conoce usted, Sr. D. Benigno, á aquel joven que ahora parece arengar á sus compañeros y en este momento da un viva á la Constitución?

—Le conozco, sí. Es Ramón Narvaez.





## XV

Dentro de Palacio, y en la reducida esfera donde imperaba la monarquía absoluta, también se repartían municiones. Pero, ¿qué municiones? Dulces y cigarros y botellas de vino. Dicen que cada soldado tenía en su bolsillo una onza de oro, y que las criadas de Palacio bajaban á repartir entre ellos cintas encarnadas con emblemas de *Viva el Rey absoluto, Mueran los milicianos*. Dicen que había crápula permanente arriba y abajo, en los salones y en el patio, con gran jaleo de borracheras, excesos y deslices que no son para escritos.

Los grandes palaciegos como Amarilas, Infantado, Casa-Sarriá y el duque de Castro-Terreño á quien llamaban los zurriaguistas el *general Castañuelas*, rodeaban al Rey, presentándole como seguro el triunfo del despotismo. Bullía en aquellas excelsas testas cortesanas un proyecto parecido al famoso de Vinuesa, con su correspondiente secuestro de autoridades; pero los sucesos se presentaban de otra manera y los secuestradores corrían riesgo de ser secuestrados.

La diputación permanente de Córtes invitó á Su Majestad á que abandonase á los sublevados, pasándose al campo liberal, y los Ministros creían poder resolverlo todo con su voto absoluto y sus dos Cámaras. Nadie se entendía; nadie, ni aún los mismos guardias podían decir

claramente su aspiración, pues algunos de los sublevados, como el ilustre Córdoba, no eran enemigos de la Constitución. Sólo los milicianos sabían á dónde iban, á aplastar el insolente despotismo, á invadir el Palacio, quizás á reproducir en España el 10 de Agosto de la revolución francesa. Sólo la Milicia sabía su papel.

En este infernal hervidero descollaba un hombre por su autoridad, su patriotismo y su energía, lo mismo que descollaba entre la multitud por su alta figura imponente. Era el general Morillo, hombre colosal, de color cetrino, adusta fisonomía. Su fama adquirida en aquellas fabulosas guerras de América, enfrente del gran Bolívar, cuadraba perfectamente á su figura, que era hasta cierto punto una figura india, un cuerpo de bronce al cual hubiera sentado bien la desnudez y un arco para atacar la sublevación á flechazos.

Por una singularidad oficial de estas á que los españoles estamos acostumbrados, Morillo mandaba á los leales y á los sediciosos. El Ministerio, en su desaforado empeño de confeccionar toda clase de artículos de pastelería, le había nombrado coronel de Guardias el mismo día 1.º de Julio, y como tal y como Capitán general del distrito, mandaba frecuentes recados al Pardo, iba él mismo, subía á Palacio, entraba en el Ayuntamiento, en la casa de Ministerios, en las Córtes, visitaba el Parque, los cuarteles, los retenes, los puestos de guardias, hasta los grupitos de impacientes milicianos que cubrían las entradas de las calles. El objeto de aquel inclito soldado era evitar la efusión de sangre, evitar un cataclismo, siempre más funesto, cualquiera que fuese su resultado, á la causa liberal que al despotismo.

En la tarde del día 4 los guardias de Palacio hicieron fuego á los patriotas que habían tomado posiciones en la subida de los Ángeles. La batalla era inminente, porque los milicianos, locos de entusiasmo, querían jarana. Acudió precisamente Riego con cañones que sacó del Parque; acudió el *batallón Sagrado*, decidido á atacar á los rebeldes, y el choque hubiera sido terrible sin la interposición del Capitán general, que llegó en el momento del peligro. Riego quería marchar adelante con sus fogosos milicianos; Morillo mandaba que se retirasen. Ambos personajes se miraron frente á frente.

—¿Y quién es usted?—dijo el conde de Cartagena con irónico desprecio.

—Soy el diputado Riego—contestó el héroe de las Cabezas, sorprendido de que hubiera un mortal que no le conociera.

—Pues si es usted el diputado Riego—añadió Morillo con mayor des-

precio todavía, —váyase usted al Congreso, que aquí no tiene nada que hacer.

Cuando Morillo volvió la espalda para seguir dando órdenes, Riego pronunció en voz alta los consabidos términos de alarma, que tanto efecto han hecho siempre en el ánimo de los patriotas:

—¡La libertad se pierde!... ¡Estamos rodeados de precipicios!

Toda la razón estaba entonces de parte del general Morillo. Los milicianos de Selles y los del *batallón Sagrado* no bastaban para la tercera parte de los guardias que había en Palacio. Sólo en la exaltada cabeza de aquel fanático ídolo del pueblo cabía la idea de atacar tan desventajosamente á fuerzas tan aguerridas. El mismo San Miguel lo comprendió así y atajaba el ardor impetuoso de sus sagradas tropas, diciéndoles:

—Orden, señores, moderación, por Dios; que nos perdemos.

El *batallón Sagrado* marchó hacia la plaza de Santo Domingo, y algún energúmeno gritaba en sus filas: “¡Estamos vendidos!”

Los milicianos no dormían. Fijos en sus guardias, con los ojos del alma puestos en un ideal de eterna gloria; impacientes, anhelantes, inflamados en amor á la libertad; ciegos con aquella noble ceguera que á veces hace dar tropezones y á veces impulsa hasta los cielos; poseidos de su papel con cierta petulancia, pero al mismo tiempo con la dignidad y firmeza propias de las circunstancias, aquellos honrados vecinos de Madrid esperaban la hora suprema. La idea de avenencia, arreglo ó pastel (era la palabra de moda) les enfurecía. El mismo Morillo, que tan bien cumplía su misión, era mirado con recelo. De los Ministros nadie hacía caso, ni Rey ni pueblo, ni ejército ni Milicia. No es posible concebir siete figuras más tristes que las de aquellos abogados ó literatos, que contemporizaban con los guardias á condición de que estableciesen las dos Cámaras y el veto.

Frente al Parque de San Gil había en la tarde del 6 varios milicianos, paisanos del *batallón Sagrado*, oficiales del ejército y también algunos de los guardias leales. Formábanse allí diversos grupos de campamento, los unos sentados, en pié los otros, éstos en torno á las aguadoras, aquellos paseando á lo largo de la plazoleta. Casi todos nuestros conocidos estaban allí, incluso el nunca bien ponderado Sarmiento, que no había soltado el uniforme ni explicado cosa alguna de los Gracos desde el día 30; pero su lengua no podía estar inactiva tanto tiempo y pasaban de ciento las arengas que en los primeros días de Julio había dirigido á sus compañeros en Platerías, en Santo Domingo y en otros

distintos puntos. Aquella tarde del 6 estaba ronco y casi asmático, mas no por eso callaba, y como D. Primitivo Cordero se atreviese, ¡nefanda idea! á disculpar á los *siete carbuncos* ó sea á los Ministros, D. Patricio hizo su apología en estos ó parecidos términos:

—¡Qué ha de pasar en una Nación donde ocupa la poltrona de Estado una *Rosita la Pastelera*, señores, una dama... vamos le llamaré hombre; pero qué hombre! ¿Se gobierna una Nación haciendo versos? Si al menos fueran como los de Virgilio; pero allá se va con Rabadan, y ni más ni menos, porque lo digo yo. ¿Qué importa que pronuncie discursos bonitos, pulidos y llenos de mentiras? ¡Vaya unos políticos! Empezó deprimiendo á nuestro querido ídolo Riego, y ha concluido defendiendo á la aristocracia y pretendiendo que le den un título. Sí, para él estaba... Será capaz de vender á Cristo por treinta Cámaras, (pues no se contentará con dos,) y por el veto absoluto. Yo... no lo digo por crueldad, señores, le ahorcaría sin el menor escrúpulo.

¿Y qué diré del *Aprendiz* (\*), señores, del hombre infame que ideó el Reglamento para destruir la Milicia, de ese pedantón, que mientras la patria está en peligro se ocupa en disponer que siembren lino de Irlanda en los campos de Calatayud? ¿Por qué he de ocultarlo? Yo, si estuviera en mi mano, le ahorcaría... Pues bueno va con Garelli (\*\*), ese jesuitón, ese abogadillo sin pleitos que tan mal habla del ejército de la Isla y que ha defendido el feudalismo; sí, señores, ha defendido los señoríos... Yo... ¡chilindrón, chilindraina!... no vacilaría un momento y le ahorcaría también.

—¿Pero á quién dejará con vida el Sr. D. Patricio?—preguntó Cordero interpretando la burla general de los oyentes.

—En rigor á todos los perdonaría, con tal que soltara la pelleja su amigo de usted, Tintín de Navarra... Pero sigamos con los Ministros; de Sierra Pambley (\*\*\*) no hay que hablar. Ese entró en el Congreso por un voto. ¡Valiente patriota! Es el rey de los pasteleros, pero no para su bolsillo, pues no se cocieron en su horno los robos del empréstito de Vallejo con que tanto ha engordado mi hombre. Si he de ser franco, señores míos, también á ese le ahorcaría, también. El pobre Clemencin (\*\*\*\*), ese literato que se ha pasado la vida haciendo notas, ese desdichado roe-libros que está en la poltrona de Ultramar y que parece un

(\*) Moscoso, Ministro de la Gobernación.

(\*\*) Ministro de Gracia y Justicia.

(\*\*\*) Ministro de Hacienda.

(\*\*\*\*) De Ultramar.

frailito motilón, merece lástima, ¿no es verdad? Pero no, basta de sentimientos y ahorcarle también. Y haremos lo mismo con Balanzat (\*) que no se alzó en el gloriosísimo año 20; que en todos los mandos importantes pone á los verdugos del año 14 y es más absolutista que *Tigrekan*; lo mismo también con Romarate (\*\*), aunque no sea sino por su misma oscuridad política. Ahorcarles á todos y así aprenderán los que vengan después. Aquí somos bobos: allá, en Francia, sí que lo supieron entender. Así lavaron al país de inmundicia. ¡Ah! si aquí hubiera hombres de agallas... Si aquí no hubiera esos respetos ñoños, esos miramientos á las altas personas, eso de la inviolabilidad ridícula, ¿y por qué? ¿por qué son esas inviolabilidades?

—¡Prudencia, señores, prudencia!—dijo D. Primitivo observando que Sarmiento alzaba demasiado la voz.—Ahora más que nunca se necesita prudencia.

—Pasteles, pasteles—exclamó D. Patricio remedando la voz y el gesto del capitán de la Milicia.—Si nos guiáramos por ustedes los formalitos, esta gran canallada de los guardias quedaría sin castigo, y aun se le daría á cada uno de ellos un grado por la hazaña. Yo repito lo que ha dicho ayer aquí ese joven Narvaez, ese valiente oficial á quien pongo sobre mi cabeza y cuento entre los míos, sí yo digo como él: *es preciso vengar á Landáburu y colgar de un balcón á su asesino Goiffieu*.

—No está probado que Goiffieu hiriera á Landáburu.

—Yo, yo lo he visto—exclamó con furia Sarmiento, poniendo dos dedos de la mano derecha bajo los ojos y tirando de los párpados para descubrir más las sanguinolentas órbitas.

—Señores—dijo de improviso D. Benigno Cordero, acercándose al grupo.—Grandes noticias. Parece que al fin aceptan los guardias el convenio y van de guarnición á Talavera y Aranjuez, como han propuesto los Ministros.

—Ya, ya me dió el olor del horno—dijo D. Patricio.—¿Calentitos, eh?

—¿Y se confirmará?

—¿De modo que estamos aquí de más?

—Hemos tomado las armas para nada—indicó con ira un barbero de la Carrera de San Jerónimo á quien llamaban Calleja.

—Hé aquí, amigo, nuestros fusiles convertidos en escobas,—gruñó Lucas Sarmiento.

(\*) De la Guerra.

(\*\*) De Marina.

—Mejor dicho, en palos para sacar del horno de la reacción estos fé-  
tidos bollos que llaman convenios, ó arreglos para cortar la efusión de  
sangre.

—Y el enfermo se muere.

—Se muere el país, la libertad, el Sistema se muere. En vano la me-  
dicina política propone una sangría... ¡Sangre! ¡Qué ridículo miedo á la  
sangre!... ¡Qué revolucionarios tenemos aquí, por vida de San Chilindrón  
chilindrana!... ¡qué Gracos, qué Espartacos, qué Aristogitones, qué Ro-  
bespierrezes!!

—¿Con que de veras no hay nada?

—Sí, hay los ojaldres de Rosita—repuso D. Patricio, con sonrisa de  
endemoniado.

—¿Seamos cuerdos—dijo D. Benigno Cordero, que era, como verda-  
dero patriota, hombre de mucha medida y prudencia.—Si se evita una  
lucha sangrienta, ¿por qué lo hemos de sentir?

—Nada—indicó el Marquesito, que era de los más decididos,—mañana  
los guardias nos escupirán y tendremos que darles las gracias.

—No hay que tomarlo de ese modo, señores. Si habla el fanatismo  
me callo. La libertad no puede ganar gran cosa con que haya aquí una  
carnicería. ¡Oh! si todos fuéramos prudentes, si no hubiera fanatismo,  
si no hiciéramos tonterías...

D. Benigno se enrojecía más con el calor de la conversación y hasta  
parecía que su nariz se volvía más aguda, sus espejuelos más dorados y  
sus piernecitas más torcidas. La idea de la moderación estaba encarnada  
en él, y no podía ver con serenidad los excesos de la gente exaltada.

—Pues no tendrán más remedio que irse á su casa y guardar el fuego  
para mejor ocasión los señores zurriaguistas—dijo con cierto imperio.

—Nos iremos, nos iremos. Pienso comprar un mico y ponerle mi  
uniforme. Este trapo no merece ya cubrir el cuerpo de un hombre.

—Ese día aprenderán algo los pobres alumnos, Sr. Sarmiento.

—No acalorarse—dijo D. Primitivo.—Narvaez acaba de decirme que  
no hay nada decidido todavía. Unos aseguran que hay capitulación,  
otros que no.

—Los Ministros están en Palacio.

—¿Dónde han de estar? ¿Dónde ha de estar el ratón más que en su  
agujero?

—Conferenciando.

—Ese es su oficio, conferenciar. ¡Con cien mil pares de chilindrones,  
esto es una infamia!



- ¿Habrá Cámaras?
- Habrá alcobas, Sr. D. Benigno; habrá vetos; pero ¡ay! no tendremos un Capeto en la guillotina.
- Hombre de Dios, ¡qué furia le ha entrado!
- ¿Con que siguen las conferencias?
- Y seguirán mientras haya sueldos. Lo de las dimisiones presentadas el día 4 es una farsa. *Tigrekan* tendrá que mandar á sus mozos de retrete que pongan á los Ministros en la puerta de la calle.
- San Martín acaba de entrar en Palacio, señores; lo he visto.
- Es natural. No estando en presidio...
- También han entrado los embajadores, con Mr. Lagarde á la cabeza.
- ¿También esos pillos? Ya los arreglaría yo.
- Parece que está ya estipulada la reforma de la Constitución.
- Ya escampa. Así como se dice: "antes la muerte que la deshonra," yo digo: "antes quiero verla suprimida que reformada."
- Esta sabia proposición política, tan propia de cabezas españolas, salió entonces de la eminente cavidad cerebral de D. Patricio.
- Esa sí que es barbaridad.
- ¿Y prefiere usted el despotismo á las dos Cámaras?
- Lo prefiero.
- ¿Y el año 14?
- ¡Que me den el año 14, chilindrón!
- ¿Y la horca?
- La horca no deshonra: los pasteles apestan y manchan... Pero allá viene el gran patriota Megía, que siempre trae buenas noticias.
- Salud, señores—dijo el periodista llevando militarmente la mano al enorme morrión.—¿Se van ó no se van?
- Usted dirá.
- Creo que nos perdonan la vida, á lo que parece. ¿No dijeron en el Campo de Guardias *que entrarían en Madrid para degollar á todos los pícaros...*?
- Y al fin parece que optan por comer pepinos en Aranjuez y espárragos trigueros en Talavera.
- ¿Pero se van de seguro?
- Así dicen... pero D. Fernandito, que esta mañana estaba inclinado á transigir con las dos Cámaras, parece que ha dicho esta tarde: *absoluto y nada más que absoluto.*
- Porque en Palacio corren noticias—indicó el sastre Lucas Sar-

miento,—de que los carabineros sublevados en Castro del Río, vienen sobre la Mancha con otras fuerzas y con paisanos armados.

—Los rusos... ahí tienen ustedes á los rusos.

—Con tanto decir que venían, al fin vienen—manifestó riendo don Benigno Cordero.

—Lo que yo puedo asegurar—dijo D. Primitivo con cierto misterio,—es que se ha mandado que vengan á Madrid los milicianos de toda la provincia.

—Eso se sabía... noticia vieja.

—No tan vieja, señor mío, no tan vieja... Si ustedes me prometieran no contarle á nadie, les diría una cosa estupenda.

—¿Qué, qué?

D. Benigno, Sarmiento, Megía, Lucas, Calleja, el Marquesito y los demás que formaban el grupo lo estrecharon, encerrando al honrado comerciante en una especie de tonel de humana carne.

—Pues San Martín ha recibido esta mañana un anónimo.

—Un anónimo; eso sí que es grave.

—Sandeces...

—Un anónimo del Pardo... pero me han de prometer ustedes no decirlo á nadie.

D. Primitivo alzaba el dedo como un predicador que exhorta á la penitencia.

—Á nadie absolutamente.

—Una carta del Pardo en que se le dice que mañana, 7 de Julio, á la madrugada atacarán los Gardias á Madrid por tres puntos distintos, por la puerta de Conde-Duque, por...

Las risas no dejaron concluir al Sr. Cordero.

—Hombre de Dios, usted sueña.

—Lo más que se les puede exigir á esos cobardes es que se dejen atacar en el Pardo.

—¡Es claro; pero venir ellos acá!...

—Bonito genio tenemos. Una cosa es *seducir* á ese confiado Rey y otra atacar á la Milicia.

La gente templada de aquellos días no consideraba á Fernando VII autor de la sublevación de los guardias. Suponíanle mal aconsejado, engañado, *seducido* por los facciosos. Sus antiguos epítetos gloriosos de *Deseado* y *Suspirado*, los trocó entonces Borbón por otro que se le aplicaba constantemente. Decían entonces: el *seducido* Monarca, nuestro *seducido* Fernando.

—Basta de engañifas y especiotas—dijo D. Benigno disolviendo el grupo.—Es de noche, señores; cada cual á su puesto.

Sonó el ronco estrépito de la retreta.

—Cada mochuelo á su olivo—añadió D. Benigno.—Yo me voy á la Plaza Mayor, donde se me figura que no estaré de más si ocurre alguna cosa.

—Y yo á casa de San Martín, que me estará esperando. ¡Cómo se entretiene uno con la conversación!

D. Patricio llevó aparte á D. Primitivo, á Calleja y á otros dos que vestían de paisano.

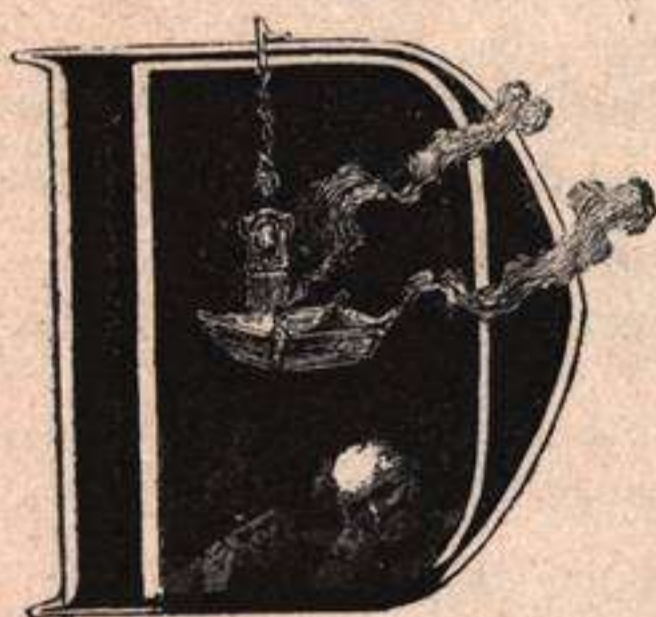
—¿Han hecho algo—les dijo,—en el asunto de esa endiablada gentuza de la calle de las Veneras?... Por ahí se ha de empezar. Atáquese la cabeza de la conspiración y se evitarán conflictos como este.

—San Martín lo sabe todo—repuso Cordero.—En efecto, debe atacarse la conspiración en su cabeza.

Los tres siguieron hablando en voz baja.



## XVI



ESDE el aciago día 30, célebre por la formación, la clausura de las Córtes, los alborotos, los contrarios vivas y el asesinato de Landáburu, en la humilde casa de la calle de las Veneras no hubo un instante de sosiego. Ambos departamentos, el de Naranjo y el de Gil de la Cuadra fueron teatro de sentimentales escenas, ora de desconsuelo y angustia, ora de mortal duda y temor. El buen Naranjo, que no era hombre de grandes hígados, no daba dos cuarros por su existencia, según estaba de medroso y aterrado. Trascurrían las horas en espectación dolorosa, y como el terrible conflicto político no se resolvía, Naranjo no podía yantar sobre manteles, ni dar lección á los muchachos. Bajaba sí á la clase, puntual como un reloj; pero no tomaba las lecciones, ni reprendía á los chicos, y la palmeta se cubría de polvo en un rincón de la mesa. El preceptor absolutista no podía apartar el pensamiento de la tremenda imagen negra de su responsabilidad y castigo, si por acaso las brillantes esperanzas D. Víctor Saez y del conde de Moy no tenían realización cumplida. Y síntomas había ¡cielos! de que no la tuviesen.

Con los suspiros de Naranjo alternaban en patético duo los suspiros de Gil de la Cuadra, que había tocado el cielo con las puntas de los dedos y no lo había podido coger aún. Su yerno, su hijo, la esperanza de su corazón, ideal de toda su vida, el amparo de Solita, el divino Anatolio, aquel enviado de Dios que se llamaba Gordón, había desaparecido con sus compañeros los guardias, y estaba en el Pardo dispuesto, como los demás rebeldes, á una gran batalla, en la cual podía morir. Durante los

seis días de Julio, ni carta ni noticia tranquilizaron al pobre suegro, asegurándole la existencia de su amado yerno.

—El corazón me anuncia—decía,—que va á ocurrirme una nueva desgracia, la mayor de todas, la última, porque yo me muero... Si yo no podía ser feliz... Si era imposible... ¡Bien lo decía yo: tormentos, infierno y desesperación!

El día 4 sintió gran desfallecimiento, y una invasión de dolores agudísimos que de sus inertes extremidades avanzaban lentos y amenazadores hacia el centro de la máquina humana. No podía abandonar el lecho.

—Quién concluirá primero, ¿yo ó la revolución de los guardias?—dijo estóicamente.—Ahora, querida Sola, sostén que hay Dios... El corazón, este corazón que jamás me engaña, me dice ahora que tu primo morirá, que quedarás huérfana, que...

El dolor la ahogaba y lloró como un niño.

—¡Qué ridículas manías!—dijo Solita llorando también.—¡Qué agore-ro es usted, padre! ¿Por qué ha de pasar siempre lo peor? ¿Por qué ha de morir mi primo? No parece sino que en una batalla han de morir todos. Si dicen que no habrá nada. Anatolio vendrá tan bueno y tan flamante, me casaré con él muy contenta, y viviremos felices.

—Tú siempre estás fuera de la realidad, siempre vives entre ilusiones y fantasmagorías.

—La desgracia de usted—dijo Naranjo que se hallaba presente y no disimulaba el lastimoso estado de su espíritu,—no es comparable á la mía. No hay que pensar en la muerte de ese joven. Puede morir, pues nadie está seguro de las balas de una batalla... yo estuve en la campaña del Rosellón, y sé lo que son balas... pero puede también no morir.

—Si no muriera yo sería feliz—murmuró Cuadra,—y en eso precisamente consiste el absurdo. Me dejé fascinar por ilusiones... No, no puede ser; me lo anuncia este docil corazón mío, que ya está esperando el reuma y le dice: "ven, perro; te espero tranquilo."

—Ustedes saldrán bien—añadió Naranjo,—pero yo... Es seguro que los guardias serán derrotados. Yo me estoy viendo en la horca. ¡Maldito sea el día en que nací, y más maldita la hora en que recibí en mi casa á D. Víctor Damián Saez! Él se quedará en Palacio tan tranquilo al lado de Su Majestad, y yo... ¡plazuela de la Cebada, huye de mi vista!

—Fruto de la conspiración, ¡cuán amargo eres! Para una vez que sales dulce y sazonado, ciento te pudres antes de madurar. Yo sé lo que es eso. Amigo Naranjo, le compadezco á usted.

—Con razón, porque... vea usted... sin comerlo ni beberlo. Después de todo, ¿qué he hecho yo? Nada más que franquear mi casa á D. Víctor Saez, que me dijo necesitaba un lugar modesto y callado, donde pudieran avistarse cuatro ó cinco personas sin infundir sospechas. Ellos lo han hecho todo: yo veía y callaba, y vigilaba la casa para que no la invadiera ningún intruso. Me han prometido villas y castillos: aquí han fraguado esa conspiración que ha salido tan mal por la impaciencia de los guardias; aquí se han puesto de acuerdo el confesor del Rey y el conde de Moy; aquí han venido Infantado y Castro Terreño; aquí se han recibido los despachos de Eguía y de la Junta de Bayona, traídos por una señora desconocida; aquí se ha hecho todo; pero yo no soy culpable de nada, de nada más que de ver y callar y ofrecer mi casa. Aborrezco el Sistema; pero amo mi vida, esta vida que no me devolverá D. Víctor Saez, ni el mismo Rey, si el verdugo me la quita por orden de los patriotas.

—Paciencia, paciencia, Sr. Naranjo—dijo D. Urbano con acento solemne.—Este mundo es así, no de otro modo. ¡Bendita sea la muerte!

—Pero si yo no he hecho nada...

—Ha franqueado usted su casa.

—Porque querían un local modesto. ¿Cómo se había de creer que en una escuela de mocosos se tramaba el hundimiento del liberalismo?

—Hay espías en todas partes.

—¡Oh, ya lo sé! Ese tunante ñe Sarmiento ha espiado mi casa durante un mes. Permita Dios que se quede ciego.

—Cuando me prendieron en la calle de Coloreros, le pedí un buche de agua y me lo negó;—dijo Cuadra.—En el infierno, si es que lo hay, y cuando se abra, pedirá agua á los demonios...

—Y le darán fuego. Bien merecido.

—Pero mientras viva... ¡Ay! el mundo pertenece á los pillos. Puede que haya otro para nosotros, amigo Naranjo, mas este, no hay duda que es de los pillos.

De este jaez eran las lamentaciones de los dos desgraciados hombres. Pasaba el tiempo y el conflicto no se resolvía, los temores iban en aumento, y aquellas dos almas se hundían más cada vez en su abismo de negra duda y desesperación. En la noche del 6, la angustia de uno y otro debía tomar aspecto nuevo y más pavoroso. Véase cómo.

Cerca de media noche entró Naranjo despavorido, llenos de mortal espanto los ojos, jadeante y tembloroso como condenado que va al patíbulo.

—¡Estoy perdido!—exclamó dejándose caer en una silla.—¡Estoy perdido para siempre! Necesito huir, esconderme ahora mismo... Sr. Gil, vienen á prendernos.

—¿Á prendernos?—preguntó el ex-oidor con cierta calma.—Por fin... Ni aun morir me dejan. Está previsto; me llevarán á un hospital, y llenándome de medicinas el cuerpo, se empeñarán en que viva. Puede que esos perros lo consigan.

—Al amanecer vendrán á prendernos. Me lo ha avisado un amigo que anda en tratos con esa canalla. ¡Dios mío, abandonar mi casa! ¿Qué voy á hacer yo? ¿Á dónde voy yo? Dígame usted, Sr. Gil, ¿á dónde iré?

—Al cementerio.

El enfermo acompañó con risa irónica su fatídico consejo. Soledad, llena de terror, oraba en silencio.

—¿Hay iniquidad semejante?—exclamó el preceptor enjugando sus lágrimas.—¿Qué he hecho yo? únicamente franquear mi humilde morada.

—¿Nos prenderán al amanecer?

—Sí, muy temprano. Me lo ha dicho Elías Orejón, que lo sabe por Calleja, barbero de la carrera de San Jerónimo (\*), el cual lo sabe por Jipini, el cafetero de La Fontana. Vendrán, y echándonos una cuerda al cuello, nos arrastrarán á inmundos calabozos.

—¡Paciencia, paciencia!—dijo Cuadra con amargo desdén.—Querida hija, ¿no sostienes que Dios ampara á los débiles?

—Yo me voy... yo me voy—manifestó con honda ansiedad Naranjo.—Huiré... traspasaré la frontera. ¿Cuánto hay de aquí á la frontera?

—Huya usted... yo...

Gil de la Cuadra probó á levantarse del lecho; pero sus miembros doloridos le negaron todo movimiento, y después de incorporarse ligeramente, cayó inerte, lanzando ardiente resoplido.

—Huya usted...—murmuró sordamente.—Yo espero.

—Voy á recojer lo que pueda... ropa, un poco de ropa. ¡Ay, si tuviera alhajas me las llevaría!

—Es justo. Solita y yo nos quedamos. ¿Qué hora es?

—Las doce y media... ¡Oh, si tendré tiempo, Dios mío, de ocultarme!... Saldré de Madrid; correré toda la noche y todo el día de mañana... Pronto, pronto; no hay que perder tiempo.

Naranjo corrió á sus habitaciones con la presteza de un gamo per-

(\*) Véase *La Fontana de Oro*.

seguido. En el breve instante que estuvieron solos, padre é hija no hablaron nada. Los dos parecían muertos.

Volvió Naranjo con un lío, que febrilmente compuso, arreglándolo todo en la brevedad de un pobre pañuelo. Por fortuna era célibe y no tenía más familia que su propia persona. La mujer que le servía, una pobre anciana sin amparo y muy religiosa, libre de todo otro temor que no fuera el de Dios, se negó á acompañarle.

—Va á ser la una. ¿Á qué hora amanece? Señora Doña Solita de mi alma, si me diera usted un alfiler se lo agradecería.

Mientras arreglaba el paquete su lengua no podía estar en reposo.

—Parece—decía,—que la conspiración no puede ir peor. Esos necios han echado á perder un negocio tan bien tramado. Ahora se niegan á ir á Talavera, donde les destinó el Gobierno. ¡Menguados, menguadillos! La milicia y las tropas de línea que hay en la Córte y las que han venido de Búrgos y Valladolid les atacarán mañana, y una de dos: ó se rinden ó se dispersan.

D. Urbano echó en un suspiro la mitad de su alma.

—Va á haber una degollina de guardias... Vaya que en rigor lo tienen bien merecido por cobardes, por torpes... ¡Qué irrisoria muchachada! Han comprometido sin fruto á Su Majestad.

—Sr. de Naranjo—dijo Cuadra con acento de dolor muy vivo,—vá-yase usted de una vez.

—Es una infamia lo que han hecho—añadió el preceptor...—¡Irse al Pardo! Si hubieran atacado el día 1.º á la Milicia, facil habría sido desarmarla; pero ahora... Me alegraré de que los patriotas les machaquen las liendres. Si no quedara uno...

—Por favor Sr. Naranjo, váyase usted.

Arreglado el paquete, el maestro se sentó sobre él. Estaba meditabundo y desconcertado.

—¿Hay desgracia mayor que la mía?—murmuró sollozando.

—Se queja de vicio.

—¡Sí, abandonar mi casa, mi profesión, mi bienestar, modesto! Sabe Dios si lograré escapar de los patriotas... En situación tan aflictiva, señor D. Gil de mi alma, estoy sin recursos...

—¿Qué?

—Que no tengo dinero.

Gil de la Cuadra miró á su hija, que supo adivinar al instante la intención de la mirada. Soledad sacó un pequeño talego escuálido, dentro del cual sonaba algo.



En los ojos de Naranjo brilló un rayo de alegría.

—Dáselo—dijo D. Urbano.—Él lo necesita más que nosotros.

Soledad puso en las manos del infeliz preceptor todo su dinero.

—Gracias, amigos míos, gracias. ¡Bendita generosidad!... Dueños son ustedes de mi casa.

—Hasta el amanecer—murmuró Gil.

—Quién sabe; ustedes son inocentes.

—Casi siempre lo he sido. Por lo mismo...

—Pueden ustedes tener esperanza. ¿Por qué no?—dijo Naranjo levantándose.

—¡Esperanza! ¿Qué es eso?

—¿Se me figura que debo retirarme, eh? Si se les antoja venir antes del día...

—Es probable.

—Adios, amigo y amiga. Les daré noticias mías.

—En el otro mundo.

—Hacen mal en no tener esperanza... Quién sabe, Dios...

—Sí, ya se está ocupando de nosotros.

—Dios no abandona á las criaturas. Ánimo, amigo mío.

—Al fin lo tengo. Nunca he tenido tanto. Váyase usted, Naranjo. Es tarde, pueden venir...

—Adios, adios... Que Dios me ampare y nos ampare á todos.

Desapareció como agil ratón sorprendido en sus rapiñas.





## XVII

**U**ARGO rato estuvieron padre é hija sin pronunciar una palabra. Ambos tenían sin duda algo que decir, pero ni uno ni otro quería ser el primero en romper á hablar. Soledad tenía la cabeza inclinada, las manos en cruz. D. Urbano miraba al techo. Por fin con voz ronca y un acento de ironía que en él no había sido nunca común, se expresó así:

—Á ver, hija mía, dime dónde está nuestra Providencia, dime dónde está nuestro Dios. Que vea yo ese Dios y esa Providencia, aunque sólo sea por un instante.

Soledad contempló con lástima profunda la deplorable figura de su padre que parecía un muerto con voz y movimiento. Compadecióle más aún por el triste estado de su alma sin fé.

—Padre, no dude usted de Dios!—exclamó acercándose á la cama.— Todavía puede castigar más.

—¿Más todavía? ¡Ah! Cuando venga el castigo, ya estaré yo en el otro mundo. De modo que... ¡ahí me las den todas!

Una carcajada de insensato siguió á estas palabras. Pero el espíritu de aquel desgraciado varón solía tener bruscas defensas y reacciones contra el escepticismo. La presencia y la voz dulce de su hija produjeron hondo sacudimiento en el espíritu del hombre enfermo.

—Ven acá—le dijo llorando,—ven y dime algo bueno. Consuélame. ¿Te parece que nuestra situación es lisonjera?

Soledad se arrojó en los brazos de su padre.

—Es triste—dijo,—muy triste; ¿pero no podremos encontrar algún amigo que nos salve?

—¿Amigos nosotros? ¡Qué absurdo has dicho!—murmuró Gil bebiéndose sus lágrimas.—¡Oh! Si Anatolio volviera...

—Eso es seguro.

—Sabe Dios si le volveremos á ver. Los guardias huirán, saldrán de España... Esto es horrible... Nada me importa por mí, que moriré; pero tú, tú... ¿quieres morir?

—Yo sí; pero cuando Dios lo ordene...

—Pues no nos da pruebas de querer que vivamos. Hija de mi alma, ¿has visto conflicto semejante? ¿Crees en la posibilidad de que salgamos bien de esta agonía?

—Sí lo creo.

—¿Cómo?

—Pidiendo protección.

—¿Á quién, loca, á quién? Sabes que dentro de algunas horas vendrán los patriotas, y nos prenderán.

—Quizás no, porque no hemos hecho nada.

—Sí, ve á convencer á esa canalla... Nos arrastrarán á una mazmorra; seremos ultrajados por la plebe soez... No quiero pensarlo. Antes mil veces la muerte para los dos, para tí y para mí.

—¡No, no, no!—dijo Soledad con ardor.—Buscaremos quien nos proteja.

—¡Ay! ¡Protección al desvalido, al triste, al abandonado!... No puede ser.

—¿Por qué no?

—¡Pero quién! Revuelve toda la creación y dirás como yo: “muerte, nada más que muerte.”

--Yo digo que nos salvará algún amigo.

—Y yo digo: “descanso, descanso.” ¡Oh! ¡qué dulce palabra!

Cerraba los ojos para contemplar dentro de sí mismo un remedo de la paz de los sepulcros.

—¡No, no, no!—repitió Soledad levantándose con cierta vehemente altanería.—Yo saldré, yo buscaré quien nos ampare.

—Dime antes su nombre—murmuró Urbano abriendo los ojos con extravío.

Solita sintió el violento sacudir de la voluntad que vibra su rayo omnipotente en nuestro espíritu en momentos de peligro, y cerrando los ojos, olvidando toda consideración, pronunció un nombre.

El semblante de Gil de la Cuadra se contrajo, y sus labios articularon lastimero quejido.

—Me has traspasado el corazón—dijo después de una pausa, con voz muy queda y dolorida.

Solita callaba sin atreverse á añadir una sílaba más.

—Quizás pudiera hacer algo por nosotros, de seguro podría...—dijo el viejo rechazando con la derecha mano una figura imaginaria;—¡pero no, atrás!... ¡nunca! Hija mía, toma un cuchillo, atraviésame de una vez el corazón; mátame; pero no pronuncies ese nombre, no me mates así... que esa muerte es demasiado terrible.

La infeliz muchacha apenas tenía ya alma para resistir tanto dolor.

—¡Todavía; pero todavía!...—exclamó oprimiendo su cabeza con ambas manos.—Cuando todo nos falta, cuando no hay castigo que Dios no nos haya enviado, cuando nombramos á la muerte como única esperanza nuestra... ¡todavía, señor, ese aborrecimiento que es como el de los demonios!

—Todavía—murmuró la voz de Gil, profunda, hondísima, lejana, cual si sonara en lo más recóndito de su cuerpo.—Todavía y siempre.

Oyéronse golpecitos á la puerta y una vocecilla cascada que decía:

—¿Se ofrece algo?

Era la pobre anciana que cuidaba de Naranjo, mujer piadosa, sencilla y caritativa, aunque curiosa.

—¿Con que parece que nos quedamos solos?—dijo al entrar.—¿Y qué tal va el Sr. Gil?

Como nadie le contestase, dirigióse á Sola y le manifestó su alto criterio terapéutico en estos términos:

—Al señor le convendría tomar una tacita de tila. Voy á hacérsela. ¿Hay lumbre en esta cocina?

—Hija mía, Soledad, Soledad—gritó bruscamente D. Urbano, como el que despierta de un sueño.—¿Dónde estás?

—Aquí... No me separo un instante.

—¿Sabes que no te veo?...—añadió el enfermo con mucha agitación.—¿Pero hay luz en el cuarto?

—Luz hay.

—¡Ah! sí... ya distingo, ya veo algo... Pero nada más que sombras. ¿Estás aquí?... ¡Qué espanto! Me quedo ciego... Yo no te veo bien. ¿Hay alguien más en el cuarto?

—Nadie más. Doña Rosa ha pasado á la cocina.

—Dime: ¿has echado algo en mis ojos?... Yo no veo bien... Me quedo ciego. ¿Has echado algo en mis ojos?

—¿Yo?

—Podía ser. Te empeñas en matarme. Como pronunciaste aquel nombre que era un puñal... ¡Oh! ¡Dios mío! ¿Qué oscuridad es esta que me rodea? Soledad, mis ojos se nublan. Dime, ¿esto es morir? ¿Se muere así?

—Eso no es nada. Una irritación del cerebro. Procure usted dormir.

El anciano descansó su cabeza en la almohada y parecía caer en profundo sueño.

—Si viniese Anatolio...—murmuró.—Que me despierten al instante. Quiero verle.

Un momento después dormía aletargadamente y sin tranquilidad. Se agitaba en el lecho, pronunciaba palabras, se oprimía con la mano el corazón, lanzando lastimeros quejidos. Soledad lo contemplaba en silencio, sin pestañear, casi sin respirar, atenta á las vibraciones dolorosas de aquella triste vida que se extinguía por grados. Decir lo que pensó en aquellos breves instantes, cuántas ideas cruzaron por su inflamado cerebro como relámpagos tempestuosos que se enlazan unos en otros; decir qué sentimientos la agitaron y qué palabras salían de su pecho y espiraban en sus labios sin modularse, fuera imposible.

La solícita Doña Rosa le sacó de aquel estado.

—Es preciso tomar una determinación, niñita mía—le dijo.—Yo he visto muchos enfermos. ¿Qué le pasa á usted que parece de mármol? Muévase, determine algo. Es preciso hacer algunas medicinas. Mire usted, yo llamaría á un médico.

Soledad vió en toda su gravedad lo real de aquella situación. Dió algunos pasos de la sala á la cocina y de la cocina á su alcoba. Registró todo y no encontró un solo ochavo. Después se detuvo de nuevo, sumergiendo su espíritu en honda meditación.

—Yo voy á salir—dijo de súbito á la anciana.

—Gracias á Dios que toma usted una determinación. Yo cuidaré al enfermo mientras usted vuelve.

—Voy á salir—repitió la joven con aplomo.

Púsose el manto y se acercó al enfermo, contemplándole con atención profunda. Gil se movía con inquietud, se quejaba, pronunciaba como antes algunas palabras. Al ver la religiosa y profunda atención con que Soledad le miraba, creeríase que el espíritu del padre y el de la hija se comunicaban en regiones lejanas, desconocidas, allá donde las almas amigas se abrazan, rotos ó aflojados los lazos de la vida.

D. Urbano en su delirio pronunció tres clarísimas palabras en tono de contestación. Al oírlas Soledad se estremeció toda, y en el fondo de su alma resonaron con eco terrible las tres palabras.

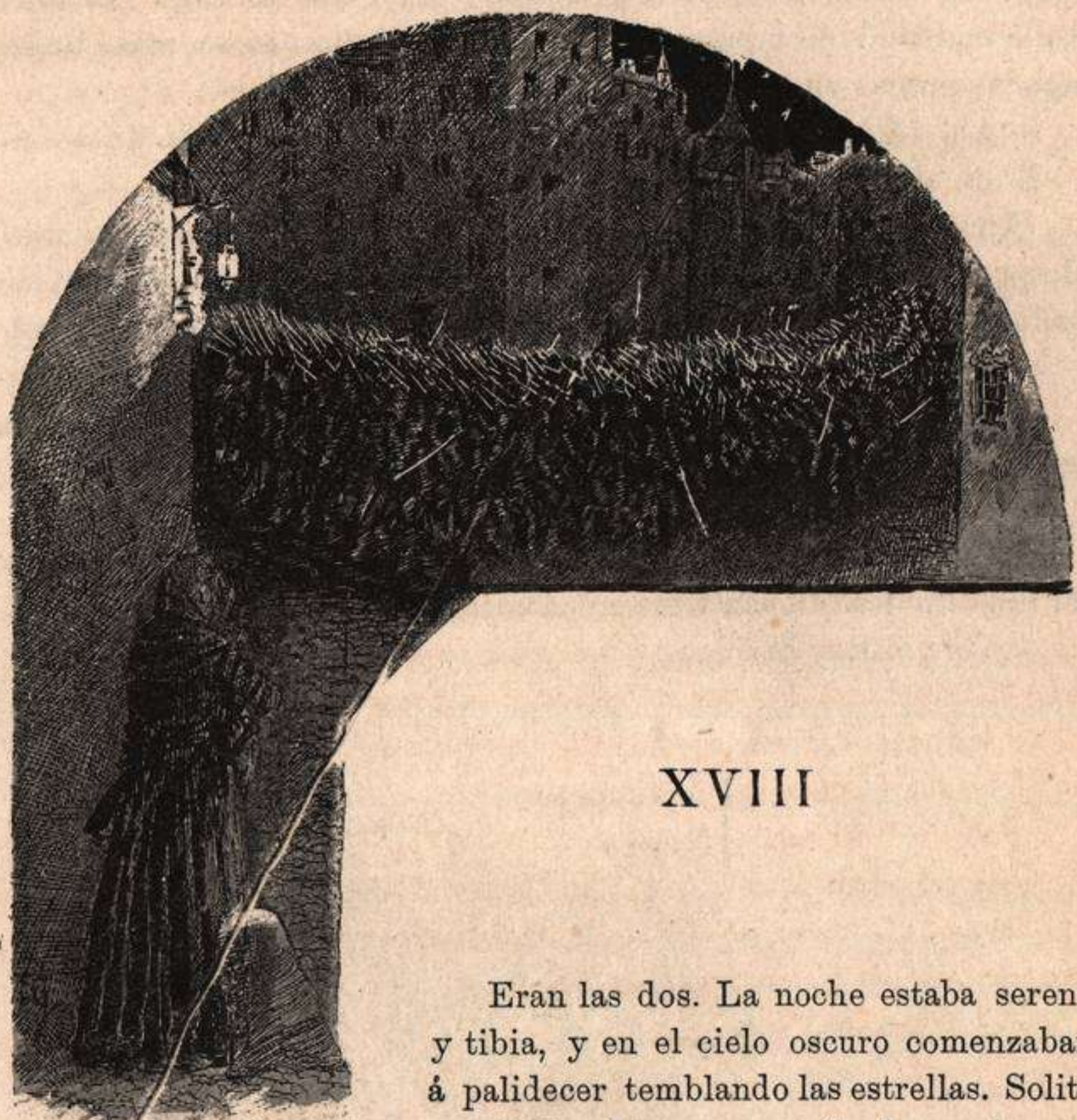
Gil de la Cuadra había dicho:

—Sedujo á mi esposa.

Soledad pasándose la mano por la frente dió algunos pasos. Detúvose, clavando la vista en el suelo. Luchaba interiormente, pero al fin ganó la batalla, y dijo con resolución.

—No importa... Voy.





## XVIII

Eran las dos. La noche estaba serena y tibia, y en el cielo oscuro comenzaban á palidecer temblando las estrellas. Solita envolvióse bien en su pañuelo, y sin asomos de miedo, porque la apurada situación suya no lo permitía, bajó hacia la plazuela de Navalón. Poco tiempo empleó en llegar á una calle cercana, donde los informes que recibiera del sereno la obligaron á retroceder.

—¡Dios mío—decía para sí,—haz que encuentre pronto ese batallón Sagrado!

Por el Postigo de San Martín subió en busca de las calles de Tudescos y la Luna, andando á prisa, sin reparar en los pocos transeuntes que á tal hora hallaba en su camino, hasta que sintió un rumor lejano, un murmullo de gente y pasos, que en el silencio de la noche resonaban de un modo singular en las angostas calles. Entonces sintió miedo y se detuvo á escuchar. Por la calle de la Luna pasaba una cosa que no podían precisar bien los agitados sentimientos de Sola; un animal muy grande, con muchas patas, pero sin voz, porque no se oía más que la

trepidación del suelo. Acercóse más y vió pasar de largo por la boca-calle multitud de figuras negras; sobre aquella oscura masa brillaban agudas puntas en cantidad enorme.

—¡Ah!—dijo Sola para sí, reconociendo lo injustificado de su miedo.  
—Es un ejército... ¿Si será el batallón Sagrado?

Apresuró el paso; pero no había dado seis, cuando se oyó un tiro, después dos, tres... Solita se quedó fría, yerta, sin movimiento. Aumentado el estrépito por su imaginación, pareciale que Madrid había volado.

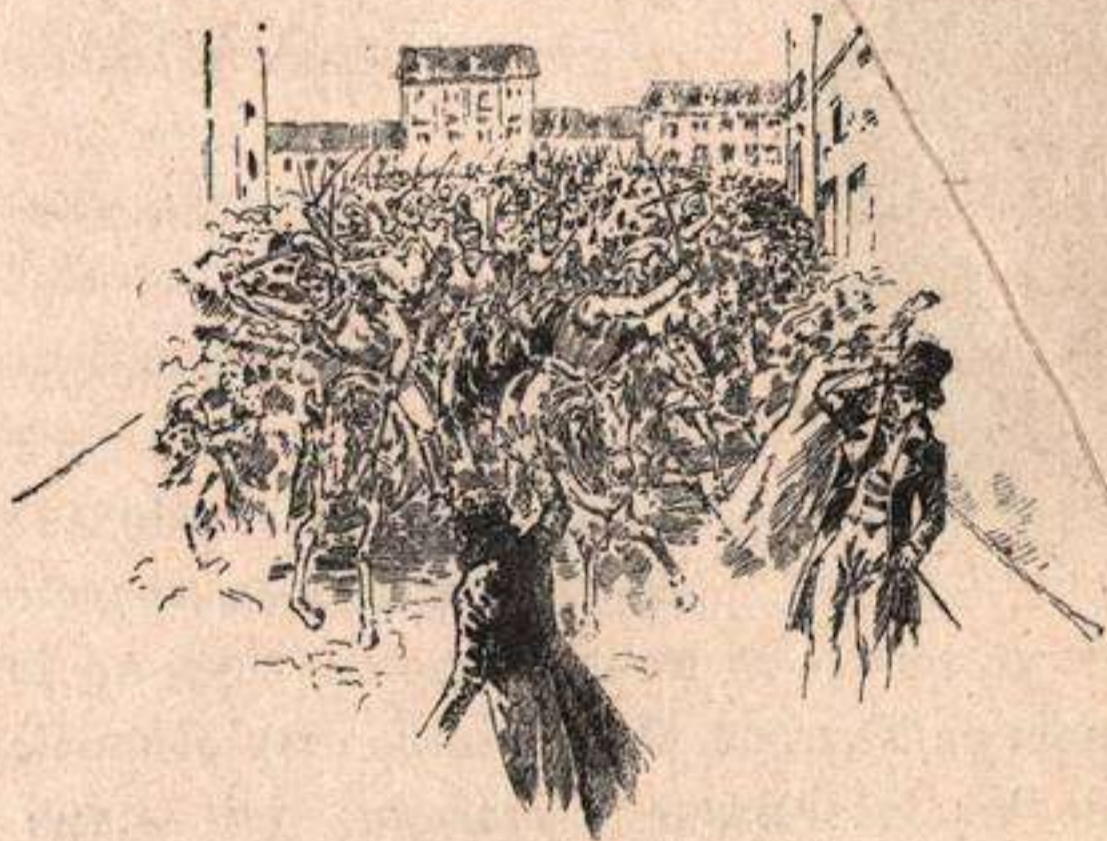
—¡Tiros!... ¡Una batalla!

Varios individuos corrieron á su lado por la calle de Tudescos abajo, gritando:

—¡Los guardias, los guardias!... ¡Que degüellan!

Solelad corrió también por instinto. Los tiros se repitieron, y sobre el tumulto descollaban tremendas voces que decían:

—¡Viva el Rey absoluto!



Y allá más lejos otras que no se entendían bien. Por callejones que no conocía, siguiendo á las personas del vecindario que alarmadas salían de las casas, Soledad llegó á una calle, que reconoció por la de San Bernardo.

—¡Ah!—murmuró.—Aquí me han dicho que está el batallón Sagrado, hacia la Cuesta de Santo Domingo. Vamos allá.

Para concluir pronto, acortando en lo posible las angustias de tal expedición, corrió en la dirección indicada; pero al fin la mucha gente que empezaba á agolparse en aquel sitio, obligóla á detenerse. La mu-



chedumbre retrocedió de repente, y viéronse varios soldados de á caballo, que sable en mano gritaban:

—¡Atrás, á despejar!

Para no ser arrollada, Solita huyó entre multitud de personas que se atropellaban, gritando:

—¡Jarana! ¡Qué vienen los guardias!... ¡Que van á disparar el cañón!

—Dígame usted, buen amigo—preguntó la muchacha á un hombre que á su lado iba,—¿dónde está el batallón Sagrado?

—¿El batallón Sagrado? Pues cuenta que está en la Plaza Mayor.

—Me habían dicho que en la Cuesta de Santo Domingo.

—Quiá, no señora. ¿Qué entiende usted de eso?

—Tiene usted razón, buen amigo, yo no entiendo nada. ¿Con que dice usted que en la Plaza Mayor?

—Mismamente... ¡Los guardias vienen!

—¿Por donde cree usted que debo ir?—preguntó Sola, advirtiendo que la gente corría en todas direcciones y que se oían los tiros más cerca.

—Por ninguna...—repuso el hombre metiéndose en su casa y cerrando sin dilación.

Soledad no se desanimó, y por la calle de la Justa trató de emprender su camino; pero al poco tiempo vió que la de Tudescos estaba intransitable. Pasaban por ella varias columnas de guardias, que al verse sorprendidos en la calle de la Luna, buscaban la de Jacometrezo y Postigo de San Martín para dirigirse al centro de la villa.

Aguardó á que pasaran, y luego, prefiriendo dar un rodeo á perder tiempo esperando, marchó á tomar la calle de la Montera por la del Desengaño.

—Por allí no habrá nadie—pensó.—Bajaré á la Puerta del Sol, y en un periquete estaré en la Plaza Mayor... Virgen de los Remedios, favoréceme.

En efecto, la infeliz muchacha llegó por fin á la Puerta del Sol, donde se había empezado á reunir bastante gente. Tropa y milicianos formaban delante de la casa de Correos; pero después de un instante la tropa entraba en aquel edificio y los milicianos subían por la calle de Carretas.

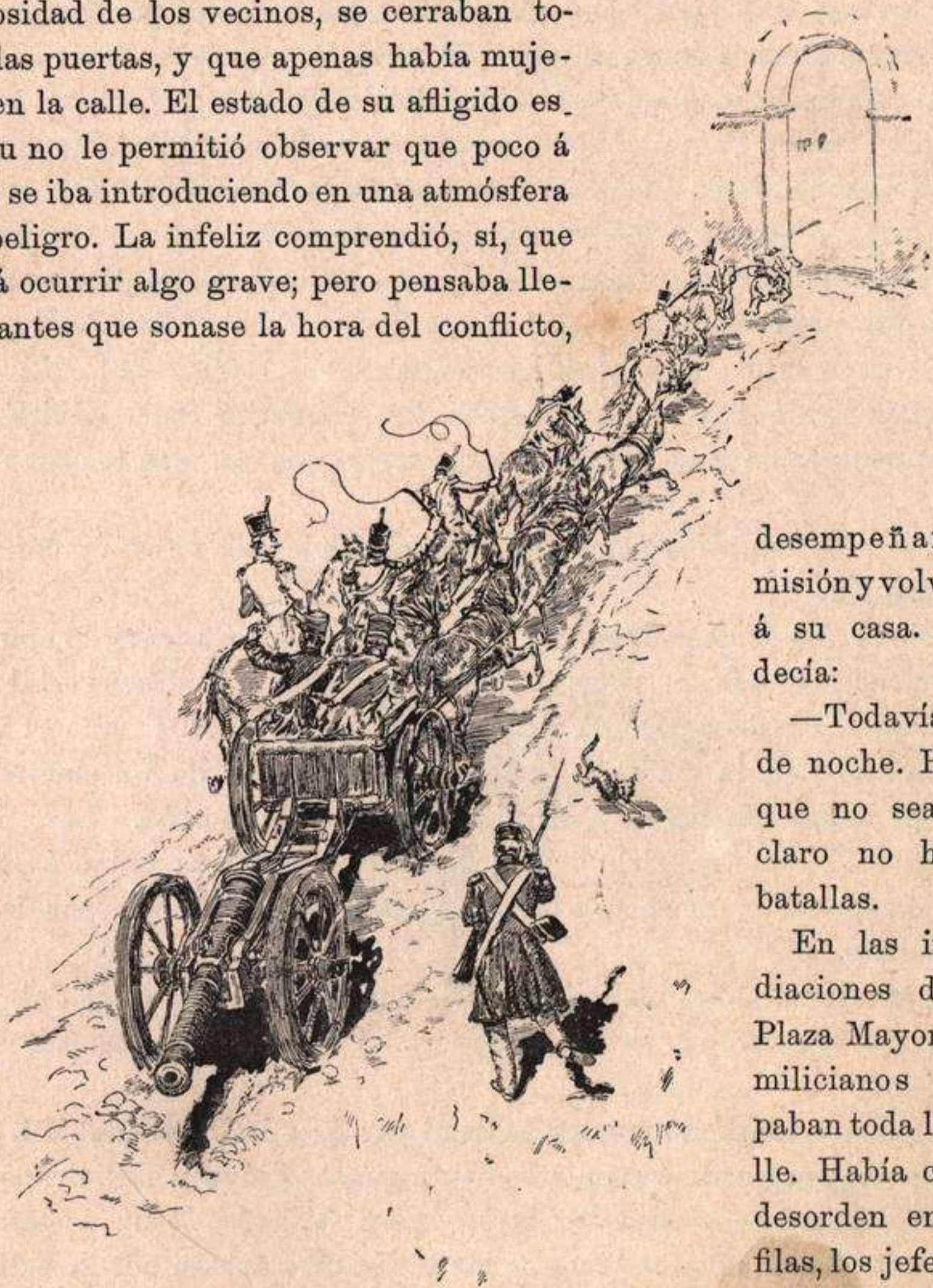
—¿Es cierto que el batallón Sagrado está en la Plaza Mayor?—preguntó Solita á un miliciano que marchaba á toda prisa con el fusil al hombro.

Como no recibiera contestación, hizo la misma pregunta á dos

paisanos, que también armados de fusil, marchaban hacia la calle Mayor.

—Venga usted prenda, y lo veremos.

Soledad les siguió á cierta distancia, andando tan aprisa como ellos. Vió que satisfecho el primer impulso de curiosidad de los vecinos, se cerraban todas las puertas, y que apenas había mujeres en la calle. El estado de su afligido espíritu no le permitió observar que poco á poco se iba introduciendo en una atmósfera de peligro. La infeliz comprendió, sí, que iba á ocurrir algo grave; pero pensaba llegar antes que sonase la hora del conflicto,



desempeñar su misión y volverse á su casa. Ella decía:

—Todavía es de noche. Hasta que no sea día claro no habrá batallas.

En las inmediaciones de la Plaza Mayor, los milicianos ocupaban toda la calle. Había cierto desorden en sus filas, los jefes corrían de un lado

para otro, y resonaban aquí y allá las palabras de tal cual arenga, pronunciada desde lo alto de un caballo. Murmullo atronador ensordecía la calle, todos hablaban á la vez, amenazaban, discutían, proponían; oíanse trastrocadas y revueltas las palabras *libres* y *esclavos*, *leales* y *pér-*

*fidios, Constitución y Rey neto, libertad y despotismo.* Todo se oía, menos lo que Solita quería oír.

—¿El batallón Sagrado?—preguntó tímidamente al primer miliciano que tuvo á mano.

—El batallón Sagrado... ¡ah!... vaya usted á saber, niña—le contestaron.

—Allí está mi primo—dijo otro.

—Lo manda San Miguel.

—Entonces debe andar por el cielo—añadió un chusco,—pues si es sagrado y lo manda un arcángel...

Soledad, con el corazón oprimido, se dirigió á otro grupo; pero no había abierto la boca, cuando oyó gritar:

—¡Paso, paso!

Y estuvo á punto de quedarse sorda por el estrépito que producían los cañones, que arrastrados á escape por poderosas mulas, venía la calle adelante, rechinando, saltando, rebotando sobre cada piedra. Soledad empezó á comprender que Dios la abandonaba en aquel trance, que la ocasión y el lugar no eran á propósito para buscar á un hombre perdido en la inmensidad del batallón Sagrado, y en la hora crítica de la revolución. Esta idea la afligió tanto, que quiso hacer un esfuerzo, sobreponerse con animoso espíritu á las circunstancias y seguir hasta donde pudiera con desprecio de la vida. Érale indispensable buscar y encontrar en aquella misma mañana á la única persona de quien podía esperar auxilio de todas clases en su desesperada situación. Recordó á su padre moribundo, sin recursos, la pobre casa desamparada, que muy pronto sería invadida por feroces polizontes; y cerrando los ojos á todos los peligros, al formidable aparato de tropas, desoyendo el rugir de la Milicia, el estrépito de las preparadas armas, dió algunos pasos hacia el arco de Boteros.

—Entraré—pensó,—y yo misma veré si está ó no ese batallón Sagrado.

Se sintió cogida por un brazo y rechazada hacia atrás, mientras una bronca voz le decía:

—Atrás... ¡qué en todas partēs se han de meter estas condenadas!

—¿El batallón Sagrado?—murmuró Soledad.

Pero otro brazo de hierro la arrojó hacia la acera de enfrente. Se volvió contra la pared y así estuvo breve rato. Cuando miró de nuevo hacia las entradas de la Plaza, su rostro estaba inundado de lágrimas. Era espectáculo digno de que un psicólogo lo observara, ver cómo, ha-

ciendo alarde de energía varonil, se limpiaba aquella infeliz sus lágrimas, cómo sofocaba sus suspiros, diciendo:

—Puede que sea facil entrar por la calle de Atocha... ¡Dios mío! ¿Cómo vuelvo á mi casa sin haberle visto?

Corrió hacia la plazuela de San Miguel y después hacia la Puerta del Sol. Por ninguna parte había salida; por todas partes tropa y milicianos que mandaban á los vecinos retirarse. Solita al fin se declaró vencida.

—Dios no quiere—dijo.—Es imposible. Volveré á mi casa... Dios no nos abandonará.

Una idea lisonjera iluminó de súbito su entendimiento, infundiéndole repentina alegría. En sus labios vaciló una sonrisa.

—Con esta jarana tan tremenda—pensó,—la policía no se cuidará de ir á mi casa. Todos tendrán mucho que hacer.

Pensando esto dobló la esquina para bajar por la plazuela de Herradores.

—¿Pero y si van?—pensó después.—Si le llevan á la carcel, como está... Se morirá por el camino... No, no irán, es imposible que se acuerden de tal cosa; lo peor es que no tenemos nada. ¡Qué disparate haber dado al Sr. Naranjo todo el dinero!... ¿Quién nos amparará si no encuentro hoy al batallón Sagrado?... Y le he de encontrar... Veremos más tarde... Esto acabará pronto... ¡Pero si le sucede algo, si le matan!...

El terror que esta idea le producía la desconcertó un momento; pero llenándose de fé, su alma privilegiada se tranquilizaba. Dios, sin embargo, no quiso que en aquella aciaga mañana fueran dichosas las horas de la infeliz joven, y no la dejó andar veinte pasos en paz. Por la calle de las Fuentes, por la de las Hileras subían columnas de milicianos granaderos, terribles, amenazadores; iban á cubrir el flanco de la Plaza. El paso por aquella parte estaba cortado.

Soledad, viendo la alarma del vecindario, quedó yerta de espanto. Gritaban en los balcones las mujeres, lloraban algunas, votaban los hombres. Cerrábanse puertas, se desocupaba á toda prisa la calle; hasta los perros huían azorados y despavoridos. Por un instante no supo la pobre qué resolución tomar; vaciló entre seguir bajando ó correr de nuevo hacia arriba. El aspecto imponente de las tropas que subían la ofuscó de tal modo, que tomó el peor partido corriendo hacia la calle Mayor, pero dos mujeres que iban hacia la calle de Santiago, indicáronle aquella dirección como la mejor. Las siguió sin vacilar, creyendo encontrar por allí facil acceso hacia su casa; pero no había llegado á la calle de Mila-

neses cuando sintió el horrible estrépito de miles de disparos, gritos, vivas y mueras, un bramido colosal, mezcla de humanas voces y de la tremenda palabra de los cañones. El valor le faltó de súbito entonces y tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

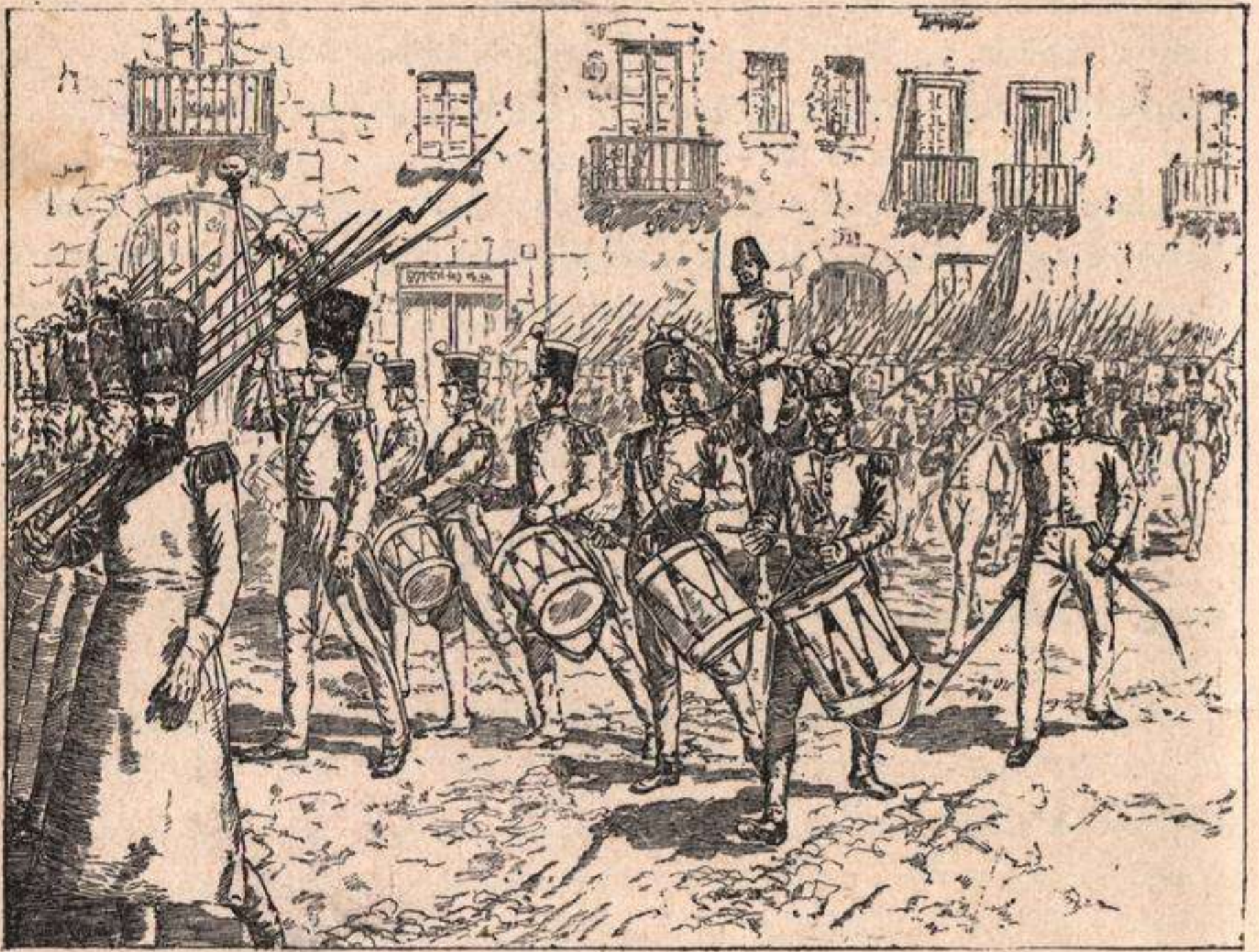
En la calle de Santiago había espacio suficiente para ponerse á salvo de las balas, y era considerable la multitud de curiosos. Muchos de estos emprendieron la retirada hacia la parroquia para apartarse lo más posible del lugar de la refriega; pero unas mujeres que subían de la plaza de Oriente, gritaron:

—¿Á dónde van ustedes? Los guardias de Palacio han subido á San Nicolás y vienen todos hacia acá.

Al oír esto, muchos se metían precipitadamente en las casas, otros se agolpaban á las calles del Espejo y de Mesón de Paños. La de Santiago quedó vacía.

¿En dónde está Solita? El narrador lo ignora, y llamado por el duelo en que se empeñan rencorosamente Despotismo y Libertad, no trata por ahora de averiguarlo.





## XIX

**C**UANDO el brigadier Palarea, aquel famoso guerrillero del año 8 (á quien llamaban el *Médico* porque curó gente por la ciencia antes de matarla con la espada), supo que venían los esclavos, tomó sus disposiciones en la Plaza Mayor, donde estaba con los milicianos. El oficial de artillería que mandaba las piezas dormía en la Panadería, y avisado del peligro, saltó por un balcón para llegar más pronto á su puesto. Felizmente todos estaban preparados, y no hubo más confusión que la propia de tales casos. Los milicianos, á causa del entusiasmo que les poseía, no perdieron la serenidad en aquella mañana, y si alguno temblaba dentro de su uniforme, como parece

creible, esto no pasó de la esfera individual, y la Institución se sostuvo firme y tranquila. Por primera vez en su vida aquello que parecía destinado á ser pequeño empezaba á ser grande. Hombres de costumbres pacíficas y sin ideal guerrero de ninguna clase iban á familiarizarse con el heroísmo. Estos milagros los hace la fé del deber, la religión de las creencias políticas cuando tienen pureza, honradez y profundas raíces en el corazón.

Por la calle Mayor adelante avanzó la columna de guardias, tan orgullosa como si fuese á una parada, al son de sus ruidosos tambores, y dando vivas al Rey absoluto. Era costumbre entre los guardias llamar á los milicianos *soldaditos de papel*. Ya se acercaba el momento de probarlo, y esgrimidas las armas de uno y otro bando, iban á chocar el acero y el cartón. Nada más imponente que los rebeldes. Sus barbudos gastadores, cubiertos con el mandil de cuero blanco, parecían gigantes; sus tambores eran un trueno continuado, su actitud marcial perfecta, su orden para el ataque inmejorable, sus *vivas* infundían miedo, sus ojos echaban fuego.

La columna se detuvo y miró á la izquierda. Ya se sabe que la Plaza Mayor tiene dos grandes bocas, por las cuales respira, comunicándose con la calle del mismo nombre. Entre aquellas dos grandes bocas que se llamaban de Boteros y de la Amargura, había y hay un tercer conducto, una especie de intestino, negro y oscuro: es el callejón del Infierno. Por una de estas tres bocas, ó por las tres á un tiempo, tenían los guardias forzosamente que intentar la ocupación de la Plaza, de aquel sagrado Capitolio de la Milicia Nacional, ó alcázar del soberano pueblo armado.

Cuando se acercaron hubo un momento de profundo silencio. Allá dentro, á la primera luz del naciente, se veían brillar los cañones de los fusiles populares. ¡Qué ansiedad espantosa! Con el aliento suspendido, se contemplaron el guerrero y el ciudadano, el hierro y el papel. Oyéronse algunos gritos, diéronse algunos pasos y tempestad horrisona estalló en el aire.

En el paso y arco de Boteros, en la calle de la Amargura, en el callejón del Infierno se trabó simultáneamente la pelea. Los guardias atacaron con fatuidad, los milicianos defendiéronse con vigor, no sin gritos patrióticos, que les inflamaban, recordándoles la noble idea por quien combatían. El cañón de Boteros y el de la Amargura tronaron á la vez y sus primeros disparos de metralla desconcertaron á los guardias.

No obstante, como eran gente aguerrida, rehiciéronse sin tardanza;

habían puesto á su cabeza á los granaderos de premio y á los gastadores de luenga barba, algunos de los cuales eran veteranos de las guerras de la Independencia y del Rosellón. Los milicianos tenían en su vanguardia toda la gente menuda, los cazadores, la juventud entusiasta, los menestralillos, los hijos de familia, los señoritos y los horteras. Pero Dios, que siempre protege á los débiles, quiso en aquel crítico día infundir en el alma de los pobres chicos una fuerza inaudita, y si los guardias arremetían con vigor, las descargas cerradas de aquella juventud impertrérita, que no veía el peligro ni hacía caso de la muerte, detenían á los orgullosos veteranos.

En Boteros consiguieron adelantar algo, y llegó un momento en que las manos de los gastadores pudieron tocar el cañón. En el ángulo que el pórtico forma con la Plaza hubo confusión, cierto pánico entre los milicianos, y amenazaba presentarse un verdadero peligro, si esfuerzos supremos no restablecían la superioridad hasta entonces demostrada por los defensores del pueblo.

Palarea, que á caballo estaba á la izquierda de la pieza de artillería, dió un grito horrible, y con el sable vigorosamente empuñado por la trémula diestra, rugió órdenes. El comandante de la Milicia que mandaba en aquel punto á los cazadores sintió en su interior un estremecimiento terrible, una rápida sensación de frío, á que siguió súbito calor. Ideas ardorosas cruzaron por su mente; su corazón palpitaba con violencia; su pequeña nariz perdió el color; resbaláronsele por la nariz abajo los espejuelos de oro; apretó el sable en el puño; apretó los dientes, y alzándose sobre las puntas de los piececillos, hizo movimientos convulsivos, semejantes á los de un pollo que va á cantar, tendiéronsele las cuerdas del pescuezo; púsose como un pimiento, y gritó:

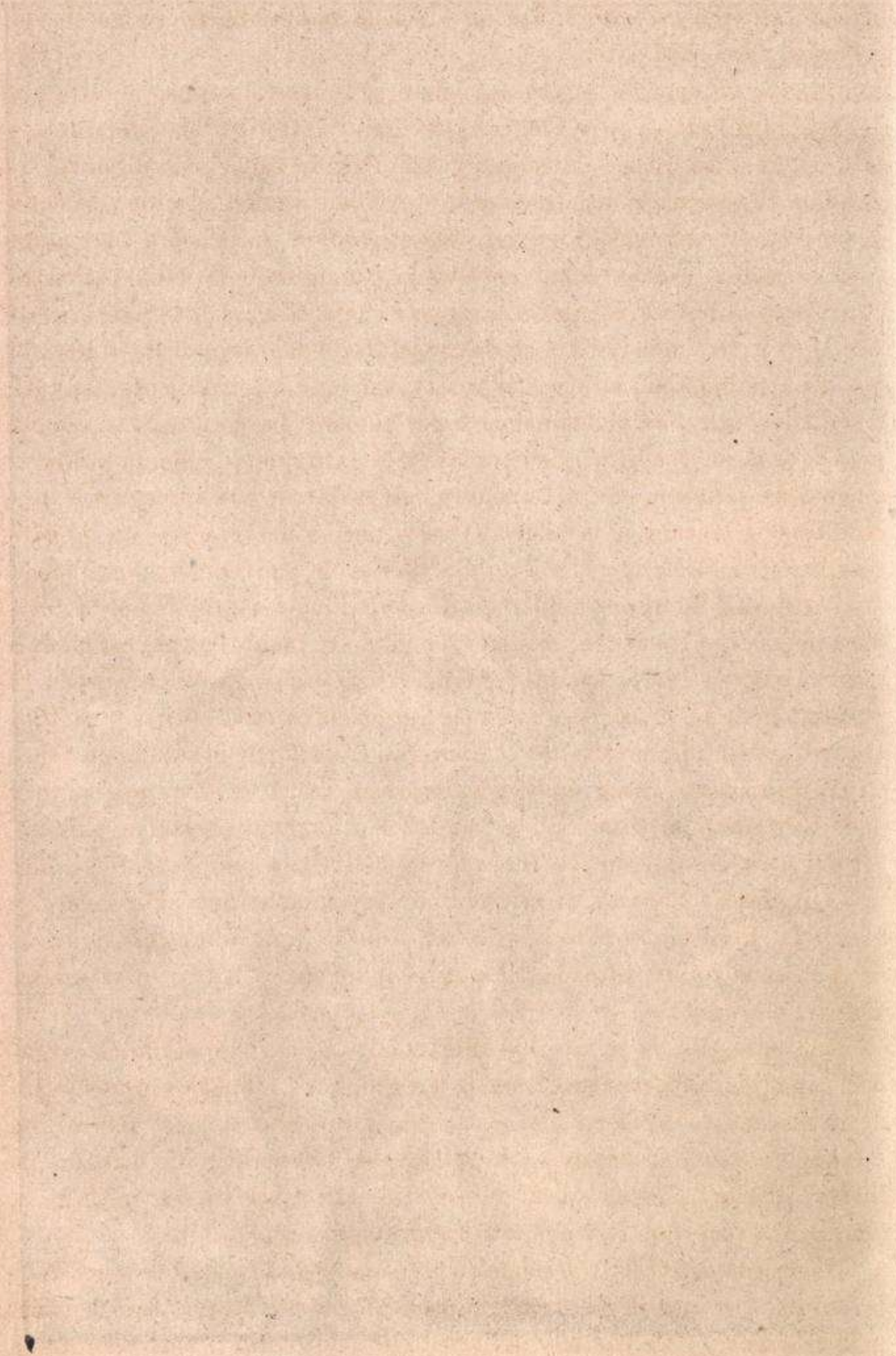
—¡Viva la Constitución!... ¡Cazadores de la Milicia... á cargar!

Era el nuevo Leónidas, D. Benigno Cordero. Impetuoso y ardiente se lanzó el primero, y tras él los cazadores atacaron á la bayoneta.

Antes de dar este paso heroico, verdaderamente heroico, ¡qué horrible crisis experimentó el alma del pacífico comerciante! D. Benigno no había matado nunca un mosquito; D. Benigno no era intrépido, ni siquiera valiente, en la acepción que se da vulgarmente á estas palabras. Mas era un hombre de honradez pura, esclavo de su dignidad, ferviente devoto del deber hasta el martirio pasivo y frío; poseía convicciones profundas; creía en la libertad y en su triunfo y excelencias, como en Dios y sus atributos; era de los que creen en la absoluta necesidad de los grandes sacrificios personales para que triunfen las grandes ideas, y







viendo llegado el momento de ofrecer víctimas, era también capaz de ofrecer su vida miserable. Era un alma fervorosa dentro de un cuerpo cobarde, pero obediente.

Cuando vió que los suyos vacilaban indecisos, cuando vió el fulgor del sable de Palarea y oyó el terrible grito del brigadier guerrillero y médico, su alma pasó velozmente y en el breve espacio de algunos segundos, de sensación á sensación, de terribles angustias á fogosos enardecimientos. Ante sus ojos cruzó una visión, y ¡qué visión, Dios poderoso!... pasó la tienda, aquel encantador templo de la subida á Santa Cruz; pasó la blanca anaquelera, llena encajes negros. Las puntillas de Almagro y de Valenciennes se desarrollaron como tejidos de araña, cuyos dibujos bailaban ante sus ojos; pasaron los cordones de oro, tan bien arreglados en rollos por tamaños y por precios; pasó escueta la vara de medir; pasaron los libros de cuentas y el gato que se relamía sobre el mostrador; pasaron, en fin, la señora de Cordero y los borreguitos, que eran tres, si no miente la historia, todos tan lindos, graciosos y sabedores, que el buen hombre habría dejado el sable para comérselos á besos.

Pero aquel hombre pequeño estaba decidido á ser grande por la grandeza de su fé y de sus convicciones; borró de su mente con un esfuerzo la pérfida imagen doméstica que le desvanecía, y no pensó más que en su puesto, en su deber, en su grado, en la individualidad militar y política que estaba metida dentro del D. Benigno Cordero de la subida de Santa Cruz. Entonces el hombre pequeño se trasfiguró. Una idea, un arranque de la voluntad, una firme aplicación del sentido moral bastaron para hacer del cordero un león, del honrado y pacífico comerciante de encajes un Leónidas de Esparta. Si hoy hubiera leyenda, si hoy hubiera escultura y D. Benigno se pareciese á una estatua, ¡qué admirable figura la suya elevada sobre un pedestal en que se leyese: *¡Cordero en el paso de Boteros!*

Rugiente y feroz se lanzó el comandante de cazadores. Éstos cargaban como los infantes españoles de los grandes tiempos antiguos y modernos, con brío y desenfado, cual si hicieran la cosa más natural. La falanje de papel destrozó á los caballeros invencibles de corazón de hierro, que se desconcertaron, no sólo por el empuje de los milicianos, sino por la sorpresa de verse tan bizarramente acometidos.

Ni remotamente lo esperaban. Unos cuantos volvieron la espalda, y la columna se acabó de desorganizar. ¡Á correr! Vióse caer bastante gente de una y otra parte, y la derrota de los guardias era evidente en el paso de Boteros, porque alentados los milicianos, cayeron sobre ellos

enfurecidos, y con el furor de los unos crecía el desánimo de los otros. Corrieron, acuchillados sin piedad, por la calle Mayor en dirección de la Puerta del Sol.

En el momento del triunfo, un héroe, caído en tierra, bañaba con su sangre preciosa las piedras de la calle. Era D. Benigno Cordero. Pero no lloreis, númenes de la historia. Para gloria de la Milicia Nacional de España y de la Humanidad, Cordero no murió, y restablecido en pocos días de sus heridas, disfrutó por muchos años de la dulce vida, haciendo las delicias de su familia, de sus amigos y de sus parroquianos en la modesta tiendecita de la subida á Santa Cruz. Boteros, las Termópilas de este hombre pequeño, no lleva su nombre.



## XX

**E**N la Amargura, los granaderos y los cazadores de la Milicia rechazaban con igual bravura á los *esclavos*, y en el callejón del Infierno, sitio de encarnizada pelea, un hombre formidable, una encarnación del dios Marte con morrión, hundía su bayoneta en el pecho de un faccioso, gritando con voz de cañonazo:

—¡Por vida de los cien mil pares de gruesas de chilindrones!... ¡perro, canalla, genízaro! ¡Suelta la vida aquí mismo... suéltala!...

Ciego de ira, D. Patricio, el pacífico preceptor, trasformado en bestial sicario por el fuego político que inflamaba su alma, apretaba los dientes, abría los ojos como un estrangulado, y su proterva lengua blasfemaba. El entusiasmo hacía de D. Benigno Cordero un héroe, el fanatismo hacía de Sarmiento un soldadote estúpido. Tan ciego estaba, que cuando sus compañeros corrieron por el callejón abajo, arrastrándole, siguió haciendo un uso lamentable de la bayoneta, y después de pinchar con ella á un miliciano, la clavó en la pared, diciendo:

—¡Y tú también... tú!

En tanto los guardias corrían en retirada hacia la Puerta del Sol á unirse con la segunda columna. El general Ballesteros, que en aquel instante llegaba del Parque á hacerse cargo del mando de la Plaza Mayor, puso



en Platerías las dos piezas que había traído y ametralló á los fugitivos, disponiendo que Palarea los atacase por la calle de Carretas. Pero los guardias se desconcertaron de tal modo en la Puerta del Sol, que no fué preciso desplegar gran estrategia para obligarles á una completa fuga.

Unos intentaron subir la calle de la Montera; pero de los balcones les arrojaron, á falta de balas, toda clase de cachivaches y hasta los morteros de las cocinas. No pocos se pasaron á las filas leales, y la mayor parte emprendieron la retirada por la calle del Arenal, donde tuvieron que tirotearse con la compañía de granaderos milicianos apostada en San Ginés y en las inmediatas calles de las Hileras y las Fuentes. Fracaso más vergonzoso no se ha visto desde que hay pronunciamientos en el mundo. Nada faltó á los sediciosos para su total aniquilamiento y deshonra: los milicianos se permitieron hasta la inaudita osadía de hacerles prisioneros, copando algunas docenas de hombres en la plazuela de los Caños.

Entre los vencedores no se oía más que una voz:

—¡Á Palacio, á Palacio!

Faltaba lo mejor de la fiesta, porque dos batallones de guardias permanecían intactos en el alcázar, y los derrotados de la Plaza Mayor iban en aquella dirección. En Palacio estaba el Rey, acusado de dirigir desde su gabinete toda la maniobra sediciosa, asistido de los pérfidos consejeros á quienes *El Zurriago* llamaba *Infantón*, *Casarrick* y el general *Castañuelas* (Castro-Terreño). En Palacio estaban también los Ministros en la más triste y ridícula de las situaciones imaginables, prisioneros, sin prestigio ante la Milicia ni ante el despotismo; estaba asimismo San Martín, que según dicen, lloraba, deplorando la reclusión en que se le tenía; estaban los cortesanos todos y las damas del 30 de Junio; pero no rebosando alegría, sino con el corazón oprimido por la incertidumbre; que toda aquella gente menuda, tan emprendedora para conspirar, temblaba al oír los tiros, como los niños cuando oyen truenos.

Cuando los milicianos de la Plaza Mayor se convencieron de que habían triunfado, pues en los primeros momentos no lo creían, se entusiasmaron hasta el frenesí: los *vivas* á la Constitución, á Riego, á Ballesteros, á las libertades todas y á todos los pueblos soberanos sonaban sin interrupción, repetidos por la muchedumbre en inmenso alarido. De las vecinas casas salía en tropel á borbotones el hirviente vecindario, loco también de alegría, y todo el mundo se felicitaba, todo el mundo se abrazaba. Las patriotas, que eran género abundante en la calle Mayor, salían cargadas de confituras, vino, pasteles y cantidad de regalitos para

obsequiar á los héroes. ¡Interesante apoteosis popular que á los bravos soldados nacionales gustaba más que el pasar bajo soberbios arcos de triunfo, para recibir como único premio un laurel de trapo ó la sonrisa de un Rey satisfecho!

Milicianos y pueblo, ó mejor dicho, guerreros y gente inerme, llenaban la vía pública, y todos chillaban, hombres, mujeres, chicos. No se podía dar un paso. Al sediento se le daba agua ó vino, comida al que tenía hambre, y los heridos eran entrados en las casas. Los tres milicianos muertos en la Plaza tenían en derredor lastimoso coro de llantos é imprecaciones contra el despotismo. Cuarenta habían sido los heridos, entre ellos no pocos de bastante gravedad.

En cambio los guardias dejaron catorce muertos en las calles. De sus heridos no se tenía noticia.

Cuando se inició el movimiento hacia la plaza de Palacio, hubo gran confusión. Querían los jefes que se retirase el paisanaje; pero el mar y el gentío no suelen obedecer al que les manda quitarse de en medio. Allí era de ver la actividad, la diligencia afanosa con que D. Primitivo Cordero quería abrir paso á una parte de su batallón.

—Señoras—dijo á unas buenas mujeres que en grupo inmóvil como el de una roca contribuía á obstruir, con otras masas de hombres y chiquillos, la entrada de la calle de Milanese, —hagan el favor de retirarse. Todavía no ha concluido esto... Atrás, atrás... á un lado todo el mundo.

Obediente en lo posible, la femenil pandilla se apretó contra sí misma, diciendo con parlero trinar de pájaros alborotados:

—¡Viva la Milicia Nacional!

Un patriota exclamó:

—¡Viva D. Primitivo Cordero!

—Gracias, gracias, mil gracias—dijo galantemente el héroe saludando á un lado y otro.—Pero apartarse, apartarse, señoras.

El sobrino de D. Benigno pasó; pero un nuevo grupo le detuvo.

—¿Qué hay aquí?—preguntó observando que varias personas levantaban del suelo á una mujer.

—Nada—respondió un viejo.—Esta señora se ha desmayado.

La desmayada, puesta al fin en pié, abrió los ojos, miró á todos lados con estupor, apartándose con las manos el cabello que sobre la frente le caía. Estaba sumamente pálida, y temblaba.

—¿El batallón Sagrado?...—dijo.

D. Primitivo seguía abriéndose paso. La multitud cambió de postura y movióse toda la gente de una parte á otra.

Entonces la desmayada desapareció.

Hacia la plaza de Oriente marchaba el ilustre Ballesteros, Riego, el general Copóns, antiguo jefe político y hombre muy exaltado, el diputado Grases, que era ayudante de Ballesteros, el conde de Oñate, grande de España de primera clase, que tenía á mucha honra vestir el uniforme de la Milicia, el duque del Parque, el ex-guardia de Corps D. José Trabeso y todas las celebridades de aquel día, excepto Morillo, que seguía en el Parque, Álava, que estaba en la plazuela de Santo Domingo, y el patriota D. Vicente Bertrán de Lis, que al frente de su partida guerreaba en las Vistillas de San Francisco.

Durante la marcha hacia Palacio oíanse tiros. Avivaron el paso los



milicianos. Los caballos de los jefes descolaban sobre la apiñada multitud, como si nadaran en un mar de cabezas. No era posible asegurar si la principal parte de la tormenta de aquel día había pasado ya, ó si faltaba aún, porque el nudo de Palacio no se había roto ni desatado, porque allí había dos batallones de rebeldes, y en San Gil estaba el cuartel general de los leales, y las Caballerizas eran ocupadas por los guardias fieles á la Constitución. Inmensa curiosidad devoraba al pueblo de Madrid. ¿Qué haría el Rey? ¿Defenderíanse

los dos batallones hasta el último extremo? ¿Capitularían? ¿Invadirían los milicianos el Palacio?



Crecía la agitación sin que disminuyera el entusiasmo. Las calles de Milanese, Santiago, y Cruzada hervían, y el impaciente ciudadano, ávido de conocer el resultado de una contienda de que dependía su destino, pugnaba por acercarse todo lo posible. Aglomerándose la gente sin miedo al peligro, en aquel enorme tumulto de voces y gritos apenas se oía la debil voz que preguntaba:

—¿El batallón Sagrado?...



## XXI



TIEMPO es ya de encontrar al batallón Sagrado. Se había formado en los primeros días del mes, con oficiales de reemplazo y paisanos entusiastas que no pertenecían á la Milicia, y su jefe era San Miguel. En la madrugada del 7 estaba en la plazuela de Santo Domingo, y una avanzada suya fué la que rompió el fuego contra los guardias en la calle de la Luna. Cuando se formalizó el conflicto, al mismo tiempo que acudía Ballesteros á la Plaza Mayor, presentóse en la plazuela de Santo Domingo el general Álava, y á poco rato llegaron dos compañías del regimiento de infantería de Fernando VII, un escuadrón de Almansa y una pieza de artillería. Pero durante los imponentes ataques de Boteros y la Amargura, nada ocurrió allí digno de mención. Cuando el batallón Sagrado y las demás fuerzas mandadas por Álava entraron en acción resuelta, fué al iniciarse la retirada de los facciosos por la calle del Arenal hacia Palacio. Los leales les hicieron fuego por todas las calles que afluían á la Plaza de Oriente, mientras los guardias de Palacio, para proteger la retirada de los suyos, avanzaron hasta los altos de la calle del Viento, desde donde favorablemente podían hacer mucho daño al paisanaje.

Éste avanzó con resolución, á pesar de recibir tiros por todas partes, siendo los más certeros y molestos los que venían de las ventanas bajas del regio alcázar. Ruines lacayos y gente cobarde, de esa que se cría en lo más bajo de los palacios, ayudaba á defender el último baluarte del despotismo. Sin embargo, cuando avanzaron los patriotas, cuando lograron desalojar de los altos de la Plaza al destacamento de guardias, las ventanas bajas se cerraron como las altas, y desde entonces la pro-

cesión empezó á andar por dentro. Viéronse pañuelos blancos agitados en los grupos de rebeldes que se reconcentraban en la plaza de la Armería ó en la puerta del Príncipe, y cesó el fuego.

Un parlamentario apareció gritando en nombre del Rey: *Que cesen los fuegos, y que vaya á Palacio el general Morillo, pues pelagra la vida de Su Majestad.*

Entonces fué cuando Ballesteros dió la famosa contestación: *"Diga usted al Rey que haga rendir las armas inmediatamente á los facciosos que le cercan, pues de lo contrario las bayonetas de los libres penetrarán persiguiéndoles hasta su Real cámara."*

Hasta aquel instante todo se había llevado con acierto. Los milicianos habían hecho proezas; los generales se habían portado con dignidad y bizarría; el pueblo victorioso, mas no embrutecido por la matanza ni ebrio de sangre, se había detenido con respeto, quizás excesivo, ante la puerta sagrada del Palacio de sus Reyes, obedeciendo á una sola palabra de éste; los soberbios guardias, insolentes como el absolutismo que defendían, sin respeto á nada ni á nadie, mordían el polvo, sojuzgados por el espíritu liberal y la conciencia pública, de quien fueron instrumento propicio las armas ciudadanas.

Todo iba bien hasta aquel instante; pero en el mismo punto la cuestión que ya podemos llamar del 7 de Julio, empezó á tomar antipático sesgo. Comenzaron los tratos para la capitulación, constituyóse en la Casa-Panadería una Junta de hombres débiles, que no supieron tomar resolución alguna de provecho en el momento del peligro, y que ahora querían nada menos que declarar la incapacidad moral del Rey. Palacio envió ante la Junta sus más sagaces agentes, y discutióse si debían los guardias rendir las armas, cuando tan facil era quitárselas.

No es decible lo que se movió aquella gente desde la Casa-Panadería á Palacio, y qué número de cortesanos y oficiales entraron en danza, trayendo y llevando recados. Por último, la diplomacia dijo su última palabra, y se estipuló que los cuatro batallones que habían invadido la capital se rendirían á discreción; pero que los otros dos las conservarían, saliendo de la córte para Vicálvaro y Leganés. En uno de aquellos dos estaban los asesinos de Landáburu.

Cuando corrió la noticia de este convenio entre los patriotas, la mayor parte se dieron por satisfechos, y el pueblo en general llenóse de alegría viendo asegurada la paz, sometida la rebelión y atajada la sangre que había empezado á correr en abundancia. En las largas horas que pasaron desde que se suspendieron las hostilidades hasta que se

supo el resultado de las negociaciones, toda la gente armada, pueblo y tropa ocupó sus puestos, atenta á los movimientos de los acorralados guardias, y cada vez se estrechaba y fortificaba más el círculo en que estaban metidos. En la plaza de Oriente el batallón Sagrado y el regi-



miento del Infante D. Carlos cortaban la comunicación con toda la parte de los Caños y la Encarnación. En los Consejos y en las calles del Factor y la Cruzada, los tres batallones de la Plaza Mayor con algunas piezas presentaban un baluarte infranqueable al enemigo.

La suspensión de armas no podía ser más alegre. El pueblo, no pudiendo mezclarse con la Milicia y tropa, rigurosamente formada, se acercaba á ellas lo más posible, y con las últimas filas se juntaban apretadas falanges de mujeres, ancianos y gente de todas clases que, no contentos con estar tan cerca, asomaban el hocico por encima de los hombros y por entre las bayonetas de los soldados. Todos pedían noticia, todos querían saber hasta los menores detalles de los desafortunados combates de aquel día; preguntaban éstos por el hermano ó por el padre, y algunos viéndole desde lejos en apartada fila, saludábanles con pañuelos. El pueblo llamaba á los suyos, pronunciando los más cariñosos nombres, y desde las compañías respondían voces festivas con la alegría de la salud y del triunfo.

Pero también molestaba en algunas partes la muchedumbre curiosa. En el batallón Sagrado un individuo empujó hacia atrás un racimo de mujeres que parecían querer subir sobre sus hombros. En el mismo instante se sintió fuertemente asido del brazo; oyó una voz. ¡Oh sorpresa de las sorpresas!

—¿Solilla, tú aquí?... ¿pero eres tú?...— exclamó con júbilo, apartando á otras personas para que la joven estuviera cómodamente á su lado.

—Desde la madrugada te estoy buscando, hermano. ¡Gracias á Dios que al fin ha querido que te encuentre!—dijo Soledad con inmensa alegría.

Sonriendo de placer, parecía que la demacración y palidez de su rostro se disipaban por un instante como las oscuridades de un cielo que de súbito ilumina el sol. Mas era demasiado grande el desorden de su persona y la alteración de su semblante, por el cual habían pasado aquel día más lágrimas que balas por el ámbito de la calle Mayor, para que un pasajero regocijo los disipase.

—Á tí te pasa algo, ¿qué tienes?—preguntó Monsalud, poniéndole la mano izquierda en el hombro, mientras con la derecha sostenía el fusil.



—Me pasan cosas terribles...—repuso ella con angustioso acento.— Por eso te estoy buscando desde las dos de la madrugada... Mi padre se muere.

Salvador no contestó nada, realmente porque no sabía qué contestar.

—Se muere—añadió Sola,—y necesito de tu ayuda por muchos motivos y para muchas cosas.

—¡Pobrecilla!... Esto se acabará pronto. Romperemos filas y estaré á tus órdenes. Yo estoy aquí por complacer al duque, que se empeñó en que viniera; pero esto no ha de durar mucho más.

—¿Pero no se ha concluido todavía?... ¡Qué fuego! ¡Cuántos tiros, cuántas muertes! Me acordaré mientras viva, si vivo, de lo que he visto hoy. Yo salí á buscarte, fui á la calle Mayor, y sin saber cómo me ví cercada por todos lados. No podía salir de allí, ni volver á mi casa, donde había dejado en la situación más triste á mi pobre padre... Pude al fin guarecerme en un portal con otras mujeres durante el tiempo de los muchos, de los muchísimos tiros. Después salí. Gritaban porque habían triunfado... perdí el conocimiento... Yo seguí buscándote y al fin supe que estabas aquí... pero no pude verte. Volvieron á sonar los tiros y tuve que huir... Entonces fui á mi casa, he acompañado á mi padre parte de la mañana, y después he salido otra vez en busca tuya, porque necesito de tí, como ya te he dicho, por muchas razones.

—Lo supongo. Pronto me tendrás á tu lado,—dijo Salvador con lástima.—Y qué sabes de Anatolio, ¿le ha pasado algo?

—No sé nada. Desde el día 30 no hemos tenido noticias tuyas.

—¡Qué desgracia!

—¿Y tú, estás herido? ¿Te ha pasado algo?

—Nada absolutamente. Esto ha sido un juego. Sin embargo, he disparado algunos tiros.

—Yo he oído más de un millón, puedes creerlo, más de un millón... ¿Pero no puedes salir de aquí todavía? ¿Á tu madre no le ha pasado nada en aquella casa tan próxima al fuego?

—Esta madrugada, en un momento que tuve libre, la saqué de allí llevándola á la casa que el duque del Parque tiene en el Prado Viejo.

—Yo había perdido la esperanza de encontrarte, de verte más—dijo Soledad asiendo más fuertemente el brazo de su hermano, como si temiera que se le escapara después de tantas fatigas para hallarle.—¡Qué momentos he pasado!... Mi padre moribundo... temiendo á cada instante que le vayan á prender...

—¡Á prenderle otra vez!

—Sí, el Sr. Naranjo ha huido.—¡Qué desastres! uno tras otro... Ya te contaré con más calma.

—No temas nada, pobrecilla. No le prenderán; te respondo de ello.

—Tus palabras me consuelan. Parece que todo ha cambiado desde que te he visto,—dijo Soledad con emoción más viva,—parece que ya no son tan grandes las calamidades de mi casa, y más fácil encontrar un remedio á todo, hasta á la enfermedad de mi padre.

—Para todo lo habrá—afirmó Monsalud con impaciencia.—Ahora falta que esto se acabe pronto.

—¡Oh! y si no se acaba, ¿no podrás dejar el fusil á un compañero, diciéndole que vuelves pronto?

Salvador se echó á reír.

—No te impacientes. Está ya convenido que los guardias rindan las armas, y de un momento á otro las han de entregar ahí junto, en la plaza de la Armería. ¿Ves cómo se mueve la Milicia que está hacia el arco? Pues es que va á presenciar el acto de la rendición.

No había concluido de decirlo cuando se oyó el estruendo de una descarga. ¡Extraordinaria alarma en el pueblo que llenaba la plaza! El batallón Sagrado se estremeció todo de un punto á otro. Disponíanse las fuerzas á un nuevo combate, cuando corrió esta voz:

—Los guardias han hecho una descarga á la Milicia que iba á presenciar la rendición.

Y después esta otra:

—Se escapan por la escalera de piedra que baja al Campo del Moro.

Y luego no se oyó más que esto:

—¡Huyen, huyen á la desbandada!

—Se van—dijo con alegría Solita, que se había visto obligada á separarse de su amigo.—Mejor: así se acabará más pronto.

Inmediatamente oyéronse las voces de mando. Toda la gente armada se puso en movimiento para perseguir á los fugitivos. Ballesteros y Palarea bajaron por la calle de Segovia. Copóns bajó por la Cuesta de San Vicente con la caballería de Almansa. Morillo con los guardias leales y el regimiento del Infante D. Carlos marchó hacia Palacio, con objeto sin duda de seguir á los fugitivos por donde mismo habían salido. Todo cambió. Nuevas tropas invadieron la plaza de Oriente, y Solita vió con el mayor desconsuelo que su hermano desaparecía en el inmenso y alborotador mar de cabezas.

Después ocurrió un acontecimiento singular. Cuando Morillo pasaba por delante de Palacio, un hombre se asomó á un balcón, y señalando

los grupos de guardias que allá abajo entre la verdura del Parque corrían azorados, gritó con voz clara que se oyó claramente desde la plaza:

—¡Á ellos, á ellos!

Era Tigrekan.







## XXII

**E**N la noche de aquel día, todo estaba en sosiego, y la plenitud del triunfo aseguraba á los milicianos y á la tropa largo y reparador descanso. La mayor parte, seguros de que los guardias dispersos no habían de volver, no pensaban ya más que en los preparativos para el *Te-Deum* que debía cantarse al siguiente día en la Plaza Mayor.

Solita salió de su casa por tercera vez, y al fin con fortuna, porque cerca de anocheado pudo encontrar ya libre de servicio á su protector y amigo, el cual la siguió con los más vivos deseos de servirla.

Entraron en la casa. Ni uno ni otro hablaban nada. Al llegar arriba, Monsalud dijo:

—¿Has mandado buscar un médico?

—Ha venido esta tarde y ha dado pocas esperanzas.

—¿Recetó algo?

—Que estuviera en la cama; que no le molestáramos con medicinas; que se le dejara tranquilo. Eso quiere decir que la ciencia es inútil... Si al menos pudiera pasar en calma sus últimas horas... Pero acabadas las batallas vendrán á prenderle, porque esa gente de la policía no se olvida de su oficio. Serán tan malos, que le llevarán en una camilla á la carcel... Estando tú aquí, ¿no lo podrás impedir?

Salvador no respondió. Penetraron en la salita que precedía á la alcoba del enfermo, y apareció entonces Doña Rosa, con aquella cara de Pascua y aquella bendita sonrisa que conservaba aún en los momentos de mayor apuro. Soledad entró á ver á su padre, acercándose al lecho muy despacito para no hacer ruido, y al poco rato salió.

—¿Ha venido alguien?—preguntó á la anciana.

—Sí, hija mía, hemos tenido visita: hace un momento acaba de salir.

—¿Quién?

—Una señora—dijo en voz baja Doña Rosa, haciendo extraordinarios aspavientos con las flacas manos.—Una señora muy guapa.

Salvador y Soledad prestaron gran atención.

—¿Y qué buscaba?

—Venía muy sofocada... preguntó por el Sr. Naranjo. Cuando le dije que se había marchado no lo quería creer. ¡Qué afán traía la señora!... Pues nada; empeñábase en que el Sr. Naranjo estaba escondido por miedo á los tiros... "Entre usted, señora, y registre la casa toda" le dije... Virgen Madre, ¡qué entrecejo ponía! Estaba furiosa la madama, y cuando se convenció de que había sido chasqueada, daba unas pataditas en el suelo...

—¿Y no dijo más?—preguntó Monsalud con muy vivo interés.

—Me preguntó que donde tenía sus papeles el Sr. Naranjo... ¡Yo qué demonches sé!... Ya me iba amostazando la tal señora... También hablaba sola, y decía como los cómicos en el teatro: "¡Cobardes, traidores!,"

—¿Era hermosa?—preguntó Sola.

—Como el sol.

—¿Y rubia?—preguntó Salvador.

—Rubia, con unos ojos de cielo, como los míos ¡ay! cuando tenían quince años.

—¿Y vino sola?

—Subió sola; pero me parece que abajo la esperaban dos hombres... ¡Ah! ya me acuerdo de otra cosa. Me preguntó por D. Víctor, si había

venido D. Víctor... ¡Yo qué diantres sé de D. Víctor! Creo que es aquel clerigón gordo... Después de marearme bastante, registró todo lo que había en el cuarto del Sr. Naranjo; pero no debió encontrar lo que buscaba, porque seguía dando pataditas y diciendo entre dientes: "¡Ese cobarde nos va á comprometer!,"

—¿Y no entró aquí?

—También entró y vió al enfermo; pero no tenía trazas de interesarse por él—dijo Doña Rosa.—Yo no me pude contener al fin, porque mi genio es muy quisquilloso, y le dije: "Señora, hágame usted el favor de no ser tan entrometida y marcharse de aquí, que no nos hacen falta visitas.,,"

—¡Bien dicho!—afirmó Soledad.—Yo la hubiera puesto en la calle desde que llegó.

—¿No dijo su nombre?—preguntó Monsalud.

—¿Qué había de decir?

—¿Sospechas tú quién pueda ser?—preguntó Soledad á su hermano.

—No—repuso éste secamente, mirando al suelo.

Doña Rosa, observando la familiaridad con que ambos jóvenes se trataban, no volvía de su asombro, pues no conocía pariente ni deudo alguno de los Gil de la Cuadra, ni jamás vió entrar en la casa al hombre que estaba en aquellos instantes presente.

—Este caballero—dijo con sorna,—será médico ó cirujano.

Ni Monsalud ni Sola le respondieron. Ambos tenían el pensamiento en otra parte, quizás en una misma parte los dos.

—¿Y qué se dice por ahí?—preguntó la vieja.—¿Es cierto que los guardias han sido acuchillados en el camino de Alcorcón, y que no queda uno para un remedio?

Tampoco recibió contestación.

—Pues la de hoy ha sido estupenda—continuó, resuelta á sostener el diálogo consigo misma.—Parece que han muerto más de trescientos hombres. Algunos guardias en su fuga parece que de un salto se han puesto en Arganda... ¿Es cierto que les cogieron la bandera coronela? El Señor nos tenga de su mano... ¿Pero este caballero, no entra á ver al enfermo? Yo creo que si se le diera una sopa en vino... porque esto no es más que debilidad, debilidad pura.

Monsalud miraba al suelo como si estuviera leyendo en él un escrito de suma importancia. Indiferente á todo, menos á un solo pensamiento, alzó por fin los ojos, y poniéndolos en el acartonado semblante de la anciana, habló así:

—¿Cuánto tiempo hace que salió?

—¿Quién?

—Esa señora.

—¡Ah! Ya no me acordaba de ella. Hará poco más de media hora que salió.

El joven se levantó maquinalmente.

—¿Te vas?—le preguntó Soledad fijando en él sus ojos llenos de lágrimas.

—No... no me voy—repuso Salvador volviendo en sí...—Me he levantado no sé por qué...—pero ya ves, me vuelvo á sentar.

Así lo hizo. En el mismo momento dejóse oír la voz de D. Urbano que gritaba:

—¡Anatolio, Anatolio!

Soledad corrió á la alcoba.

—Ha llegado, ha llegado ya—exclamó el anciano con voz á que daba fuerza y claridad el delirio.—¡Ven acá, ven á mis brazos, querido hijo!

Solita procuró tranquilizarle; pero en vano. Gil de la Cuadra sacudía las ropas de su lecho, se incorporaba, extendía los descarnados brazos buscando una sombra.

—¿Por qué no traes luz?—dijo pasándose las manos por los ojos.

En el mismo instante Doña Rosa entraba en la alcoba con la lámpara.

—¡Luz, más luz!—repitió el anciano.—No veo nada.

—¿No la ve usted?...—Es que duerme. Mejor; á dormir, padre, que es muy tarde.

—Te digo que no veo nada—prosiguió Gil de la Cuadra, revolviendo los sanguinosos globos de sus ojos y palpando con las flacas manos en el aire...—¡Ah! sí, ya veo algo; pero sombras, unos negros bultos que van y vienen. ¿No está ahí Anatolio?

Soledad vaciló un momento en contestar. En el mismo momento Salvador penetró en la habitación, situándose á los piés de la cama.

—Anatolio, querido Anatolio—gimió el viejo llorando,—ya te veo... eres tú. ¡Cuánto, cuánto has tardado, hijo de mi corazón!

Como si estas palabras agotaran en un segundo todas las fuerzas de su cuerpo y de su espíritu, cayó hacia atrás, extendiendo los brazos, cual masas inertes, sobre el lecho. Continuaba con los ojos abiertos, y entre dientes murmuraba algo que no pudo ser oído. Atentos todos á su agonía, apenas respiraban.

Gil de la Cuadra pronunció con voz entera estas palabras:

—¡Gracias á Dios que estais casados! Hija mía, abraza á tu esposo.

Salvador hizo, mirando á su hermana, un gesto que quería decir:—  
Consintamos en un engaño, que hará feliz su última hora.

—Anatolio, hijo mío—añadió el enfermo con voz más debil,—abraza  
á tu esposa.

Soledad y Monsalud se abrazaron.

—Más fuerte, abrázala más fuerte, con la efusión de un verdadero  
cariño.



Salvador, ante tan extraña escena, sentía su corazón traspasado por  
el dolor. Avivóse en él, tomando mayor fuerza, el gran cariño fraternal  
que á la infeliz muchacha profesaba, y la estrechó entre sus brazos,  
viendo en ella más que una mujer, un debil y hermoso niño desvalido.  
Su pecho se humedecía con el raudal de las lágrimas de ella, y opri-  
miéndole dulcemente la cabeza, le dió cariñosos besos en la frente y en  
el pelo.

—Así, así, así—murmuró Gil oyendo el rumor de los besos.

Después se aletargó un instante.

Monsalud, sintiéndose menos fuerte que su emoción, salió de la alcoba con los ojos húmedos.

—Dejémosle reposar ahora—dijo en voz alta.

Aquellas palabras llegaron á los oídos del enfermo, que sacudiéndose vivamente abrió los ojos y alzó la cabeza.

—¿Qué voz es esa?...—exclamó con sobresalto y azoradamente.—Sola, Anatolio... yo he oído una voz...

—No hay nadie... ¡Padre, por Dios!...—gritó Soledad abrazándole.

Pero más furioso Gil pugnaba por incorporarse, gritando:

—¡Anatolio, mátale, mátale!

—¿Á quién?... ¡Padre, por Dios, no se debe matar á nadie!

—He oído su voz... Está aquí.

Soledad sintió en su mente una inspiración divina. Arrodillada junto al lecho, tomó las manos del viejo, y estrechándolas con fuerza convulsiva, exclamó así:

—Padre, perdónale.

Gil de la Cuadra movió la cabeza á un lado y otro. Después dijo con voz ronca:

—No, no.

Hubo otra pausa. El mismo enfermo, cuyo febril espíritu luchaba con la miserable carne que lo expelía sacudiéndose, fué quien rompió de nuevo el silencio. Su voz denotaba ahora serenidad y gozo al decir:

—¡He delirado, hija mía!... Sin duda tengo calentura. ¡Pero qué cosa tan rara! Ahora no veo nada, absolutamente nada. Me figuraba oír una voz... ¿En dónde está Anatolio, mi querido hijo y tu esposo?

Salvador volvió á entrar. Gil de la Cuadra, por la dirección de sus ojos, demostraba no ver nada.

—Hija, hijo... ¿dónde estais?—continuó el anciano, mezclando con las palabras blandos quejidos.—Siento una cosa extraña en el corazón... No es dolor, no es punzada... es una cosa que se va, que se desvanece... ¡ay! adios. Abrazadme los dos.

Soledad le abrazó por un lado del lecho. Salvador por el otro.

—¡Ah! ¡qué feliz soy!—murmuró Gil.—Estais unidos para siempre; sois marido y mujer. ¡Bendito sea Dios!... Muero contento... sois dichosos. Abrazadme más fuerte, pero más fuerte... Bendito sea Dios.

Salvador sintió que el cuerpo que tenía entre sus brazos perdía su elasticidad y pesaba, pesaba cada vez más. Dilatáronse las extremidades y la cabeza cayó hacia atrás, como si la guillotina la separase del tronco. Cesó la respiración, como un reloj que se para, y al semblante del an-

ciano infeliz, substituyó una máscara tranquila é imponente, y á la expresión de dolor, una gravedad ceñuda, detrás de la cual, donde antes moraba el pensamiento, no había ya nada, absolutamente nada. Al observar esto trató de apartar de allí á su pobre hermana que era ya huérfana.





## XXIII

**S**ERÍAN las diez cuando sonaron golpes en la casa, semejantes á los que turbaron su reposo una noche del mes de Febrero de 1821. Monsalud, separándose de Soledad, á quien había colocado en las habitaciones de Naranjo, salió á abrir. En el marco de la puerta, á la luz de una linterna que ellos mismos traían, destacáronse varios hombres que terminaban por lo alto en morriones y bayonetas. Al frente de ellos venía D. Patricio Sarmiento desplegando en toda su longitud el escueto cuerpo, y radiante de orgullo.



—Con permiso—dijo entrando.—¡Ah! está aquí el Sr. D. Salvador. ¿Es que se nos ha anticipado para sorprender á la pillería?

—¿Qué buscan ustedes aquí?—preguntó Monsalud de muy mal talante.

Sarmiento sacó un papel y acercando la linterna leyó:

“El Excmo. Ayuntamiento... etc... Hace saber: Que muchos guardias “han quedado ocultos en las casas ó quizás estos miserables han hallado „un asilo compasivo en la generosidad de los mismos á quienes venían „á asesinar...” En resumidas cuentas, Sr. Monsalud, ya conoce usted el bando de hoy. Muchos esclavos se han escondido en las casas, y nosotros venimos á ver si está aquí el alférez de guardias D. Anatolio Gordón... En cuanto al Sr. Naranjo y al Sr. Gil también tenemos orden de llevárnoslo, chilindrón, porque hoy se ha acabado el imperio de la canalla, y ya se puede decir á boca llena, para que tiemble el Infierno: ¡Viva la Constitución!

D. Patricio lo dijo con toda la fuerza de sus pulmones, y repitiéronlo del mismo modo sus compañeros.

—Silencio, animales—dijo Salvador.—Hay un muerto en la casa.

—Sí, sí—gruñó Sarmiento con la risa estúpida del hombre ebrio.—Ese es su sistema. El despotismo conspira para asesinarnos; pero cuando se ve cogido y vencido, se hace el muerto. Lo mismo pasa allá.

—¿En dónde?

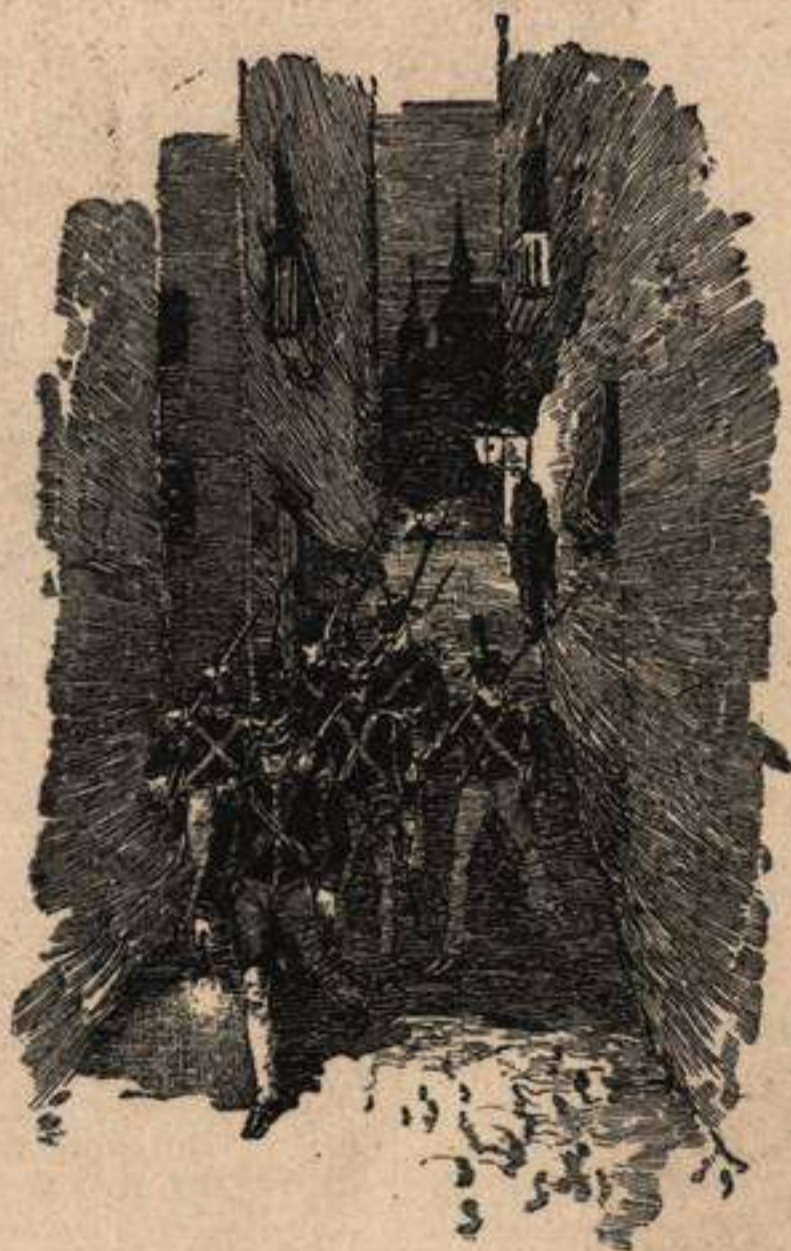
—En la casa grande. ¿Con que un muerto?

—Sí, el Sr. Gil de la Cuadra ha fallecido.

—¿Y Naranjo?—preguntó Sarmiento con vivísimo interés.—¿Ha espichado también?

—Ha huido.

—Á mí con esas... Registraremos la casa. Si tropezáramos con don Víctor Saez ó con otro pajarraco gordo, ¡qué gloria muchachos, qué gloria para nosotros!



Pero sus pesquisas no les dieron la satisfacción de prender á nadie, y cuando el bravo D. Patricio salía iba diciendo:

—Bien muerto está; ¡por vida de la chilindrana! Á fé que no se ha perdido nada... Vámonos de aquí que esto da tristeza, y hoy es día de felicidad... *¡Viva la...*

Salvador le tapó la boca, y empujándole violentamente le echó fuera de la casa. Los demás habían salido antes.



## XXIV

**D**os días después, el 9 de Julio, Salvador, cumplidos los últimos deberes con el desgraciado D. Urbano, llevóse á Solita á su casa. Desde aquel día, su hermana era más hermana, y debía quererla más y protegerla más.

—Ahora—le dijo cuando entraron ambos en un coche de plaza,—no te faltará nada. Estarás en mi casa tranquilamente con mi madre hasta que se presente tu primo, que casi es ya tu marido. Seguramente ha salido con los guardias fugitivos, y si no viene en seguida, tendremos noticias de él.

—¿Han huido muy lejos?—preguntó Soledad con tristeza.

—Muy lejos. Han muerto muy pocos, por más qué digan, para abultar la importancia de las refriegas de ayer. Creo que puedes estar tranquila. He oido los nombres de casi todos los que han perecido, y nada se dice de tu marido.

—No lo es todavía—dijo Soledad dando un suspiro.

—Pero lo será. Al fin llegará tu hora de felicidad. ¡Por Dios, que la has ganado bien! Aunque deseo, hermana querida, que Anatolio venga y te recoja y se case contigo, me agradaría que estuvieras algunos días en mi casa con mi madre, que tanto te quiere.

—¿Y si mi primo no parece? ¿Y si ha muerto?—preguntó la huérfana mirando á su hermano.

—No pienses eso... Pero en caso de que pasara tal desgracia, vivirás con nosotros como si fueses de la familia. No te faltará nada, descuida. Apuesto á que tú misma llegarás á creer que has nacido en mi casa. Y no seas tonta; tampoco te faltará á su tiempo una buena posición. Tú

tienes mucho mérito, y no es dudoso que encontraríamos un hombre honrado con quien casarte.

Soledad al oír esto no hizo más preguntas, y miró con ojos aparentemente distraídos á la gente que al paso lento del coche se veía por ambas portezuelas.

Salvador había trasladado á su madre á una casa que el duque del Parque tenía en el Prado Viejo y cuyas largas tapias ocupaban parte de la vasta manzana comprendida entre las calles del Gobernador y de Atocha. Era más que palacio un conjunto de edificios de distinta edad y construcción, unidos por dentro, y en los cuales la parte habitable era muy pequeña, si bien embellecida y alegrada por una frondosa huerta, algunos de cuyos pinos corpulentos viven todavía, y parece que saludan á sus honrados vecinos los del Botánico. Allí condujo Monsalud á Solita.

—Al fin—dijo cuando entron en el ancho patio,—me encuentro en un sitio donde podré olvidar el ruido de los tiros de fusil y de los cañonazos. ¡Qué silencio! ¡Qué hermosos pinos! Allí hay un establo. Aquí veo dos ovejas atadas junto á la yerba... Vamos ¿también palomas?... ¡Qué precioso es este emparrado! ¡Y cómo está de uvas!... Por allí hay otra puerta y más arriba la noria. Pues no estará poco cansado ese pobre animal dando vueltas todo el día... Y no faltan melocotoneros; vaya, que tendrán mucha fruta... ¡Qué perro tan bonito!... ¿Sabes que de aquí se ve mucho cielo, pero muchísimo?... ¿Y eso que está delante es el Jardín Botánico? Buena finca.

De esta manera expresaba el placentero alivio de su alma, al verse trasportada á mansión tan encantadora; pero el recuerdo del pobre viejo, y el considerar lo mucho que á éste hubiera gustado vivir allí, la arrojaban de nuevo en las negras honduras de su aflicción. Doña Fermina salió á recibirla, y el día pasó tranquilo aunque muy triste.

Salvador salió, deseando averiguar la suerte del perdido esposo futuro de su amiga; pero esto era cosa harto difícil todavía. Los ocultos en Madrid no saldrían fácilmente de sus madrigueras, y los dispersos estaban demasiado lejos. Se sabía, sí, que la caballería de Almansa y la Milicia habían cogido muchos prisioneros en los alrededores de Madrid; que Palarea, persiguiéndoles con ochenta caballos, había echado el guante á trescientos cincuenta y seis; que Copóns había hecho también buena presa y matado á algunos. En los días sucesivos se tuvo noticia de los que fueron detenidos en Húmera y en el Escorial, y de los que fueron á dar con sus fatigados cuerpos en Tarancón y Ocaña; pero ni

entre los prisioneros ni entre los muertos se tuvo noticia de ningún Anatolio Gordón.



—Esta falta de noticias—dijo Monsalud á Soledad, algunos días después del 9,—me hace creer que vive. Debe ser de los que están escondidos en los pueblos, ó de los que han ido á unirse á las facciones del Norte.

—¿En ese caso no podrá volver á Madrid?—preguntó la huérfana con viveza.

—Sí, podrá volver dentro de poco. Aquí se perdona pronto, y todo se olvida. No te apures.

Soledad no demostraba en verdad grande apuro porque su primo volviese; pero interesada por la vida del excelente joven, dijo así:

—El pobrecillo es tan bueno, que Dios no le habrá dejado morir. Por Dios, hermano, no te descuides en averiguar si vive, y si en caso de vivir necesita algún socorro.

Continuando sus diligencias, Salvador fué una mañana á la Casa-Panadería, donde su buen amigo D. Primitivo Cordero había formado, con no menos trabajo que fruición, listas de los guardias prisioneros y heridos que se iban recogiendo.

—¿D. Anatolio Gordón?—dijo el patriota mirando al techo.—Ese nombre no me es desconocido. Yo lo he oido, lo he oido estos días. Siéntese el amigo Monsalud, mientras hago memoria y registro estos apuntes... Pues no hay nada; sin duda confundo ese nombre con otros. ¿Era alférez?

—Alférez de guardias en el tercer batallón.

—Los del tercero están casi todos muy lejos de aquí. Veremos si mañana se sabe algo.—¿Qué le pareció, amiguito, nuestro famoso *Te-Deum* en la Plaza? ¿Háse visto fiesta más solemne en lo que va de siglo?

—En verdad que estuvo magnífica... pero si me hiciera usted el favor de preguntar á los dos ayudantes de Palarea que están arriba... Ellos quizás sepan...

—¿El paradero de su amigo de usted?

—De Gordón.

—¡Oh! descuide usted, yo lo averiguaré. Esta tarde tengo que ir al Ayuntamiento, después al Ministerio de la Guerra. Quizás allí lo sepan.

—En el Ministerio de la Guerra no saben nada. La Milicia, que es quien ha hecho las visitas domiciliarias, lo sabrá seguramente.

—Ahora me informaré... pues mire usted, amigo Monsalud, pensamos celebrar otra fiesta mucho más solemne, mucho más grande, mucho más imponente que el *Te-Deum* de la Plaza Mayor. Se hablará de esa fiesta mientras haya lenguas en el mundo.

—¡Oh! sin duda será soberbia esa solemnidad. Pero...

—Figúrese usted...—añadió asiendo las solapas de la levita de su amigo, que se trata de un banquete.

—¡Ah! ya... eso podrá ser magnífico, Sr. Cordero, pero no es nuevo.

—Un banquete en celebración del triunfo del pueblo sensato sobre el absolutismo. Ha de haber nueve mil cubiertos para otras tantas bocas. ¿Qué tal?

—Es un mediano número de bocas, mayormente si todas tienen buen apetito.

—Me han nombrado de la comisión—dijo Cordero echando hacia atrás el morrión en la redonda cabeza,—y he propuesto, después de estudiar detenidamente el asunto: 1.º, que el banquete no sea comida, sino almuerzo; 2.º, que se celebre en el espacioso Salón del Prado; 3.º, que se pongan dos mil ciento diez varas de mesa, porque yo he hecho mis cálculos y es imposible que los nueve mil cubiertos quepan en menos espacio. ¿No lo cree usted así?

—Si usted ha hecho los cálculos, ¿á qué me he de quebrar yo la cabeza?

—Dos mil ciento y diez varas de mesa que se construirían en trozos formando setecientas cincuenta mesas de á doce cubiertos; 4.º, que el almuerzo sea frugal, porque no nos reunimos para sacar el vientre de mal año, sino para fraternizar y hacer memoria de nuestro gran triunfo; 5.º, que cada convidado pagará treinta reales adelantados, cuyo recibo servirá de papeleta para...

—Si usted tuviera la bondad de informarse...—dijo Salvador con impaciencia interrumpiéndole.—¡Es para mí tan urgente averiguar algo de ese joven!...

—¡Cosa sencillísima!... ¡Ah! si pudiera entrar en la jefatura política, como en tiempo de San Martín... Ya sabe usted que ha huido el pobre Sr. *Tintín*, porque los exaltados parece que trataban de asesinarle. Esta peste de patriotas matones perderán la libertad en España. ¿No cree usted lo mismo?... Pero si en la jefatura política no puedo hacer nada... Veremos los partes de las visitas domiciliarias.

—Es lo mejor.

—Á ver—gritó D. Primitivo llamando á un ordenanza.—¿Está el Sr. Calleja?

—¿Es el barbero de la Carrera de San Jerónimo?—preguntó Salvador.

—El mismo... pero ahora recuerdo... ¡Qué cabeza la mía! Ya se ve; con tantas cosas en que pensar...

—¿Qué?

—Calleja ya no viene por aquí. El nuevo Ministerio le ha dado un puesto en Gobernación. ¿Le parece á usted bien cómo empieza el Ministerio exaltado? ¡Ah! Sr. San Miguel, Sr. San Miguel, usted acabará de perder el Sistema.

—Es una lástima que el Sr. Calleja...—dijo Monsalud contrariado.—¿Con que está en Gobernación? Ahora sabremos quién es Calleja. Aquí no faltará quien me dé noticias.

—¿Por qué no sube usted? Se me figura que aún estará allá arriba mi tío.

—¿El Sr. D. Benigno? ¡Qué hallazgo!—dijo Monsalud con alegría corriendo á la escalera.

Sumamente disgustado de su conferencia con Cordero menor, buscaba á toda prisa quien con más diligencia y buena voluntad le diese los informes apetecidos. Halló efectivamente en el piso alto á D. Benigno Cordero, medianamente lleno de vendas y parches á causa de sus gloriosísimas heridas; pero siempre afable y sonriente, como hombre á quien no perturban achaques ni deterioros del miserable cuerpo. Despachaba con otros jefes de la Milicia asuntos propios de la Institución, y entre párrafo y párrafo sobre los asuntos del día, trazaba con segura y gallarda letra algunos renglones en papel de oficio.

—Bien venido, amigo mío—dijo dando la mano al visitante.

Salvador le preguntó con mucho interés por su salud, por el estado de las heridas y verdadera importancia de cada una de ellas.

—Esto no es nada, caballero Monsalud—dijo D. Benigno poniéndose las gafas á la altura que les correspondía.—No merece la pena de preguntar por ello. ¿Y usted? Ya, ya sé lo que le trae aquí. Ayer me lo dijeron: busca usted á un alférez de guardias que se ha evaporado.

—Efectivamente—repuso el joven, gozoso de ver que el señor comandante se adelantaba á sus investigaciones,—creo que si aquí no me dan noticias...

—Descuide usted... pero da la malñita casualidad de que el Gobierno ha pedido ayer todos los datos. Sin embargo, se conservan algunos apuntes de las visitas domiciliarias.

—Veámoslos, si le parece á usted.

—Por cierto—dijo D. Benigno,—que no comprendo este afán del Gobierno de meterse en todo. ¡Ah, señores exaltados, ahora queremos ver qué tal lo haceis! Una cosa es gritar en los clubs ó en las lógias y otra cosa es gobernar en las poltronas.



—Tiene usted razón. De modo que...

—Vamos, dígame usted su parecer, ¿qué piensa usted de este Gobierno?—preguntó D. Benigno arrellanándose en el sillón, y rascándose la oreja con la pluma.

—Yo no he tenido tiempo aún de pensar en el Ministerio. Será como todos, será bueno si le dejan gobernar. ¿No cree usted lo mismo?

—Y yo digo que esta es la ocasión de que veamos si se cumple lo prometido. Temo mucho que esos señores hagan alguna barbaridad, porque todos ellos son gente inesperta y ligera de cascos. Tenemos de ministro de Estado á un literato, y esto... francamente.

—¡San Miguel literato!

—¿No compuso la letra del himno de Riego?... Francamente, desconfío de los literatos. Tenemos de ministro de la Guerra á Lopez Baños, que ayer era capitán, y de ministro de Marina al célebre Capaz, que se dejó tomar los barcos con cargas de caballería. Tenemos en Ultramar á un Sr. Vadillo, comerciante de ultramarinos en Cádiz, y de Hacienda á un tal Egea... Y yo pregunto, ¿quién es Egea?

—Eso mismo digo yo, ¿quién es Egea?

—Si al menos estos señores, á falta de grandes dotes, tuvieran templanza...

—Es claro, si tuvieran templanza... Pero no se olvide usted, mi querido D. Benigno, de averiguar...

—¡Ah! ¿ese joven alférez? Es muy facil... Ya sabe usted que Su Majestad ha desterrado á toda la cuadrilla de palaciegos que le tenían engañado y *seducido*.

—Así parece; mas...

—El marqués de Castelar ha sido desterrado á Cartagena, el de Casa-Sarriá á Valencia, y los duques de Montemart y Castro-Terreño no sé á donde... Esos tienen la culpa de todo, esos, esos... cuatro ó cinco aristócratas inflados, que beberían la sangre del pueblo si les dejaran. Póngase en un puño á media docena de hombres pérfidos y verán cómo se arregla todo y echa raíces el Sistema por los siglos de los siglos.

—Seguramente... Si usted me lo permite...

—Porque Su Majestad—prosiguió Cordero encariñado con su idea como un niño con un juguete,—no es malo. Yo creo que dijo de buena fé aquello de *marchemos, y yo el primero*; pero ya se ve... ¡hay tanto pillo, tanto servilón empedernido! Yo no sé por qué esos hombres no han de amar la libertad, una cosa tan clara, tan patente, tan obvia. ¡Ah! si todos

fueran razonables, templados tolerantes, esto sería una balsa de aceite, ¿no es verdad?

—Lo sería, sí señor. ¡Qué lástima que no lo sea! Me retiro, Sr. D. Benigno, tengo mucho que hacer...

—¿Sin llevar las noticias que desea? Aguarde usted, por Dios—dijo D. Benigno deteniéndole.—Es cuestión de un momento. ¿Ese joven era alférez? ¿Fué de los que huyeron ó de los que se escondieron en las embajadas y en las casas?

—Eso es lo que trato de averiguar.

—Muy bien. ¿Sabe usted si se batió bien? ¡Qué lástima de muchachos! Perderse por una causa tan mala. Dicen que Su Majestad les incitaba á degollarnos. Yo no lo creo. No hay quien me quite de la cabeza que Fernando no es malo, no señor; que desea nuestro bien; que no es enemigo del Sistema... pero ya se ve, con la multitud de pillos que le rodean... Sé que ha lamentado los sucesos del día 7. Usted tendrá noticia de su famosa entrevista con el general Riego.

—¿De mi entrevista con el general Riego?—dijo Monsalud abrumado por la pesadez del señor comandante.

—Hombre no, de la entrevista de Su Majestad con el general don Rafael del Riego.

—Algo he oído, sí; pero... si usted me hiciera el favor...

—Pues el mismo general me lo ha contado anoche. Es verdaderamente patético el caso. El Rey le llamó, y delante de todo el Cuerpo diplomático, le dió un abrazo apretadísimo, diciéndole que le apreciaba mucho.

—Por muchos años.

—Si llego á estar presente, de fijo se me saltan las lágrimas—añadió Cordero.—Hé aquí una reconciliación en que yo vengo pensando hace tiempo, sí señor, y si fuera sincera y durara mucho, ¿quién duda que los pérfidos serían aniquilados y confundidos? Su Majestad mismo se lo manifestó así al general: "*En mi corazón, le dijo, no tendrán ya entrada los consejos de hombres pérfidos.*" Si es mi tema. Los pérfidos, los pérfidos tienen la culpa de todo. Tres ó cuatro pillos, ambiciosos...

—¡Todo sea por Dios!...

—Le digo á usted que el general Riego salió de Palacio entusiasmado, pero muy entusiasmado. Había que oírle. Su Majestad se le quejó de los insultos, del *trágala*... Es natural. Siempre me ha parecido una vileza mortificar al Soberano con groserías. Riego piensa lo mismo. Ya sabe usted que ayer cuando formamos en la Plaza, el general nos arengó, después de haber regalado aquí mismo una medalla al Excelentísimo

Ayuntamiento. Pues nos dijo muy bellas cosas, ¡vaya!... Nos dijo que deseaba no se cantase más el *trágala*, y que habiendo empeñado su palabra en nombre de todos, rogaba al pueblo que no la quebrantase por su parte. Ese, ese es el camino. También suplicó que no se le vitorease más, porque su nombre se había convertido en grito de alarma.

—Buenas tardes—dijo Monsalud levantándose, resuelto á evitar con una retirada brusca el bombardeo de palabras del digno comandante de la Milicia.

—¡Tan pronto!... pero me parece que usted venía á saber algo... No recuerdo ya.

Salvador no pudo contener la risa y repitió las preguntas.

—Gordón, Gordón...—dijo D. Benigno acariciándose la boca.—¡Ah!... ¿Por qué no me lo dijo usted antes?... Ya sé, ya sé donde está ese joven. Dispense usted, amigo. Tiene uno la cabeza en tal estado...

—¿Vive? ¿En dónde está?

—Si no me engaño, anoche he oído hablar de ese joven á D. Patricio Sarmiento.

—Malo, malo.

—No, no se apure usted. Tengo entendido que fué Pujitos quien le encontró en cierta casa... Creo que en la calle de las Veneras. Parece que estaba herido.

—Gracias á Dios. Algo es algo. Corramos allá.

Sin esperar á más, y temiendo que un solo minuto de detención diera alientos á D. Benigno para engolfarse en nuevo piélago de comentarios y observaciones políticas, apretóle la mano que tenía libre de vendajes y salió á toda prisa, decidido á poner entre su persona y los Corderos toda la distancia posible, siempre que tuviese que hacer averiguaciones en el vasto campo de la Milicia.



## XXV



UANDO Salvador se presentó en su casa, después de las pesquisas que hemos descrito y de otras que siguieron á aquellas, iba triste. Sin duda llevaba malas noticias.

—No hay que perder las esperanzas, querida Sola—dijo cariñosamente á su hermana.—Las noticias que hoy te traigo son muy buenas. Ya se sabe que no murió en la jornada del 7, que fué herido, aunque levemente; que después de dos días de estar escondido en sitio que se ignora, le cogieron los milicianos al querer entrar en la que fué tu casa. No se sabe más.

—¡Entonces está en Madrid!—manifestó Soledad con sorpresa y mirando con azoramiento á un lado y otro como si temiera ver entrar una visita desagradable.

—Ten calma y paciencia, que ya vendrá—dijo Monsalud observando el rostro de su hermana.

Después añadió, hablando consigo mismo:

—¡Qué propio está el uno para el otro! Será lástima que esta pareja se descabale!

Á sus ojos, la huérfana que bajo su amparo exclusivo vivía ya, quizás para siempre, era una criatura de estimables prendas, buena como los ángeles; pero sin ninguno de aquellos encantos que fascinan y encadenan el alma de los hombres; un espíritu superior, pero sin aparente brillo; un entendimiento poco común, pero sin alto vuelo; una sensibilidad más delicada que fogosa y que antes parecía timidez que verdadera sensibilidad; una figura insignificante y dulces facciones ante las cuales podían encender perdurables fuegos la amistad y la fraternidad, pero

ni una sola chispa el amor. Tal la veía las pocas veces que acertaba á fijar en ella la voluble atención. Comunmente no se cuidaba de la existencia de su protegida sino cuando la tenía delante, y si en otras partes de esta historia le vimos ocuparse tan solícita y noblemente de hacerle beneficios, fué porque el sentimiento de caridad era en él muy vivo, y



en todas las ocasiones semejantes se manifestaba de la misma manera.

Sin embargo, en aquellos días de residencia en la posesión del Prado Viejo, verificóse ligera mudanza en la conducta de Salvador Monsalud con respecto á su hermana adoptiva.

Viósele más expansivo, más locuaz y afectuoso, hasta un grado de vehemencia que la huérfana no había conocido en él sino tratándose de

otras personas. Buscaba Salvador la compañía de Solita, lo cual no había hecho nunca, y sus salidas de la casa eran menos frecuentes, menos largas. Encargábale mil faenas domésticas, tonterías y nimiedades que cualquier otra persona podía hacer, pero que á él no le agradaban si no ponía la mano en ellas su intachable y casi perfecta hermana. Hacíale preguntas muy prolijas sobre accidentes lejanos de su vida, de su niñez, sobre toda aquella parte de sus desgracias de que él no había sido testigo. Una mañana estaban solos bajo la sombra de aquellos altos pinos, que en los días serenos bañaban en sol su ramaje negro, y en las tristes noches de viento se mecían murmurando. Salvador le habló de este modo:

—Sola, deseo que entre mi madre y tú trameis alguna intriga contra mí.

Ella le miró absorta, porque no comprendía nada de tan extravagantes palabras.

—Sí—prosiguió el joven,—una intriga contra mí para detenerme, para atarme, porque si no, es posible que haga un gran desatino.

—Pues qué, ¿vas á volar?—preguntó Sola cubriendo con una frase festiva la emoción que llenaba su alma.

—¡Á volar! sí; has dicho la palabra propia. Hace días que trato de cortarme yo mismo las alas. ¡Qué tormento, Solita! Tú por fortuna no conoces esto... Anoche, durante las largas horas sin sueño, he estado pensando que mi madre y tú podríais salvarme.

—¿Cómo?

—Encerrándome. Atándome de piés y manos como á los locos.

—Yo no entiendo esas cosas tan sutiles, si no me las explicas bien—dijo Sola, cuya palidez crecía por momentos.

—Es verdad. Tú eres demasiado buena para comprender esto. Tú no tienes más guía que tu deber. Tu voluntad no se aparta nunca de la ley moral; tú eres un angel. ¿Qué dirías si me vieras arrastrado á cometer los mayores delitos, conociéndolos y sin poder evitarlos?

—Que eras un hombre debil y menguado. Pero por fortuna no es así.

—Por desgracia es así. Has acertado; me has calificado perfectamente.

—¿Y qué desatino vas á cometer? ¿Es un crimen?

—También puede serlo. ¡Qué desgraciado soy! Me he metido en un torbellino espantoso y no puedo salir de él. Si el hombre tuviera fuerzas para vencer la atracción poderosa que le arrastra de aquí para allí y le hace dar mil y mil vueltas, no sería hombre: sería Dios. Lo que no puede un astro que es tan grande, ¿lo ha de poder un miserable hombre?

—¿Pues no ha de poder? Un astro es un pedrusco y un hombre es un alma—dijo Sola con inspiración.

—Precisamente el alma es la que se pierde, porque es la que se fascina, la que se engaña, la que sueña mil bellezas y superiores goces, la que aspira con sed insaciable á lo que no posee y á hacer posible la imposibilidad, y á querer estar donde no está, y á marchar siempre de esfera en esfera buscando horizontes.

—Pues adelante, sigue. ¿Quién te estorba?

—Nadie... pero yo quisiera que alguien me estorbare, quisiera hallarme en ese estado de esclavitud en que muchos están; tener una cadena al pié como los presidiarios. Puede ser que entonces viviera tranquilo y me curase de este mal de movimiento que ahora me consume. ¿No crees lo mismo?

—Entonces serías más desgraciado—dijo Solita mirando al suelo,—porque la esclavitud no es buena sino cuando es voluntaria.

—Es que yo quisiera que la mía fuese voluntaria. ¡Qué mal me explico! Ello es, amada hermana, que yo quiero y no quiero, deseo y temo, anhelo ir y anhelo quedarme... Es preciso que alguien me ayude. Un hombre abandonado á sí mismo y sin lazo alguno, es el mayor de los desdichados. Ni mi madre ni tú teneis iniciativa contra mí; ella me deja hacer mi voluntad sin una queja, sin una protesta, y esto no es bueno. Yo quisiera que tú no la imitaras en esto, ¿entiendes? Te autorizo para que te ocupes de mí, para que seas impertinente y me preguntes y me reprendas y averigües, y seas una especie de dómine.

—¡Qué cosas tienes!—exclamó Sola riendo, á punto que una súbita y dulce llamarada, saliendo de lo más íntimo de su sér, se extendía por cuanto abarcaba la conciencia de ella misma, estremeciéndola toda, humedeciendo sus ojos y entorpeciendo su lengua.—Yo no sirvo para dómine tuyo, ni yo me puedo entrometer en lo que no me importa.

—Hazte la mosquita muerta—indicó Monsalud sonriendo y en voz baja.—Pues no dejas de ser preguntona.

—Es verdad—dijo Sola con viveza.—Pregunto lo que me interesa, lo que interesaba á mi pobre padre.

—Si él no me perdonó, tú has sido más humana y me has perdonado mi falta sin conocerla.

—Y después que la conozco te la perdono también—dijo Sola á medias palabras á causa de su mucha emoción.

—¡Que tú la conoces!—exclamó vivamente Salvador poniéndose pálido.

—Sí. Al fin todo se sabe. Por lo visto la falta de buenos ángeles tutelares que sujeten y corten las alas no es sólo de ahora.

Monsalud se levantó bruscamente, y con las manos á la espalda, el ceño fruncido, dió algunos paseos por la huerta, sin alejarse mucho y recorriendo una órbita bastante reducida alrededor de su hermana adoptiva. Ésta no se movió ni le miró.

Un instante después el joven se detuvo ante ella, y con familiaridad muy natural le dijo:

—Estoy pensando que si tu primo no quiere parecer, que no parezca. Yo no pienso dar un solo paso más por encontrarle.

—Él se cuida poco de mí—dijo Sola,—cuando no me avisa lo que le pasa, ¿no es verdad?

—Seguramente. Ese joven se porta muy mal; pero muy mal.





## XXVI



ONSALUD estuvo en la casa aquel día más tiempo que de ordinario, y al salir regresó más pronto que de costumbre. Mientras estuvo fuera Soledad le acompañó con la imaginación, sin apartarse un punto de su persona, siguiéndole como sigue la esperanza á la desdicha. El pensamiento de la pobre huérfana alzaba atrevidamente el vuelo y sus sentimientos, cual si fueran sustancia material que se dilata, parecía que la llenaban toda con expansión maravillosa, y lo interior de su sér pugnaba por rebasar la estrecha superficie del mismo y echarse fuera. La emoción no la dejaba respirar. Por la tarde sintió necesidad imperiosa de estar sola, de salir de la habitación, que se le empequeñecía más cada vez, y bajó á la huerta. El estado de su alma se avenía á maravilla con la grandeza del cielo inmenso, infinito y la diafanidad del aire claro y libre que á todas partes se extiende. Fuera de la casa y sola se encontró mejor; pero no muy bien. Su alma quería más todavía. Vagó por la huerta largo rato, acompañada de un perrillo que se había hecho su amigo. La tarde era hermosa, y toda la vegetación sonreía.

De pronto Solita sintió pasos junto á la puerta de la tapia. Vió que aquella, con ser tan pesada, se abría ligeramente al impulso de vigorosa mano. Dió la joven algunos pasos hacia la puerta, esperando ver con los ojos del cuerpo á cierta persona; pero se quedó fría, yerta y como sin vida, cuando vió que por la puerta verde entraba un hombre negro, mejor dicho, un hombre blanco, rubio, dorado como el marco de un espejo, y todo cubierto por venerables ropas negras, como las de los

clérigos vestidos de seglares. Traía un brazo en cabestrillo, formado con un pañuelo negro también.

Era Anatolio.

Acercóse el joven guardia; pero Soledad no dió un solo paso hacia él, ¡tanto era su estupor! y no parecía sino que la habían clavado en el suelo.

—Prima, señora prima—dijo el joven llevándose al luengo sombrero la mano útil.—Gracias á Dios que nos vemos...

—¡Pobre primo!—balbució Sola,—pero si creí... ¿Con que no te ha pasado nada? Pero tienes un brazo vendado.

—Lo del brazo es pcca cosa—dijo Gordón.—Aquí en el costado derecho tengo lo peor; pero á Dios gracias no me enterrarán de esta.

—Y estás pálido... Pero, entremos en la casa. Aquí hace mucho calor.

Gordón la siguió y bien pronto prima y primo estaban sentados en un mismo sofá. Viendo el semblante de uno y otro no se podía asegurar cuál de los dos estaba más herido.

Sola dijo algunas frases entrecortadas con la mayor turbación. Anatolio habló de esta manera:

—¡Con que ha fallecido mi digno tío!... ¡Dios mío, qué desgracia! Bien decía yo que no estaba bueno.

Sola rompió á llorar.

—Vamos, no te apures, mujer... Eso ya no tiene remedio. Si Dios quiso llevárselo, ¿qué vamos á hacer nosotros? No te aflijas, mujer. Es preciso tener paciencia.

—Mi pobre padre te adoraba—dijo Soledad.—Si le hubieras escrito mientras estuviste en el Pardo, tu carta le habría dado gran consuelo.

—Yo le mandé varios recados con algunos amigos; pero sin duda no se los dieron. El día 7, cuando nos batimos y fuimos derrotados, me escondí en una casa. Curáronme, y el 9 por la noche pude salir y fui á donde tú vivías. Dijéronme lo que había ocurrido. Pues no me ha costado poco trabajo averiguar donde estabas... Pero dime, ¿por qué no sigues en tu casa? ¿qué casa es esta?

De pronto Soledad no supo qué contestar.

—Esta casa es de un amigo—dijo al fin.

—Por cierto que no oí hablar á tu señor padre de ningún amigo que tuviese estas casas. Dime, el amigo que te ha traído aquí, ¿era también amigo de tu padre?

—No—repuso Soledad lacónicamente, resistiéndose á la mentira con todas las fuerzas de su alma.

—¿No era amigo de tu padre?—preguntó Anatolio con seriedad que sentaba mal á su agraciado rostro.—¿Pues de quién lo era?... Querida prima, yo tengo que hablarte con franqueza. Yo he venido aquí informado de todo.

—¿De qué, primo?

—Tú dirás que soy un poco brusco porque no sé decir las cosas con maña y rodeos bonitos; pero Dios me ha hecho así, y no lo puedo remediar. Soledad, yo no me puedo casar contigo.

—Anatolio, como tú quieras—repuso la joven, considerando que no podía responder otra cosa.

—Yo he tenido fé en tí; yo te he creído una buena muchacha. Es posible que lo seas; pero yo dudo, y contra la duda ya sabes que no hay fuerzas que puedan luchar.

—Eso es verdad; ¿pero por qué dudas de mí?

—Porque me han dicho... ¡Jesús lo que me han dicho! Antes te informaré de que fui á parar á cierta casa donde vive un hombre honrado, maestro de obra prima, á quien llaman Pujitos, el cual si se ha batido fieramente en las calles contra nosotros, no por eso carece de sentimientos caritativos, y no sólo me ocultó en su casa, sino que me ha cuidado como si fuera un hermano... Pues bien, grande amigo de ese Sr. Pujitos es un tal Lucas Sarmiento, con quien yo anduve á palos cierta noche. Después nos hemos reconciliado, porque el odiar al prójimo á nada conduce. Hé aquí que Sarmiento me refiere cosas muy raras de tí. Dice que á escondidas de tu padre tenías amistades con un guapo mozo llamado Salvador Monsalud, el cual ha sido tu protector y amparo durante la gran miseria que habeis padecido. Me dijeron que después de muerto tu padre, te trajo á esta casa, que es la suya. Yo lo dudaba, lo dudo todavía, querida prima. Dime tú si es cierto.

—Ya lo ves—repuso Soledad serenamente, esta es su casa.

—¿Y es cierto también que á escondidas de tu padre y sin que él sospechase nada, veías á ese hombre y recibías de él los auxilios que necesitabas?

—Cierto es, primo. ¿Cómo te he de negar lo que no tiene nada de malo?

—¡Nada de malo!—exclamó Gordón abriendo con espanto los ojos.—Señora Doña Solita, ¿por quién me toma usted? ¿Se burla usted de mí?

—No, querido primo, no me burlo. Es que si tú no puedes comprender lo que te he dicho, peor para tí.

—Un hombre, un buen mozo, un amiguito que protege á una mucha-

cha á hurtadillas del padre de ésta... Ya se ve, ¡cómo había de consentir mi tío semejante infamia!

—¡Primo, mira cómo hablas! No tienes derecho á calificar lo que no conoces—dijo Sola con entereza.

—Sea lo que quiera, prima; yo veo eso muy turbio, pero muy turbio. Por consiguiente...

—Tú podrás verlo turbio, muy turbio ó como quieras; pero no formes juicios temerarios.

—Por consiguiente, repito, yo desde este momento retiro mi promesa.

—Eres muy dueño de hacerlo así.

—Ya ves que procedo con franqueza, que me porto decentemente contigo, viniendo aquí, hablándote, diciéndotelo con la mayor claridad.

—Era natural que lo hicieras así.

—Sin embargo, si tú me probaras de una manera evidente que no ha habido culpa en tu conducta...

—¿Y cómo te he de probar eso? Mi única prueba es decirte: soy inocente. Si esta no te basta...

—No, no me basta; ¿qué quieres? Somos hombres, y como hombres dudamos, Sola. Para yo sostener mi promesa, es preciso que de un modo irrecusable, positivo, me convenza de tu inocencia.

—Es que yo—dijo Soledad con firmeza,—aunque te convenzas de mi inocencia, no quiero ya casarme contigo...

—¿No?—exclamó Anatolio abriendo toda su boca.—Luego tú tramabas alguna traicioncilla contra mí, en vida de tu padre... ¿Pues no te conformaste?...

—Anatolio, yo te estimaba y te estimo mucho. No me pidas más explicaciones.

—Veo que estoy haciendo un papel desairadísimo—dijo el primo levantándose.

—Nada de eso... De cualquier manera que sea, espero que no me guardes rencor.

—Yo no soy rencoroso. Si algún día me necesitas... puede que me necesites... Pienso dejar el servicio y marcharme á Asturias. No más armas. Digo que si me necesitas... estaré siempre á tu disposición.

—Adios, primo.

—Que lo pases bien.

Anatolio, en su tosca naturaleza, no podía disimular que estaba vivamente contrariado, y que sus sentimientos acababan de sufrir un

golpe bastante rudo, conmoviéndose en lo que era capaz de conmoverse aquel humano castillo, que si no era de piedra, poco le faltaba.

Saludó con dignidad á su prima.

—Adios, Anatolio—le dijo ésta.—Sabes que te quiero bien.

Gordón repitió sus reverencias; pero no pudo añadir una palabra más. Hasta que le vió atravesar la huerta para salir, Solita no consideró cuán grande era la semejanza de su primo en aquel día con un joven sacerdote vestido de seglar.



## XXVII

**S**ALVADOR entró al anochecer. Soledad, incurriendo en un error, común á todos los que sufren vivas pasiones de ánimo, creyó hallar en su hermano una situación de espíritu semejante á la suya; pero su desengaño fué tan grande como triste cuando le vió taciturno y severo, esquivando la conversación y nada semejante al hombre franco y alegre de aquella misma mañana.

Después de cenar, la huérfana y él se encontraron solos. Hablaron breve rato de cosas indiferentes, y como ella al fin se aventurara á indicar de un modo delicado la extrañeza que le producía ver tan intranquilo al que algunas horas antes parecía sereno y feliz, Monsalud le dijo secamente:

—Mañana hablaremos de eso, Sola. Esta noche no puedo. Estoy en poder del Demonio.

Y se retiró. La huérfana estuvo cavilando largo rato. Después sintió voces lejanas, y pasando de una habitación á otra, oyó hablar á la madre y al hijo; pero no pudo entender lo que decían, ni quiso intervenir indiscretamente en aquello que no parecía disputa ni altercado, sino más bien exhortación de la madre al hijo.

Retiróse á su cuarto, y toda la noche estuvo sin dormir, dando vueltas en la imaginación á millares de ideas, de cálculos, de figuras, de discursos, que giraban con rápido torbellino alrededor de un hombre. Pudo tener por la mañana algunos instantes de descanso, y cuando se levantó, ya Salvador había salido. La explicación de lo ocurrido la

noche anterior, dióselo Doña Fermina entre lágrimas y con los términos siguientes:

—No le puedo detener... ¡Se nos va!

—¡Se va!—exclamó Sola abrumada de pena.

—¿Quién es capaz de detenerle? ¡Pobre hijo mío! Es un caballo desbocado, un caballo salvaje.

—¿Y á donde va?

—¿Pues crees tú que yo lo sé? Dice que volverá pronto.

—¿Va solo?

—Se me figura que no... Nada, es locura querer quitarle de la cabeza esta escapatoria tan parecida á las de D. Quijote. Sin embargo, á ver si



tú le dices algo. Puede que de tí haga más caso que de mí... Entre tanto ayúdame á arreglarle la ropa que ha de llevar.

—¿Todo esto?

—Sí... todo esto, hija mía, lo cual me prueba que no le tendremos de vuelta la semana que entra.

El montón de ropa era imponente. Soledad se aterró al verle, y pensó en la apartada América; mas no era posible que se tratase de un viaje tan largo.

—¡Oh! Si así fuera—pensó la infeliz,—entonces sí que no tendría perdón.

Más tarde regresó el joven á la casa, volvió á salir luego, volvió á entrar, recibió diferentes cartas y recados, de los cuales ninguna de las dos mujeres, con ser ambas medianamente curiosas, pudo enterarse. Pareció por último más tranquilo, y cuando se hallaba en su cuarto disponiendo algunos objetos que había mandado traer de la calle de Coloreros, entró Soledad casualmente.

—Hermana—le dijo,—ya sé por mi madre que ayer tarde estuvo aquí el guardia perdido. ¿Qué tal? ¿Estás contenta?

—Como antes—respondió Sola afectando indiferencia.

—¿Qué te ha dicho?

—Que retiraba su promesa, que no hay nada de lo dicho, en una palabra, que no quiere hacerme el honor de casarse conmigo...

—¿Y lo dices así, tan tranquila?—manifestó Salvador con asombro.—Pero mujer, ¿tú has considerado bien...?

—¿Y qué quieres, que lllore por él?

—Naturalmente. Pero, ¿qué razón da ese bergante?

—Una que no deja de tener fuerza, para él, se entiende. ¿No ves que he tenido amigos que me han protegido mucho durante mi pobreza?... ¿No ves que á escondidas de mi padre, he visitado sola á jóvenes de mundo?

—¡Ah!—gritó Monsalud con viveza y enojo.—¿Salimos con eso? Pues no faltaba más. Veo que te han calumniado.

Solita salió. Como volviese á entrar al poco rato en busca de una nueva pieza de ropa, Salvador prosiguió:

—Esto no puede quedar así. ¿Has dicho que ese menguado duda de tí? Pues no lo consentiré, no lo consentiré.

—Sí, porque acaso eres tú omnipotente.

—Omnipotente no... ¿De qué te ries? Vaya que estás de buen humor, cuando te acaba de pasar la gran desgracia de perder al que podías considerar como tu esposo.

—Estoy hecha á las desgracias.

—Pues yo... yo convenceré á tu primo—dijo Monsalud con furor,—yo le pediré cuenta de este desaire que te ha hecho, sin motivo, sin fundamento. ¿Pues qué, no hay más que decir... "rompo mi compromiso porque se me antoja?"

—Me parece que tú sigues en poder del Demonio, como anohe—dijo Soledad en tono ligeramente festivo.

—Puede ser, puede ser—repuso él, aplacándose de improviso y cayendo en honda tristeza.



No hablaron más de aquel asunto, y él de ningún otro en lo restante del día, si se exceptúan estas palabras que sonaron en los oídos de la huérfana como campanadas de funeral:

—Que esté todo preparado para las diez de la noche.

El sol se puso, vino la noche, y las tres personas que van á cerrar esta historia se hallaban reunidas en el comedor de la casa.

—¿No tomas nada?—preguntó Doña Fermina á su hijo.

—Nada—repuso éste brevemente.

Paseaba de largo á largo, con lentitud, echada la cabeza hacia adelante y las manos cruzadas atrás. Parecía ocupado en contar minuciosamente los ladrillos del piso. Las dos mujeres no hablaban nada, pero con sus alternados suspiros decían más que con cien lenguas.

Un reloj dió las nueve. Salvador se detuvo, y mirando á su madre, pronunció estas palabras:

—No, no puede ser.

—¿Qué?—preguntó la madre.

—Que me vaya.

—Si lo hicieras como lo dices...

—Si no fuera porque es preciso cumplir...—murmuró, y al instante volvió al febril paseo.

—¿Has dado una palabra, una promesa de muchacho casquivano? ¿Eso qué significa?

—No puede ser, no—repetía el joven.

—¿Qué?—preguntó la madre con ansia.

—Quedarme.

—Ahora es lo contrario. Si piensas una cosa, y al cabo de un instante otra... ¿Cómo nos entendemos? Pareces un lunático. Y á nosotras nos pegarás tu demencia y tendremos la cabeza tan destornillada como tú.

—¡Desgraciado de mí!—exclamó el joven.

—¡Desgraciadas de nosotras!—dijo Doña Fermina.

—¿Está mi baul abajo?

—Está todo como lo has dispuesto.

En la huerta y junto á la verja que daba paso á la calle había una pequeña habitación al modo de portería. El viajero mandó poner en ella su equipaje para que estuviese á mano cuando llegara el mozo que le había de llevar á la posada de donde partiría.

—Es una locura—balbució Salvador.

Y colocándose entre las dos mujeres las miró alternativamente con profundo cariño.

—¿Te vas ya?—indicó la madre con los ojos llenos de lágrimas,—¿te vas por fin?

—Abrazadme las dos—dijo Salvador, extendiendo sus dos brazos con emoción que no podía disimular.

Las dos le abrazaron llorando.

—¿Te vas ya?

—No, me quedo. Abrazadme bien y no me dejéis salir. Amarradme si es preciso.

—¿Qué estás diciendo?

—Que no quiero marcharme; mejor dicho, que quiero y no quiero. Echadme cadenas. Madre, Sola, cerrad las puertas, tratadme como á un miserable loco. No merezco otra cosa.

—Pues se te atará—dijo la madre hecha un mar de lágrimas.—Hijo de mi corazón, ¿por qué eres tan loco? ¿Qué te ha dado? ¿Qué demonches de diabluras se te han metido en la cabeza?

—Vaya usted á saberlo... ¿Por qué soy loco? Porque sí. Querida Sola, manda cerrar todas las puertas; que no entre nadie, absolutamente nadie, que no llegue á mis oídos ninguna voz, que no reciba ningún recado. Si viene alguien, digan que me he muerto.

—Eso es, Solita, si viene alguien dí que se ha muerto.

—¡Si pudiera morir fuera y vivir solo en mi casa!...—murmuró el joven dejándose caer en una silla.—¡Qué fatigado estoy! No he viajado aún y me parece que estoy de vuelta.

—Has corrido con la imaginación.

—¿Pero es cierto, hijo mío, es cierto que te quedas? Dime la verdad.

—Me quedo, sí. Debo quedarme. ¿No es verdad, Sola?

La huérfana le miró sin pronunciar palabra.

—Tienes razón; es una locura.

—Si yo no he dicho nada...

—Sí, has dicho que me quede.

—¿Yo?

—Sí tú, me lo has dicho con los ojos, que suelen hablar más claro que la lengua.

Soledad bajó los ojos. Durante un momento leía en el rostro de ella como si fuera un libro.

—Vaya, hijo, no hables más del asunto y á dormir—dijo Doña Fermína, con evidentes señales de sueño.

Pasó largo rato. Doña Fermina, que no acostumbraba velar más allá de las nueve, tranquilizada por la resolución de su hijo, se durmió como un angel.

Despertóla Soledad para llevarla á su cama, porque la pobre señora parecía que se rompía el cuello con la inclinación de la soñolienta cabeza.

—¿En dónde está, en dónde está?—murmuró extendiendo las manos.

—Aquí, madre, aquí—dijo Salvador levantándola del sillón y sosteniéndola en sus brazos.

La anciana marchó hacia su alcoba, y poco después dormía profundamente.



## XXVIII



SOLEDAD volvió al comedor.

—¿Qué tienes que decir de mí?—le preguntó su hermano adoptivo.

—Contestaré mañana. Hasta ahora no puedo formar juicio —dijo Soledad sonriendo con tristeza.

—¡Dichoso el pájaro que está en la jaula!—afirmó Monsalud con vehemencia.—Ese sabe que no puede salir y está libre de los tormentos de la elección de camino.

—Ya he mandado cerrar todas las puertas—insinuó Soledad.—¿Estás bien así, encerradito?

—Querida hermana—dijo Salvador con afán,—si me pudieras dar tu tranquilidad, tu serenidad, la paz de tu espíritu, ¡cuán feliz sería yo!

—¿La paz de mi espíritu?—dijo Soledad con emoción.—Pues tómala.

—¿Cómo?

—Si yo quiero dártela y no la quieres.

—No digas que no la quiero.

—¿No me has dicho ayer que quieres que sea impertinente?

—Sí.

—Pues voy á serlo—dijo la huérfana sonriendo.—Empiezo por mezclarme en tus asuntos, aconsejándote...

—¡Muy bien!

—Más aún, mandando en tí.

—¡Excelente idea!

—Empiezo ahora.

—¿Qué debo hacer?

--Tratar de olvidar todo lo que has visto hoy.

--¡Olvidar!--exclamó Salvador con brío.--Eso no puede ser. ¿Cómo olvidar eso, Sola? ¡Imagina lo más hermoso, lo más seductor, lo mejor que ha hecho Dios, aunque lo haya hecho para perder al hombre!

--Entonces adios.

--Pues adios.

Uno y otro se levantaron.

--Márchate de la casa--dijo resueltamente Soledad.

--¿Te enojas...? Vamos, querida hermana, si quisiera huir, me quedaría, por no verte enfadada al volver.

--Es que no me verías más.

--¿De veras?

--No gusto tratar con locos.

--Pues yo siempre lo he sido. Á buena hora lo conoces. Yo te prometo que seré razonable.

--¿Lo serás esta noche?

--Te lo prometo.

--¿No harás ninguna locura?

--Haré las menos que pueda. Prometer más, sería necedad.

--Pues adios.

--¿Te vas?

--Es preciso descansar, hijito. Hoy nos has dado mucho que hacer con tu malhado viaje.

--Pues adios. Vengan esos cinco.

Estrecháronse la mano. Desde la puerta, al retirarse, Solita saludó á su amigo diciéndole cariñosamente:

--No será cosa de que me tenga que levantar á echar sermones. ¿Serás juicioso?

--Hasta donde pueda. Ya es bastante, hermanita.

--Me conformo por ahora. Adios.

Retiróse Soledad, pero no se acostó. Estaba inquieta y desconfiaba de las resoluciones de su hermano. Vigilante, con el oído atento á todo rumor y mirando á ratos por la ventana de su cuarto que daba á la huerta, paso más de una hora. Sintió de improviso el ruido de un coche que se acercaba, y puso atención. El coche se paró ante el portalón de la huerta.

Soledad sintió frío en el corazón y un desfallecimiento súbito de su valor moral; pero evocó las fuerzas de su espíritu y salió del cuarto muy quedamente. Cuando estuvo fuera y bajó muy despacio á la huerta,

cuando puso los piés en ella, vió que Salvador (¡él era! ¡le reconoció á pesar de la profunda oscuridad de la noche!), avanzaba con rápido paso hacia la verja.

Solita se llenó de pena; quiso gritar; pero la voz de su dignidad le impidió hacerlo. No tenía derecho á ser sino testigo.

Vió que el hortelano avanzaba gruñendo hacia la verja, mandado por Salvador, que se abría la puerta verde, que en un instante sacaban el baul y lo subían á lo más alto del coche.

Sin poderse contener corrió hacia allá. Oyó una voz de mujer que decía:

—¿Qué es esto? ¿Te arrepientes?

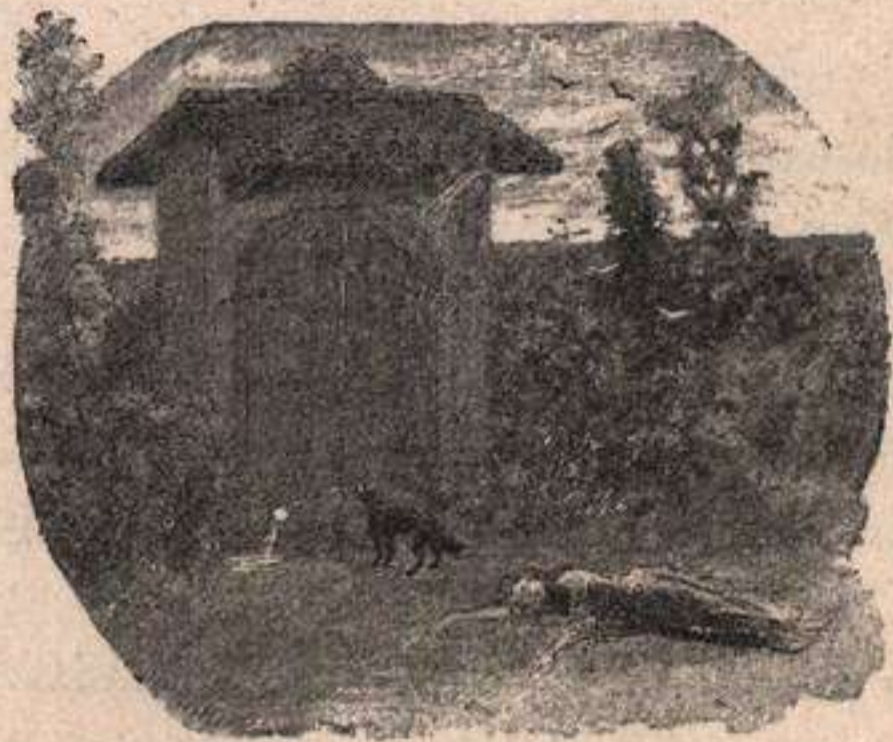
Y la de Salvador que respondía:

—No... Vamos... En marcha.

El coche partió á escape, y Soledad gritó:

—¡Salvador, Salvador!

Pero esto no lo oyó más que Dios, porque lo dijo con la lengua del alma, á punto que su cuerpo caía sin sentido sobre la arena del jardín



Octubre-Neviembre de 1876.

FIN DEL 7 DE JULIO.













Para la composición de este libro el autor cuenta con materiales muy preciosos. Además de las noticias verbales, que casi son el principal fundamento de la presente obra, posee un manuscrito que le ayudará admirablemente en la narración de la parte ó tratado que lleva por título *Los cien mil hijos de San Luis*. El tal manuscrito es hechura de una señora, por cuya razón bien se comprende que será dos veces interesan-

te, y lo sería más aún si estuviese completo. ¡Lástima grande que la negligencia de los primeros poseedores de él, después de su hermosa dueña y autora, dejara perder una de las partes más curiosas y necesarias que lo componen! Sólo dos grandes fragmentos sin enlace entre sí llegaron á nuestras manos. Hemos hecho toda suerte de laboriosas indagaciones para allegar lo que falta, pero inutilmente, lo que en verdad es muy lamentable, porque nos veremos obligados á llenar con relatos de nuestra propia cosecha el gran vacío que entre ambas piezas del manuscrito femenino resulta.

Este tiene la forma de Memorias. Su primer fragmento lleva por epígrafe *De Madrid á Urgel*, y empieza así:



# I

**E**n Bayona, donde busqué refugio tranquilo, después de haberme separado de mi esposo, conocí al general Eguía (\*). Iba á visitarme con frecuencia, y como era tan indiscreto y vanidoso, me revelaba sus planes de conspiración, regocijándose en mi sorpresa y riendo conmigo del gran chubasco que amenazaba á los francmasones. Por él supe en el verano del 21 que Su Majestad, nuestro católico Rey D. Fernando (Q. D. G.), anhelando deshacerse de los revolucionarios por cualquier medio y á toda costa, tenía dos comisionados en Francia, los cuales eran:

1.º El mismo general D. Francisco Eguía, cuya alta misión era promover desde la frontera el levantamiento de partidas realistas.

2.º D. José Morejón, oficial de la secretaría de la Guerra, y después secretario reservado de Su Majestad con ejercicio de decretos, el cual tenía el encargo de gestionar en Paris con el Gobierno francés los medios de arrancar á España el cauterio de la Constitución gaditana, sustituyéndole con una cataplasma anodina hecha en la misma farmacia de donde salió la Carta de Luis XVIII.

Yo alababa mucho estas cosas por no reñir con el anciano general, que era muy galante y atento conmigo; pero en mi interior deploraba, como amante muy fiel del régimen absoluto, que cosas tan graves se emprendieran por la mediación de personas de tan dudoso valer. No conocía yo en aquellos tiempos á Morejón; pero mis noticias eran que no había sido inventor de la pólvora. En cuanto á Eguía debo decir con

---

(\*) Puede verse el retrato de este personaje en las *Memorias de un Cortesano de 1815*.

mi franqueza habitual que era uno de los hombres más pobres de ingenio que en mi vida he visto.

Aún gastaba la coleta que le hizo tan famoso en 1814, y con la coleta el mismo humor atrabiliario, despótico, voluble y regañón. Pero en Bayona no infundía miedo como en Madrid, y de él se reían todos. No es exajerado cuanto se ha dicho de la astuta pastelera que llegó á dominarle. Yo la conocí, y puedo atestiguar que el agente de nuestro egregio Soberano comprometía lamentablemente su dignidad y aun la dignidad de la Corona, poniendo en manos de aquella infame mujer negocios tan delicados. Ella asistía á las conferencias, administraba gran parte de los fondos, se entendía directamente con los partidarios que un día y otro pasaban la frontera, y parecía en todo ser ella misma la organizadora del levantamiento y el principal apoderado de nuestro querido Rey.

Después de esto he vivido muchas veces en Bayona y he visto la vergonzosa conducta de algunos españoles que sin cesar conspiran en aquel pueblo, verdadera antesala de todas nuestras revoluciones, pero nunca he visto degradación y torpeza semejantes á las del tiempo de Eguía. Yo escribía entonces á D. Víctor Saez, residente en Madrid, y le decía:—“Felicite usted á los francmasones, porque mientras la salvación de Su Majestad siga confiada á las manos que por aquí tocan el pandero, ellos están de enhorabuena.”

En el invierno del mismo año se realizaron las predicciones que yo, por no poder darle consejos, había hecho al mismo Eguía, y fué que habiendo convocado de orden del Rey á otros personajes absolutistas para trabajar en comunidad, se desavinieron de tal modo, que aquello más que junta parecía la dispersión de las gentes. Cada cual pensaba de distinto modo, y ninguno cedía en su terca opinión. Á esta variedad en los pareceres y terquedad para sostenerlos llamo yo enjaezar los entendimientos á la calesera, es decir, á la española. El marqués de Mataflorida, (\*) proponía el establecimiento del absolutismo puro; Balmaseda, comisionado por el Gobierno francés para tratar este asunto, también estaba por lo despótico, aunque no en grado tan furioso; Morejón se abrazaba á la Carta francesa; Eguía sostenía el veto absoluto y las dos Cámaras, á pesar de no saber lo que eran una cosa y otra, y Saldaña, nombrado como una especie de quinto en discordia, no se resolvía ni por la tiranía entera ni por la tiranía á media miel.

---

(\*) Conocido por D. Buenaventura en las *Memorias de un Cortesano* y en *La segunda casaca*.

Entre tanto el Gobierno francés concedió á Eguía algunos millones, de los cuales podría dar cuenta si viviese la hermosa pastelera. Dios me perdone el mal juicio; pero casi podría jurar que de aquel dinero, sólo algunas sumas insignificantes pasaron á manos de los pobres guerrilleros, tan bravos como desinteresados, que desnudos, descalzos y hambrientos levantaban el glorioso estandarte de la fe y de la monarquía en las montañas de Navarra ó de Cataluña.

Las bajezas, la ineptitud y el despilfarro de los comisionados secre-



D. Francisco Eguía.

tos de Su Majestad no cesaron hasta que apareció en Bayona, también con poderes reales, el gran pájaro de cuenta llamado D. Antonio Ugarte, á quien no vacilo en designar como el hombre más listo de su época.

Yo le había tratado en Madrid el año 19. Él me estimaba en gran manera, y, como Eguía, me visitaba á menudo; pero sin revelarme imprudentemente sus planes. Desde que se encargó de manejar la cons-

piración, seguía yo con marcado interés, segura de su éxito, aunque sin sospechar que le prestaría mi concurso activo en término muy breve. Un día Ugarte me dijo:

—No se encuentra un solo hombre que sirva para asuntos delicados. Todos son indiscretos, soplones y venales. ¿Ve usted lo que trabajo aquí por orden de Su Majestad? Pues es nada en comparación de lo que me dan que hacer las intrigas y torpezas de mis propios colegas de conspiración. No me fío de ninguno, y en el día de hoy, teniendo que enviar á Madrid un mensaje muy importante, estoy como Diógenes, buscando un hombre sin poderlo encontrar.

—Pues busque usted bien, Sr. D. Antonio—le respondí,—y quizás encuentre una mujer.

Ugarte no daba crédito á mi determinación; pero tanto le encarecí mis deseos de ser útil á la causa del Rey y de la Religión, que al fin convino en fiarme sus secretos.

—Efectivamente, Genara—me dijo,—una dama podrá desempeñar mejor que cualquier hombre tan delicado encargo, si reúne á la belleza y gallarda compostura de su persona un valor á toda prueba.

En seguida me reveló que en Madrid se preparaba un esfuerzo político, es decir, un pronunciamiento, en el cual tomaría parte la Guardia real con toda la tropa de línea que se pudiese comprometer; pero añadió que desconfiaba del éxito si no se hacían con mucho pulso los trabajos, tratando de combinar el movimiento cortesano con una ruidosa algarada de las partidas del Norte. Discurriendo sobre este negocio, me mostró su grandísima perspicacia y colosal ingenio para conspirar, y después me instruyó prolijamente de lo que yo debía hacer en Madrid, del arte con que debía tratar á cada una de las personas para quienes llevaba delicados mensajes, con otras muchas particularidades que no son de este momento. Casi toda mi comisión era enteramente confidencial y personal, quiero decir que el conspirador me entregó muy poco papel escrito; pero en cambio me repitió varias veces sus instrucciones para que, reteniéndolas en la memoria, obrase con desembarazo y seguridad en las difíciles ocasiones que me aguardaban.

Partí para Madrid en Febrero del 22.



## II

**C**ON entusiasmo y con placer emprendí estos manejos; con entusiasmo porque adoraba en aquellos días la causa de la Iglesia y el Trono, con placer porque la ociosidad entristecía mis días en Bayona. La soledad de mi existencia me abrumaba tanto como el peso de las desgracias que á otros afligen y que yo no conocía aún. Con separarme de mi esposo, cuyo salvaje caracter y feroz suspicacia me hubieran quitado la vida, adquirí libertad suma y un sosiego que después de saboreado por algún tiempo, llegó á ser para mí algo fastidioso. Poseía bienes de fortuna suficientes para no inquietarme de las materialidades de la vida; de modo que mi ociosidad era absoluta. Me refiero á la holganza del espíritu, que es la más penosa, pues la de las manos, yo, que no carezco de habilidades, jamás la he conocido.

Á estos motivos de tristeza debo añadir el gran vacío de mi corazón, que estaba há tiempo como casa deshabitada, lleno tan sólo de sombras y de ecos. Después de la muerte de mi abuelo, ningún afecto de familia podía interesarme, pues los Baraonas que subsistían, ó eran muy lejanos parientes ó no me querían bien. De mi infelicísimo casamiento sólo saqué amarguras y pesadumbres, y para que todo fuese maldito en aquella unión, no tuve hijos. Sin duda Dios no quería que en el mundo quedase memoria de tan grande error.

Fácilmente se comprenderá que en tal situación de espíritu me gustaría lanzarme á esas ocupaciones febriles que han sido siempre el principal gozo de mi vida. Ninguna cosa llana y natural ha cautivado jamás mi corazón, ni me embelesó, como á otros, lo que llaman dulce corriente

de la vida. Antes bien yo la quiero tortuosa y rápida, que me ofrezca sorpresas á cada instante y aun peligros; que se interne por pasos misteriosos, después de los cuales deslumbre más la claridad del día; que caiga como el Piedra en cataratas llenas de ruido y colores, ó se oculte como el Guadiana, sin que nadie sepa donde ha ido.

Yo sentía además en mi alma la atracción de la Corte, no pudiendo descifrar claramente cuál objeto ó persona me llamaban en ella, ni explicarme las anticipadas emociones que por el camino sentía mi corazón, como el derrochador que principia á gastar su fortuna antes de heredarla. Mi fantasía enviaba delante de sí, en el camino de Madrid, maravillosos sueños é infinitos goces del alma, peligros vencidos y amables ideales realizados. Caminando de este modo y con los fines que llevaba, iba yo por mi propio y verdadero camino.

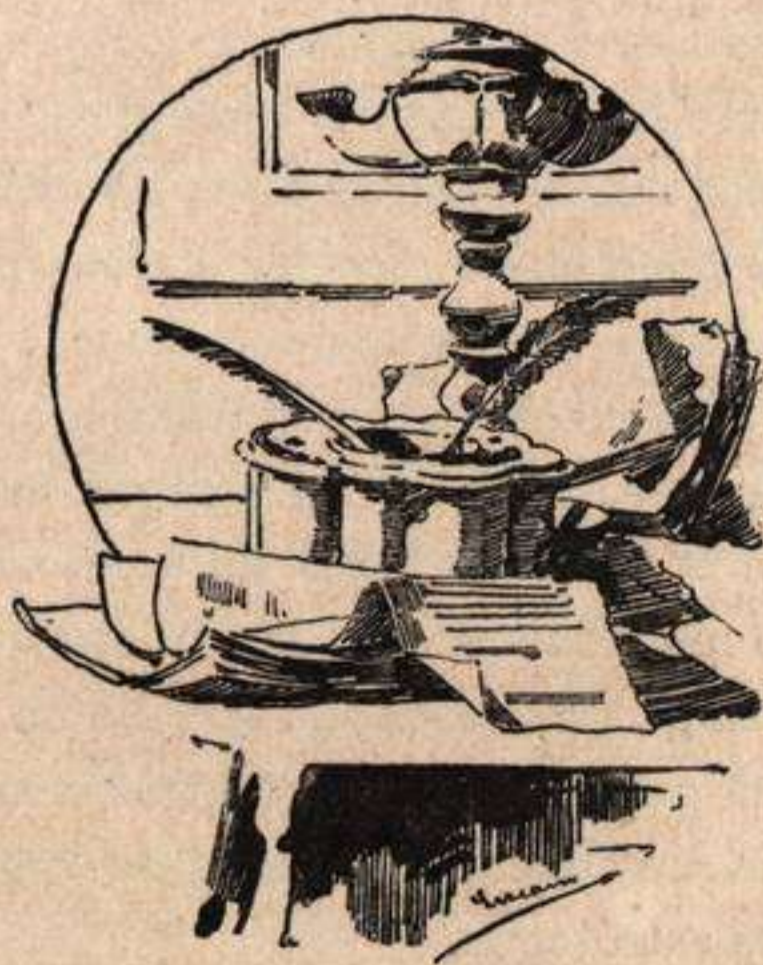
Desde que llegué me puse en comunicación con los personajes para quienes llevaba cartas ó recados verbales. Tuve noticias de la rebelión de los Guardias que se preparaba; hice lo que Ugarte me había mandado en sus minuciosas instrucciones, y hallé ocasión de advertir el mucho atolondramiento y ningún concierto con que eran llevados en Madrid los árdulos trámites de la conspiración.

Lo mejor y más importante de mi comisión estaba en Palacio, á donde me llevó D. Víctor Saez, confesor de Su Majestad. Muchos deseos tenía yo de ver de cerca y conocer por mí misma al Rey de España y toda su real familia, y entonces quedó satisfecho mi anhelo. Hice una especie de estudio de todos los habitantes de Palacio, particularmente de las mujeres, la Reina Amalia, Doña Francisca, esposa de D. Carlos, y Doña Carlota, del infante D. Francisco. La segunda me pareció desde luego mujer á propósito para revolver toda la Corte. De los hombres, D. Carlos me pareció muy sesudo, dotado de cierto fondo de honradez preciosísima, con lo cual compensaba su escasez de luces, y á Fernando le diuté por muy astuto y conecedor de los hombres, apto para engañarlos á todos, si bien privado del valor necesario para sacar partido de las flaquezas ajenas. La Reina pasaba su vida rezando y desmayándose; pero la varonil Doña Francisca de Braganza tenía el alma entera puesta en las cosas políticas, y llena de ambición, trataba de ser el brazo derecho de la Corte. Doña Carlota, que entonces estaba embarazada del que luego fué Rey consorte, tampoco se dormía en esto.

Los palaciegos, tan aborrecidos entonces por la muchedumbre constitucional, Infantado, Montijo, Sarriá y demás aristócratas, no servían en realidad de gran cosa. Sus planes, faltos de seso y travesura, tenían

por objeto algo en que se destacase con preferencia la personalidad de ellos mismos. Ninguno valía para maldita la cosa, y así nada se habría perdido con quitarles toda participación en la conjura. Los individuos de la Congregación Apostólica, que era una especie de masonería absolutista, tampoco hacían nada de provecho, como no fuera allegar plebe y disponer de la gente fanática para un momento propicio. En los jefes de la Guardia había más presunción que verdadera aptitud para un golpe difícil, y el clero se precipitaba gritando en los púlpitos, cuando la situación requería prudencia y habilidad sumas. Los liberales masones ó comuneros vendidos al absolutismo y que al pronunciar sus discursos violentos se entusiasmaban por cuenta de éste, estaban muy mal dirigidos, porque con su exajeración ponían diariamente en guardia á los constitucionales de buena fe. He examinado uno por uno los elementos que formaban la conspiración absolutista del año 22 para que cuando la refiera se explique en cierto modo el lamentable aborto y total ruina de ella.

NOTA DEL AUTOR. *Á continuación refiere la señora los sucesos del 7 de Julio. Aunque su narración es superior á la nuestra, principalmente á causa de la graciosa sencillez y verdad con que toda ella está hecha, la suprimimos por no repetir, aún mejonándolo, lo que ya apareció en otro volumen.*



**D**ESPUÉS de los aciagos días de Julio mi situación, que hasta entonces había sido franca y segura, fué comprometidísima. No se puede tener una idea de la presteza con que se ocultaron todos aquellos hombres que pocos días antes conspiraban descaradamente. Desaparecieron como caterva de menudos ratoncillos, cuando los sorprende en sus audaces rapiñas el hombre sin poder perseguirlos, ni aún conocer los agujeros por donde se han metido. Á mí me maravillaba que D. Víctor Saez, hombre de una obesidad respetable, pudiese estar escondido sin que al punto se descubriese su guarida. Los palaciegos se filtraron también, y los que no estaban muy evidentemente comprometidos, como por ejemplo Pipaón, dieron vivas á la Constitución vencedora, uniéndose á los liberales.

Tuve además la desgracia de perder varios papeles en casa de un pobre maestro de escuela donde nos reuníamos, y esto me causó gran zozobra; pero al fin los encontré no sin trabajo, exponiéndome á los mayores peligros. La seguridad de mi persona corrió también no poco riesgo, y en los días 9 y 10 de Julio no tuve un instante de respiro, pues por milagro no me arrastraron á la carcel los milicianos borrachos de vino y de patriotería. Gracias á Dios, vino en mi amparo un joven paisano y antiguo amigo mío, el cual, en otras ocasiones, había ejercido en mi vida influencia muy decisiva, semejante á la de las estrellas en la antigua cábala de los astrólogos.

Pasados los primeros días pude introducirme en Palacio, á pesar de la formidable y espesa muralla liberalesca que lo defendía. Encontré á Su Majestad muy acobardado, lleno de consternación y amargura, prin-

principalmente por verse obligado á poner semblante lisonjero á sus enemigos y aun á darles abrazos, lo cual era muy del gusto de ellos, en su mayoría gente crédula é inocentona. No me agradaba ver en nuestro Soberano tan poco corazón; pero si en él hubiera concordado el valor con las travesuras y agudezas del entendimiento, ningún tirano antiguo ni moderno le habría igualado. Su desaliento y desesperación no le impidieron que se enamorase de mí, porque en todas las ocasiones de su vida, bajo las distintas máscaras que se quitaba y se ponía, aparecía siempre el sátiro.

Temerosa de ciertas brutalidades, quise huir. Brindéme entonces á desempeñar una comisión difícil, para lo cual Fernando no se fiaba de ningún mensajero; y aunque él no quiso que yo me encargase de ella, porque no me alejara de la Corte, tanto insté y con tales muestras de verdad prometí volver, que se me dieron los pasaportes.

El mes anterior había salido para Francia D. José Villar Frontín, uno de los intrigantes más sutiles del año 14, aunque como salido de la academia del cuarto del Infante D. Antonio, no era un hombre de gran iniciativa, sino muy plegadizo y servicial en bajas urdimbres. Llevaba órdenes para que el marqués de Mataflorida formase una Regencia absolutista en cualquier punto de la frontera conquistado por los guerrilleros. Estas instrucciones eran conformes al plan del Gobierno francés, que deseaba la introducción de la Carta en España y un absolutismo templado; pero Fernando, que hacía tantos papeles á la vez, deseaba que sus comisionados, afectando ser partidarios de la Carta, trabajasen por el absolutismo limpio. Esto exigía frecuentes rectificaciones en los despachos que se enviaban y avisos contradictorios, trabajo no escaso para quien había de ocultar de sus Ministros todos estos y aun otros inverosímiles líos.

Yo me comprometí á hacer entender á Mataflorida y á Ugarte lo que se quería, trasmitiéndole verbalmente algunas preciosas ideas del Monarca, que no podían fiarse al papel, ni á signo ni á cifra alguna. Ya por aquellos días se supo que la Seo de Urgel había sido ganada al Gobierno por el bravo Trapense, y se esperaba que en la agreste plaza se constituyera la salvadora Regencia. Á la Seo, pues, debía yo dirigirme.

La partida y el viaje no eran problemas fáciles. Esto me preocupó durante algunos días, y traté de sobornar, para que me acompañase, al amigo de quien antes he hablado. A él no le faltaban en verdad ganas de ir conmigo al extremo del mundo; pero le contenía el amor de su madre anciana. Mucho luché para decidirle, empleando razonamientos

y seducciones diversas; mas á pesar de la propensión de su caracter á ciertas locuras y del considerable prestigio que yo empezaba á ejercer sobre él, se resistía tenazmente, alegando motivos poderosos, cuya fuerza no me era desconocida. Al fin tanto pudo una mujer llorando, que él abandonó todo, su madre y su casa, aunque por poco tiempo y con la sana intención de volver cuando me dejase en paraje donde no existiese peligro alguno. El infeliz presagiaba sin duda su desdichada suerte en aquella expedición, porque luchó mucho consigo mismo para decidirse, y hasta el último momento estuvo vacilante.

Aquel hombre había sido enemigo mío, ó más propiamente de mi esposo. Desde la niñez nos conocimos; fué mi novio en la edad en que se tiene novio. Sucesos lamentables que me causan pena al venir á la memoria, caprichos y vanidades mías me separaron de él, yo creí que para siempre; pero Dios lo dispuso de otro modo. Durante mucho tiempo estuve creyendo que le odiaba; pero el sentimiento que en mí había era más que rencor una antipatía arbitraria y voluntariosa. Por causa de ella siempre le tenía en la memoria y en el pensamiento. Circunstancias funestas le pusieron en contacto conmigo diferentes veces, y siempre que ocurría algo grave en la vida de él ó en la mía tropezábamos providencialmente el uno con el otro, como si el alma de cada cual, viéndose en peligro, pidiese auxilio á su compañera.

En mí se verificó una crisis singular. Por razones que no son de este sitio, yo llegué á aborrecer todo lo que mi esposo amaba y á amar todo lo que él aborrecía. Al mismo tiempo mi antiguo novio mostraba hacia mí sentimientos tan vivos de menosprecio y desdén, que esto inclinó mi corazón á estimarle. Yo soy así, y me parece que no soy el único ejemplar. Desde la ocasión en que le arranqué de las furibundas manos de mi marido no debí de ser tampoco para él muy aborrecible.

Cuando nos encontramos en Madrid, y desde que hablamos un poco, caímos en la cuenta de que ambos estábamos muy solos. Y no sólo había semejanza en nuestra soledad, sino en nuestros caracteres, principal origen quizás de aquella. Hicimos propósito de echar á la espalda aquel trágico aborrecimiento que antes nos teníamos, el cual se fundaba en veleidades y caprichosas monomanías del espíritu, y no tardamos mucho tiempo en conseguirlo. Ambos reconocimos las grandes y ya irremediables equivocaciones de nuestra primera juventud, y nos maravillábamos de hallar tan extraordinaria fraternidad en nuestras almas. ¡Ser de este modo, haber nacido el uno para el otro, y sin embargo, haber estado dándonos golpes en las tinieblas durante tanto tiempo! ¡Qué fata-

lidad! Hasta parece que no somos responsables de ciertas faltas, y que éstas, por lo que tienen de placentero, pueden tolerarse como compensación de pasados dolores y de un error deplorable y fatal, dependiente de voluntades sobrehumanas.

Pero no: no quiero eximirme de la responsabilidad de mi culpa y de haber faltado claramente, impulsada por móviles irresistibles, á la ley de Dios. No: nada me disculpa; ni las atrocidades de mi marido, ni la espantosa soledad en que yo estaba, ni los mil escollos de la vida en la Corte, ni las grandes seducciones morales y físicas de mi paisano y dulce compañero de la niñez. Reconozco mi falta, y atenta sólo á que este papel reciba un escrupuloso retrato de mi conciencia y de mis acciones, la escribo aquí, venciendo la vergüenza que confesión tan penosa me causa.

Salimos de Madrid en una hermosa noche de Julio. Cuando dejamos de oír el rugido de la Milicia victoriosa, me pareció que entraba en el cielo. Ibamos cómodamente en una silla de postas con buenos caballos y un hábil mayoral de Palacio. Yo había tomado un nombre supuesto; diciéndome marquesa de Berceo, y él era nada menos que mi esposo, una especie de marqués de Berceo. Mucho nos reímos con esta invención, que á cada paso daba lugar á picantes comentarios y agudezas. Yo no recuerdo días más placenteros que los de aquel viaje.

¡Cuántas veces bajamos del coche para andar largos trechos á pié, recreándonos en la hermosura de las incomparables noches de Castilla; ¡Cómo se agrandaba todo ante nuestros ojos, principalmente las cosas inmateriales! Nos parecía que aquella dulce vagancia no acabaría nunca, y que los días venideros serían siempre como aquel cielo que veíamos, dilatados, serenos y sin nubes. En tales horas, ó hablábamos poco ó vertíamos el alma del uno en la del otro alternativamente por medio de observaciones y preguntas acordes con el hermoso espectáculo que veíamos fuera y dentro de nosotros, pues de mi alma puede decirse que estaba tan llena de estrellas como el firmamento.

Han pasado muchos años, entonces tenía yo veintisiete, y ahora... no lo quiero decir por no espantarme; pero creo que he traspasado el medio siglo (\*). Entonces mis cabellos eran de oro, ahora son de plata, sin que ni una sola hebra de ellos conserve su primitivo color. Mis ojos tenían el brillo que es reflejo de la inteligencia despierta y de los sentimientos bullidores; ahora no son más que dos empañadas cuentas azu-

---

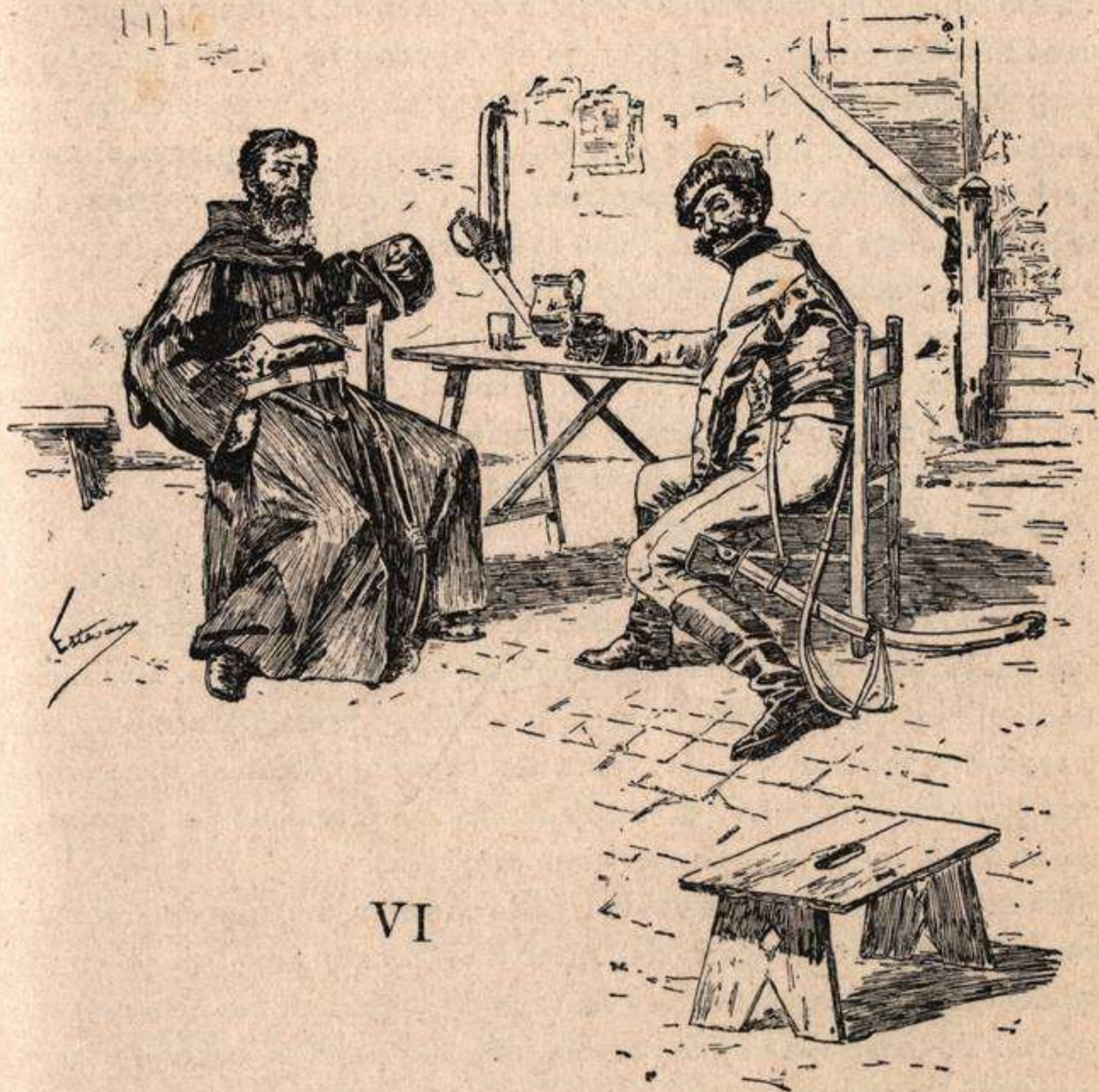
(\*) Según nuestras noticias, la señora escribió estas Memorias durante la guerra civil del 48.

les, de las cuales se escapa alguna vez fugitivo rayo. Mi cara entonces respiraba alegría, salud, y el alma rielaba sobre mis facciones como la luz sobre la superficie de las temblorosas aguas; ahora es una máscara que sirve para disimular los pensamientos y que á muchos deja ver todavía huellas claras de la gran hermosura que hubo en ella. Entonces era muy hermosa; ahora soy una *vieja que debió haber sido guapa*, aunque, si he de creer á D. Toribio, el canónigo de Tortosa, todavía puedo volver loco á cualquiera. En suma; todo ha pasado, mudándose considerablemente, é infinitas personas han pasado á ser recuerdos. Lo que siempre está lo mismo es mi país, que no dejó de luchar un momento por la misma causa y con las mismas armas, y si no con las mismas personas, con los mismos tipos de guerreros y políticos. Mi país sigue siempre á la calesera.

Pues bien: en todo el tiempo trascurrido entre estas dos épocas, no he visto pasar días como aquellos. Fueron de los pocos que tiene cada mortal como un regalo del cielo para toda la existencia, y que en vano se aguardan después, porque no vuelven. Estos aguinaldos de la vida no se reciben más que una vez. Salvador era menos feliz que yo, á causa de los deberes y las afecciones que había dejado atrás. Yo procuraba hacerle olvidar todo lo que no fuese nosotros mismos; mas resultaba esto muy difícil, por ser él menos dueño de sus acciones que yo, y aun, si se quiere, menos egoísta que yo. Ibamos de pueblo en pueblo, sin apresurarnos ni detenernos mucho. Aquel vivir entre todo el mundo y al mismo tiempo sin testigo, con amor y responsabilidad aparente, era mi mayor delicia. Los diversos pueblos por donde pasábamos no tenían sin duda noticia de la felicidad de los marqueses de Berceo, pues si la tuvieran, no creo que nos dejaran seguir sin quitarnos algo de ella.







## VI

**R**ACIAS á nuestro dinero y á nuestro buen porte, podíamos disfrutar de todas las comodidades posibles en las posadas. El calor nos obligaba á detenernos durante el día, caminando por las noches, y ni en Castilla ni en Aragón tuvimos ningún mal encuentro, como recelábamos, con milicianos, ladrones ó espías del Gobierno.

Más allá de Zaragoza empezamos á temer que nos salieran al paso las tropas de Torrijos ó de Manso. Por eso en vez de tomar directamente el camino de Cataluña subimos hacia Huesca. Salvador, cuya antipatía á los facciosos y guerrilleros era violentísima, se mostró disgustado al considerarse cerca de ellos. Entonces tuve un momento de súbita tristeza oyéndole decir:

—Cuando llegemos á un lugar seguro ó estés entre tus amigos, me volveré á Madrid.

Yo deseaba que no llegasen ni el lugar seguro ni tampoco mis ami-

gos. Pero aunque mi tristeza fué grande desde aquel instante, apoderándose de mi corazón como un presagio de desventuras, estaba muy lejos de sospechar el espantoso golpe que nos amenazaba, consecuencia providencial de nuestra falta y de mi criminal ligereza. ¡Ay! piensa el malo que sus alegrías han de ser perpétuas, y la misma grata corriente de ellas le lleva ciego á lo que yo llamo la sucursal del infierno en la tierra, que es la desgracia y el anticipado castigo de los pecados.

De Huesca nos dirigimos á Barbastro, siguiendo por un detestable camino hasta Benabarre, donde entramos al anochecer. Detuvieron nuestro coche algunos hombres, y al verles, exclamé:

—Los guerrilleros. Ya estamos en casa.

Salvador mostró gran disgusto, y cuando fuimos interrogados, dió algunas contestaciones que debieron sonar muy mal en los oídos de los soldados de la Fe. Yo tenía confianza en mi gente y la seguridad de no ser detenida; pero no me fué posible evitar ciertas molestias. Nos hicieron bajar del coche antes de llegar á la posada y presentarnos á un rústico capitán que estaba en la venta del camino bebiendo vino juntamente con otro guerrillero al modo de frailazo, armado de pistolas, y con dos ó tres individuos de malísima catadura.

Sus maneras no eran en verdad nada corteses, á pesar de defender causa tan sagrada como es la del Altar y el Trono; pero con dos ó tres palabras dichas enérgicamente y en tono de dignidad, me hice respetar al punto. Yo mostraba al que parecía jefe mis papeles, cuando observé que uno de los hombres allí presentes miraba á mi compañero de viaje con expresión poco tranquilizadora. Llegóse á él, y poniéndole la mano en el hombro le dijo con brutal modo y expresión de venganza:

—¿Me conoces? ¿Sabes quién soy?

—Sí—le respondió Monsalud, pálido y colérico.—Ya sé que eres un hombre vil; tu nombre es Regato.

El desconocido se abalanzó en ademán hostil hacia mi amigo; pero éste supo recibirle con tanta valentía, que le hizo rodar por el suelo, bañado el rostro en sangre. Quedéme sin aliento al ver la furia de aquella gente ante el mal trato dado á uno de los suyos. Milagro de Dios fué que no pereciésemos allí; pero el capitán parecía hombre prudente, y haciendo salir de la venta al agraviado, nos notificó que estábamos presos hasta que el jefe decidiera lo que se había de hacer con nosotros.

Afectando serenidad le dije que mirara bien lo que hacía, por ser yo persona, de gran poder en la frontera y en Palacio; pero encogiéndose de hombros, tan sólo me permitió después de largas discusiones hablar

al que ellos llamaban coronel. Salí desalada de la venta, dejando en ella la mitad de mi alma, pues allí quedó guardado por dos hombres mi ultrajado amigo, y me presenté al coronel, que era un capuchino de Cervera.

Acababa de despachar un bodrio y dos azumbres que le habían puesto para que cenase, y su paternidad, después del pienso, no tenía al parecer la cabeza muy serena. Sin embargo, no me trató mal. Díjome que el Sr. Regato le había informado ya de quién era mi acompañante, y que en vista de sus antecedentes y circunstancias, no podía ser puesto en libertad. Púseme furiosa; yo me creí capaz de destrozar sólo con mis uñas á aquel tremendo fraile coronel, cuyas barbas y salvaje apostura ponían miedo en el corazón más esforzado. Sin miramiento alguno, le increpé diciéndole cuantas atrocidades me vinieron á la boca y amenazándole con pedir su cabeza al Rey; pero ni aun así logré ablandar aquella roca en figura de bestia. Oyóme el bárbaro con paciencia, sin duda por ser más fraile que guerrero, y reasumió sus relaciones diciéndome:

—Usted, señora, puede ir libremente á donde le acomode; pero ese hombre no me sale de aquí.

¡Ay! si yo hubiera tenido á mis órdenes diez hombres armados habría atacado al batallón, cuadrilla ó lo que fuera, segura de destrozarlo, que tanto puede el furor de una hembra ofendida. Volví á la venta, resuelta á sacar de ella á Salvador con mis propias manos, desafiando las armas de sus guardianes; pero cuando entré, mi compañero de viaje, mi adorado amigo, mi pobre marqués de Berceo había desaparecido. Le llamé con la voz ronca de tanto gritar; le llamé con toda mi alma, pero no me respondió. Una mujer andrajosa, que parecía tan salvaje y feroz como los hombres que en aquel pueblo ví, salió conmigo al camino y señalando á un punto en la oscuridad del espacio negro, dijo sordamente:

—Allí.

Y mirando hacia donde su dedo me indicaba ví unas grandes sombras que parecían murallones almenados y como ruinas hendidas. Pregunté qué sitio era aquel y la desconocida me contestó:

—El castillo.

La mujer, llevando una cesta con provisiones, marchó en dirección del castillo. Yo la seguí. No tardamos en llegar, y por una poterna desvencijada que se abría en la muralla, después de pasado el foso sin agua, penetramos en un patio lleno de escombros y de yerba.

—¡Aquí, aquí le han encerrado!— exclamé mirando á todos lados como quien ha perdido el juicio.

La mujer se detuvo ante mí, y señalando el suelo dijo con voy muy lúgubre.

—¡Abajo!

Yo creí volverme loca. Los ojos de la horrible persona que me daba



tan tremendas noticias brillaban con claridad verdosa, como los de animal felino. Quise seguirla cuando subió la escalerilla que conducía á las habitaciones practicables entre tanta ruina; pero un centinela me echó fuera brutalmente, amenazándome con arrojarme al foso si no me retiraba *más pronto que la vista*. Estas fueron sus propias palabras.

Corrí hacia el pueblo, resuelta á ver de nuevo al coronel capuchino de Cervera. Pero tanta agitación agotó al fin mis fuerzas y tuve que sentarme en una gran piedra del camino, fatigada y abatida, porque á mi primera furia substituyó una aflicción profundísima que me hizo llorar. No recuerdo haber derramado nunca más lágrimas en menos tiempo. Al fin sobreponiéndome á mi dolor, seguí adelante jurando no continuar el viaje sin llevar en mi compañía al infeliz cuanto adorado amigo de niñez. Desperté al capuchino que ya roncaba, el cual de muy mal talante repitió su fiera sentencia, diciendo:

—Usted, señora, puede continuar su viaje; pero el otro no saldrá de

aquí sin orden superior. Yo sé lo que me digo. ¡Pisto! que ya me canso de sermonear. Vaya usted con Dios y déjenos en paz.

Despreciando su barbarie, insistí y amenacé, y al cabo me dió algunas esperanzas con estas palabras:

—El jefe de nuestra partida acaba de llegar. Háblele usted á él.

—¿Quién es el jefe?

—D. Saturnino Albuín—me contestó.

Al oír este nombre ví el cielo abierto. Yo había conocido en Bayona al célebre *Manco*, y recordé que, aunque muy bárbaro, hacía alarde de generosidad é hidalguía en todas las ocasiones que se le presentaban. No quise detenerme ni un instante, y al punto me informé de que don Saturnino estaba en una casa situada junto al camino á la salida del pueblo en dirección á Tresp. Desde la plaza se veían dos lucecillas en las ventanas de la vivienda. Corrí allá guiada por la simpática claridad de aquellas luces semejantes á dos ojos y que eran para mí fanales de esperanza. Llegué sin aliento, agitada por la fatiga y un dulce presagio de buen éxito que me llenaba el corazón.

El centinela me dijo que no se podía pasar; pero apelando á mis bolsillos, pasé. En la escalera, en el pasillo alto, fui repetidas veces detenida; pero con el mismo talismán abríame paso.

—Ahí está—me dijo un hombre señalando una puerta, detrás de la cual se oían alteradas voces en disputa.—Sin reparar más que en mi afán empujé la puerta y entré.

Albuín, que estaba en pié, se volvió al sentir el ruido de la puerta y me interrogó con sus ojos, que expresaban sorpresa y cólera por mi brusca entrada. Otro guerrillero estaba junto á la mesa con los codos sobre ella, encendiendo un cigarro en la luz del velón de cobre que alumbraba la estancia.

—¿Qué se le ofrece á usted, señora?—me dijo Albuín moviendo con gesto de impaciencia su única mano.

Yo no había dado cuatro pasos dentro de la habitación, cuando observé que más allá de la mesa había otro hombre, apoltronado en un sillón, con los piés extendidos sobre una banqueta, inclinada la cabeza sobre el hombro y durmiendo tranquilamente con ese sueño del guerrillero cansado que acaba de recorrer dos provincias y marear á dos ejércitos. Al verle ¡Santo Dios! me quedé yerta, muda como estatua; no pude pronunciar una palabra, ni dar un paso, ni respirar, ni huir, ni gritar. El terror me arrancó súbitamente del pensamiento mis angustias de aquella noche.

Aquel hombre era mi marido.

—¿Qué se le ofrece á usted, señora—volvió á preguntarme el *Manco*.

Pasado el primer instante de terror, en mí no hubo otra idea que la idea de huir, de desaparecer, de desvanecerme como el humo ó como la palabra vana que se lleva el viento.

—Pero ¿qué se le ofrece á usted, demonio?—repitió el guerrillero.

—¡Nada!—contesté.—Y á toda prisa salí de la habitación.

Yo creo que ni un relámpago corre como yo corrí fuera de la casa. No veía más que el camino, y mi veloz carrera nunca me parecía bas-

tante apresurada para llegar al centro del pueblo donde había dejado mi coche.

Á lo lejos, detrás de mí, sentí voces que decían burlonamente:

—¡La mujer loca, la mujer loca!

Eran los bravos á quienes yo había dado tanto dinero para que me dejaran pasar. Á cada instante volvía la cabeza por ver si mi marido venía corriendo detrás de mí.

Llegué medio muerta á donde estaba mi coche, y tirando del brazo al cochero para que despertase, grité:

—Francisco, Francisco, vuela, vuela fuera de este horrible pueblo.

Y me metí en el coche.

—¿A dónde vamos, señora?—me preguntó el pobre hombre sacudiendo la pereza.

—¿Estás sordo? Te he dicho que vuelas... ¿Hablo yo en griego? que vuelas,

hombre. Mata los caballos, pero ponme á muchas leguas de aquí.

—¿Á dónde vamos, señora? ¿Hacia la Seo?

—Hacia el Infierno si quieres, con tal que me saques de aquí.



Mi coche partió á escape, y siguiendo el camino en dirección á Tremp, pasé junto á la malhadada casa donde había visto á mi esposo. Entonces los bárbaros reunidos junto á la puerta me aclamaron otra vez, arrojando algunas piedras á mi coche. Su grito era:

—¡La mujer loca, la mujer loca!

En efecto, lo estaba. ¡Ah! ¡Benabarre, Benabarre, maldito seas! En tí acabó mi felicidad; en las espinas de tu camino dejé enclavado mi corazón chorreando sangre. Fuiste mi calvario y la piedra resbaladiza de mal agüero donde caí para siempre, cuando más orgullosa marchaba. Fuiste el tajo donde el cielo puso mi cabeza para asegurar el golpe de su cuchilla; pero con ser obra del cielo mi castigo, ¡te odio, execrable pueblo de bandidos! ¡Sepulcro de mi edad feliz, no puedo verte sin espanto, y mientras tenga lengua, te maldeciré!



## V

**E**L 14 de Agosto llegué á la Seo. ¡Qué viaje el de Benabarre á la Seo! Si antes todo parecía adaptarse al lisonjero estado de mi alma, después todos los caballos eran malos, todos los caminos intransitables, todas las posadas insufribles, todos los días calurosos y las noches todas tristes como los pensamientos del desterrado. Mi alma sin consuelo, mientras más gente veía, más sola se encontraba. Mi pensamiento no podía apartarse de aquel lugar siniestro donde habían quedado mi amor y mi suplicio, mi falta y mi conciencia, representados cada una en un hombre.

Casi antes de desempeñar mi comisión traté de ocuparme de salvar al infeliz que había quedado cautivo en Benabarre; pero Mataflorida me dijo sonriendo:

—Luego, luego, mi querida señora, trataremos de ese asunto.—Infórme usted de lo que trae, pues no hay tiempo que perder. Hoy mismo constituiremos la Regencia.

Más de dos horas estuvimos departiendo. El como hombre muy ambicioso y que gustaba de ser el primero en todo, recibió con gusto las instrucciones reservadísimas que le daban gran superioridad entre sus compañeros de Regencia. Eran estos el barón de Eroles y D. Jaime Creux, arzobispo de Tarragona, ambos, lo mismo que Mataflorida, de clase humildísima, sacados de su oscuridad por los tiempos revolucionarios, lo cual no era un argumento muy fuerte en pró del absolutismo. Una Regencia, destinada á restablecer el Trono y el Altar, debió constituirse con gente de raza. Pero la edad revuelta que corríamos lo exigía de otro modo, y hasta el absolutismo alistaba su gente en la plebe.



Este hecho, que ya venía observándose desde el siglo pasado, lo expresaba Luis XV diciendo que la nobleza necesitaba estercolarse para ser fecundada.

De los tres regentes, el más simpático era Mataflorida y también el de más entendimiento; el más tolerante Eroles, y el más malo y antipático D. Jaime Creux. No se puede decir de estos hombres que habían marchado con lentitud en sus brillantes carreras. Eroles era estudiante en 1808 y en 1816 teniente general. El otro de clérigo oscuro pasó á obispo en premio de su traición en las Córtes del año 14.

Yo no tenía mi espíritu en disposición de atender á las ceremonias con que quisieron celebrar los triunviros el establecimiento de la Regencia. Después de publicar su célebre manifiesto, proclamaron solemnemente al Monarca, *restituyéndole á la plenitud de sus derechos*, según decíamos entonces. Levantóse en la plaza de la Seo un tablado, sobre el que un sacristán vestido de rey de armas gritó: "¡España por Fernando VII!", y luego dieron al viento una bandera en la cual las monjas habían bordado una cruz y aquellas palabras latinas que quieren decir *por este signo vencerás*. Los altos castillos que coronan los montes en cuyo centro está sepultada la Seo hicieron salvas, y aquello en verdad parecía una proclamación en toda regla.

Después de la ceremonia política hubo jubileo por las calles y rogativa pública, á que concurrió el obispo con todo el clero armado y el cabildo sin armas. Era un espectáculo edificante y al mismo tiempo horroroso. Daba idea de la inmensa fuerza que tenían en nuestro país las dos clases reunidas, clero y plebe; pero los frailes armados de pistolas y los guerrilleros con vela en la mano, el general con su crucifijo y el arcediano con espuelas, movían á risa y á odio juntamente. El ejército de la Fe, uniformado sólo con el gorro catalán, habría parecido un ejército de pavos, si no estuviera tan frecuentemente probado su indomable valor.

Yo veía aquella procesión chavacana, horrible parodia del levantamiento nacional de 1808, y aquellas espantosas figuras de curas confundidos con guerreros, como se ven las ficciones horrendas de una pesadilla. Tal espectáculo era excesivamente desagradable á mi espíritu, y la bulla del pueblo me ponía los nervios en el más lastimoso desorden. Semejante Carnaval en Urgel, que es sin disputa el pueblo más feo de todo el mundo, era para enfermar y aun enloquecer á cualquiera. Mi privilegiada naturaleza me salvó.

Y pasaban días sin que me fuera posible hacer nada de provecho por

mi amado prisionero de Benabarre. Obtenía, sí, promesas y aun órdenes de la Regencia; pero como no podía trasladarme yo misma al lugar del conflicto, era muy difícil que tuviesen cumplimiento. Antes me dejara morir que encaminarme á paraje alguno donde hubiese probabilidades de encontrar la persona ó siquiera las huellas de mi esposo; y según mis averiguaciones, éste no había abandonado el bajo Aragón.

Al fin supe que mi cara mitad, uniéndose á Jeps dels Estanys, había pasado á la alta Cataluña. Llena de esperanza entonces corrí á Benabarre, cargada de órdenes de Maflorida y del mismo Eroles, que acababa de ponerse á la cabeza de la insurrección catalana. Ningún obstáculo podían oponerme ya los guerrilleros; mas por mi desgracia, cuando llegué al funesto pueblo de Aragón ni un solo partidario del realismo quedaba en su recinto: el castillo había sido volado, y el mísero cautivo, según me dijeron, trasladado á otro punto.

—¿Vivo?—pregunté.

—Vivo y cargado de cadenas—me contestó la misma mujer de aquella horrenda noche de Agosto.—Se iba muriendo por el camino; pero le daban comida y bebida para que no acabase de padecer.

No tuve tiempo para entregarme á inútiles lamentaciones, porque corrió por todo el pueblo esta horrible voz: ¡los liberales! ¡que vienen los liberales! y tuve que huir. Con mucho trabajo y gastando bastante dinero pude escapar á Francia por Canfranc.

NOTA DEL AUTOR. Aquí concluye el primer fragmento de las curiosas Memorias.

Como el segundo se refiere á sucesos ocurridos en la primavera del 22, resultando una interrupción de siete meses, nos vemos en la necesidad de llenar tan lamentable vacío con relaciones propias, que abreviaremos todo lo posible para que no se echen de menos por mucho tiempo las aventuras de la dama viajera, contadas por ella misma.



## VI



A primera determinación del Gobierno popular que sucedió al de Martínez de la Rosa, después de las jornadas de Julio, fué nombrar general del ejército del Norte al rayo de las guerrillas, al Napoleón navarro, D. Francisco Espoz y Mina.

En medio de su atolondramiento, los siete Ministros, á quienes la Corte llamaba los *Siete niños de Écija*, no carecían de iniciativa y de cierta arrogancia emprendedora que por algún tiempo les permitió sostenerse en el poder con prestigio. El nombramiento de Mina y aquella orden que le dieron de hacer tabla rasa de las provincias rebeldes, no pudieron ser más acertados.

El gran guerrillero no necesitaba muy vivas excitaciones para sentar su pesada mano á los pueblos. Los navarros y los catalanes le conocían. Pero antaño había hecho la guerra con ellos y ahora debía hacerla contra ellos, lo cual era muy distinto. Antes se batía contra tropas regulares y ahora con ellas perseguía las partidas. Bien se ve que de este modo el coloso de las guerrillas estaba fuera de su natural esfera y asiento. Iba á hacer el papel del enemigo durante la guerra de la Independencia.

Á pesar de esta desventaja empezó con muy buen pié su campaña. No podía decirse propiamente que había partidas en el Norte, sino que todo el Norte, desde Gerona hasta Guipúzcoa y desde el Pirineo hasta las inmediaciones del Ebro, ardía con horrible llamarada absolutista. Quesada, á cuyo lado despuntaba un precoz muchacho llamado Zumalacárregui, dominaba en Navarra, juntamente con Guergué y D. Santos Ladrón; Albuín y Cuevillas y Merino asolaban la tierra de Burgos;

Capapé, el Aragón; Jeps dels Estanys, el Trapense, Romagosa y Caragol, á Cataluña, donde el barón de Eroles trataba de formar un ejército regular con las desperdigadas gavillas de la fe. Muchos frailes del país, empezando por los aguerridos capuchinos de Cervera que habían escapado del furor de las tropas liberales, y concluyendo por los monges de



Poblet, que tanto trabajaron en la conspiración, formaban en las filas del Manco, ó de Capapé ó de Misas.

Mina tomó el mando de las tropas de Cataluña; y al poco tiempo el aspecto de la campaña principió á mudarse favorablemente á nuestras armas. En 24 de Octubre, después de obligar á los facciosos á levantar el sitio de Cervera, arrasó á Castellfollit, poniendo sobre sus ruinas el célebre cartel que decía: "Aquí existió Castellfollit. Pueblos, tomad ejemplo, y no deis abrigo á los enemigos de la patria."

En Noviembre tomó á Balaguer. En el mismo mes obligó á muchos facciosos á pasar la frontera en presencia del cordón sanitario con que nos amenazaban los franceses. En 20 de Enero, uno de los suyos, el brigadier Rotten, jefe de la cuarta división del ejército de Cataluña, hacía sufrir á San Llorens de Morunys el tremendo castigo de que había sido víctima Castellfollit, diciendo á las tropas en la orden del día: "La villa esencialmente rebelde llamada San Llorens de Morunys será borrada del mapa."

Aquel destructor de ciudades señalaba á cada regimiento las calles que debía saquear antes de dar principio á la operación de borrar del mapa. No de otra manera procedió Hoche en la Vendée; pero este sistema de *borrar del mapa* es algo expuesto, sobre todo en España.

El 8 de Diciembre puso Mina sitio á la Seo de Urgel, mientras Rotten iba convenciendo á los rebeldes catalanes con las suaves razones que indicamos, y en uno de los pueblos demolidos y arrasados, precisamente en aquel mismo San Llorens de Morunys, llamado también Pitheus, ocurrió un suceso digno de mencionarse y que causó maravilla y emoción muy viva en toda la tropa.

Fué de la manera siguiente: Para que el saqueo se hiciera con orden, Rotten dispuso que el batallón de Murcia trabajase en las calles de Arañas y Balldelfred; el de Canarias, en las calles de Frecsures y Segories; el de Córdoba, en las de Ferronised y Ascervalds, dejando los arrabales para el destacamento de la Constitución y la caballería. Lo mismo en la orden de saqueo que en la de incendio, que le siguió, fueron exceptuadas doce casas que pertenecían á otros tantos patriotas.

El regimiento de Córdoba funcionaba en la calle de Ferronised, entre la consternación de los aterrados habitantes, cuando unos soldados descubrieron un hondo sótano ó mazmorra, y registrándole, por si en él había provisiones almacenadas para los facciosos, vieron á un hombre aherrojado, ó más propiamente dicho, un cadáver viviente, cuya miserable postración y estado les causaron espanto. No vacilaron en prestarle auxilio cristianamente sacándole de allí en hombros, después de quitarle con no poco trabajo las cadenas; y cuando el cautivo vió la luz se desmayó, pronunciando incoherentes palabras, que más bien expresaban demencia que alegría.

Rodeáronle todos, siendo objeto de gran curiosidad por parte de oficiales y soldados, que no cesaban de denostar á los facciosos por la crueldad usada con aquel infeliz. Éste parecía haber permanecido bajo tierra mucho tiempo, según estaba de lívido y exangüe, y sin duda era víctima del furor de las hordas absolutistas, y más que criminal castigado por sus delitos, un buen patriota condenado por su amor á la Constitución.

Un capitán ayudante de Rotten, llamado D. Rafael Seudoquis, se interesó vivamente por el cautivo, y después de mandar que se le diera toda clase de socorros, le apremió para que hablase. El hombre sacado del fondo de la tierra parecía joven, á pesar de lo que le abrumaban sus padecimientos, y se sorprendió mucho y muy agradablemente de ver

los uniformes de la tropa. Las primeras palabras que pronunció fueron estas:

—¿En dónde están?

—¿Los facciosos?—dijo Seudoquis riendo. Me parece que no les veremos en mucho tiempo, según la prisa que llevan... Ahora, buen amigo, díganos cómo se llama usted y quién es.

El cautivo parecía hacer esfuerzos para recordar.

—¿En qué año estamos?—preguntó al fin mirando á todos con extrañados ojos.

—En el de 1823, que parece será el peor año del siglo, según como empieza.

—¿Y en qué mes?

—En Enero y á 15, día de San Pablo ermitaño. Si usted recuerda cuándo le empaquetaron puede hacer la cuenta del tiempo que ha estado en conserva.

—He estado preso—dijo después de una larga pausa,—seis meses y algunos días.

—Pues no es mucho, otros han estado más. No le habrán tratado á usted muy bien: eso es lo malo, pero descuide usted, que ahora las van á pagar todas juntas. El pueblo va á ser incendiado y arrasado.

—¡Incendiado y arrasado!—exclamó el cautivo con pena.—¡Qué lástima que no sea Benabarre!

—Sin duda el cautiverio de usted—dijo Seudoquis intimando más con el desgraciado,—empezó en ese horrible pueblo aragonés.

—Sí señor, de allí me trajeron á Tremp y de Tremp á Masbrú y de Masbrú aquí.

—¡Oh! ¡buen viaje ha sido! ¡Y seis meses de encierro, bajo el poder de esa canalla! No sé cómo no le fusilaron á usted seiscientas veces.

—Eran demasiado inhumanos para hacerlo.

Lleváronle fuera del pueblo en una camilla y á presencia del brigadier, que le interrogó. Desde el cuartel general vió las llamas que devoraban á San Llorens, y entonces dijo:

—Arde lo inocente; las guaridas y los perversos lobos están en el monte.

El bravo y generoso Seudoquis fué encargado por el brigadier de vestirle, pues los andrajos que cubrían el cuerpo del cautivo se caían á pedazos.

Al día siguiente de su maravillosa redención, hallóse muy repuesto por la influencia del aire sano y de los alimentos que le dieron,

y aunque le era imposible dar un paso, podía hablar sin acongojarse como el primer día por falta de aliento.

—¿Qué ha pasado en todo este tiempo?—preguntó con voz temblorosa al que continuamente le daba pruebas de generosidad é interés.—¿Sigue reinando Fernando VII?

—Hombre, sí, todavía le tenemos encima—dijo Seudoquis atizando la hoguera, alrededor de la cual vivaqueaban juntamente con el cautivo cuatro ó cinco oficiales.—Gotosillo sigue nuestro hombre; pero aún nos está embromando y nos embromará por mucho tiempo.

—¿Y la Constitución, subsiste?

—También está gotosa, ó mejor dicho, acatarrada. Me parece que de esta fecha enterramos á la señora.

—¿Y hay Córtes?

—Córtes y recortes. Pero me parece que pronto no quedarán más que los de los sastres.

—Y qué, ¿hay revolución en España?

—Nada: estamos en una balsa de aceite.

—¿Qué ministerio tenemos?

—El de los *Siete niños de Écija*. ¿Pues qué, vamos á estar mudando de niños todos los días?

—¿Y ha vuelto la Milicia á sacudir el polvo á la Guardia Real?

—Ahora nos ocupamos todos en cazar frailes y guerrilleros, siempre que ellos no nos cacen á nosotros.

—¿Y Riego?

—Ha ido á Andalucía.

—¿Hay agitación allá?

—Lo que hay es mucha sangre vertida en todas partes.

—Revolución completa. ¿Dónde hay partidas?

—Pregunte usted que dónde hay españoles.

—Toda Cataluña parece estar en armas contra el Gobierno.

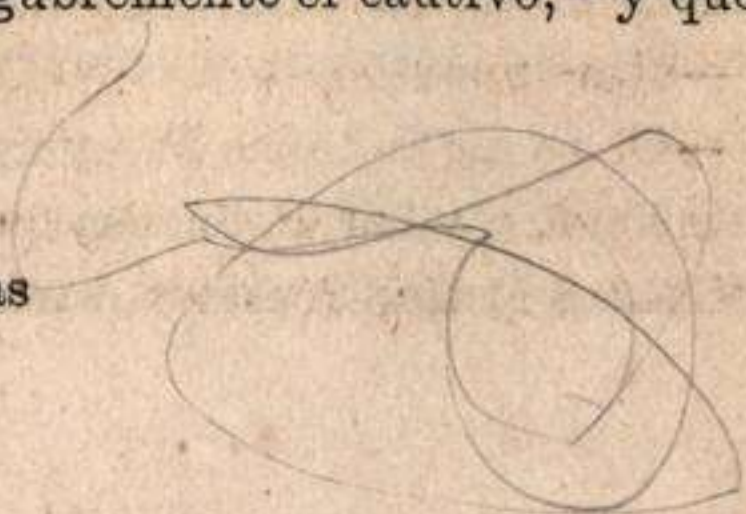
—Y casi todo Aragón y Navarra y Vizcaya y Burgos y León y mucha parte de Guadalajara, Cuenca, Ávila, Toledo, Cáceres. Hay facciones hasta en Andalucía, que es como decir que hasta las ranas han criado pelo.

—¡Qué horrible sueño el mío!—dijo lúgubrementemente el cautivo,—y qué triste despertar!

—Esto es un volcán amigo mío.

—¿Pero qué quieren?

—Confites. Piden Inquisición y cadenas



—¿Y quién los dirige?

—El Rey y en su real nombre la Regencia de Urgel.

—Una Regencia...

—Que tiene su Gobierno regular, sus embajadores en las Cortes de Europa y ha contratado hace poco un gran empréstito. Si no hay país ninguno como éste. Espanta el ver cómo falta dinero para todo menos para conspirar.

—¿Y qué hace el Gobierno?

—¿Qué ha de hacer? Boberías. Trasladar los curas de una parroquia á otra, declarar vacantes las sillas de los obispos que están en la facción, fomentar las sociedades patrióticas, suprimir los conventos que están en despoblado y otras grandes medidas salvadoras.

—¿No ha cerrado el Gobierno las sociedades patrióticas?

—Ha abierto la *Landaburiana*, para que los liberales tengan una buena plazuela donde insultarse.

—¿Siguen los discursos?

—Sí; pero abundan más los cachetes.

—¿Y qué generales mandan los ejércitos de operaciones?

—Aquí Mina, en Castilla la Nueva O'daly, Quiroga en Galicia, en Aragón Torrijos.

—¿Y vencen?

—Cuando pueden.

—Es una delicia lo que encuentro á mi vuelta del otro mundo.

—Si casi era mejor que se hubiese usted quedado por allá. Así al menos no sufriría la vergüenza de la intervención extranjera.

—¿Intervención?

—¡Y se asusta! ¿Pues hay nada más natural? Según parece, allá por el mundo civilizado corre el rumor de que esto que aquí pasa es un escándalo.

—Sí que lo es.

—Los Reyes temen que á sus Naciones respectivas les entre este maleficio de las Constituciones, de las sociedades Landaburianas, de las partidas de la Fe, de los frailes con pistolas, y nos van á quitar todos estos motivos de distracción. Lejos del mundo ha estado usted, y muy dentro de tierra cuando no han llegado á sus oídos las célebres notas.

—¿Qué notas?

—El re mi fa de las Potencias. Las notas han sido tres, todas muy desafinadas, y las Potencias que las han dado, tres también como las del alma: Rusia, Prusia y Austria.



—¿Y qué pedían?

—No puedo decírselo á usted claramente, porque los embajadores no me las han leído; pero sí sé que la contestación del Gobierno español ha sido retumbante y guerrera como un redoble de tambor.

—Es decir que desafía á Europa.

—Sí señor, la desafiamos. Ahora se recuerda mucho la guerra de la Independencia; pero yo digo como Cervantes, que *nunca segundas partes fueron buenas*.

—De modo que tendremos otra vez extranjeros?

—Franceses. Ahí tiene usted en lo que ha venido á parar el ejército de observación. Entre el cordón sanitario y el de San Francisco nos van á dar que hacer... Digo... y los diputados el día en que aprobaron la contestación á las notas fueron aclamados por el pueblo. Yo estaba en Madrid esa noche, y como vivo frente al coronel San Miguel, las murgas no me dejaron dormir en toda la noche. Por todas partes no se oyen más que *mueras* á la Santa Alianza, á las potencias del Norte, á Francia y á la Regencia de Urgel. Ahora se dice también como entonces: "dejarles que se internen;," pero la tropa no está muy entusiasmada que digamos. Con todo, si entran los interventores no les recibiremos con las manos en los bolsillos.

—Tremendos días vienen—dijo el cautivo.—Si los absolutistas vencen, no podremos vivir aquí. Ó ellos ó nosotros. Hay que exterminarlos para que no nos exterminen.

—Diga usted que si hubiera muchos brigadieres Rotten, pronto se acababa esa casta maligna. Fusilamos realistas por docenas, sin distinción de sexo ni edad, ni formalidades de juicio... ¡Ay del que cae en nuestras manos! Nuestro brigadier dice que no hay otro remedio, ni entienden más razón que el arcabuzazo. Ayer hicimos catorce prisioneros en San Llorens. Hay de toda casta de gentes: mujeres, hombres, dos clérigos, un jesuita que usa gafas, un escribano de setenta años, una mujer pública, dos guerrilleros inválidos, en fin, un muestrario completo. El jefe les ha sentenciado ya; pero como esto no se puede decir así, se hace la comedia de enviarles á la cárcel de Solsona, y por el camino cuando viene la noche y se llega á un sitio conveniente... *pim, pam*, se les despacha en un santiamén, y á otra.

—Si no me engaño—dijo el cautivo,—aquellos paisanos que allí se ven, son los prisioneros de San Llorens.

En una loma cercana, á distancia de dos tiros de fusil, se veía un grupo de personas, custodiadas por la tropa.

—Cabalmente—dijo Seudoquis,—aquellos son. Dentro de una hora se pondrán en camino para la eternidad. ¡Y están tan tranquilos!... Como que no han probado aún las recetas del brigadier Rotten...

—Ojo por ojo y diente por diente—dijo el cautivo contemplando el grupo de prisioneros.—¡Ah, gran canalla! no se entierran hombres impunemente durante seis meses, no se baila encima de su sepultura para atormentarle, no se le insulta por la reja, no se le arroja saliva é inmundicia, sin sentir más tarde ó más temprano la mano justiciera que baja del cielo.

Después callaron todos. No se oía más que el rasgueo de la pluma con que uno de los oficiales escribía, teniendo el papel sobre una cartera, y ésta sobre sus rodillas. Cuando hubo concluido, el cautivo rogó que se le diese lo necesario para escribir una carta á su madre, anunciándole que vivía, pues, según dijo, en todo el tiempo de la ya concluida cautividad no había podido dar noticia de su existencia á los que le amaban.

—¿Vivirán como yo—dijo tristemente,—ó afligidos por mi desaparición habrán muerto?

—Dispéñeme usted—manifestó Seudoquis;—pero á medida que hablamos, me ha parecido reconocer en usted á una persona con quien hace algunos años tuve relaciones.

—Sí, Sr. Seudoquis—dijo el cautivo sonriendo.—El mismo soy. Conspiramos juntos el año 19 y á principios del año 20.

—Sr. Monsalud—exclamó el oficial abrazándole,—buen hallazgo hemos hecho sacándole á usted de aquella mazmorra. ¡Ya se ve! ¿Cómo podría conocerle, si está usted hecho un esqueleto?... Además en estos tiempos se olvida pronto. ¡He visto tanta gente desde aquellos felices días!... porque eran felices, sí. Aunque sea entre peligros, el conspirar es siempre muy agradable, sobre todo si se tiene fe.

—Entonces tenía yo mucha fe.

—¡Ah! Y yo también. Me hubiera dejado descuartizar por la libertad.

—¡Con qué afán trabajábamos!

—Sí; ¡con qué afán!

—¡Nos parecía que de nuestras manos iba á salir acabada y completa la más liberal y al mismo tiempo la más feliz Nación de la tierra!

—Sí, ¡qué ilusiones!... Si no estoy trascordado, también nos hallamos juntos en la logia de la calle de las Tres Cruces.

—Sí; allí estuve yo algún tiempo. En aquello nunca tuve mucha fe.

—Yo sí; pero la he perdido completamente. Vea usted en qué han venido á parar aquellas detestables misas masónicas.

—Nunca tuve ilusiones respecto á la Orden de la *Viuda*.

—Pues nosotros—dijo Seudoquis riendo,—tuvimos hasta hace poco en el regimiento nuestra caverna de Adorinam. Pero apenas funcionaba ya. ¡Cuánta ruina, amigo mío!... ¡Cómo se ha desmoronado aquel fantástico edificio que levantamos!... Yo he sido de los que con más gana, con más convicción y hasta con verdadera ferocidad han gritado: *¡Constitución ó muerte!* Hábleme usted con franqueza, Salvador, ¿tiene usted fe?

—Ninguna—repuso el cautivo;—pero tengo odio, y por el odio que siento contra mis carceleros, estoy dispuesto á todo, á morir matando facciosos, si el general Mina quiere hacerme un hueco entre sus soldados.

—Pues yo—manifestó Seudoquis con frialdad,—no tengo fe; tampoco tengo odio muy vivo, pero el deber militar suplirá en mí la falta de estas dos poderosas fuerzas guerreras. Pienso batirme con lealtad y llevar la bandera de la Constitución hasta donde se pueda.

—Eso no basta—dijo Monsalud, moviendo la cabeza. Para este conflicto nacional se necesita algo más... En fin, Dios dirá.

Y empezó á escribir á su madre.



## VII



ESPUÉS de dar noticia de su estupenda liberación, exponiendo con brevedad los padecimientos del largo cautiverio que había sufrido, escribió las frases más cariñosas y una patética declaración de arrepentimiento por su desnaturalizada conducta y la impía fuga que tan duramente había castigado Dios. Manifestando después su falta de recursos y que más que un viaje á Madrid le convenía su permanencia en el ejército de Cataluña, rogaba á su madre que vendiese cuanto había en la casa, y juntamente con Solita se trasladase á la Puebla de Arganzón, donde pasaría á verlas, pidiendo una licencia. Concluía indicando la dirección que debía darse á las cartas de respuesta, y pedía que ésta fuera inmediata para calmar la incertidumbre y afán de su alma.

Aquella misma tarde habló con el brigadier Rotten, el cual era un hombre muy rudo y fiero, bastante parecido en genio y modos á D. Carlos España. Aconsejóle éste que viera al general Mina, en cuyo ejército había varias partidas de contraguerrilleros organizadas disciplinariamente; añadió que él (el brigadier Rotten) se había propuesto hacer la guerra de exterminio, quemando, arrasando y fusilando, en la seguridad de que la supresión de la humanidad traería infaliblemente el fin del absolutismo, y concluyó diciendo que pasaba á la provincia de Tarragona con todas las fuerzas de su mando, excepción hecha del batallón de Murcia que le había sido reclamado por el general en jefe para reforzar el sitio de la Seo. Monsalud, sin vacilar en su elección, optó por seguir á los de Murcia que iban hacia la Seo.

Salió, pues, Murcia al día siguiente muy temprano en dirección á

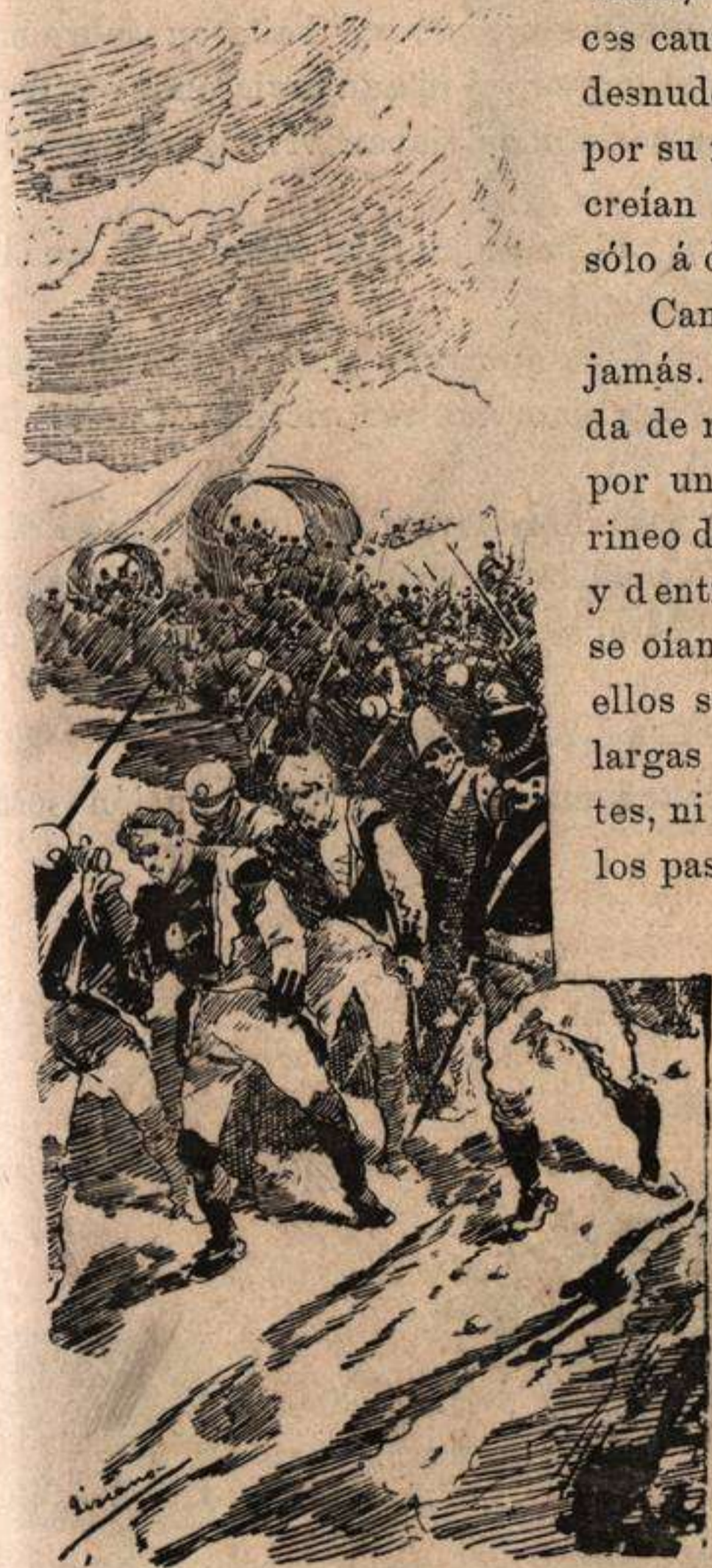
Castellar, llevando el triste encargo de conducir á catorce prisioneros de San Llorens de Morunys. Seudoquis no ocultó á Salvador su disgusto por comisión tan execrable; pero ni él ni sus compañeros podían desobedecer al bárbaro Rotten. Púsose en marcha el regimiento, que más bien parecía cortejo fúnebre, y en uno de sus últimos carros iba Mon-

salud, viendo delante de sí á los infelices cautivos atraillados, algunos medio desnudos, y todos abatidos y llorosos por su miserable destino, aunque no se creían condenados á muerte, sino tan sólo á denigrante esclavitud.

Camino más triste no se había visto jamás. Lleno de fango el suelo, cargada de neblina la atmósfera y enfriada por un remusguillo helado que del Pirineo descendía, todo era tristeza fuera y dentro del alma de los soldados. No se oían ni las canciones alegres con que ellos suelen hacer menos pesadas las largas marchas, ni los diálogos picarescos, ni más que el lúgubre compás de los pasos en el cieno y el crujir de los

lentos carros y los suspiros de los acongojados prisioneros. El día se acabó muy pronto á causa de la niebla que, al modo de envidia, lo empañaba; y al llegar á un ángulo del camino, en cierto sitio llamado *Los tres Roures* (los tres robles), el regimiento se detuvo. Tomaba aliento, porque lo que iba á hacer era grave.

Salvador sintió un súbito impulso en su alma cristiana. Eran los sentimientos de humanidad que se sobreponían al odio pasajero y al recuerdo de tantas penas. Cuando vió que la horrible sentencia iba á cumplirse, hundió la cabeza, sepultándola entre los sacos y mantas que llenaban el carro, y oró en silencio.



Los ayes lastimeros y los tiros que pusieron fin á los ayes le hicieron estremecer y sacudirse como si resonaran en la cavidad de su propio corazón. Cuando todo quedó en lúgubre silencio, alzando su angustiada cabeza, dijo así:

—¡Qué cobarde soy! El estado de mi cuerpo, que parece de vidrio, me hace debil y pusilánime como una mujer... No debo tenerles lástima, porque me sepultaron durante seis meses, porque bailaron sobre mi calabozo y me injuriaron y escupieron, porque ni aun tuvieron la caridad de darme muerte, sino por el contrario, me dejaban vivir para mortificarme más.

El regimiento siguió adelante, y al pasar junto al lugar de la carnicería, Salvador sintió renacer su congoja.

—Es preciso ser hombre —pensó.— La guerra es guerra, y exige estas crueldades. Es preciso ser verdugo para no ser víctima. Ó ellos ó nosotros.

Seudoquis se acercó entonces para informarse de su estado de salud. Estaba el buen capitán tan pálido como los muertos, y su mano ardiente y nerviosa temblaba como la del asesino que acaba de arrojar el arma para no ser descubierto.

—¿Qué dice usted, amigo mío?—le preguntó Salvador.

—Digo—repuso el militar tristemente,—que la Constitución será vencida.





D. Francisco Espoz y Mina.

## VIII

**H**ASTA el 25 de Enero no llegaron á Canyellas, donde Mina tenía su cuartel general frente á la Seo de Urgel. Habían pasado más de sesenta días desde que puso sitio á la plaza, y aunque la Regencia se había puesto en salvo llevándose el dinero y los papeles, los testarudos catalanes y aragoneses se sostenían fieramente en la población en los castillos y en la formidable ciudadela.

Mina, hombre de mucha impaciencia, tenía en aquellos días un humor de mil demonios. Sus soldados estaban medio desnudos, sin ningún

abrigo y con menos ardor guerrero que hambre. Á los cuarenta y seis cañones que guarnecían las fortalezas de la Seo, el héroe navarro no podía oponer ni una sola pieza de artillería. El país en que operaba era tan pobre y desolado, que no había medios de que sobre él, como es costumbre, vivieran las tropas. Por carecer éstas de todo, hasta carecían de fanatismo, y el grito de *Constitución ó muerte* hacía ya muy poco efecto. Era como los cumplimientos, que todo el mundo los dice y nadie cree en ellos. Un invierno frío y crudo completaba la situación, derramando nieves, escarchas, hielos y lluvia sobre los sitiadores, no menos desabrigados que aburridos.

Delante de la miserable casilla que le servía de alojamiento solía pasearse D. Francisco por las tardes con las manos en los bolsillos de su capote, y pisando fuerte para que entraran en calor las entumecidas piernas. Era hombre de cuarenta y dos años, recio y avellanado, de semblante rudo, en que se pintaba una gran energía, y todo su aspecto revelaba al guerrador castellano, más bien ágil que forzado. En sus ojos, sombreados por cejas muy espesas, brillaba la astuta mirada del guerrillero que sabe organizar las emboscadas y las dispersiones. Tenía cortas patillas, que empezaban á emblanquecer, y una piel bronca; las mandíbulas, así como la parte inferior de la cara, muy pronunciadas; la cabeza cabelluda y no como la de Napoleón, sino piriforme y amelonada á lo guerrillero. No carecía de cierta zandunga su especial modo de sonreír, y su hablar era como su estilo, conciso y claro, si bien no muy elegante; pero si no escribía como Julio César, solía guerrear como él.

No le educaron sus mayores sino los menores de su familia, y tuvo por maestro á su sobrino, un seminarista calaverón que empezó su carrera persiguiendo franceses y la acabó siendo fusilado en América. Se hizo general como otros muchos, y con mejores motivos que la mayor parte, educándose en la guerra de la Independencia, sirviendo bien y con lealtad, ganando cada grado con veinte batallas y defendiendo una idea política con perseverancia y buena fe. Su destreza militar era extraordinaria, y fué sin disputa el primero entre los caudillos de partidas, pues tenía la osadía de Merino, el brutal arrojo del Empecinado, la astucia de Albuín y la ligereza del Royo. Sus crueldades, de que tanto se ha hablado, no salían como las de Rotten, de las perversidades de un corazón duro, sino de los cálculos de su activo cerebro, y constituían un plan como cualquier otro plan de guerra. Supo hacerse amar de los suyos hasta el delirio, y también sojuzgar á los que se le rebelaron como el Malcarado.



Poseía el genio navarro en toda su grandeza, siendo guerrero en cuerpo y alma, no muy amante de la disciplina, caminante audaz, cazador de hombres, enemigo de la lisonja, valiente por amor á la gloria, terco y caprichudo en los combates. Ganó batallas que equivalían á romper una muralla con la cabeza, y fueron obras maestras de la terquedad que á veces sustituye al genio. En sus crueldades jamás cometió viles represalias, ni se ensañó, como otros, en criaturas débiles. Peleando contra Zumalacárregui, ambos caudillos cambiaron cartas muy tiernas á propósito de una niña de quince meses que el guipuzcoano tenía en poder del navarro. Fuera de la guerra, era hombre cortés y fino, desmintiendo así la humildad de su origen, al contrario de otros muchos, como D. Juan Martín por ejemplo, que, aun siendo general, nunca dejó de ser carbonero.

Salvador Monsalud había conocido á Mina en 1813, durante la conspiración, y después en Madrid. Su amistad no era íntima pero sí cordial y sincera. Oyó el general con mucho interés el relato de las desgracias del pobre cautivo de San Llorens, y á cada nueva crueldad que éste refería, soltaba el otro alguna enérgica inventiva contra los facciosos.

—Ya tendrá usted ocasión de vengarse, si persiste en su buen propósito de ingresar en mi ejército—le dijo, estrechándole la mano.—Yo tengo aquí varias partidas de contraguerrilleros, compuestas de gente del país y muchos compatriotas míos que me ayudan como pueden. Desde luego le doy á usted el mando de una compañía; vamos, ¿acepta usted?

—Acepto—repuso Salvador.—Nunca fué grande mi afición á la carrera militar; pero ahora me seduce la idea de hacer todo el daño posible á mis infames verdugos, no asesinandolos, sino vencéndolos... Este es el sentimiento de que han nacido todas las guerras. Además yo no tengo nada que hacer en Madrid. El duque del Parque no se acordará ya de mí y habrá puesto á otro en mi lugar. He rogado á mi madre que venda todo y se traslade á la Puebla con mi hermana. No quiero Córte por ahora. Las circunstancias, y una inclinación irresistible que hay dentro de mí desde que me sacaron de aquel horrible sepulcro, me impulsan á ser guerrillero.

—Eso no es más que vocación de general—dijo Mina riendo.

Después convidó á Monsalud á su frugal mesa, y estuvieron hablando largo rato de la campaña y del sitio emprendido, que según las predicciones del general, tocaba ya á su fin.

—Si para el día de la Candelaria no he entrado en esa cueva de la-

drones—dijo,—rompo mi bastón de mando... Daría todos mis grados por podérselo romper en las costillas á Mataflorida.

—Ó al arzobispo de Creux.

—Ese se pone siempre fuera de tiro. Ya marchó á Francia por miedo á la chamusquina que les espera. ¡Ah! Sr. Monsalud, si no es usted hombre de corazón, no venga con nosotros. Cuando entremos en la Seo, no pienso perdonar ni á las moscas. El Trapense, al tomar esta plaza, pasó á cuchillo la guarnición. Yo pienso hacer lo mismo.

—¿A qué cuerpo me destina mi general?

—A la contraguerrilla del *Cojo de Lumbier*. Es un puñado de valientes que vale todo el oro del mundo.

—¿En dónde está?

—Hacia Fornals, vigilando siempre la Ciudadela. Los contraguerrilleros del *Cojo* han jurado morir todos ó entrar en la Ciudadela antes de la Candelaria. Me inspiran tal confianza que les he dicho: "no teneis que poner os delante de mí sino para decirme que la Ciudadela es nuestra."

—Entrarán, entraremos de seguro—dijo Monsalud con entusiasmo.

—Y ya les he leído muy bien la cartilla—añadió Mina.—Ya les he cantado muy claro que no tienen que hacerme prisioneros. No doy cuartel á nadie, absolutamente á nadie. Esa turba de sacristanes y salteadores no merece ninguna consideración militar.

—Es decir...

—Que me hareis el favor de pasarme á cuchillo á toda esa gavilla de tunantes... Amigo mío, la experiencia me ha demostrado que esta guerra no se sofoca sino con la ley del exterminio llevada á su último extremo.

Salvador, oyendo esto, se extremeeió, y por largo rato no pudo apartar de su pensamiento la lúgubre fase que tomaba la guerra desde que él imaginó poner su mano en ella.

Mina encargó al novel guerrillero que se restableciese reposadamente dándose la mejor vida posible en el campamento, pues tiempo había de sobra para entrar en lucha, si continuaba la guerra como era creible en vista del estado del país y de los amagos de intervención. Otros amigos, además del general, encontró Salvador en Canyellas y pueblos inmediatos; relaciones hechas la mayor parte en la conspiración y fomentadas después en las logias y en los cafés patrióticos.



## IX

LA Seo de Urgel está situada en la confluencia de dos ríos que allí son torrentes: el Segre, originario de Puigcerdá, y el Balira, un bullicioso y atronador joven enviado á España por la república de Andorra. Enormes montañas la cercan por todas partes y tres gargantas estrechas le dan entrada por caminos que entonces sólo eran á pro-

pósito para la segura planta del mulo. Sobre la misma villa se eleva la Ciudadela; más al Norte el CASTILLO; entre estas dos fortalezas el escarpado arrabal de Castel-Ciudad, y en dirección á Andorra la torre de Solsona. La imponente altura de estas posiciones hace muy difícil su expugnación, porque es preciso andar á gatas para llegar hasta ellas.

El 29 Mina dispuso que se atacara á Castel-Ciudad. El éxito fué desgraciado; pero el 1.º de Febrero, operando simultáneamente todas las tropas contra Castel-Ciudad, Solsona y el Castillo, se logró poner avanzadas en puntos cuya conquista hacía muy peligrosa la resistencia de los sitiados. Por último, el día 3 de Febrero, á las doce de la mañana, las contraguerrillas del *Cojo* y el regimiento de Murcia penetraban en la Ciudadela, defendida por seiscientos hombres al mando de Romagosa.

Aunque no se hallaba aún totalmente restablecido, Salvador Monsalud volvía tan rápidamente á su estado normal, que creyó de su deber darse de alta en los críticos días 1.º y 2 de Febrero. Además de que se sentía regularmente ágil y fuerte, le mortificaba la idea de que se le

supusiera más encariñado con la convalecencia que con las balas. Tomó, pues, el mando de su compañía de contraguerrilleros, á las órdenes del valiente *Cojo de Lumbier*, y fué de los primeros que tuvieron la gloria de penetrar en la Ciudadela. Sin saber cómo, sintióse dominado por la rabiosa exaltación guerrera que animaba á su gente. Vió los raudales de sangre y oyó los salvajes gritos, todo ello muy acorde con su excitado espíritu.

Cuando la turba vencedora cayó como una venganza celeste sobre los vencidos, sintió, sí, pasajero temblor; pero sobreponiéndose á sus sentimientos, recordó las instrucciones de Mina y supo transmitir las órdenes de degüello, con tanta firmeza como el médico que ordena la amputación. Vió pasar á cuchillo á más de doscientos hombres en la Ciudadela y no pestañeó; pero no pudo vencer una tristeza más honda que todas las tristezas imaginables, cuando Seudoquis, acercándose á él sobre charcos de sangre y entre los destrozados cuerpos palpitantes, le dijo con la misma expresión lúgubre de la tarde de los tres Roures:

—Me confirmo en mi idea, amigo Monsalud. La Constitución será vencida.

Al día siguiente bajó á la villa de la Seo, que le pareció un sepulcro del cual se acabara de sacar el cuerpo putrefacto. Su estrechez lóbrega y húmeda, así como su suciedad hacían pensar en los gusanos insaciables, y no se podía entrar en ella con ánimo sereno. Como oyera decir que en los claustros de la catedral, convertidos en hospital, había no pocas personas de Madrid, se dirigió allá creyendo encontrar algún amigo de los muchos y diversos que tenía. Grande era el número de heridos y enfermos; pero no vió ningún semblante conocido. En el palacio arzobispal estaban sólo los enfermos de más categoría. Dirigióse allá y apenas había dado algunos pasos en la primera sala, cuando se sintió llamado enérgicamente.

Miró y dos nombres sonaron.

—¡Salvador!

—¡Pipaón!

Los dos amigos de la niñez, los dos colegas de la conspiración del 19, los dos hermanos, aunque no bien avenidos de la logia de las Tres Cruces, se abrazaron con cariño. El buen Bragas, que poco antes viendo mal parada la causa constitucional, había corrido á la Seo á ponerse á las órdenes de la Regencia, cual hombre previsor, padecía de un persistente reuma que le impidió absolutamente huir á la aproxima-

ción de las tropas liberales. Confiaba el pobrecito en las infinitas trazas de su sutilísimo ingenio para conseguir que no se le causara daño, y como tuvo siempre por norte hacerse amigos, aunque fuera en el Infierno, muy mal habían de venir las cosas para que no saliese alguno entre los soldados de Mina. Á pesar de todo, estuvo con el alma en un hilo hasta que vió aparecer la figura por demás simpática de su antiguo camarada, y entonces no pudiendo contener la alegría, le llamó y después de estrecharle en sus brazos con la frenética alegría del condenado que logra salvarse, le dijo:

—¡Qué bonita campaña habeis hecho!... Habeis tomado la Seo como quien coje un nido de pájaros... Si he de ser franco contigo, me alegro... no se podía vivir aquí con esa canalla de Regencia... Yo vine por cuenta del Gobierno constitucional á vigilar... ya tú me entiendes; y me marchaba, cuando... ¡Qué desgraciado soy! Pero supongo que no me harán daño alguno, ¿eh?... ¿Tienes influencia con Mina?... Dile que podré ponerle en autos de algunas picardías que proyectan los Regentes. Te juro que diera no sé qué por ver colgado de la torre al arzobispo.

Monsalud después de tranquilizarle pidióle noticias de Madrid y de su familia.

Pipaón permaneció indeciso breve rato, y después añadió con su habitual ligereza de lenguaje:

—¿Pero dónde te has metido? ¿Te secuestraron los facciosos? Ya me lo suponía, y así lo dije á tu pobre madre cuando estuvo en mi casa á preguntarme por tí. La buena señora no tenía consuelo. Se comprende. ¡No saber de tí en tanto tiempo!...

—¿Vive mi madre?—preguntó Salvador.—¿Está buena?

—Hace algunos días que falto de Madrid y no te puedo responder—dijo Bragas mascullando las palabras,—pero si recibieses alguna mala noticia no debes sorprenderte. Tu ausencia durante tantos meses y la horrible incertidumbre en que ha vivido tu buena madre, no son ciertamente garantías de larga vida para ella.

—Pipaón, por Dios—dijo Monsalud con amargura,—tú me ocultas algo; tú, por caridad, no quieres decirme todo lo que sabes. ¿Vive mi madre?

—No puedo afirmar que sí ni que no.

—¿Cuándo la has visto?

—Hace cuatro meses.

—¿Y entonces estaba buena?

—Así, así...

—Y Sola, ¿estaba buena?

—Así, así. Las dos parecían tan apesadumbradas, que daba pena verlas.

—¿Seguían viviendo en el Prado?

—No, volvieron á la calle de Coloreros... Comprendo tu ansiedad. Si no hubiera huido con la Regencia una persona que se toma interés por tí, que te nombra con frecuencia, y que hace poco ha llegado de Madrid...

—¿Quién?

—Genara.

—¿Ha estado aquí?... No me dices nada que no me abrume, Pipaón.

—Marchó con el arzobispo y Mataflorida. ¡Qué guapa está! Y conspira que es un primor. Sólo ella se atrevería á meterse en Madrid, llevando mensajes de esta gente de la frontera, como hizo en la primavera pasada, y volver locos á los ministros y á la camarilla... Pero te has puesto pálido al oír su nombre... Ya, ya sé que os quereis bien. Ella misma ha dejado comprender ciertas cosas... ¡Cuánto ha padecido por arrancar de la facción á un hombre secuestrado en Benabarre! Ese hombre eres tú. Bien claro me lo ha dado á entender ella con sus suspiros siempre que te nombraba y tú con esa palidez teatral que tienes desde que hablamos de ella. Amiguito, bien, bravo; mozas de tal calidad bien valen seis meses de prisión. Á doce me condenaría yo por haber gustado esa miel hiblea.

Y prorrumpió en alegres risas, sin que el otro participase de su jovialidad. Reclinado en la cama del enfermo, con la cabeza apoyada en la mano, Monsalud parecía la imagen de la meditación. Después de larga pausa, volvió á anudar el hilo del interrumpido coloquio, diciendo:

—¿Con que ha estado aquí hace poco?

—Sí; ¿ves esta cinta encarnada que tengo en el brazo?... Ella me la puso para sujetarme la manga que me molestaba. Si quieres este recuerdo suyo te lo puedo ceder en cambio de la protección que me dispensas ahora.

Salvador miró la cinta, pero no hizo movimiento alguno para tomarla, ni dijo nada sobre aquel amoroso tema.

—Y dices que hizo esfuerzos por rescatarme?—preguntó.

—Sí... ¡pobre mujer! Se me figura que te amó grandemente; pero acá para entre los dos, no creo que la primera virtud de Genara sea la constancia... Si tanto empeño tenía por salvarte, ¿por qué no te salvó, siendo como era, amiga de Mataflorida, del arzobispo y del barón? Con tomar

una orden de la Regencia y dirigirse al interior del país dominado por los arcángeles de la fe... Pero no había quien la decidiera á dar este paso, y antes que meterse entre guerrilleros, me dijo una vez que prefería morir.

—Y ¿crees tú que ella podría darme noticias de mi familia?

—Se me figura que sí—dijo Pipaón poniendo semblante compungido.

—Yo le oí ciertas cosas... No será malo, querido amigo, que te dispongas á recibir alguna mala noticia.

—Dímela de una vez, y no me atormentes con tus medias palabras,—manifestó Salvador lleno de ansiedad.

—De este mundo miserable—añadió Bragas con una gravedad que no le sentaba bien,—¿qué puede esperarse más que penas?

—¡Ya lo sé! Jamás he esperado otra cosa.

—Pues bien... Yo supongo que tú eres un hombre valiente... ¿Para qué andar con rodeos y palabrillas?

—Es verdad.

—Si al fin había de suceder; si al fin habías de apurar este cáliz de amargura... ¡Ah, mi querido amigo, siento ser mensajero de esta tristísima nueva!

—¡Oh, Dios mío, lo comprendo todo!—exclamó Salvador ocultando su rostro entre las temblorosas manos.

—¡Tu madre ha muerto!—dijo Pipaón.

—¡Oh, bien me lo decía el corazón!—balbució el huérfano traspasado de dolor.—¡Madre querida! ¡yo te he matado!

Durante largo rato estuvo llorando amargamente.

*Creendo ahora conveniente el autor no trabajar más por cuenta propia, vuelve á utilizar el manuscrito de la señora en su segunda pieza, que concuerda cronológicamente con el punto en que se ha suspendido la anterior relación.*

*Los lectores perdonarán esta larga incrustación ripiosa, tan inferior á lo escrito por la hermosa mano y pensado por el agudo entendimiento de la señora. Pero como la seguridad del edificio de esta historia lo hacía necesario, el autor ha metido su tosco ladrillo entre el fino mármol de la gentil dama alavesa. El segundo fragmento lleva por título DE PARIS Á CÁDIZ, y á la letra dice así:*



## X

A fines de Diciembre del 22, tuve que huir precipitadamente de la Seo, que amenazaba el cabecilla Mina. No es facil salir con pena de la Seo. Aquel pueblo es horrible, y todo el que vive dentro de él se siente amortajado. Mataflorida salió antes que nadie, trémulo y lleno de zozobra. No podré olvidar nunca la figura del arzobispo, montado á mujerie-



gas en un mulo, apoyando una mano en el arzón delantero y otra en el de atrás, y con la canaleja sujeta con un pañuelo para que no se la arrancase el fuerte viento que soplabá. Es sensible que no pueda una dejar de reirse en circuntancias tristes y luctuosas, y que á veces las personas más dignas de veneración por su estado religioso, exciten la hilaridad. Conozco que es pecado y lo confieso; pero ello es que yo no podía tener la risa.

Nos reunimos todos en Tolosa de Francia. Yo resolví entonces no mezclarme más en asuntos de la Regencia. Jamás he visto un desconcierto semejante. Muchos españoles emigrados, viendo cercana la intervención (precipitada por las altaneras contestaciones de San Miguel), temblaban ante la idea de que se estableciese un absolutismo fanático y vengador, y suspiraban por una transacción, interpretando el pensamiento de Luis XVIII. Pero no había quien apease á Mataflorida de su borrica, ó sea de su idea de restablecer las cosas *en el propio ser y estado que tuvieron* desde el 10 de Mayo de 1814 hasta el 7 de Marzo de 1820. Balmaseda le apoyaba, y D. Jaime Creux (el gran ginete de quien antes he hablado) era partidario también del absolutismo puro y sin mancha alguna de Cámaras ni camarines; pero el barón de Eroles y Eguía se oponían furiosamente á esta salutífera idea de sus compañeros.

Mi amigo, el general de la coleta (ya separado de la pastelera de Bayona), quería destituir á la Regencia y prender á Mataflorida y al arzobispo. Mataflorida, fuerte con las instrucciones reservadísimas de Su Majestad, que yo y otros emisarios le habíamos traído, seguía en sus trece. La Junta de Cataluña, los apostólicos de Galicia, la Junta de Navarra, los obispos emigrados enviaban representaciones á Luis XVIII para que reconociese á la Regencia de Urgel, mientras la Regencia misma, echándosela de soberana, enviaba una especie de plenipotenciarios de figurón á los Soberanos de Europa.

Nada de esto hizo efecto, y la Côte de Francia, conforme con Eguía y el barón de Eroles, puso á la Regencia cara de hereje. Por desgracia, para la causa real Ugarte había sido quitado de la escena política, y todo el negocio, como puede suponerse, andaba en manos muy ineptas. Allí era de ver la rabia de Mataflorida, que alegaba en su favor las órdenes terminantes del Rey; pero nada de esto valía, porque los otros también mostraban cartas y mandatos reales. Fernando jugaba con todos los dados á la vez. ¿Su voluntad quién podía saberla?

Entre tanto todo se volvía recados misteriosos de Tolosa á Paris y á Madrid y á Verona. Eguía se carteaba con el duque de Montmorency,

Ministro de Estado en Francia, y Mataflorida con Chateaubriand. Cuando éste sustituyó á Montmorency en el Ministerio, nuestro marqués vió el cielo abierto, por ser el vizconde de los que con más ahinco habían sostenido en Verona la necesidad de volver del revés las instituciones españolas. Necesitando negociar con él y no queriendo apartarse de la frontera de España por temor á las intrigas de Eguía y del barón de Eroles, me rogó que le sirviese de mensajero, á lo que accedí gustosa, porque me agradaban, ¿á qué negarlo? aquellos graciosos manejos de la diplomacia menuda, y el continuo zarandeo y el trabar relaciones con personajes eminentes, Príncipes y hasta Soberanos reinantes. Yo, dicho sea sin perjuicio de la modestia, había mostrado regular destreza para tales tratos, así como para componer hábilmente una intriga; y el hábito de ocuparme en ello había despertado en mí lo que puede llamarse el amor al arte. Mi belleza, y cierta magia que, según dicen, tuve, contribuían no poco entonces al éxito de lo que yo nombraba plenipotencias de abanico.

Tomé, pues, mis credenciales y partí para Paris con mi doncella y dos criados excelentes que me proporcionó Mataflorida. Estaba en mis glorias. Felizmente yo hablaba el francés con bastante soltura, y tenía en tan alto grado la facultad de adaptación, que á medida que pasaba de Tolosa á Agen, de Agen á Poitiers, de Poitiers á Tours y á Paris, parecíame que me iba volviendo francesa en maneras, en traje, en figura y hasta en el modo de pensar.

Llegué á la gran ciudad ya muy adelantado Febrero. Tomé habitación en la calle del Bac, y después de destinar dos días á recorrer las tiendas del Palais Royal y á entablar algunas relaciones con modistas y joyeros, pedí una audiencia al señor Ministro de Negocios exteriores. El, que ya tenía noticia de mi llegada, envióme uno de sus secretarios, dignándose al mismo tiempo ofrecerme un billete para presenciar la apertura de las tareas legislativas en el Louvre.

Mucho me holgué de esto, y dispúseme á asistir á tan brillante ceremonia, en la cual debía leer su discurso el Rey Luis XVIII y presentarse de corte todos los grandes dignatarios de aquella fastuosa Monarquía. Confieso que jamás he visto ceremonia que más me impresionase. ¡Qué solemnidad, qué grandeza y lujo! El puesto en que me colocaron los ugieres no era el más cómodo; pero ví perfectamente todo, y la admiración y arrobamiento de mi espíritu no me permitían atender á las molestias.

La presencia del anciano Rey me causó la sensación más viva. Acla-

máronle ruidosamente cuando apareció en el gran salón, y en realidad inspiraba afecto y entusiasmo. Bien puede decirse que pocos reyes han existido más simpáticos ni más dignos de ser amados. Luis XVIII tomó asiento en un trono sombreado con rico dosel de terciopelo carmesí. Los altos dignatarios se colocaron en pié en los escaños alfombrados. No se verá en parte alguna nada más grave ni más suntuoso ni más imponente.

Su Majestad Cristianísima empezó á leer. ¡Qué voz tan dulce, qué acento tan patético! Á cada párrafo era interrumpido por vivas exclamaciones. Yo lloraba y atendía con toda mi alma. Se me grabaron profundamente en la memoria aquellas célebres palabras: "He mandado "retirar mi embajador. Cien mil franceses, mandados por un Príncipe "de mi familia, por aquel á quien mi corazón se complace en llamar "hijo, están á punto de marchar invocando al Dios de San Luis para "conservar el trono de España á un descendiente de Enrique IV, para "librar á aquel hermoso Reino de su ruina y reconciliarlo con Europa."

Ruidosos y entusiastas vítores manifestaron cuánto entusiasmaba á todos los franceses allí presentes la intervención. Yo, aunque española, comprendía la justicia y necesidad de esta medida. Así es que dije para mí, pensando en mis paisanos:

—Ahora vereis, brutos, cómo os harán andar derechos.

Pero el bondadoso Luis XVIII, siguió diciendo cosas altamente patrióticas sólo bajo el punto de vista francés, y ya aquello no me gustaba tanto; porque, en fin, empecé á comprender que nos trataban como á un hato de carneros. Yo he sido siempre de una volubilidad extraordinaria en mis ideas, las cuales varían al compás de los sentimientos que agitan hondamente mi alma. Así es que de pronto y sin saber cómo se enfrió un poco mi entusiasmo; y cuando Luis dijo con altanero acento y entre atronadores aplausos aquello de "*Somos franceses, señores,*" sentí oprimido mi corazón; sentí que corría por mis venas rápido fuego, y pensando en la intervención, dije para mí:

—No hay que echar mucha facha todavía, amiguitos. *Somos españoles, señores.*

Pero no puedo negar que la pompa de aquella Córte, la seriedad y grandeza de aquella Asamblea, acorde con su Rey, y existente con él sin estorbarse el uno á la otra, hicieron mucha impresión en mi espíritu. Me acordaba de las discordias infecundas de mi país, y entonces sentía mucha pena.

—Allá—pensé,—tenemos demasiadas Córtes para el Rey, y demasiado Rey para las Córtes.

El día siguiente, 1.º de Marzo, era el señalado por Chateaubriand para recibirme. Yo tenía vivísimos deseos de verle, por dos motivos: por mi comisión, y porque había leído la *Atala* poco antes, hallando en su lectura el más profundo deleite. No sé por qué me figuraba al vizconde como una especie de *triste Chactas*, de tal modo que no podía pensar en él sin traer á la memoria la célebre canción.

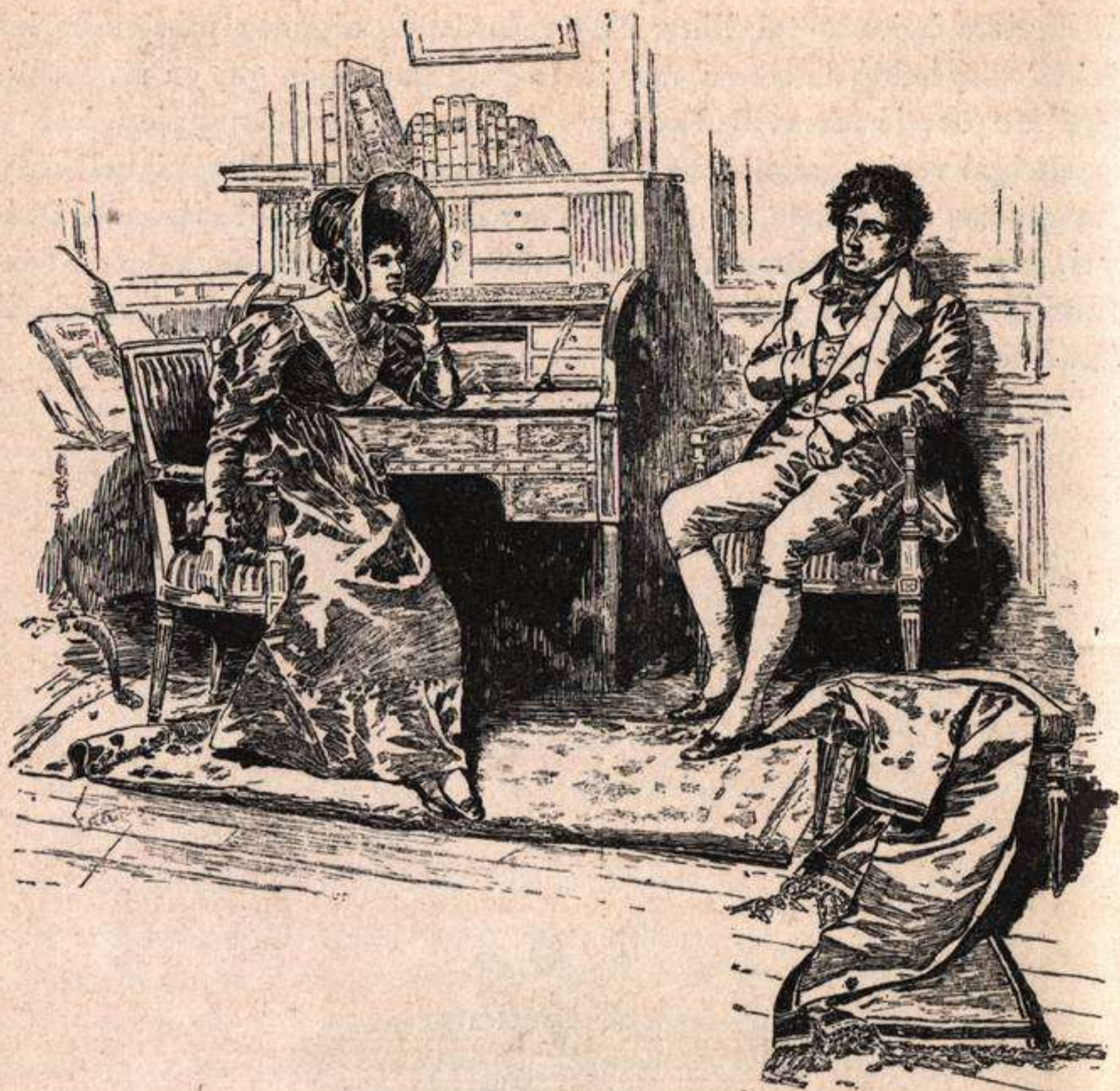
Pero todo cambió cuando entré en el Ministerio y en el despacho del célebre escritor que llenaba el mundo con su nombre y había divulgado la manía de los bosques de América, el sentimentalismo católico y las tristezas quejumbrosas á lo René. Vestía de gran uniforme. Su semblante pálido y hermoso no tenía más defecto que el estudiado desorden de los cabellos, que asemejaban mucho su cabeza á una de esas testas de aldeano en cuya selvática espesura jamás ha entrado el peine. En sus ojos había un mirar tan vivo y penetrante, que me obligaba á bajar los míos. Estaba bastante decaído, aunque su edad no pasara entonces de los cincuenta y dos años. Su exquisita urbanidad era algo finchada y fría. Sonreía ligeramente y pocas veces, contrayendo los casi imperceptibles pliegues de su boca de mármol; pero fruncía con frecuencia el ceño, como una maña adquirida por la costumbre de creer que cuanto veía era inferior á la majestad de su persona.

Parecióme que la presencia de la diplomática española le había causado sorpresa. Sin duda creía ver en mí una *maja* de esas que, conforme él dice en uno de sus libros, se alimentan con una bellota, una aceituna ó un higo. Debió admirarle mi intachable vestido francés, y la falta de aquella gravedad española, que consiste, según ellos, en hablar campanudamente y con altanería. En sus miradas creí sorprender una observación algo impropia de hombre tan fino. Parecióme que miraba si había yo llevado el rosario para rezar en su presencia, ó alguna guitarra para tocar y cantar mientras durase el largo plazo de la antesala. En sus primeras palabras advertí marcado deseo de llevarme al terreno literario, porque empezó hablando de lo mucho que admiraba á mi país y del Romancero del Cid, asunto que no vino muy de molde.

Yo, viéndole en tan buen terreno, y considerando cuanto debía agradecerle la lisonja, me afirmé en el terreno literario y le hablé de su universal fama, así como del gran eco de Chateaubriand por todo el orbe. Él me contestó con frases de modestia tan ingeniosas y bien perfiladas, que la misma modestia no las hubiera conocido por suyas. Preguntóme si había leído el *Genio del Cristianismo* y le contesté al punto que sí y que me entusiasmaba, aunque la verdad es que hasta entonces no había

ni siquiera hojeado tal libro; mas recordando algunos pasajes de los *Mártires*, le hablé de esta obra y de la gran impresión que en mí produjera. Él pareció maravillado de que una dama española supiera leer, y me dirigió varias galanterías del más delicado gusto. Por mi belleza y mis gracias materiales, yo no debía ser de palo para el vizconde. Después supe que con cincuenta y dos años á la espalda aún se creía bastante joven para el galanteo, y amaba á cierta artista inglesa con el furor de un colegial.





## XI

**E**NTRANDO de lleno en nuestro asunto, el *triste Chactas* me dijo: —Ya oiría usted ayer el discurso de Su Majestad. La guerra es inevitable. Yo la creo conveniente para las dos Naciones, y he tenido el honor de sostener esta opinión en el Congreso de Verona y en el Ministerio, contra muchos hombres eminentes que la juzgaban peligrosa. En cuanto á la cuestión principal, que es la clase de Gobierno que debe darse á España, no creo en la posibilidad de sostener el absolutismo puro. Esto es un absurdo, aun en España, y las luces del siglo lo rechazan.

Yo le hice una pintura todo lo fiel que me fué posible del estado de nuestras costumbres y de las clases sociales en nuestro país, así como

de los personajes eminentes que en él había, haciendo notar de paso, conforme á mi propósito, que un solo hombre grande existía en toda la redondez de las Españas. Este hombre era el marqués de Mataflorida.

—Reconozco las altas dotes del señor marqués—me dijo Chateaubriand con finísima sonrisa.—Pero la conducta de la Regencia de Urgel ha sido poco prudente. Su manifiesto del 15 de Agosto y sus propósitos de conservar el absolutismo puro no puede hallar eco en la Europa civilizada.

Yo dije entonces, usando las frases más delicadas, que no era fácil juzgar de los sucesos de Urgel por lo que afirmarían hombres tan corrompidos como Eguía y el barón de Eroles, á los cuales, con buenas palabras, puse de oro y azul. Concluí mi perorata afirmando que la voluntad de Fernando era favorable á los planes de Mataflorida.

—Para nosotros—dijo,—no hay otra expresión de la voluntad del Rey de España, que la contenida en la carta que Su Majestad Católica dirigió á nuestro Soberano.

El pícaro me iba batiendo en todos mis atrincheramientos y me desconcertó completamente cuando me dijo:

—El Gobierno francés ha acordado nombrar una Junta provisional en la frontera, hasta que las tropas francesas entren en España.

—¿Y la Regencia?

—La Regencia dejará de existir, mejor dicho, ha dejado de existir ya.

—Pero Fernando no les ha retirado sus poderes, antes bien, se los confirma secretamente un día y otro.

Al oír esto el insigne escritor y diplomático no contestó nada. Conoció que se veía en la alternativa de desmentir mi aserto ó de hablar mal de Fernando, y que como hombre de intachable cortesía no quería hacer lo primero, ni como ministro de un Borbón lo segundo. Viéndole suspenso insistí, y entonces me dijo:

—Indudablemente aquí hay algo que ahora no se puede comprender, pero que andando el tiempo se ha de ver con claridad.

Después, deseando mostrarme el más filantrópico interés por la ventura de nuestro país, afirmó que él había trabajado mucho porque se declarara la guerra, sosteniendo para esto penosas luchas con Mr. de Villèle y sus demás colegas; que la resistencia de Inglaterra y de Wellington habían exigido de su parte grandes esfuerzos y constancia, y por último, que aún necesitaría de no poca energía para vencer la oposición á la guerra que las Cámaras mostrarían desde el primer día de sus sesiones.

—Muchos—añadió *Chactas*,—me consideran loco. Otros me tienen lástima. Algunos, y entre ellos los envidiosos, preguntan si podré yo conseguir lo que no fué dado á Napoleón. Pero yo fío al tiempo la consagración de este gran hecho, tan necesario á la seguridad del orden y la justicia en los pueblos de Occidente.

Habló también de las sociedades secretas y de los carbonarios, á quienes parecía tener muchísimo miedo; y yo empecé á comprender que el objeto de la intervención no era poner paz entre nosotros, ni hacernos felices, ni aun siquiera consolidar el vacilante trono de un Borbón, sino aterrar á los revolucionarios franceses é italianos que bullían sin cesar en los tenebrosos fondos de la sociedad francesa, jamás reposada ni tranquila.

Prometió contestar á Mataflorida, mas sin mostrarse muy entusiasta por las altas prendas de mi amigo, ni indicar nada que trascendiese á propósitos de acceder á su petición. Bajo sus frases corteses yo creía descubrir cierto menosprecio de los individuos de la Regencia, y aun de todos los que mangoneaban en la conspiración. De un solo español me habló con acento que indicaba respeto y casi admiración, de Martínez de la Rosa. Atribuí esto á mera simpatía del poeta.

Despedíme de él, deplorando el mal éxito de mi embajada, y aquí fué donde se deshizo en cumplidos, buscando y hallando en su fina habilidad cortesana ocasión para deslizar dos ó tres galanterías con discretos elogios de mi hermosura y del país *donde florece el naranjo*. Me había tomado por andaluza, y yo le dejé en esta creencia.

Á los dos días fué á pagarme la visita á mi alojamiento de la calle del Bac, y en su breve entrevista me pareció que huía de mencionar los oscuros asuntos de la siempre oscura España. En los días sucesivos visité á otras personas, entre ellas al ministro del Interior, Mr. de Corbiere, y á algunos señores del partido del conde de Artois, como el príncipe de Polignac y Mr. de la Bourdonnais. También tuve ocasión de tratar á dos ó tres viejas aristócratas del barrio de San Germán, ardientes partidarias de la guerra de España y no muy bien quistas con el Rey filósofo y tolerante que gobernaba á la Francia, convaleciente aún de la revolución y del Imperio. De mis conversaciones con toda aquella gente pude sacar en limpio el siguiente juicio, que creo seguro y verdadero.—Las personas influyentes de la Restauración deseaban para Francia una monarquía templada y constitucional, fundada en el orden, y para España el absolutismo puro. Con tal que en Francia hubiera tolerancia y filosofía, no les importaba que en España hubiera



frailes é Inquisición. Todo iría bien, siempre que en ninguna de las dos Naciones hubiese francmasones, carbonarios y demagogos.

Tenían de nuestro país una idea muy falsa. Cuando Chateaubriand, que era el genio de la Restauración, decía de España: *allí el matar es cosa natural, ya sea por amor, ya por odio*; puede juzgarse lo que pensarían todas aquellas personas que no habían sabido escribir el *Genio del Cristianismo*. Nos consideraban como un pueblo heróico y salvaje, dominado por pasiones violentas y por un fanatismo religioso semejante al del antiguo Egipto.

La princesa de la Tremouille se asombraba de que yo supiera escribir, y me presentó en su tertulia como un objeto curioso, aunque sin dar á conocer ningún sentimiento ni idea que me mortificasen. Yo creo que ni uno solo de sus amigos dejó de enamorarse de mí, ilusionados con la idea de mi sentimentalismo andaluz y de mi gravedad calderoniana, y de la mezcla que suponían en mí de maja y de gran señora, de Dulcinea y de gitana. El más rendido se suponía expuesto á morir asesinado por mí en un arrebato de celos, pues tal idea tenían de las españolas, que en cada una de ellas se habían de hallar comprendidas dos personas, á saber: la cantaora de Sevilla y doña Jimena, la torera que gasta navaja y la dama ideal de los romances moriscos. Yo me reía con esto y llevaba adelante la broma.

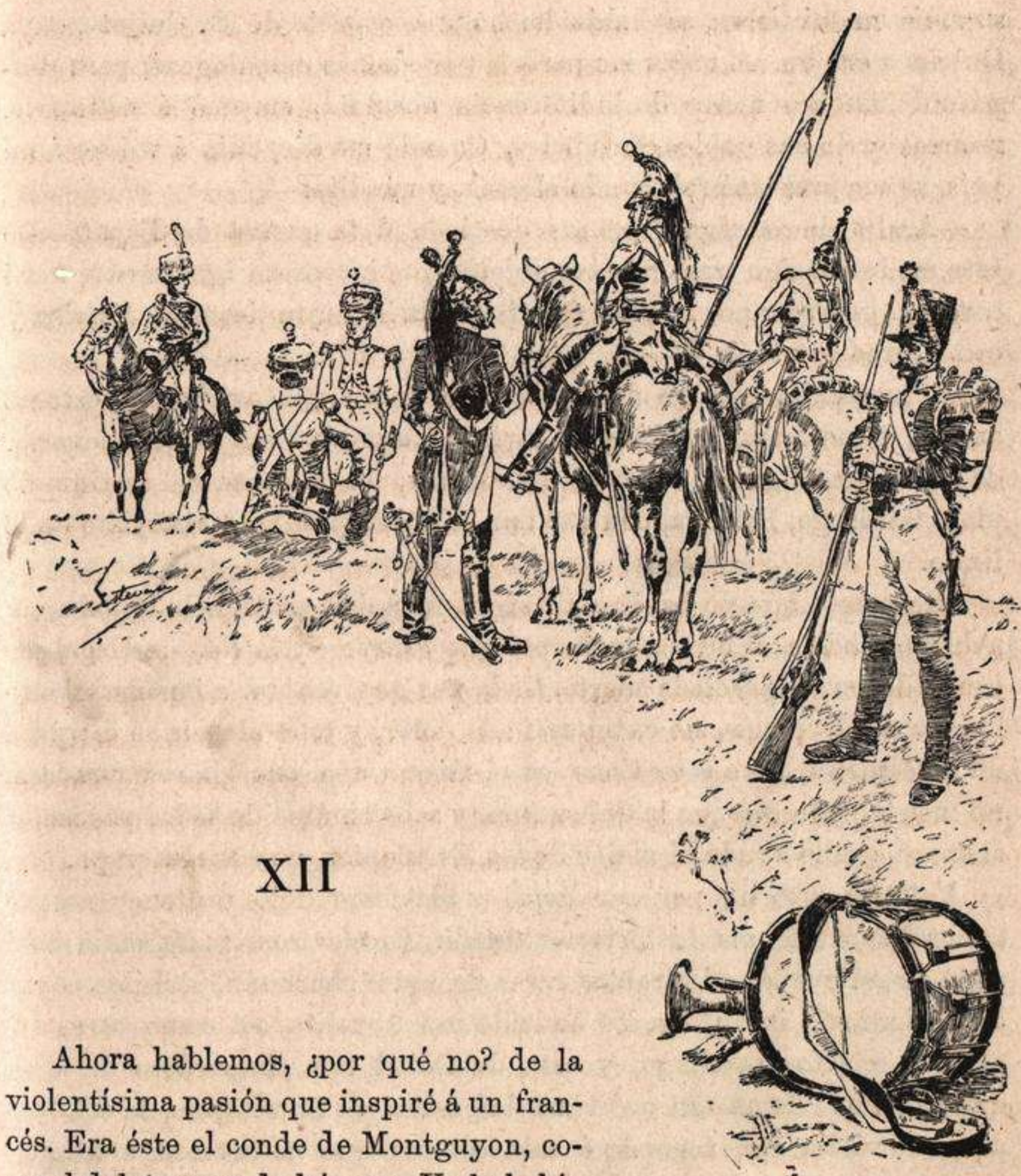
Volviendo al asunto de la guerra de España, diré que al salir de Paris no tenía duda alguna acerca del pensamiento de los franceses en esta cuestión. Ellos no hacían la guerra por nuestro bien ni por el de Fernando. Poco se les importaba que después de vencido el constitucionalismo, estableciésemos la Carta ó el despotismo neto. Allá nos entenderíamos después con los frailes y los guerrilleros victoriosos. Su objeto, su bello ideal era aterrar á los revolucionarios franceses, bastante entusiasmados con las demencias de nuestros bobos liberales, y además dar á la dinastía restaurada el prestigio militar que no tenía.

El principal enemigo de los Borbones en Francia era el recuerdo de Bonaparte y el dejo de aquel dulce licor de la gloria, con cuya embriaguez se habían enviciado los franceses. Una Monarquía que no daba batallas de Austerlitz, que no satisfacía de ningún modo el ardor guerrero de la Nación y que no tocaba el tambor en cualquier parte de Europa, no podía ser amada de aquel pueblo, en quien la vanidad iguala á la verdadera grandeza y que tiene tanta presunción como genio. Era preciso armarla, como decimos en nuestro país; era necesario que la Restauración tuviera su epopeya chica ó grande, aunque esta epopeya

fuese de mentirijillas; era indispensable vencer á alguien, para poder poner el grito en el cielo y regresar á Paris con la bambolla de las conquistas. Dios permitió que el *anima vili* de este experimento fuésemos nosotros, y que la desgraciada España, cuya fiereza libró á Europa de Bonaparte, fuese la víctima escogida para proporcionar á Francia el desahogullo marcial que debía poner en olvido á aquel mismo Bonaparte tan execrado.

Mi viaje á Paris modificó mucho mis ideas absolutistas en principio, si bien pensando en España no podía admitir ciertas cosas que en Francia me parecían bien. Toda la vida me he congratulado de haber visto y hablado á Mr. de Chateaubriand, el escritor más grande de su tiempo. Aunque su fama se eclipsó bastante después de la revolución del 30, lo cual indica que había en su genio mucho tomado á las circunstancias, no puede negarse que sus obras deleitan y enamoran principalmente por la galanura de su imaginación y la magia de su estilo; y aún deleitarían más, si en todas ellas no hablase tanto de sí mismo. Tengo muy presente su persona, por demás agradable, y su rostro simpático y lleno de aquella expresión sentimental que se puso de moda, haciendo que todos los hombres pareciesen enamorados y enfermos. Me parece que le estoy mirando, y ahora como entonces me dan ganas de llevar un peine en el bolsillo y sacarlo y dárselo diciendo: "Caballero, hágame usted el favor de peinarse."





## XII

Ahora hablemos, ¿por qué no? de la violentísima pasión que inspiré á un francés. Era éste el conde de Montguyon, coronel del tercero de húsares. Yo le había conocido en Tolosa, habiendo tenido la desgracia de que mi persona hiciera profunda impresión en él, trastornando las tres potencias de su alma. Era soltero, de treinta y ocho años, bien parecido y atento y finísimo como todos los franceses. Persiguióme hasta Paris, donde me asediaba como esos conquistadores jóvenes é impacientes que han oido la célebre frase de César y quieren imitarla. Al principio me mortificaban mucho sus obsequios; le rechazaba hasta con menesprecio y altanería; pero al fin, sin corresponder á su amor de ninguna manera, admití la parte superficial de sus galanterías. Esto le dió esperanza; pero siempre me trataba con el mayor respeto. Deseando, sin duda, identificarse con las ideas que

suponía en mi tierra, se había hecho una especie de D. Quijote, cuya Dulcinea era yo. Á veces me parecía por demás empalagoso; pero después de muchos meses de indiferencia absoluta, empecé á estimarle, reconociendo sus nobles cualidades. Cuando me disponía á volver á mi país, se me presentó rebotando alegría, y me dijo:

—Acabo de conseguir que me destinen á la guerra de España. De este modo consigo tres grandes objetos que interesan igualmente á mi corazón: guerrear por la Francia, visitar la hermosa tierra de España y estar cerca de usted.

Él pretendía que me detuviese para partir juntos; pero á esto no accedí, y me marché dejándole atrás, aunque deseosa ¿á qué negarlo? de que no me siguiese á mucha distancia, pues á causa del fastidio de viaje tan largo, Francia, con ser tan bella, empezaba á aburrirme de lo lindo.

¿Se creerá que yo había olvidado á mi pobre cautivo de Benabarre? ¡Ah! no, y hasta el último momento que estuve en la Seo de Urgel me ocupé de su desgraciada suerte. Cada vez que venía á mi pensamiento la idea de sus penas, me estremecía de dolor, y toda alegría se disipaba en mi espíritu. Pero éste tiene en sí mismo una energía restauradora, no menos poderosa que la del cuerpo, y sabe curarse de todos sus males siempre que le ayude el mejor de los Esculapios, que es el tiempo.

Voltaire, que no por ser impío y blasfemo dejó de tener mucho talento, escribió una historieta titulada *Los dos consolados*, en la cual pone de relieve las admirables curas de aquel charlatán, el único cuyos específicos son infalibles. Yo he leído esa novelita, así como otras del célebre escritor sacrilego; y esta debilidad mía, imperdonable si se quiere en una dama tan acérrima defensora de la religión, la confieso aquí contritamente, rogando á mis lectores que no revelen á ningún cura de mi país tan feo secreto, ocultándolo principalmente al señor canónigo de Tortosa, mi director espiritual, el cual se enfurecerá si le hablan de las novelas de Voltaire, aunque á mí me consta que él también las ha leído.

Pues bien: el tiempo fué cicatrizando mis heridas sin curarlas. Yo también podía erigir una estatua con la inscripción *Á celui qui console*, pues la ausencia indefinida y los días que pasaban rápidamente habían calmado aquel insaciable afán de mi alma. En mí reinaba la tranquilidad, pero no el taciturno y seco olvido; y una aparición repentina del sér amado podía muy bien en brevísimo instante destruir los efectos del tiempo renovando mi mal y aun agravándolo.

Desde París á la frontera no cesaba el movimiento de tropas. Por todas partes convoyes, cuerpos de ejército y oficiales que iban á incorporarse á sus regimientos. Francia podía creerse aún en los días del gran soldado. Hasta Burdeos no tuve noticias ciertas de mi querida Regencia y de mi ilustre mandatario el marqués de Mataflorida. ¡Ay! La suerte de este insigne hombre de Estado no podía ser más miserable. Eguía había triunfado, á pesar de las furiosas protestas del Regente de Urgel; y para colmo de desdicha, como aún quisiera éste llevar adelante sus locas pretensiones, el duque de Angulema le mandó prender juntamente con el arzobispo, confinándoles á Tours. Así acabaron las glorias de aquellos dos ambiciosos. Yo llegué á tiempo para verles, y cuando manifesté al marqués las poco lisonjeras disposiciones del *triste Chactas*, el atroz Regente, desairado, llamó á Chateaubriand intrigante, enredador, mal poeta y *franchute*. Esta fué la venganza del coloso.

Bayona era un campamento cuando yo llegué. El número de españoles casi superaba al de franceses, y en todos reinaba grande alegría. Reanudé entonces mis buenas relaciones con el barón de Eroles; haciéndole ver que mi viaje á París había tenido por causa asuntos particulares, y entre risas y bromas me reconcilié con Eguía, el cual, por razón de la misma alegría y embobamiento del triunfo, estaba muy dispuesto á perdonar. En cuanto á las negociaciones, yo no tenía humor de seguir ocupándome de ellas, y deseaba retirarme á descansar sobre mis laureles diplomáticos, no sólo porque mi entusiasmo absolutista se había enfriado mucho, sino porque desde algún tiempo las conspiraciones y los manejos políticos me causaban hastío. Ya he dicho que siempre fuí muy inclinada á la mudanza en mis ocupaciones. Mi espíritu se aviene poco con la monotonía, y si hubo un día en que me sedujeron las embajadas, otro llegó en que me repugnaron. ¡Mágico efecto del tiempo cuya misión es renovar, creando las estaciones con los admirables círculos del universo! También el alma humana ve en sí la alterada sucesión de las primaveras é inviernos en sus dilataciones y recogimientos.

Yo deseaba entrar en España, y tenía propósito de reanudar las diligencias para averiguar el paradero de mi cautivo de Benabarre. En Bayona una familia francesa legitimista, con quien yo tenía antigua amistad, me convidó á pasar unos días en su casa de campo inmediata á Behovia, y unos parientes míos invitáronme á que les acompañase en Irún un par de semanas. Á ambos ofrecimientos accedí, empezando por el de Bohevia, aunque la frontera no me parecía el punto más á propó-

sito para residir en los momentos en que principiaba la guerra. Pero la gente de aquel país estaba segura de que Angulema atravesaría fácilmente el Pirineo, por ser muy adicto al absolutismo todo el país vasconavarro.

Todavía no había pasado Su Alteza la raya, cuando se rompió el fuego junto al mismo puente internacional. Los carbonarios extranjeros que andaban por España, unidos á otros perdidos de nuestro país, habían formado una legión con objeto de hacer frente á las tropas francesas. Constaba aquella de doscientos hombres, tristes desechos de la ley demagógica de Italia, de Francia y de España; y para seducir á los cien mil hijos de San Luis, se habían vestido á la usanza imperial, y ondeando la bandera tricolor, gritaban en la orilla española del Bidasoa: "Viva Napoleón II."

Su objeto era fascinar á los artilleros franceses con este mágico grito; mas tuvieron la desdicha de que tales aclamaciones fueran contestadas á cañonazos, y con sus banderas y sus enormes morriones huyeron á San Sebastián. Pasma la inocente credulidad de los carbonarios extranjeros y de los masones españoles. Oí decir en Behovia que los liberales franceses Lafayette, Manuel, Benjamín, Constant y otros fiaban mucho en los doscientos legionarios mandados por el republicano emigrado coronel Fabvier. ¡Qué desvaríos engendra el furor de partido! Corría esto parejas con la necia confianza del Gobierno español, que aun después de declarada la guerra no había tomado disposiciones de ninguna clase, hallándose sus tropas sin más recursos ni elementos que el parlerío de los milicianos y el gárrulo charlatanismo de los clubs.





## XIII

Hacia los primeros días de Abril ví pasar á los generales de división Bourdessoulle, duque de Reggio y Molitor, que entraron en España por Behovia. Después pasó Su Alteza el sobrino de Luis XVIII con todo

su estado mayor, en el cual iba Carlos Alberto, Príncipe de Carignan. No se puede imaginar cortejo más lucido. Yo no había visto nada tan magnífico y deslumbrador, como no fuera la comitiva de José Bonaparte antes de darse la batalla de Vitoria el año 13, feliz para la causa española; pero de muy malos recuerdos para mí, porque en él perdí la batalla de mi juventud, casándome como me casé.

También ví pasar á mi amigo Eguía, remozado por la emoción y tan vanaglorioso del papel que iba á representar que no se le podía resistir, como no fuera tomando á broma sus bravatas. Iban con él D. Juan Bautista Erro y Gomez Calderón, aquel á quien el mordaz Gallardo llamaba *Caldo pútrido*. El barón de Eroles, que con los anteriores tipos debía formar la Junta al amparo del Gobierno francés, entró por Cataluña con el mariscal Moncey.

No recibieron á los franceses las bayonetas ni la artillería del Gobierno constitucional, sino una nube de guerrilleros, que les abrieron sus fraternales brazos, ofreciéndose á ayudarles en todo y á marchar á la vanguardia, abriéndoles el camino. Este apoyo era de grandísimo beneficio para la causa, porque los partidarios realistas ascendían á 35.000 ¡Ay de los franceses si hubieran tenido en contra aquella gente! Pero les tenían á su favor, y esto sólo ¡qué fenómeno! ponía á Angulema por encima de Napoleón. El absolutismo español no podía hacer al hijo de San Luis mejor presente que aquellos 35.000 salvajes, entre los cuales (¡cuánto han variado mis ideas, Dios mío!) tengo el sentimiento de decir que estaba mi marido. ¡Y yo le había admirado, yo le había aceptado por esposo diez años antes sólo por ser guerrillero!... Cuando se hacen ciertas cosas, ya que no es posible que el porvenir se anticipe para avisar el desengaño, debiera caer un rayo y aniquilarnos.

El conde de España mandaba las partidas de Navarra, Quesada las de las Provincias Vascongadas y Eroles las de Cataluña. ¡Cómo fraternizaron las partidas con los franceses que habían sido origen de su nacimiento en 1808! Era todo lo que me quedaba por ver. Se abrazaban, dando vivas á San Luis, á San Fernando, á la Religión, á los Borbones, al Rey, á la Virgen María, á San Miguel arcángel y á los serenísimos Infantes. Yo no lo ví, porque no quise pasar la frontera. Me repugnaban mucho estas cosas, y los soldados de la Fe habían llegado poco á poco á serme muy antipáticos.

Largamente hablé de esto con el conde de Montguyon, que me perseguía tenazmente, permaneciendo en Behovia todo el tiempo que le fué posible. Él elogiaba á los guerrilleros, diciendo que, á pesar de sus defectos, eran tipos de heroísmo y de aquella independencia caballeresca que tanto había enaltecido el nombre español en otros tiempos. También le seducían por ser, como los frailes, gente muy pintoresca. Mi D. Quijote era una especie de artista, y gustaba de hacer monigotes en un libro, dibujando arcos viejos, mendigos, casuchas, una fila de chopos, carros, lanchas pescadoras y otras menudencias de que estaba muy envanecido.



Debía ser próximamente el 9 de Abril cuando me trasladé á Irún para vivir con la familia de Sodupe-Monasterio, gente muy hidalga, más católica que el Papa, realista hasta el martirio y de afabilísimo trato. Frecuentaban la casa (que era más bien palacio con hermosos prados y huerta) todos los españoles que el gran suceso de la intervención traía y llevaba de una Nación á otra, y muchos oficiales franceses, de cuyas visitas se holgaban mucho los Sodupe-Monasterio, porque oían hablar sin cesar de exterminio de liberales, del trono de San Fernando y de nuestra preciosísima fe católica.

Allí Montguyon no me dejaba á sol ni sombra, pintándome su amor con colores tan extremados, que me daba lástima verle y oírle. Su acendrado y respetuoso galanteo merecía, en efecto, alguna misericordia. Le permití besar mi mano, pero no pudo arrancarme la promesa de seguirle al interior de España. Cada vez sentía yo más deseos de quedarme en Irún y en aquella apacible vivienda, donde, sin que faltara sosiego, había bastantes elementos para combatir el fastidio. Con esta resolución, mi D. Quijote, que ya parecía querer dejar de serlo en la pureza de sus ensueños amorosos, estaba desesperado. Despidióse de mí muy enternecido, y besándome con ardor las manos, voluptuosidad inocente de que nunca se hartaba. ¡Cuán lejos estaba el llagado amante de que no pasarían dos horas sin que cambiara diametralmente mi determinación!



D. Carlos España.

Pasó del modo siguiente. Al saber que yo estaba en Irún fué á visitarme un individuo, que aún no podía llamarse personaje, y al cual conocí en Madrid el año anterior, y también el 19. Se llamaba D. Francisco Tadeo Calomarde, y era de la mejor pasta de servil que podía hallarse por aquellos tiempos. Hijo del Ministro de Gracia y Justicia, se había criado en los cartapacios y en el papel de pleitos: los legajos fueron su cuna y las reales cédulas sus juguetes. Su jurisprudencia, llena de pedantería, me inspiraba aversión. Tenía fama de muy adulator de los poderosos, y según se decía, compró el primer destino con su

mano, casándose con una muchacha muy fea, á quien dió malos tratos.

Los que le han juzgado tonto se equivocan, porque era listísimo, y su ingenio más bien socarrón que brillante, antes agudo que exclarecido; era maestro en el arte de tratar á las personas y de sacar partido de todo. Habíase hecho amigo de D. Víctor Saez, y aun del mismo Rey y del Infante D. Carlos, por sus bajas lisonjas y lo bien que les servía siempre que encontraba ocasión para ello.

Entonces tenía cincuenta años, y acababa de salir del encierro voluntario á que le redujo el régimen liberal. Había ido á la frontera para llevar no sé qué recados á los señores de la Junta. Me lo dijo, y como no me importaban ya gran cosa los dimes y diretes de los realistas, que no por estar tan cerca de la victoria dejaban de andar á la greña, fijéme poco en ello, y lo he olvidado. Calomarde no era mal parecido ni carecía de urbanidad, aunque muy hueca y afectada, como la del que la tiene más bien aprendida que ingénita. La humildad de su origen se traslucía bastante. Hablamos de los sucesos de Madrid que él había presenciado, y me informó de todo.

—Siento que usted no hubiera estado por allá—me dijo;—habría visto cómo se iba desbaratando el constitucionalismo, sólo con el anuncio de la intervención. Si no podía ser de otra manera... Ahora están que no les llega la camisa al cuerpo, y en ninguna parte se creen seguros. Después que ultrajaron á Su Majestad, le han arrastrado á Andalucía con el dogal al cuello, como el martir á quien se lleva al sacrificio.

—No tanto, Sr. D. Tadeo—le dije.—Su Majestad habrá ido como siempre, en carroza, y mucho será que los mozos de los pueblos no hayan tirado de ella.

—Eso se deja para la vuelta—indicó Calomarde riendo.—Ahora los francmasones han seducido á la plebe, y Su Majestad, por donde quiera que va, no oye más que denuestos. El 19 de Febrero, cuando se alborotaron los masones y comuneros porque éstos querían sustituir á aquéllos en el Ministerio, los chisperos borrachos y los asesinos del Rastro daban *mueras* al Rey y á la Reina. Un diputado muy conocido apareció en la Plaza Mayor mostrando una cuerda, con la cual proponía ahorcar á Su Majestad y arrastrarle después. La canalla penetró hasta la Cámara Real. ¡Escándalo de los escándalos! Parecía que estábamos en Francia y en los sangrientos días de 1793. El mismo Rey me ha dicho que los Ministros entraban en la Cámara cantando el himno de Riego.

—¡Oh, no tanto, por Dios!—repetí,—ofendida de las exageraciones de mis amigos.—Poco mal y bien quejado.

—Me parece que usted con sus viajes á Francia y sus relaciones con los Ministros del liberal y filósofo Luis XVIII, se nos está volviendo francmasona—dijo D. Tadeo, entre bromas y veras.—¿Hay en la historia desacato comparable con el de obligar al Rey á partir para Andalucía?

—¡Oh, Dios nos tenga de su mano!... ¡qué desacato! ¡qué ignominia!... —exclamé, remedando sus aspavientos.—Es preciso considerar que un Gobierno, cualquiera que sea, está en el caso de defenderse si es atacado.

—Según mi modo de ver, un Gobierno de pillos no merece más que el decreto que ha de mandar á Ceuta á todos sus individuos. ¡Ah, señora mía, y cómo se ha entibiado el fervor de usted! Bien dicen que los aires de esa Francia loca son tan nocivos...

—Creo lo mismo que creía; pero mi absolutismo se ha civilizado, mientras el de ustedes continúa en estado salvaje. El mío se viste como la gente y el de ustedes sigue con tapa-rabo y plumas. Si el Gobierno de pillos ha resuelto refugiarse en Andalucía, llevándose á la Córte, ha sido para no estar bajo la amenaza de los batallones franceses.

—Ha sido—dijo Calomarde riendo brutalmente,—porque sabían que Madrid no tiene defensa posible; que los ejércitos de Ballesteros y de La Bisbal son dos fantasmas; que cuatro soldados y un cabo de los del Serenísimo Sr. Duque de Angulema, podían cualquier mañanita sorprender á la Villa y á los *Siete Niños* y al Congreso entero y al Ayuntamiento soberano y á toda la comunidad masónica y Landaburiana. Esta es la pura verdad. ¡Y qué bonito espectáculo han dado al mundo! En presencia de la intervención armada, ¿cómo se preparan esos mentecatos para conjurar la tormenta? Llamando á las armas á treinta mil hombres, y disponiendo (esto es lo más salado) que con los milicianos que quieran seguir al Congreso se formen algunos batallones, recibiendo cada individuo cinco reales diarios. ¡Se salvó la patria, señora!

—El Gobierno—repuse prontamente,—creyó sin duda que los franceses eran como los Guardias del 7 de Julio, es decir, simples juguetes de miliciano.

—¡Ya se lo diremos de misas!—dijo frotándose las manos.—Ya pagarán su alevosía. Sólo por el hecho de obligar á nuestro Soberano á un viaje que no le agradaba, merecían todos ellos la muerte.

—Hasta los Reyes están en el caso de hacer alguna vez lo que no les agrada.

—Incluso viajar con un ataque de gota. ¿Eh? ¡Cruelles y sanguinarios,

más sanguinarios y crueles que Nerón y Calígula! Ni á un perro vagabundo de las calles se le trata peor.

—Si el Rey no tenía en aquellos días ataque de gota—repliqué complaciéndome en contradecirle.—Si estaba bueno y sano. La prueba es que después de clamorear tanto por su enfermedad, anduvo algunas leguas á pié el primer día de viaje.

—Bueno, concedo que Su Majestad estaba tan bueno como yo. ¿Y si no quería partir?

—Que hubiera dicho “no parto.”

—¿Y si le amenazaban?

—Haberles ametrallado.

—¿Y si no tenía metralla?

—Haberse dejado llevar por la fuerza.

—¿Y si le mataban?

—Haberse dejado matar. Todo lo admito menos la cobardía.

—Amiguita, usted se nos ha *franc-masoneado*—me dijo el astuto intrigante, dando cariñosa palmada en mi mano.—Á pesar de esto; siempre la queremos mucho y la serviremos en lo que podamos. Yo estoy siempre á las órdenes de usted.

Inflado de vanidad, el amigo del Rey hizo elogios de sí mismo y después añadió:

—He tenido el honor de ser indicado para secretario de la Junta que se va á formar en la frontera.

—¡Oh, amigo mío, doy á usted la enhorabuena!—manifesté sumamente complacida y deplorando entonces haber estado algo dura con Calomarde.—No se podía haber pensado en una persona más idónea para puesto tan delicado.

—¿Se le ofrece á usted algo?—dijo D. Tadeo comprendiendo al punto mi cuarto de conversión.

—Sí; pero yo acostumbro dirigirme siempre á la cabeza—afirmé resueltamente.—Ya sabe usted que soy muy amiga del general Eguía, Presidente de la Junta.

—¡Ah! entonces...

—Sin embargo. No puedo molestar á Su Excelencia con ciertas menudencias tales como pedir noticias de personas, averiguar alguna cosilla de poca monta...

—Para esto es más propio un secretario tan bien informado como yo de todos los pormenores de la causa.

—Exactamente. Dígame usted, si lo sabe, en dónde está ahora un

pícaro de mala estofa, que se emplea en bajas cábalas del Rey y tiene por nombre José Manuel Regato.

—¡Ah! ¡Regato!... Debe andar por Andalucía con la Córte. No es de mi negociado ese caballero... ¿Qué? ¿Hay ganas de sentarle la mano?

—Por sentarle la derecha daría la izquierda.

—Pocas noticias puedo dar á usted del Sr. Regato. Tengo con él muy pocas relaciones. Quizás Pipaón, que conoce á todo el mundo, pueda indicar dónde se halla y el modo de sentarle, no una mano, sino las dos, siempre que sea preciso.

—Y Pipaón, ¿dónde está?

—Aquí.

—¡Aquí! ¡Pipaón!...—exclamé con gozo.—Yo le dejé en la Seo muy enfermo y creí que había caído en poder de Mina.

—En efecto cayó; pero él... ya usted le conoce... con su destreza y habilidad parece que encontró por allí amigos que le favorecieron.

—Quiero verle, quiero verle al punto—dije con la mayor impaciencia.

—Deseo mucho tener noticias de la Seo y de las facciones de Cataluña.

Y entonces se realizó aquel proverbio que dice: "En nombrando al ruín de Roma...,"

Por la vidriera que daba á la huerta de la casa vióse la mofletuda cara y el pequeño cuerpo de Pipaón, que habiendo tenido noticia de mi residencia en Irún iba también á verme. Mucho nos alegramos ambos de hallarnos juntos, y nuestras primeras palabras después de los cordiales saludos fueron para recordar los tristes días de la Seo, su enfermedad y mi abatimiento, y luego por el enlace propio de los recuerdos, que van de lo triste á lo placentero, hablamos del miedo del arzobispo, de las casacas que usaba Mataflorida y de otras cosas frívolas y chistosas, de esas que ocurren siempre en los días trágicos y nunca faltan en los duelos. Después de estos desahogos, Pipaón, tomando aquel tono burlesco que unas veces le sentaba bien y otras le hacía muy insoportable, me dijo:

—Le traigo á usted noticias muy buenas de una persona que le interesa, y con las noticias una cartita.

## XIV



o me puse pálida. Comprendí de quién hablaba Pipaón, pero no me atreví á decir una pablabra, por hallarse delante el entrometido y curioso Calomarde, gran coleccionador de debilidades ajenas. Varié de conversación, aguardando, para saciar mi afanosa curiosidad á que D. Tadeo se marchase; pero el pícaro había conocido en mi semblante la turbación y ansiedad que me dominaban, y no se quería retirar. Parecía que le habían clavado en la silla. ¡Ay qué gusto tan grande poder cojer un palo y romperle con él la cabeza!... ¡Qué pachorra de hombre!

Quise arrojarle con mi silencio; pero él era tan poco delicado, que conociendo mi mortificación, se arrellanaba en el blando asiento como si pensara pasar allí el día y la noche. Pipaón con su expresivo semblante me decía mil cosas, que no podía yo comprender claramente, pero que me deleitaban como avisos ó presentimientos lisonjeros. Llegó un momento en que los tres nos callamos, y callados estuvimos más de un cuarto de hora. Calomarde tocaba una especie de paso doble con su bastón en la pata de la mesa cercana. El grosero y pegajoso cortesano había resuelto quemarme la sangre ú obligarnos á Pipaón y á mí á que hablásemos en su presencia.

Resistí todo el tiempo que pude. Mi caracter fogoso no puede ir más allá de cierto grado de paciencia, pasado el cual, estalla y se sobrepone á todo, atropellando amistades, conveniencias y hasta las leyes de la caridad. Nunca he podido corregir este defecto, y la estrechez de los límites de mi paciencia me ha proporcionado en esta vida muchos disgustos. Forzando la voluntad puedo á veces aguantar más de lo que

permite la extraordinaria fuerza de dilatación de mi espíritu; pero entonces estallo con más violencia, rompo mis ligaduras á la manera de Sansón y derribo el templo. Vino por fin el momento en que se me subió la mostaza á la nariz, como dicen las majas madrileñas, y poniéndome en pié súbitamente miré á Calomarde con enojo. Señalándole la puerta exclamé:

—Sr. D. Tadeo, tengo que hablar con Pipaón: suplico á usted que nos deje solos.

Debían de ser muy terribles mi expresión y mi gesto, porque Calomarde se levantó temblando, y con voz turbada me dijo:

—Señora, manos blancas no ofenden.

*¡Manos blancas no ofenden!* Diez años después Calomarde debía pronunciar esta frase al recibir un desaire más violento que el mío, la célebre bofetada de la Infanta Carlota, una Princesa que, como yo, tenía muy limitado el tesoro de su paciencia y estallaba con tempestuosas cóleras cuando la bajeza y solapada intriga de los Calomardes se interponían en su camino.

Pipaón y yo nos quedamos solos. En pocas palabras me refirió que había visto á Salvador Monsalud sano y salvo en la Seo de Urgel. Al oír esto el corazón dió un salto dentro de mí como una cosa muerta que torna á la vida, como un Lázaro que resucita por sobrehumano impulso.

—Mina le salvó en San Llorens de Morunys—me dijo,—y desde que se restableció se puso á mandar una compañía de contraguerrilleros.

Al decir esto, Pipaón me alargó una carta, que abrí con presteza febril, queriendo leerla antes de abrirla. Al mismo tiempo, y de una sola ojeada leí el fin y el principio y el medio. Era la carta pequeña y fría. Decíame en ella que estaba en libertad y que no pensaba salir en mucho tiempo del lugar donde estaba fechada, que era Urgel. Sentí mi corazón inundado de un torrente de sangre glacial al ver que no contenía la carta expresiones de ardiente cariño.

—¿De modo que sigue en Cataluña?—pregunté á D. Juan.

—No, señora. Á estas horas va camino de Madrid.

—Pues ¿cómo dice en su carta que no piensa salir de la Seo?

—Esa carta me la dió cuando nos separamos, el día 30 de Marzo; pero dos días después supe, por nuestro común amigo el capitán Seudoquis, que Mina había encargado á Salvador que fuese á Madrid á llevar un mensaje reservadísimo á San Miguel y á otras personas.

—¿De modo que está?...

—Sobre Madrid, como se dice en los partes militares.

—Pero eso ¿es cierto?

—Tan cierto como que estoy hablando con una dama hermosa.

—¿Y salió?...

—Según mis noticias, el 10 de este mes. No sabía qué camino tomar; pero, según me dijo Seudoquis, estaba decidido á ir por Zaragoza, que es el más derecho, aunque no el menos peligroso.

—¿Sabe la muerte de su madre?

—Yo le dí la mala noticia.

—Pero ¿qué va á hacer ese hombre en Madrid?—dije sintiendo una tempestad en mi cerebro.—Si allí no hay ya Gobierno ni nada.

—Pero está en Madrid el gran Consejo de la franc-masonería. Mina es del orden de la Acacia, señora. Ahora se trata de que la *Viuda* haga un esfuerzo supremo.

En mi espíritu notaba yo aquella poderosa fuerza de dilatación de que antes he hablado. Unas cuantas palabras habían trastornado todo mi sér; mi pulso latía con violencia; asaltáronme ideas mil, y el ardoroso afán de movimiento que ha sido siempre una de las fórmulas más patentes de mi caracter se apoderó de mí. Sin necesidad de que yo le despidiese, dejóme Pipaón, que iba en busca de Eguía para solicitar un puesto en la Junta, y después de pasada mi turbación, pude sondear aquel revuelto piélagos de mi espíritu y mirar con serenidad lo que en el fondo de él había.

¡Cuán grande había sido mi engaño al creer moribunda la afición aquella que tantas dulzuras dió á mi alma en el verano del 22! La ausencia habíala escondido entre las cenizas que diariamente depositan los sucesos de cada instante, esa multitud de ascuas de la vida que van pasando sin interrupción y apagándose hora tras hora. Pero aquella ascua del verano del 22 era demasiado grande y quemadora para pasar y extinguirse como las demás.

Bastó que oyera pronunciar su nombre, que me le anunciaran vivo, para que se verificase en mí un brusco retroceso á los días de mi felicidad y de mi desgracia. El tiempo volvió atrás; las figuras veladas perdieron la sombra que las encubría; las apagadas palabras que sólo eran ya ecos confusos, volvieron á sonar como cuando eran la música á cuyo compás danzaba con la embriaguez de la pasión mi alma. ¡Cuánto me había engañado y qué juicios tan erróneos hacemos de nuestros propios sentimientos y de todo aquello que está lejos! Nos pasa lo mismo que al ver las lontananzas de la tierra, cuando confundimos con las vanas y pasajeras nubes los montes sólidos é inmutables que ninguna fuerza



humana puede arrancar de sus seculares asientos. Fué aquello como una vuelta, como un ángulo brusco en el camino de la vida. Desde entonces ví nuevos horizontes, paisaje nuevo, y otra gente y otros caminos. ¡Y yo había creído poder olvidarle y aun poner en su altar vacío al conde de Montguyon! ¡Qué delirio!... ¡Lo que pueden la ausencia, la distancia, la ignorancia! El tiempo que me había consolado, hirióme de nuevo, y un día, un instante marcado en mi vida por cuatro palabras como cuatro estrellas resplandecientes, había destruido la obra lenta de tantos meses.

Con la presteza que Dios me ha dado formé mi plan de viaje. Tengo algo del genio de Napoleón para esto de los grandes movimientos. Para mí la facultad de trasportar todo el interés de la vida de un punto á otro del mundo es otra prenda muy principal de mi caracter, y al mismo tiempo una necesidad á la que muy difícilmente puedo resistir. El destino me ha presentado siempre los sucesos á propósito para tales juegos de estrategia sublime.

Aquella misma tarde dispuse todo, y por la noche sorprendí á mi D. Quijote con la noticia de mi viaje. Aficionada á jugar con los corazones que caen en mis manos (á excepción de uno solo) como juega el gatito con el ovillo que rueda por el suelo, dije al conde de Montguyon:

—Me he asustado de la soledad en que voy á quedar después que usted se marche, y voy á Madrid. De esta manera podré vigilar á cierto caballero francés por si anda en malos pasos.

Él se puso tan contento, que olvidó aquella noche hablarme de la guerra y de los laureles que iban á recojer. Parecía un loco hablando de los alcázares de Granada, de los romances moriscos, de las ricas hembras, de las boleras, de los frailes que protegían los amores de los grandes, de las volcánicas pasiones españolas y de las mujeres enamoradas que eran capaces del martirio ó del asesinato. Él se creía héroe de mil aventuras románticas é interesantes caballerías, tales como se las había imaginado leyendo obras francesas sobre España. Empleo la palabra *románticas* porque si bien no estaba en moda todavía, es la más propia. El romanticismo existía ya, aunque no había sido bautizado. Excuso decir que Montguyon me juró amor eterno y una felicidad inquebrantable como la del Cid por Doña Jimena.

Yo necesitaba de él para mi viaje, por lo cual me guardé muy bien de arrancar una sola hoja á la naciente flor de sus ilusiones. Era muy difícil viajar entonces, porque casi todos los vehículos del país habían sido intervenidos por ambos ejércitos. Montguyon me prometió una

silla de postas y cumplió su oferta, poniéndola á mi disposición al día siguiente.

Con el primer movimiento del ejército francés, coincidió mi marcha sobre Madrid, como una conquistadora. El estrépito guerrero que en derredor mío sonara, despertaba en mi mente ideas de Semíramis.





## XV



ASÉ por Vitoria y por la Puebla de Arganzón, como los días felices por la vida del hombre, á escape. No miraba á ningún lado, por miedo á mis malos recuerdos, que salían á detenerme.

En los pueblos todos del Norte la intervención vencía sin batallas, y antes de que asomara el morrión del primer francés de la vanguardia, la Constitución estaba humillada. Los mozos todos comprendidos en la quinta ordenada por el Gobierno se unían á las facciones, y eran muy

pocos los milicianos que se aventuraban á seguir á los liberales. No he visto una propagación más rápida de las ideas absolutistas. Era aquello como un incendio que de punta á punta se desarrolla rápidamente y todo lo devora. En medio de las plazas los frailes predicaban mañana y tarde, con pretexto de la Cuaresma, presentando á los franceses como enviados de Dios, y á los liberales como alumnos de Satanás que debían ser exterminados.

El general Ballesteros mandaba el ejército que debía operar en el Norte y línea del Ebro para alejar á los franceses. No viendo yo á dicho ejército por ninguna parte, sino inmensas plagas de partidas, pregunté por él, y me dijeron en Bribiesca que Ballesteros, convencido de no poder hacer nada de provecho, se había retirado nada menos que á Valencia. Movimiento tan disparatado no podía explicarse en circunstancias normales; pero entonces todo lo que fuera desastres y yerros de los liberales tenía explicación.

Al ver cómo crecía en los pueblos la aversión á las Córtes y al Gobierno, el ejército perdía el entusiasmo. Á su paso, como se levanta el polvo del camino, se levantaban nubes de facciosos que al instante eran soldados aguerridos. Así se explica que el ejército de Ballesteros, compuesto de diez y seis mil hombres, se retirará sin combatir emprendiendo la inverosímil marcha á Valencia, donde podía adquirir algún prestigio derrotando á Sempere, al Locho y al carretero Chambó, tres nuevos generales ó arcángeles guerreros que le habían salido á la Fe.

En Dueñas me adelanté, dejando atrás á los franceses; tenía tanta prisa como ellos y menos estorbos en el camino, aunque los suyos no eran tampoco grandes. ¡Cuánto deseaba yo ver tropas regulares españolas por alguna parte! En verdad, me daba vergüenza que los hijos de San Luis, á pesar de que nos traían orden y catolicismo, se internaran en España tan fácilmente. Lo digo con entera franqueza. Con todo mi absolutismo yo habría visto con gusto una batalla en que aquellos liberales tan aborrecidos dieran una buena tunda á los que yo llamaba entonces mis aliados. Española antes que todo, distaba mucho de parecerme á los señores frailes y sacristanes que en 1808 llamaban judíos á los franceses y ahora ministros de Dios.

En Somosierra encontré tropas. Eran las del ejército de La Bisbal, destinado por las Córtes á cerrar el paso del Guadarrama, amparando de este modo á Madrid. Mis dudas acerca del éxito de aquella empresa fueron grandes. Yo conocía á La Bisbal. ¿Como no había de conocerle si le conocía todo el mundo? Fué el que el año 14 se presentó al Rey

llevando dos discursos en el bolsillo, uno en sentido realista y otro en sentido liberal, para pronunciar el que mejor cuadrara á las circunstancias. Fué el que en 1820 hizo también el doble papel de ordenancista y de sedicioso. La inseguridad de sus opiniones había llegado á ser proverbial. Era hombre altamente penetrado del axioma italiano *ma per troppo variar natura é bella*. Yo no comprendía en qué estaba pensando el Gobierno cuando le nombró. Si los Ministros se hubieran propuesto elegir para mandar el ejército más importante al hombre más á propósito para perderlo, no habrían elegido á otro que á La Bisbal.

Pasé con tristeza por entre su ejército. Aquellos soldados, capaces del más grande heroísmo, me inspiraban lástima, porque estaban destinados á desempeñar un papel irrisorio, como leones á quienes se obliga á bailar. Sentía yo impulsos de arengarles, diciéndoles: "¡Que os engañan, pobres muchachos! No dejéis las armas sin combatir. Si os hablan de capitulación, degollad á vuestros generales."

En Madrid hallé un abatimiento superior á lo que esperaba. Se hablaba allí de capitular como de la cosa más natural del mundo. Sólo tenían entusiasmo algunos infelices que no servían para nada, el cuerpo de coros de los clubs y de las sociedades secretas, la gente gritona y también bastantes de los que habían tirado del coche de Fernando VII cuando volvió de Francia el año 14. Los absolutistas creían con razón ganada la partida y afectaban cierta generosidad magnánima. ¡Pobre gente! Algunos de estos pajarracos vinieron á visitarme, entre ellos D. Víctor Saez, y tuve el gusto de mortificarles asegurándoles que Angulema traía orden de obsequiarnos con las dos Cámaras y un absolutismo templado, suavísimo emoliente para nuestra anarquía. Esto ponía á mis buenos amigotes más furiosos que las bravatas de los liberales, pues aún había liberales con alma bastante para echar bravatas.

Pero yo me ocupaba poco de tales cosas. Mi primer cuidado fué hacer algunas averiguaciones en pro de la entrañable política de mi herido corazón. Felizmente á la casa donde yo vivía, que era honradísimo albergue de una noble familia alavesa, iba á menudo un tal Campos, hombre muy intrigante, director de Correos, si no recuerdo mal, gran maestro de la Orden masónica, ó por lo menos principalísimo dignatario de ella, amigo íntimo de los liberales de más viso y también de algunos absolutistas, como hombre que sabe el modo de comer á dos carrillos.

Yo le había tratado el año anterior, y charlando juntos, me reía mucho de los masones, lo cual á él no le enojaba. Entre bromas y veras

solía enterarme de algunas cosas reservadas, porque no era hombre de extraordinaria discreción ni tampoco de una incorruptibilidad perfecta. En los días de mi llegada de Irún, que eran los de mediados de Mayo del 23, le pregunté si esperaban los masones algún mensaje reservado de Mina. Nególo; mas yo, asegurándolo con el mayor descaro y nombrando al mensajero, le hice confesar que esperaban órdenes de Mina de un día á otro. Él, lo mismo que su secretario, cuyo nombre no recuerdo, me aseguraron no haber visto todavía en Madrid á Salvador Monsalud, ni tener noticia alguna de él.

—No ha llegado aún—dije.—Mucho tarda.

Sin reparar en nada fui á su casa. Un portero, tan locuaz como pedante, liberal muy farolón, de aquellos á quienes yo llamo *sepultureros de la libertad*, porque son los que la han enterrado, me informó de que el Sr. Monsalud faltaba de Madrid desde el mes de Agosto del año anterior.

—Puede que la señora Doña Solita sepa algo—me dijo.—Pero no es facil, porque anoche lloraba... Como no llorase de placer, que también esto sucede á menudo...

—¿De modo que la casa subsiste?—le pregunté.

—Subsiste, sí, señora; pero no subsistirá mucho tiempo si el señor D. Salvador no vuelve del otro mundo.

—Pues qué, ¿ha muerto?

—Así lo creo yo. Pero esa joven sentimental siempre tiene esperanzas, y cada vez que el sol sale por el horizonte esparciendo sus rayos de oro... ¿me entiende usted?

—Sí, acabe de una vez el Sr. Sarmiento.

—Quiero decir, que siempre que amanece, lo cual pasa todos los días, la señora Doña Solita dice: “¡Hoy vendrá!”, Tal es la naturaleza humana, señora, que de todo se cansa menos de esperar. Y yo digo: ¿qué sería del hombre sin esperanza?... Dispéñeme la señora; pero si piensa subir, tengo el sentimiento de no poderla acompañar, porque como mi hijo es miliciano...

—¿Y qué?

—Como es miliciano y el honor le ordena derramar hasta la última gota de su sangre en defensa de la dulce patria y de la libertad preciosísima del género humano...

—¿Y qué más?—dije, complaciéndome en oír las graciosas pedanterías de aquel hombre.

—Que impulsado por su ardoroso corazón, capaz del heroísmo, y por

mi paternal mandato, ha ido á Cádiz con las Córtes; y como ha ido á Cádiz con las Córtes y no volverá hasta dejar confundida á la facción y á los cien mil y quinientos hijos, nietos ó tataranietos del calzonazos de Luis XVIII... ¡Por vida de la chilindrana y con cien mil pares de docenas de chilindrones, que si yo tuviera veinte años menos!... Pues digo que como Lucas ha ido á Cádiz... y es un león mi hijo, un verdadero león... resulta que me es forzoso estar al cuidado de la puerta, ¿me entiende la señora?

—Está bien—le dije riendo.—Puedo subir sola.

Quise darle una limosna, porque su aspecto me pareció muy miserable, pero la rechazó con dignidad y cierto rubor decoroso, propio de las grandezas caídas.

Subí á la casa. Mi corazón subía antes que yo.



## XVI



EN seguida que llamé salieron á abrir. Se conocía que en la casa reinaba la impaciencia. Una mujer descorrió con presteza el cerrojo y me rogó que entrase. Era ella. Yo recordaba haberla visto en alguna parte.

Carecía de verdadera hermosura, pero al reconocerlo así con gozo, no pude dejar de concederle una atracción singular en toda su persona, un encanto que habría establecido al instante entre ella y yo profunda simpatía, si en medio de las dos no existiese, como infranqueable abismo, la persona de un hombre. Vestía de luto, y la delgadez de su rostro anunciaba el paso de grandes penas. Cuando me vió alteróse tanto y su turbación fué tan grande, que no podía dirigirme la palabra. Por mi parte la miré con serenidad y altanería, como de superior á inferior, haciendo todo lo posible para que ella se creyese muy honrada con mi visita.

Yo había oído hablar á Salvador con cariño y admiración que me ofendían, de aquella singular hermana suya que no era tal hermana, ni aun pariente, y que muy bien podía ser otra cosa. Nunca creí en la fraternidad honrada y cariñosa de que él me había hablado, porque conozco un poco el corazón del hombre, y admito sólo los sentimientos cardinales y fundamentales, y no esas mixturas y composiciones sutiles que no sirven más que para disfrazar alguna pasión ilícita... Deseaba conocer por mí misma á la dichosa hermana tan ponderada por él y ver si tenía fundamento el secreto odio que mi alma hacia ella sentía. Desde que la ví, á pesar de que me fué muy patente su inferioridad personal con respecto á la nieta de mi abuela, me pareció tener delante á una rival



temible, más peligrosa cuanto más humilde en apariencia. Al instante traté de buscar en ella un defecto grande, de esos que afean espantosamente á la mujer. Mi ingenioso rencor encontró al punto aquel defecto, y dije en mi interior:

—Esta muchacha debe de ser una hipocritona. No hay más remedio sino que lo es.

Mi juicio fué rápido, como la inspiración, como la improvisación. Desde la puerta á la sala, á donde me condujo, hice mil observaciones, entre ellas una que no debo pasar en silencio. La casa estaba tan perfectamente arreglada que no parecía vivienda sin dueño. Todo se hallaba en su sitio, sin el más ligero desorden, en perfecto estado de limpieza, descubriéndose en cada cosa el peregrino esmero que anuncia la mano de una mujer poseedora del genio doméstico. Creeríase que el amo era esperado de un momento á otro y que todo se acababa de disponer para agradarle cuando entrara.

Al sentarme reconcentré mis ideas acerca del plan que había formado y le dije:

—Sé que usted padece mucho por saber el paradero del amo de esta casa, y como tengo noticias de él, vengo á tranquilizarla.

—¡Oh! ¡señora! ¡cuánta bondad!—exclamó con repentina alegría.—De modo que usted sabe dónde está y por qué no viene... ¿Le han vuelto á cojer los facciosos?

—No señora. Está libre y bueno.

—Entonces no tiene perdón de Dios—dijo abatiendo el vuelo de su alma, que tanto se había elevado con las alas de la alegría.—No, no tiene perdón de Dios.

—¿Usted le ha escrito?

—Muchas veces. Dirijo las cartas al ejército de Mina, con la esperanza de que alguna llegue á sus manos... pero no recibo constatación. Es una iniquidad de mi hermano. Por poco que se acuerde mí, por muy grande que sea su olvido, ¿será tal que no me haya escrito una sola vez?

—Los que están en armas—dije sonriendo,—no se acuerdan de las pobres mujeres que lloran.

—Yo creo que me ha escrito. El es muy bueno y me considera mucho. No es capaz de tenerme en esta incertidumbre por su voluntad.

—¿Pero usted no ha recibido ninguna carta?

—En Febrero vinieron dos; pero después ninguna. Quizás se hayan perdido.

—Podría ser.

—Á veces me figuro que no me escribe porque viene. Todos los días creo que va á llegar, y desde que siento pasos en la escalera, corro á ver si es él. Todo lo tengo preparado y si viene, nada encontrará fuera de su sitio.

—Sí, ya lo veo. Es usted una alhaja. El pobre Salvador debe estar muy satisfecho de su hermana. Él la aprecia á usted mucho. Me lo ha dicho.

—¡Se lo ha dicho á usted!—exclamó tan vivamente conmovida, que casi estuvo á punto de llorar.

—Me lo ha dicho, sí. Él me cuenta todo. Para mí nunca ha tenido secretos.

Sola me miró de hito en hito durante un momento que me pareció demasiado largo. ¿Qué había en la expresión de su semblante al contemplar el mío? ¿Envidia? No podía ser otra cosa; pero la apariencia indicaba más bien una resignación dolorosa. Le habría tenido mucha lástima, si no hubiera estado convencida de que era una hipócrita.

—Muchas veces me ha hablado de usted—proseguí,—elogiándome sus bellas cualidades para el gobierno de una casa. Vea usted de qué manera ha venido á encontrarse sola al frente de este hogar vacío, conservándole tan bien para cuando él vuelva.

—La pobre Doña Fermina—dijo,—que murió de pesadumbre por la pérdida de su hijo, me encargó todo al morir, poniendo en mi mano cuanto tenía y ordenándome que lo guardase y conservase hasta que pareciera Salvador.

—¿Entonces ella no le creía muerto?

—Dudaba. Siempre tenía esperanza—manifestó Solita dando un suspiro.—Yo le hablaba á todas horas de la vuelta de su hijo, y, la verdad, siempre tuve esperanza de verle entrar en la casa, porque una voz secreta de mi corazón me decía que volvería. El día antes de fallecer Doña Fermina escribió una larga carta á su hijo... ¡Cuántas lágrimas derramó la pobre! Yo habría dado con gusto mi vida, porque la infeliz madre viera á su hijo antes de morir. Pero Dios no lo quiso así.

—¿Y esa carta?...—pregunté deseosa de conocer mejor aquel detalle.

—Esa carta la depositó en mí Doña Fermina, mandándome que la entregase á Salvador en su propia mano, si parecía.

—¿Y si no parecía.

—Doña Fermina me mandó que le buscase por todos los medios posibles, y que si tenía noticias de él y no venía á Madrid, fuese á buscarle aunque tuviera que ir muy lejos.

—Pero ¿cómo podrá usted emprender esos viajes? ¡pobrecilla!—exclamé mostrando una compasión que estaba muy lejos de sentir.

—Eso sería lo de menos. No me faltan ánimos para ponerme en camino, ni tampoco recursos con que emprender un largo viaje, porque Doña Fermina me entregó todos sus ahorros para que los destinase á buscar á su hijo.

—¡Ah! entonces... Y para el caso de no encontrarlo ¿qué dispuso esa señora?

—Que esperase, y le volviera á buscar después.

—¿Y para el caso de que fuera evidente su muerte?

—Que echase al fuego la carta sin leerla. ¡Ha sido desgraciada suerte la nuestra!—prosiguió la huérfana con abatimiento.—Un mes después de haber subido al cielo aquella buena señora, vino la carta de Salvador anunciando que estaba libre. ¡Ay! en mi vida he tenido mayor alegría ni mayor tristeza, juntas tristeza y alegría sin que pudiesen ser separadas. Yo le contesté diciéndole lo que pasaba y rogándole que viniese. Desde aquel día le estoy esperando. Han pasado tres meses y no ha venido ni me ha escrito.

—Pues ha llegado la ocasión de que usted cumpla la última voluntad de la pobre señora difunta, partiendo en busca de ese hijo desnaturalizado.

—Si no sé dónde está... Un amigo que lee todos los papeles públicos y sabe por dónde andan los ejércitos, las guerrillas y las contraguerrillas, me ha dicho que las tropas de Mina se han disuelto. Otro que vino del Norte, me aseguró que Salvador había emigrado á Francia. Yo, á pesar de estas noticias, le espero, tengo confianza en que ha de venir, y he resuelto aguardar lo que resta de mes. Sigo mis averiguaciones, y si en todo Mayo no ha venido ni me ha escrito, pienso ponerme en camino y buscarle con la ayuda de Dios.

—Siento quitarle á usted una ilusión—dije adoptando definitivamente mi diabólico plan, y resolviéndome á ponerlo en ejecución.—Salvador no vendrá por ahora, no puede venir.

—¿Lo sabe usted de cierto?—me preguntó vivamente turbada y con algo de incredulidad en sus hermosos ojos.

—¿Duda usted de mí?—dije poniendo en mi semblante esa naturalidad inefable que es uno de mis más preciosos resortes para expresar lo que quiero.—Precisamente no he venido á otra cosa que á decirle á usted su paradero, después de tranquilizarla, por si le creía enfermo ó muerto.

—¿Y dónde está?

—Habiendo reñido con Mina por una cuestión de amor propio, pasó á las contraguerrillas que siguen al general Ballesteros.

—¿Entonces sigue en el Norte?

—No señora. Ya sabe usted que el ejército de Ballesteros se ha retirado á Valencia.

—Á Valencia, sí. Efectivamente, lo oí decir. ¿De modo que Salvador está en Valencia?

—Sí, y estos informes no son vagos ni fundados en conjeturas, porque yo misma...

Al llegar aquí di un suspiro afectando cierta emoción. Después acabé así la frase:

—Yo misma me separé de él en Onteniente el 20 de Abril.

—¿Es cierto, señora, lo que usted me dice?—me preguntó con gran agitación.

—Sí; pero no creo que haga usted el disparate de ponerse en camino para Levante—indiqué con objeto de que no conociera mi verdadera idea.

—¿Pues qué, vendrá?

—Venir no. No vendrá en mucho tiempo, mayormente si de hoy á mañana capitula la Corte, y se establece el absolutismo. Yo creo que se verá obligado á emigrar, embarcándose en cualquier puerto de la costa.

—¡Embarcarse!—exclamó con desaliento.—No, señora, no; eso no puede ser. Corro allá al momento.

Se levantó como si de un vuelo pudiera trasladarse á Valencia.

—¿Y será usted capaz de emprender un viaje tan largo?... ¿Tendrá usted valor?...—manifesté con fingida admiración.

—Yo tengo valor para todo, señora—me respondió.

Después del primer movimiento de credulidad, la ví como abatida y vacilante. Dudaba.

—Puede usted escribirle—le dije,—con la dirección que yo le dé, y cuando reciba la contestación de él, ponerse en camino... Lo malo será que en ese tiempo tome la guerra otro aspecto y llegue usted tarde.

—Eso sería terrible. Yo creo que si voy, debo ir hoy mismo... ¿Y usted se separó de él el 20 de Abril?

Dudaba todavía. Al llegar á este punto, la voz de la conciencia, que aún me detenía, fué acallada por mis celos, y no pensé más que en el éxito completo del plan que me había propuesto. No vacilé más y pensé en la carta que me había traído Pipaón.

—Me separé de él el 20 de Abril—afirmé;—pero después de eso, hallándome en Aranjuez, recibí una carta suya.

Con avidez fijó Solita sus ojos en mí. Por grande que fuera mi serenidad, mi corazón palpitaba, porque ni aun los criminales más criminales hacen ciertas cosas sin algo de procesión por dentro. Confesaré ahora la fealdad toda de mi acción para que se comprenda bien la importancia de aquella escena y mi perverso papel.

—Si me quisiera mostrar usted la carta de Salvador—me dijo en tono suplicante,—al menos para saber con fijeza el punto en que se halla...

—No la he traído—repuse con el mayor aplomo,—pero volveré á mi casa que está á dos pasos y la traeré, para que tenga usted ese consuelo y una seguridad que no pueden darle mis palabras.

—¡Oh! no señora: yo creo...

—No... estas cosas son delicadas. Al instante traeré á usted la carta que me escribió y que no está fechada en Onteniente, sino en otro pueblo del reino de Valencia, pues como usted puede suponer, el ejército se mueve casi todos los días.

Diciendo esto me levanté. Ella me daba las gracias por mi bondad en cariñosas y vehementes palabras. Brindóse á ir conmigo porque yo no me molestase en volver; pero esto no me convenía y salí rápidamente. ¡Miserable de mí, y cuánto me cegaba la pasión y aquel detestable afán de hacer daño á la que aborrecía!... Contaré esto con la mayor brevedad posible, porque me mortifica mucho tan desagradable recuerdo, y en verdad que si pudiera escribir estas vergonzosas líneas cerrando los ojos, lo haría para no ver lo que traza mi propia pluma.





## XVII

Corrí á mi casa, tomé la carta de Salvador, y con ese golpe de vista del genio criminal comprendí que lo pre-

visto por mí momentos antes podía realizarse facilmente. La data *Urgel* estaba escrita en letra ancha y mala. La palabra podía ser variada por una mano hábil, y la mía, fuerza es decirlo, lo era, aunque nunca hasta entonces se había empleado en tan infames proezas.

Yo tenía muy presente á un primo mío que había comerciado años antes en un pueblo de Alicante llamado *Vergel*, en las inmediaciones de Denia, á orillas del río Bolana. Esta palabra era el puñal del asesinato proyectado por mí. La tomé con la fiebre del rencor. ¡Qué admirable-

mente servía para mi objeto! ¡Qué bien dispuestas estaban sus letras para una obra satánica! No podía pedirse más, no. Tenía delante de mí una de esas infernales coincidencias que deciden á los criminales vacilantes, y á veces hasta á los justos les impulsan á escandalosos y horribles pecados.

Tomé la pluma, y con mano segura, regocijándome interiormente en la perfección de mi obra, convertí la palabra Urgel en Vergel. La fecha era facil de mudar también. Salvador había puesto Marzo en abreviatura. Yo convertí el Marzo en Mayo, dejando el día que era el 3, lo mismo que estaba... ¡Oh, cuando no se me cayó la mano entonces, creo que tendré manos para toda mi vida!

Del texto de la carta podía mostrarse la primer plana donde decía entre otras cosas insignificantes; "no pienso en muchos días salir de este pueblo."

Corrí allá con mi puñal. Las trágicas figuras antiguas á quienes pintan alborotadas y arrogantes con un hierro en la mano, no fruncirían el ceño más fieramente que yo, al blandir mi carta homicida. Subí á la casa. Sola me esperaba en la puerta. Entramos: me senté al punto porque estaba muy cansada.

—Vea usted—le dije;—el pueblo donde ahora está es Vergel. He pasado por él.

Solita devoraba con los ojos la carta.

—Vergel—añadí mostrándole la carta,—está entre Pego y Denia, sobre un riachuelo que llaman Bolana. Si va usted á Onteniente le será muy fácil llegar á Vergel.

Ella seguía leyendo.

—Asegura que por ahora no piensa moverse de ese pueblo—dijo meditabunda.—Mejor; con eso tendré la certeza de encontrarle.

—¿Pero de veras insiste usted en ir?... El resto de la carta no se le enseño á usted porque no puede interesarle;—indiqué afectando la mayor naturalidad, y guardando mi arma.—No puedo creer que haga usted la locura...

—Iré, iré;—dijo con una resolución briosa que inundó mi alma de los frenéticos goces del éxito criminal.

Después de manifestar así su propósito, frunció el ceño y me dijo:

—Cuando usted se separó de Salvador, ¿él sabía que venía usted á Madrid?

—Lo sabía.

—¿Y cómo no le rogó que me viese y me tranquilizara?

—Porque sabe—repuse con dignidad,—que yo no sirvo para hacer las veces de correo. Si he venido á esta casa, ha sido por... se lo diré á usted con entera franqueza; no quiero fingir móviles que no tuve al venir aquí, aunque después que nos hemos tratado hayan sido distintas mis ideas.

Solita atendía á mis palabras como al Evangelio. Yo le tomé una mano y poniéndome á punto de llorar, me expresé así:

—Señora Doña Solita; dije á usted al entrar que venía con el simple objeto de tranquilizarla dándole informes de Salvador.

—Así fué, señora, lo que usted me dijo.

—Pues bien; falté á la verdad: quise encubrir mi verdadero objeto con una fórmula común. Pero yo no puedo fingir; no puedo ocultar la verdad. Mi carácter peca de excesivamente franco, natural y expansivo. Mis pasiones y mis defectos, la verdad toda de mi alma, buena ó mala, se me sale por los ojos y por la palabra cuando más quiero disimular. Usted me ha inspirado simpatías; usted me ha revelado una pureza de sentimientos que merece el mayor respeto. Quiero ser como usted, y hablarle con la noble veracidad que se debe á los verdaderos amigos. ¿No es usted hermana para él? pues quiero que lo sea también para mí.

Solita al oír esto se apartó lentamente de mi lado. Noté en ella cierta aversión contenida por el respeto.

—Querida amiga—proseguí forzando mi arte.—No he venido aquí sino por un egoísmo que usted no comprenderá tal vez. He venido aquí por ver su casa, por conocer lo único que guarda Madrid de esa amada persona, este asilo donde él ha vivido, donde murió su madre, y por el cual parecen vagar aún sus miradas. Quería yo dar á mis ojos el gusto de ver estos objetos, estos muebles donde tantas veces se han fijado los suyos... Nada más, ningún otro objeto me trajo aquí. He tenido además el placer de conocerla á usted, y ahora deseándole que halle pronto á su hermano, me retiro.

Levantéme resueltamente. Solita había prorrumpido en amargo llanto.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias, señora!—exclamó secando sus lágrimas.—Le diré que debo á usted este inmenso favor.

—No, no, por Dios—repliqué vivamente.—Ruego á usted que no me nombre para nada. Vería en mí una debilidad que no quiero confesarle, mediando, como median en uno y otro, los propósitos de separación eterna.

—Pues callaré, señora, callaré. ¿De modo que usted no le verá más?



Al decir esto había tanto afán en su mirada, que me causó indignación. La habría abofeteado, si mi papel no hubiera exigido gran prudencia y circunspección.

—No, señora, no le veré más—le dije fijando más sobre mi semblante la máscara que se caía.—Después de lo que ha pasado... Pero no puedo revelarle á usted ciertas cosas. Si usted lo conoce bien, conocerá su inconstancia. Yo le he amado con fidelidad y nobleza. Él... no quiero rebajarle delante de una persona que le estima. Adios, señora, adios. ¿Se va usted al fin hoy?

Esto lo dije en pié, estrechando aquella mano que habría deseado ver cortada.

—Sí, señora, iré á buscarle, puesto que él no quiere venir.

—¿Pero se atreve usted, sola, sin compañía, por esos caminos...?—indicué deseando que me confirmase más su resolución.

—Dios irá conmigo—repuso la hipócrita con el acento de los que tienen verdadera fe.—El ordinario de Valencia que sale esta noche, era amigo de Doña Fermina. Con él iré. Tengo confianza en Dios y estoy segura de que no me pasará nada... Ahora, después de tomar esta determinación, estoy tranquila.

—La felicidad le retoza á usted en el rostro—afirmé con cruel sarcasmo.—Bien se conoce que es usted feliz. Yo me congratulo de haber proporcionado á usted un cambio tan dichoso en su espíritu.

Cuando pronuncié estas palabras, debió secárseme la lengua, lo confieso.

Poco más hablamos. Hícele ofrecimientos corteses y salí de la casa. Cuando bajaba la escalera sentí impulsos de volver á subir y llamarla y decirle: “no crea usted nada de lo que he dicho; soy una embustera;” pero el egoismo pudo más que aquel pasajero y débil sentimiento de rectitud, y seguí bajando. Del mismo modo iba bajando mi alma, escalón tras escalón, á los abismos de la iniquidad. Razoné como los perversos, diciéndome que la víctima de mi intriga era una mujer hipócrita y que las maquinaciones de mal género, tan dignas de censura cuando recaen en personas inocentes, son más tolerables si recaen en quien las merece y es capaz de urdir las peores. Pero estos sofismas no acallaban mi remordimiento, que empezó á crecer desde que salí de la casa y ha llegado después, por su mucha grandeza y pesadumbre, á mortificarme en gran manera.



## XVIII



VERDADERAMENTE mi acción no pudo ser más indigna. ¡Precipitar á una desamparada é infeliz mujer á resolución tan loca, obligarla por medio de vil engaño á emprender un viaje largo, dispendioso, arriesgado y sobre todo inútil!... Al mirar esto desde la distancia que han establecido los años me espanto de mi acción, de mi lengua, y más que nada de la horrible travesura y astucia de mi entendimiento.

En aquellos días la pasión que me dominaba y más que la pasión, el envidioso afán que me producía la simple sospecha de que alguien me robase lo que yo juzgaba exclusivamente mío, no me permitieron ver claramente mi conciencia ni la infamia de la denigrante acción que había cometido; pero cuando todo se fué enfriando y oscureciendo, me he podido mirar tal cual era en aquel día, y declaro aquí que, según me veo, no hay fealdad de demonio del Infierno que á la mía se parezca.

¡Y sigue una viviendo después de hacer tales cosas! ¡Y parece que no ha pasado nada, y vuelve la felicidad, y aún se da el caso de olvidar completamente la perversa y villana acción!... Yo no vacilo en escribirla aquí, porque me he propuesto que este papel sea mi confesionario, y una vez puesta la mano sobre él, no he de ocultar ni lo bueno ni lo malo. La seguridad de que esto no lo ha de ver nadie hasta que yo no me encuentre tan lejos de las censuras de este mundo como lo están los astros de las agitaciones de la tierra, da valor á mi espíritu para escribir tales cosas. Yo digo: "que todo el mundo escriba con absoluta verdad su vida entera, y entonces ¡cuánto disminuirá el número de los que pasan por buenos! Las cuatro quintas partes de las grandes reputaciones morales no significan otra cosa que *falta de datos* para conocer la historia de los individuos que se pavonean con ellas fátuamente, como los cómicos cuando se visten de reyes."

Aquella tarde torné á pasar por allí, y entablé conversación con Sarmiento; pero me fué imposible averiguar por él si Solita insistía en partir.

Yo tenía gran desasosiego hasta no saberlo de cierto, y para salir de mi incertidumbre quise averiguarlo por mí misma. Soy así: lo que puedo hacer no lo confío á los demás. Me fatigan las dilaciones y la torpeza de los que sirven por dinero, y carezco de paciencia para aguardar á que me vengan á decir lo que yo puedo ver por mis propios ojos. Al llegar la noche y la hora en que solían partir los coches, sillas de postas y galeras, mi criada y yo nos vestimos manolescamente, con pañolón y basquiña, y nos encaminamos al parador del Fúcar, de donde, según mis noticias, salía el ordinario de Valencia.

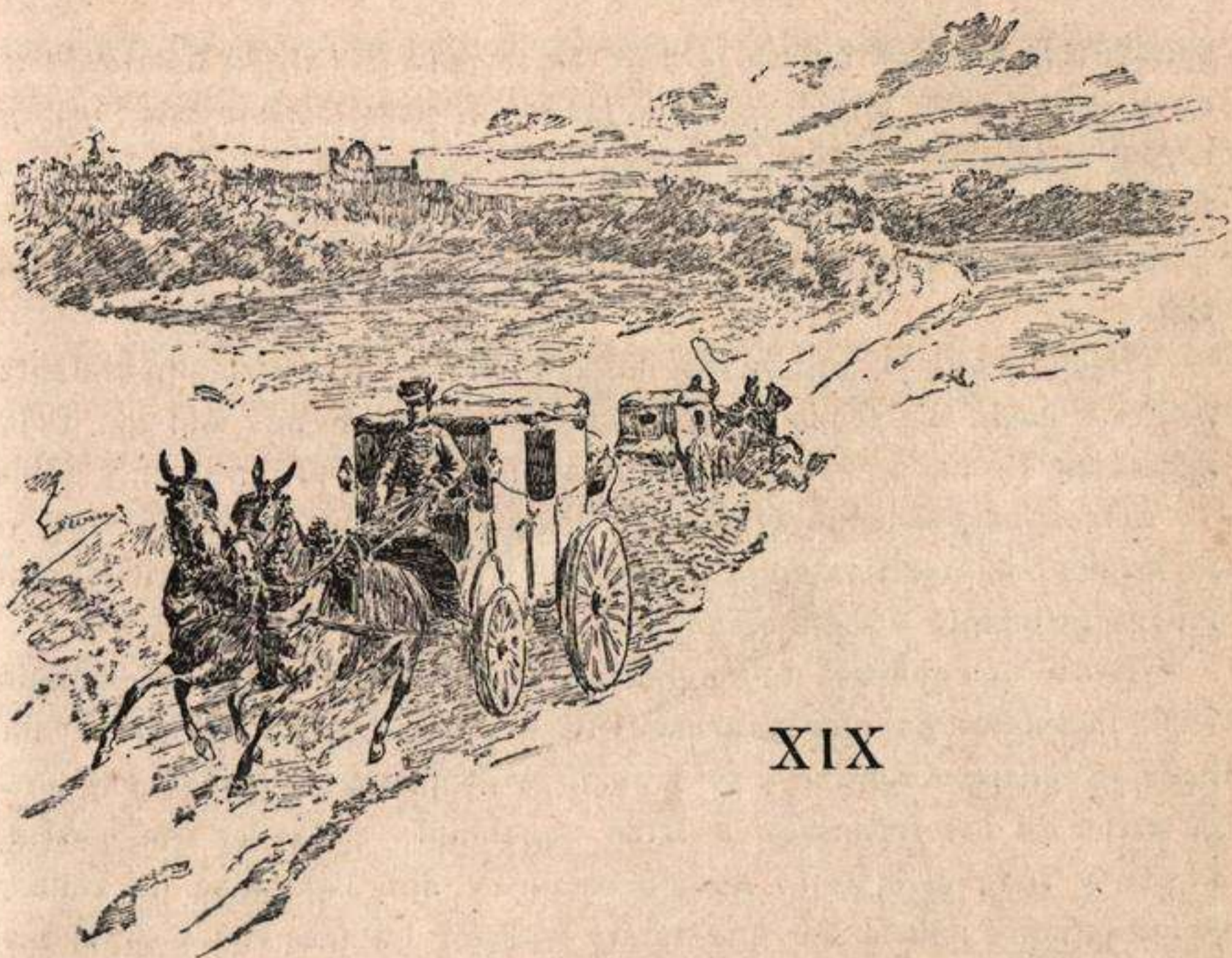
No tuve que esperar mucho para satisfacer mi curiosidad. Allí estaba. Solita partía irremisiblemente. Ya no me quedaba duda. La ví dentro del coche que salía, y no pude sofocar en mí sentimiento de profundísima lástima, forma indirecta que tomaba entonces mi conciencia para presentarme ante los ojos la imagen de mi crimen. Pero el coche partió; ella se fué con su engaño y yo me quedé con mi lástima.

No se había extinguido el rumor de las ruedas del carro de Valencia, cuando sonó más vivo estrépito de ruedas y caballerías. Un gran coche de colleras entró en el parador. Mi criada y yo nos detuvimos por curiosidad.

—Es el coche de Alcalá—dijeron á nuestro lado.—Esta noche viene lleno de gente.

Por una de las portezuelas ví la cara de un hombre. El corazón parecía hacérseme pedazos. Me volví loca de alegría. No pude contenerme. Era él. Mis exclamaciones cariñosas le obligaron á bajar del coche, y entonces me arrojé llorando en sus brazos.





## XIX

**A**L día siguiente le aguardaba en mi casa y no fué hasta muy tarde, cuando ya anochecía. Estaba muy fatigado, triste y abatido. Lo primero de que me habló fué del vacío que había dejado en su casa la muerte de su madre, de la partida de su hermana, á quien creía encontrar en Madrid, y del brevísimo espacio que un perverso destino había puesto entre la marcha de ella y la llegada de él.

—Castigo de Dios es esto—dijo,—por mi descuido en escribirle y mi desnaturalizado proceder.

Después pasó de la tristeza á la furia. Yo procuraba arrancarle tan lúgubres ideas, recordándole nuestro placentero viaje del verano anterior y la catástrofe de su cautiverio; hacíale mil preguntas sobre sus padecimientos, emancipación, campaña de Cataluña y toma de la Seo; pero sólo me contestaba con monosílabos y secamente. Escaso interés mostraba por las cosas pasadas, y aun yo misma, que era un presente digno á mi parecer de alguna estima, apenas podía obtener de él atención insegura y casi forzada. Su pensamiento estaba fijo en la fugitiva hermana, y mis sutiles zalamerías no podían apartarle de allí. No cesaba de discurrir sobre los móviles de aquel viaje, y yo, sintiendo revivir y agitarse en mí lo que siempre tuve de serpiente, estuve á punto de in-

dicarle que Soledad habría partido arrastrada por algún hombre; pero en el momento en que desplegaba los labios para sugerir esta idea, me contuve. Aquella vez había vencido mi conciencia, y hallándome con fuerzas para las mayores crueldades, no las tuve para la calumnia.

Al fin creí prudente no decirle una palabra sobre aquella cuestión.

—Bastaba que yo viniese con deseo de verla—dijo hiriendo violentamente el suelo con el pié,—para que ella huyese de mí. Así son todas mis cosas. Lo bueno existe mientras yo lo deseo. Pero lo toco, y adios.

Estas amargas palabras eran un desaire para mí, y por lo visto yo no estaba comprendida en el número de las cosas buenas; pero sofoqué mi resentimiento y seguí escuchándole.

—Desde que el deseo de venganza y mi odio al absolutismo—añadió,—me inclinaron á tomar las armas, tuve el presentimiento de que la campaña se echaría á perder, y así ha sido. Ya tienes á la plaza de Figueras en poder de los franceses; á Mina vagabundo sin saber qué partido tomar, y todo el ejército desconcertado y sin esperanza de vencer. ¡Gran milagro habría sido que donde yo estoy hubiese victorias! Desastres y nada más que desastres. La sombra que yo echo sobre la tierra destruye.

—¡Qué necio eres! ¿Crees acaso en las estrellas fatales y en el sinó?

—No debiera creer; pero todo me manda que crea... Ya ves. Me envía Mina á Madrid con una comisión en que funda grandes esperanzas, y desde que llego aquí pierdo las pocas esperanzas que traía, porque no hallo sino desanimación y flojedad. Al mismo tiempo, la ilusión más querida de este viaje se ha devanecido como el humo. Yo tenía una hermana, más que hermana amiga, con una amistad pura y entrañable que nadie puede comprender sino ella y yo; una amistad que tiene todo lo santo de la fraternidad y todo lo bueno del amor, sin las tenebrosas ansias de éste. En mi hermana veía yo todo lo que me queda de familia, lo único que me resta de hogar; en ella veía á mi madre y una representación de todos los goces de mi casa, la paz del alma, dichas muy grandes sin mezcla de martirio alguno. Pues bien: llego y mi casa está desierta. Jamás pensé en perderla. Ella, el único sér de quien estaba seguro, vuela también lejos de mí, y se va. ¡Ay, Genara! ¡No puedo decirte cuán sola estaba mi casa! Figúrate todo el universo vacío y sin vida. Ni mi madre, ni Soledad... ¡Qué sepulcro, Dios mío! Así se va quedando mi corazón lo mismo que una gran fosa, todo lleno de muertos... Tú no puedes entender esto, Genara. En tí todo vive. Tu caracter

hace resucitar todas las cosas y eres un sér privilegiado para quien el mundo se dispone siempre del modo más favorable; pero yo...

—Cúlpate á tí mismo—le dije,—y no hables del destino. Te quejas de que tu hermana te haya abandonado, y no recuerdas que has estado mucho tiempo sin escribirle, sin darle noticias de tí, sin decirle ni siquiera: "estoy vivo."

—Es verdad; pero se amparó de mí el estúpido delirio de la guerra. Me sedujo la grandeza de la idea que representaba nuestro ejército al perseguir á los realistas. Sólo veía lo que estaba delante de mis ojos y dentro de mí: el enemigo y los torbellinos de mi cerebro, un ideal de gloriosas victorias que dieran á mi país lo que no tiene. Ya sabes que yo me equivoco siempre. Lo extraño es que conociendo mi torpeza me empeñe en andar hacia adelante como los demás hombres, en vez de estar-me quieto como las estatuas... Ahora todo lo veo destrozado, caído y hecho pedazos por mis propias manos, como el que entra en un cuarto oscuro y lleno de preciosidades y á ciegas tropieza y lo rompe todo. En Cataluña desengaños, en Madrid más desengaños todavía; un gran vacío del entendimiento y otro más grande del corazón. Parece que la realidad de mis ideas es un ave que se asusta de mis pasos y levanta el vuelo cuando me acerco á ella. ¡Maldita persona la mía!

Debía enojarme de tales palabras, porque, según ellas, yo no era nada. Pero no me mostré ofendida y solamente dije:

—Si al llegar encuentras todo solo y vacío, no es porque las cosas vuelen antes de tiempo, sino porque tú llegas siempre tarde.

—También es verdad. Llego siempre tarde. Ya ves lo que me ha pasado ahora—dijo con el mayor desaliento. Se le antoja al general Mina enviarme aquí cuando todo está perdido. Pero él no contaba con la rapidez de este desmoronamiento, no contaba con la retirada de Ballesteros sin combatir, ni con la defección de La Bisbal. Mina tiene la desgracia de creer que todos son valientes y leales como él.

—¿La defección de La Bisbal? De modo que ya... No creí que fuera tan pronto. El conde acostumbra preparar con cierto arte sus arrepentimientos.

—No se dice públicamente; pero es seguro que ya está en tratos con los franceses para capitular. Me lo ha dicho Campos, que olfatea los sucesos. De mañana á pasado el aborrecido estandarte negro ondeará en Madrid. ¿Á qué he venido yo? No parece sino que he venido á izarlo yo mismo.

—Pues no hagas caso de los masones ni de la guerra, ni de la Cons-

titución —le dije. —¿Para qué te empeñas en cosas imposibles? ¿Por qué desprecias lo que tienes y buscas fantasmas vanos?

Él me miró comprendiendo mi intención. Su mirada no indicaba desafecto; pero me era imposible vencer su tristeza. Acompañóme á cenar, y mis alardes de humor festivo, mi cháchara y las delicadas atenciones que con él tuve no lograron disipar las nubes sombrías que ennegrecían su alma. También la mía se encapotaba lentamente, cayendo en hondas tristezas, porque acostumbrada á verse señora de los sentimientos de aquel hombre, padecía mucho al considerar perdido su amoroso dominio y esa tiranía dulcísima que al mismo tiempo embelesa al amo y al esclavo.

Pero aún conservaba yo gran parte de mi prestigio. Vencí, aunque sin poder conseguir la tranquilidad que acompaña á los triunfos completos; porque descubrí en su complacencia algo de forzado y violento. Parecía que al corresponder á mi leal cariño, lo hacía más bien por delicadeza y por deber que por verdadera inclinación. Esto me atormentó toda la noche, quitándome el sueño. Cuando pude dormir, la imagen de la pobre huérfana que recorría media España buscando á su hermano, á su amante ó lo que fuera, se me presentó para atormentarme más. ¡Ay! ¡qué terrible es haber cometido una gran falta sin éxito!

La visión de la mujer errante no se quitaba de mi imaginación. Pero yo entonces, creyéndome menos amada de lo que mi frenética ambición de amor exigía; pensando que me habían vencido ajenos recuerdos y vaguedades sentimentales referentes á otra persona, me gozaba con fiera crueldad en la desolación de la hermana viajera.

—¡Bien—le decía,—corre tras él, corre hoy y mañana y siempre, para no encontrarle al fin!... Muy bien, hipocritona, ¡¡me alegro, me alegro!!







## XX

**C**AMPOS entró en casa al día siguiente muy temprano. Ya he dicho que este masón era amigo muy constante de la familia con quien yo vivía, un matrimonio alavés, de edad madura y sin hijos, extraño por lo general á las pasiones políticas, aunque la señora, como buena vascongada, se inclinaba al absolutismo. Campos entró gritando:

—¡Ya nos la ha pegado ese tunante!

Al punto comprendí lo que quería expresar.

—La Bisbal ha capitulado, ¿no es eso?—le dije.—¡Qué noticia! Ya lo suponíamos.

—Pero al menos, señora, al menos...—manifestó Campos con afán.—Las formas, es preciso guardar ciertas formas... Todos estamos dispuestos á capitular, porque no es posible vivir en lucha con la general corriente, ni con la Europa entera; pero... pero...

—¿Y qué ha hecho La Bisbal?

—Dar un manifiesto...

—Ya lo suponía: es el hombre de los manifiestos.

—Un manifiesto en que dice que sí y que no, y que tira y afloja, y que blanco y que negro... en fin, un manifiesto de La Bisbal. Después ha entregado el mando al marqués de Castellidosrius y ha desaparecido. El ejército está desmoralizado. La mayor parte de los soldados se van á donde les da la gana, y aquí nos tiene usted como el 3 de Diciembre de 1808, en poder de los franceses... ¿Vamos á ver, qué hace ahora un hombre honrado como yo? ¿Qué hacen ahora los hombres que no se han metido en nada, que desde su campo defendieron siempre el orden y las conveniencias?...

Yo hacía esfuerzos para contener la risa. La zozobra del masón en momentos de tanto apuro y su afán por presentarse como hombre de orden ofrecían un cuadro tan gracioso como interesante.

—¿De modo que ya se acabó la Constitución?—dijo la señora de Sarracha, elevando majestuosamente las manos al cielo, como en acción de gracias.—Pues ahora habrá perdón general. Se reconciliarán todos los españoles, dándose fraternales abrazos y amparándose bajo el manto amoroso del Rey.

Yo me eché á reir.

—No es mal perdón el que nos aguarda—dijo Campos con detestable humor.—¡Bonito manto nos amparará! Ya se ha alborotado la gentuza de los barrios bajos, y las caras siniestras, las manos negras y rapaces, los trabucos y las navajas van apareciendo. Nada, nada. Tendremos escenas de luto y de ignominia, otro 10 de Mayo de 1814.

—¿Será posible? Pues me parece que efectivamente hay algo de alboroto en la calle—dijo mi amiga asomándose al balcón.

Vivíamos en la calle de Toledo, que es la arteria por donde la emponzoñada sangre sube al cerebro de la villa de Madrid en los días de fiebre. Cruzaban la calle gentes del pueblo en actitud poco tranquilizadora. Al poco rato oímos gritar: “¡viva la religión!” “¡vivan las caenas!”

Fué aquella la primera vez de mi vida que oí tal grito, y confieso que me horrorizó.

Campos no quiso asomarse porque le enfurecían los desahogos de la plebe (mayormente cuando chillaba en contra de los liberales), y seguía diciendo:

—Veremos cómo tratan ahora á los hombres honrados que han defendido el orden, que han procurado siempre contener al democratismo y á la demagogia.

No pude vencer mi natural inclinación á las burlas, y le dije:

--Sr. Campos, no doy cuatro cuartos por su pellejo de usted.

--Ni yo tampoco —me respondió riendo.

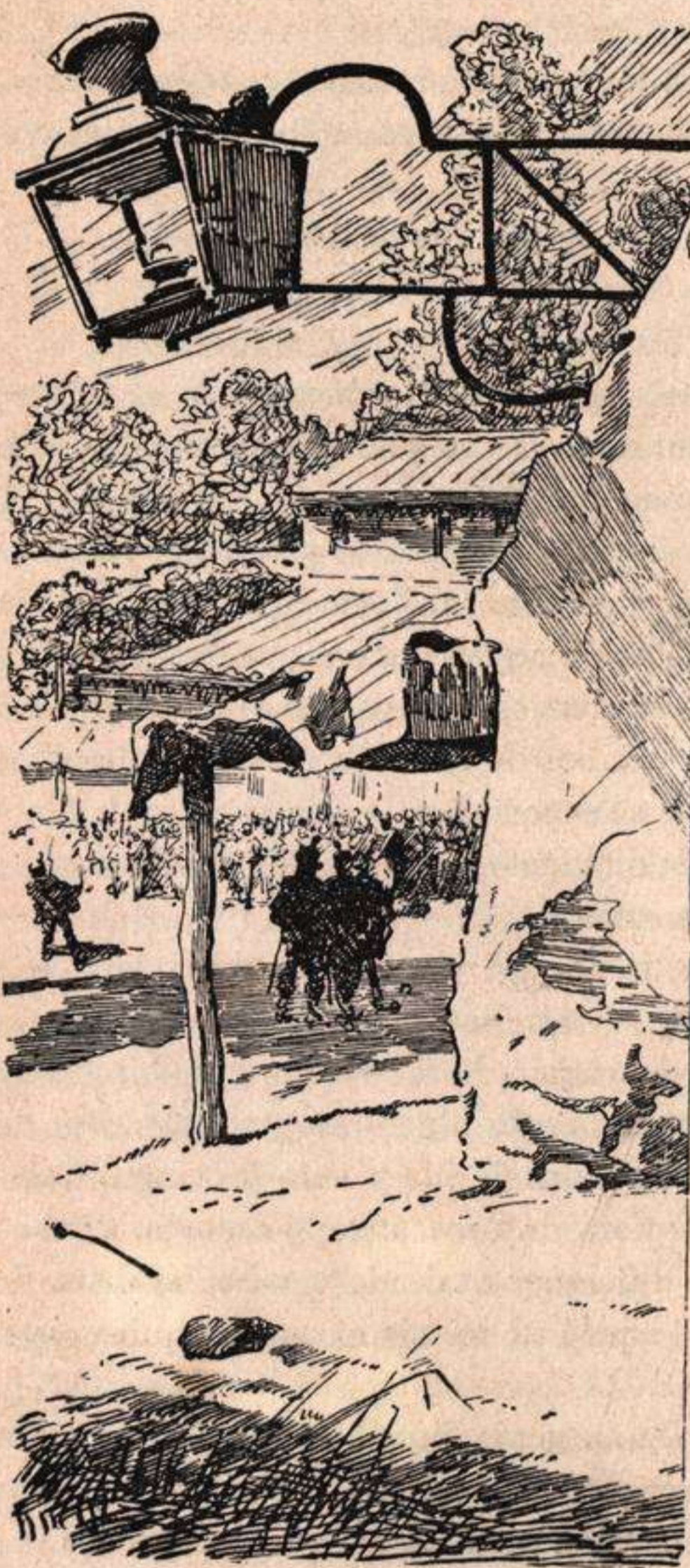
Él, en medio de su descontento, esperaba filosóficamente el fin, seguro de sobrenadar tarde ó temprano en el piélago absolutista. Era además hombre de tanto valor como osadía.

La gente de los barrios bajos siguió alborotando todo el día. Moviése la tropa para mantener el orden, y el general Zayas, que mandaba en Madrid y había firmado la capitulación aquella misma mañana con los franceses, parecía dispuesto á ametrallar sin compasión á la canalla. En gran zozobra vivíamos todos los vecinos de la Villa, porque se hablaba de saqueo y de la aproximación de las partidas de Bessieres, el infante aventurero, que defendiendo el despotismo quería lograr lo que no pudo conseguir combatiendo por la república.

Pero la principal causa de mi inquietud era no ver á mi lado á la persona que más me interesaba en aquellos días. Le esperé toda la mañana y toda la tarde, y como á ninguna hora parecía y había hecho promesa de visitarme, creí que le pasaba algo desagradable. Por la noche no pude refrenar mi ardorosa impaciencia y volé á su casa. Tampoco estaba en ella, y el anciano portero y maestro de escuela, armado de fusil en medio de la portería, furioso y exaltado, cual si acabara de escaparse de un manicomio, me inspiró tanto miedo que no quise esperar allí.

Pasé la noche en un estado de angustia horrible. Corrían rumores de que al día siguiente habría saqueo, prisiones, muertes y escandalosas escenas. Se decía que los liberales más señalados eran perseguidos por las calles como perros rabiosos y apedreadas sus casas. Yo no podía vivir. Al amanecer del otro día, que era el 20 de Mayo, busqué á Salvador en diversos puntos y tampoco le pude encontrar. Antes de volver á casa ví movimiento de tropas en la Puerta del Sol y me dijeron que Bessieres había aparecido con sus cuadrillas, que yo llamaba de *asesinos*

*de la Fe*, por detrás del Retiro, amenazando entrar en Madrid. La plebe de los barrios bajos se le había reunido, y como hambrientos perros, aullaban mirando á la Corte, con ansias de devorarla. Todo Madrid es-



taba aterrado, y yo más que nadie, no por el temor del saqueo, sino por la sospecha de que la persona más cara á mi corazón hubiera sido víctima

del furor de la plebe.

Esperé también todo aquel día. Campos entró á darnos noticias de lo que pasaba. Oíamos cañonazos lejanos, y á cada instante creíamos ver llegar y difundirse por las calles á la desenfrenada turba soez, ébria de sangre y de pillaje. Pero Dios no quiso que en aquel día triunfaran los malvados. El general Zayas destrozó á los *asesinos de la Fe*, acuchillando á los chisperos y mujerzuelas que graznaban entre ellos. La plebe aterrada volvió á sus oscuras guaridas, y mucha gente mala huyó á los campos, aguardando á poder entrar con los

franceses. Desde que supimos el gran peligro á que habíamos estado expuestos los habitantes de Madrid, todos deseábamos que llegasen de una vez los cien mil hijos de San Luis, para que, estableciendo un Gobierno regular, contuvieran á la canalla azuzada por los realistas furibundos.

Al fin salí de la angustia que me atormentaba. En la mañana del día 21, el prófugo, por quien yo había derramado tantas lágrimas, se presentó delante de mí en estado bastante lastimoso, desencajado y lleno de contusiones, con los ojos encendidos, seca la boca, cubierta de sudor la hermosa frente, rotos y llenos de polvo los vestidos.

Al punto comprendí que había sido maltratado por las feroces bestias populares. No le dije nada, y me apresuré á cuidarle, proporcionándole alimento y reposo. Él me miraba con extraviados ojos. Apretando los puños exclamó:

—¿Has visto á la canalla?

Necesitaba sosiego, y por todos los medios procuré tranquilizarle.

—No pienses más en eso—le dije,—y regocíjate ahora en la paz de mi compañía y en esta dulce soledad en que estamos.

—¡No puedo, no puedo!—exclamó con gran agitación.

Y después repetía:

—¿Has visto á la canalla? ¡Pero qué canalla es la canalla!

Más tarde me contó que se había visto en gran peligro, porque al salir de un sitio en que estaban reunidas varias personas contrarias al despotismo, fué acometido, pudiendo salvar á duras penas la vida gracias á su energía y al coraje con que se defendió.

Su estado febril inspiróme bastante ansiedad aquella noche que pasó en mi casa; pero á la mañana siguiente su prodigiosa naturaleza había triunfado de la ebullición de la sangre irritada.

—No puedo ir á mi casa—me dijo,—y aun será peligroso que salga á la calle; pero yo necesito disponer mi viaje.

—¿Vuelves al Norte?

—No; tengo que ir á Sevilla, donde está lo que queda de Gobierno liberal. No tengo ya ni un resto siquiera de esperanza; pero es preciso que cumpla fielmente la comisión del general Mina, y vaya hasta las últimas extremidades, para que me quede al menos el consuelo de haberlo intentado todo y para que se pueda decir esta verdad terrible: “No hubo un solo liberal en España que supiera cumplir con su deber.”

—Pues si vas á Andalucía iré contigo—dije con mucho gozo, regocijándome ya con la idea de acompañarle y huir de Madrid, pueblo que tanto alarmaba á mi conciencia.

—El viaje no será facil—respondió sin demostrar grande entusiasmo por mi compañía,—mayormente para una señora.

—Para mí todo es facil—afirmé.

—No se encontrarán carruajes.

- Como rueda el dinero, rodarán los coches.
- La policía vigilará la salida de los liberales.
- No importa.

Sin pérdida de tiempo empecé á hacer diligencias para nuestro viaje. Ningún propietario de coches quería arriesgar su material y sus caballerías, porque los facciosos se apoderaban de ellas. No me acobardé sin embargo, y seguí mis pesquisas. Campos también deseaba proporcionar á mi amigo facil escapatoria.

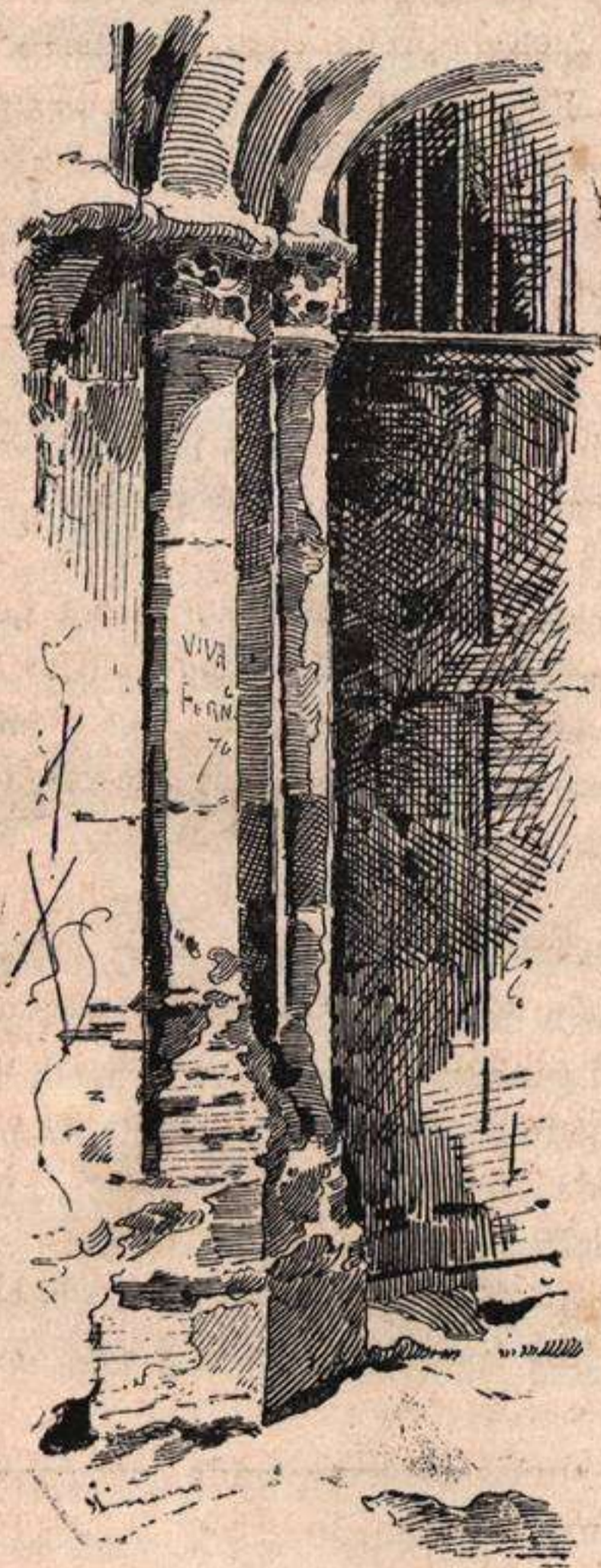
La entrada de los franceses, que se verificó el día 23, me dió alguna

esperanza; mas por desgracia entre las fuerzas de vanguardia no venía el conde de Montguyon. Ví en cambio muchos guerrilleros del Norte, de fiero aspecto, y temblé de pavor, deseando entonces más vivamente huir de la Corte.

¡Y qué desorden en los primeros momentos de aquel día! Por mucha prisa que se dieron los franceses á establecerse, no lograron impedir mil excesos.

Hombres, cuyo furor había sido pagado, corrían por las calles celebrando entre borracheras el horrible carnaval del despotismo. Rompían á pedradas los cristales, trazaban cruces en las puertas de las casas donde vivían liberales, como señal de futuras matanzas; escarneaban á todo el que no era conocido por su exaltación absolutista; gritaban como locos, maldiciendo la libertad y la Nación. No escapaban de sus groserías las personas indiferentes á la política, porque era preciso haber sido perro de presa del absolutismo para obtener perdón. Algunos frailes de los que más habían escandalizado

en el púlpito con sus sermones sanguinarios eran llevados en triunfo.



Yo salía de misa de San Isidro, y me ví insultada y seguida por una turba de mujerzuelas feroces, sólo porque llevaba un lazo verde. El color verde era ya el color de la ignominia, como emblema del liberalismo, que tantas veces había escrito sobre él *Constitución ó muerte*. Ví maltratar á un joven de buen porte, sólo porque usaba bigote, y desde aquel día fué el tal adorno de las varoniles caras señal de francmasonismo y de extranjería filosófica.

Quien vió una vez tales escenas no puede olvidarlas. Mis ideas habían cambiado mucho desde mi viaje á Francia. Conservando el mismo respeto al Trono y al Gobierno fuerte, había perdido el entusiasmo realista. Pero en aquel día tristísimo aprendí muchas cosas, se desvanecieron en mi cabeza no pocos fantasmas, y aunque seguí creyendo que uno solo gobierna mejor que doscientos, el absolutismo popular me inspiró un aborrecimiento y repugnancia indecibles.

No había concluido de referir en mi casa el gran peligro que había corrido por llevar un lazo verde, cuando entró Campos. Traía semblante muy alegre.

—Ya está resuelta la cuestión de tu viaje dijo á Salvador.—Esta noche puedes marchar, si quieres.

—¿Cómo?—preguntamos él y yo.

—De un modo tan sencillo como seguro. El marqués de Falfan de los Godos (\*) había pensado marchar á Andalucía... Como la pobre Andrea está tan delicada... En fin, se han decidido á salir esta noche. Tienen silla de postas propia. Al punto me he acordado de tí. Falfan de los Godos tiene gusto en llevarte y se alegra mucho de tu compañía.

—Eso no puede ser—dije vivamente, saliendo al encuentro de aquella proposición con verdadera furia, que trataba de disimular.

—¿Por qué no ha de poder ser, señora mía?—dijo Campos.—En la silla de postas irán cómoda y seguramente el marqués, mi sobrina con su hijo, la doncella y dos criados que seremos nosotros, Salvador y yo. Perfectísimamente.

El taimado masón se restregaba las manos en señal de regocijo.

—Me parece una excente idea—dijo Monsalud mirándome.—¿No crees tú lo mismo?

Yo no contesté nada. Estaba furiosa. El debió comprender en mis ojos la tempestad que se había desatado en mi corazón; pero no por conocerlo se apresuró á conjurarla. Antes bien, ccupóse de disponer su

---

(\*) Véase *El Grande Orient*:

viaje con una calma, con una indiferencia hacia mí que me irritaron más. Mi dignidad me impedía pedir un puesto en aquel coche que se iba á llevar la mitad de mi alma. La misma dignidad me impedía recordarle nuestro dulce propósito de ir juntos. Encerréme breve rato en mi cuarto para que nadie conociese la alteración nerviosa que me sacudía, y con los dientes hice pedazos un pañuelo inocente. Mis ojos secos é inflamados no podían dar salida á la angustia de mi corazón, derramando una sola lágrima.

Cuando me presenté de nuevo, mi apariencia no podía ser más tranquila. Afectaba naturalidad y hasta alegría; tanta era la fuerza de mi disimulo, cuando yo llamaba todas las fuerzas de la voluntad para difundir aquella máscara de hierro, bajo la cual escondía mi verdadero semblante lleno de luto y consternación. ¡Qué padecimiento tan grande! ¿Cómo no, si Salvador mismo me había contado toda la historia de sus relaciones con Andrea Campos, después marquesa de Falfan de los Godos? Yo la había tratado bastante después de ser marquesa. La admirable hermosura de la americanilla, representándose en mi imaginación, me la quemaba como un hierro abrasado.

Tuve valor para verles partir. Ví á la sobrina de Campos subir al coche, haciéndose la interesante con su languidez de dama enfermita; ví al viejo marqués engomado y lustroso, como un muñeco que acaba de salir del taller de juguetes; ví á Salvador tomando en brazos y besando con el mayor gusto al niño de la marquesa... no quise ver. ¡El coche partió!... ¡Se fueron!...





## XXI



Se fueron y yo me quedé. Las lágrimas que antes no habían querido salir de mis ojos brotaron á raudales, abrasándome las mejillas. No podía dejar de pensar en la hipocritona, que corría por los campos desiertos, lanzada por mí al interminable viaje de la desesperación; pero lejos de tenerle lástima, aquel recuerdo avivaba mi hondo furor, haciéndome exclamar:—¡Me alegro, mil veces me alegro!

¡Cuán grande había sido mi castigo! Para que éste fuera más evidente, fuí condenada por Dios al mismo tormento de correr buscando á una persona amada, al martirio indescriptible de correr un día y otro día como el que huye de su sombra, siempre impaciente, siempre anhelante, precipitada siempre de la esperanza al desengaño y del desengaño á una nueva esperanza. Porque sí, yo emprendí también el viaje á Andalucía tres días después. Estaba en la alternativa de morir de despecho ó correr también. Hubo en mí desde aquel día algo de la maldición espantosa que pesaba sobre el Judío Errante, y me sentí como arrastrada por la fuerza de un huracán.

¡Ay! el huracán estaba dentro de mí misma, en mi despecho, en mis celos, en un loco deseo de no hallarme lejos de dos personas, cuya imagen ni un solo instante se apartaba de mi pensamiento. Si mis lectores me han conocido ya por lo que va contado de mi borrascosa vida, comprenderán que yo no podía quedarme en Madrid. Mi caracter me lanzaba fuera como la pólvora lanza la bala.

Partí... Pero antes debo decir cómo pude conseguir los medios para ello. Mi primer paso fué recurrir á Eguía; mas desde la entrada de los franceses le habían arrinconado como trasto viejo, y una Regencia fresca y lozana funcionaba en su lugar. Nombróla Angulema de acuerdo

con el Consejo de Estado, y la componían los duques del Infantado y de Montemart, el barón de Eroles, el obispo de Osma y D. Antonio Gomez Calderón. Secretario de ella era el venenoso Calomarde, al cual me dirigí solicitando un pase y licencia para el uso de coche-posta. Recibiómeme tan friamente y con tanta soberbia é hinchazón, que no pude menos de recordar al Don Soplado del poeta sainetero D. Ramón de la Cruz.

Le desprecié como merecía y recurrí á D. Víctor Saez, nombrado Ministro de Estado; pero éste me recordó á la rana, cuando quiso parecerse al buey. Tuvo el mal gusto de echarme en cara mi supuesta conversión al constitucionalismo y á la Carta francesa, diciendo mil necesidades presuntuosas y aun amenazándome. Su fatuidad, semejante á la del pavo cuando se sopla y arrastra las alas para meter ruido, me hizo reír en sus propias barbas. El único que se me mostró algo propicio fué Erro, hombre honrado y modesto. Pero nada positivo saqué de la flameante situación, que daba pruebas de su agudeza política volviendo las cosas *al propio ser y estado que tenían en 7 de Marzo de 1810*, restableciendo los antiguos Consejos y la Sala de Alcaldes de Casa y Corte. Era esto volver á los tontillos, al guarda-infante y al pelo empolvado.

Por mi ventura llegó á Madrid el conde de Montguyon. Le ví; hizo-me la centésima declaración de amor y luego con semblante dolorido me dijo:

—Soy muy desgraciado, señora, en no poder estar cerca de vos. Tengo que partir con el general Bourdesoulle para esa poética región que llaman la Mancha, idealizada por las aventuras del gran caballero.

Entonces le manifesté que si me proporcionaba los medios de hacer el viaje, poniendo yo por mi cuenta todos los gastos, le seguiría á aquel encantado país que hizo célebre el gran caballero. Al oír esto, se volvió todo obsequios, y tres días después tenía yo á mi disposición una silla de postas con caballos del cuartel general de Bourdesoulle y un pase que me aseguraba el respeto de las turbas por todo el tránsito que iba á recorrer.

Salí al fin de Madrid acompañada de mi doncella. Salí como el agua de una exclusiva cuando se le abren las compuertas que la sujetan. Yo no veía bastante llanura por donde correr; en ningún momento me parecía que andaba bastante mi coche; enfadábame el cansancio de las mulas, la pesadez de los mesoneros y la flema del mayoral, que se ponía siempre de parte de las caballerías en mi febril contienda con el tiempo y la distancia.

En los pueblos por donde rápidamente pasaba, ví escenas que me

causaron tanta indignación como vergüenza. En Ocaña habían quitado las imágenes que adornaban el ángulo de algunas calles, poniendo en su lugar el retrato de Fernando, entre cirios y ramos de flores, y debajo la piadosa inscripción: "¡Vivan las caenas!". En Tembleque presencié el acto solemne de arrojar al pilón donde bebían las mulas, á dos ó tres liberales y otros tantos milicianos. En Madrideojos tuve miedo, porque una turba que invadía el camino cantando coplas tan disparatadas como obscenas, quiso detenerme, fundada en que el mayoral había tocado con su látigo el estandarte realista que llevaba un fraile. Necesité mostrar mucha serenidad, y aun derramar algún dinero para que no me causasen daño; pero no pude seguir hasta que no llegaron á aquel ilustrado pueblo las avanzadas de la caballería francesa.

En Puerto Lápice se rompió una ballesta de mi coche, ocasionándome una detención de dos días. Las horas eran siglos para mí. Me quemaba la tierra bajo los piés. Yo hubiera deseado poseer la autoridad de una reina asiática para vencer tantas dificultades, atando á los hombres al pescante de mi coche. La desproporción enorme entre mi impetuoso anhelo y los medios materiales de que disponía, me llevaron á un lamentable estado nervioso que de ningún modo podía calmar. Únicamente logré un poco de alivio á aquel penoso hervor de mi caracter empleando un medio bastante pueril, pero que no parecerá muy absurdo á las mujeres que se me asemejan. Consistía en tomar el látigo del mayoral y ponerme á descargar furiosos latigazos sobre los robles del camino en Sierra Morena y sobre los olivos de Andalucía.

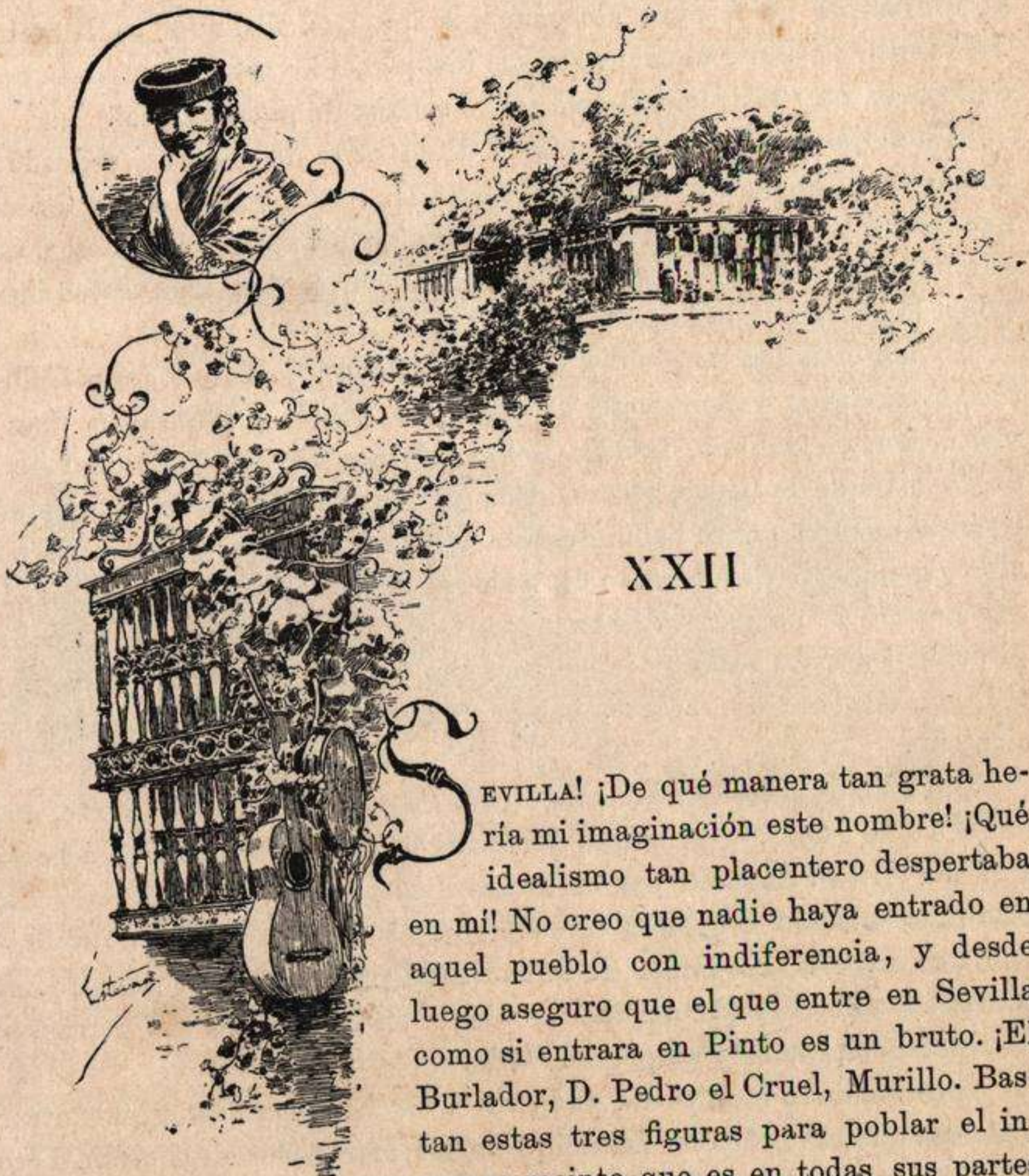
En Sierra Morena hallé nuevos obstáculos. Allí había una especie de ejército español, mandado por una especie de general, que tenía el encargo de hacer una especie de resistencia á las tropas de Bourdesoulle. Dios había decidido que no hubiese otro Bailén en la historia, y los inocentes que creían en un nuevo 19 de Julio de 1808 se llevaron gran chasco. ¡Parece mentira! Quince años después los papeles de aquel drama habían cambiado. Los personajes eran los mismos. Creeríase que habían resucitado los muertos de la gloriosa época, pero que al vestirse se habían equivocado de uniforme.

En pocas horas fué desbaratado Plasencia (pues así se llamaba el general que defendía la puerta de Andalucía), y los franceses pisaron el glorioso campo de las Navas de Tolosa, de Menjíbar y de Bailén. Menos afortunada yo, fui otra vez detenida; y ahora el conde de Montguyon, á quien Bourdesoulle mandó situarse en Guarromán, mostró muy poco interés porque yo siguiera adelante. Con todo, tales artes usé y de tal

modo supe sacar partido de su caballería andante, que me libré de él engañándole lindamente. Por fin, el 6 de Junio entré en Córdoba, donde no me detuve más que lo preciso.

El 9 por la tarde ví á lo lejos una inmensa mole rojiza que iluminaban los rayos del moribundo sol. Ante mí se extendían hermosas llanadas de trigo, como un campo de oro, cuya reverberación amarilla ofendía los ojos. Yo no había visto un cielo más alegre, ni un ambiente más respirable y que más embelesase los sentidos, ni un crepúsculo más delicioso. La enorme torre que se destacaba á lo lejos sobre apretado caserío, y entre otras mil torres más pequeñas, iba creciendo á medida que yo me acercaba y parecía venir á mi encuentro con gigantesco paso. La torre era la Giralda y la ciudad de Sevilla.





## XXII

SEVILLA! ¡De qué manera tan grata hería mi imaginación este nombre! ¡Qué idealismo tan placentero despertaba en mí! No creo que nadie haya entrado en aquel pueblo con indiferencia, y desde luego aseguro que el que entre en Sevilla como si entrara en Pinto es un bruto. ¡El Burlador, D. Pedro el Cruel, Murillo. Bastan estas tres figuras para poblar el inmenso recinto que es en todas sus partes teatro de la novela y el drama, lienzo y marco de la pintura. ¡Y hasta las pinturas sagradas son allí voluptuosas! Para que nada le falte, hasta tiene á Manolito Gazquez, cuyas hipérbolas graciosas han dado la vuelta á España, y parece que forman la base de la riqueza anecdótica nacional.

En Sevilla la noche y el día se disputan á cuál es más bello; pero cuando llega el rigor del verano, vence irremisiblemente la noche, asumiendo todos los encantos de la Naturaleza y de la poesía. Para ella son los delicados aromas de jazmines y rosas; para ella el picante rumor de las conversaciones amorosas; para ella la dulce tibieza de un ambiente

que recrea y enamora, las quejumbrosas guitarras que expresan todo aquello á que no pueden alcanzar las lenguas. Cuando yo llegué se dejó sentir bastante el calor, sin ser insoportable; pero las noches eran deliciosas, un paraiso en el cual no se echaba de menos el sol.

Me alojé en una hermosa posada de la calle de Génova, y desde la noche de mi llegada ví á muchos diputados que moraban allí y á otros que iban á visitarles. Aquello era un hervidero de gente habladora, una olla puesta al fuego. Sus agitadas disputas, sus gestos, sus furoros indicaban la gravedad de la situación.

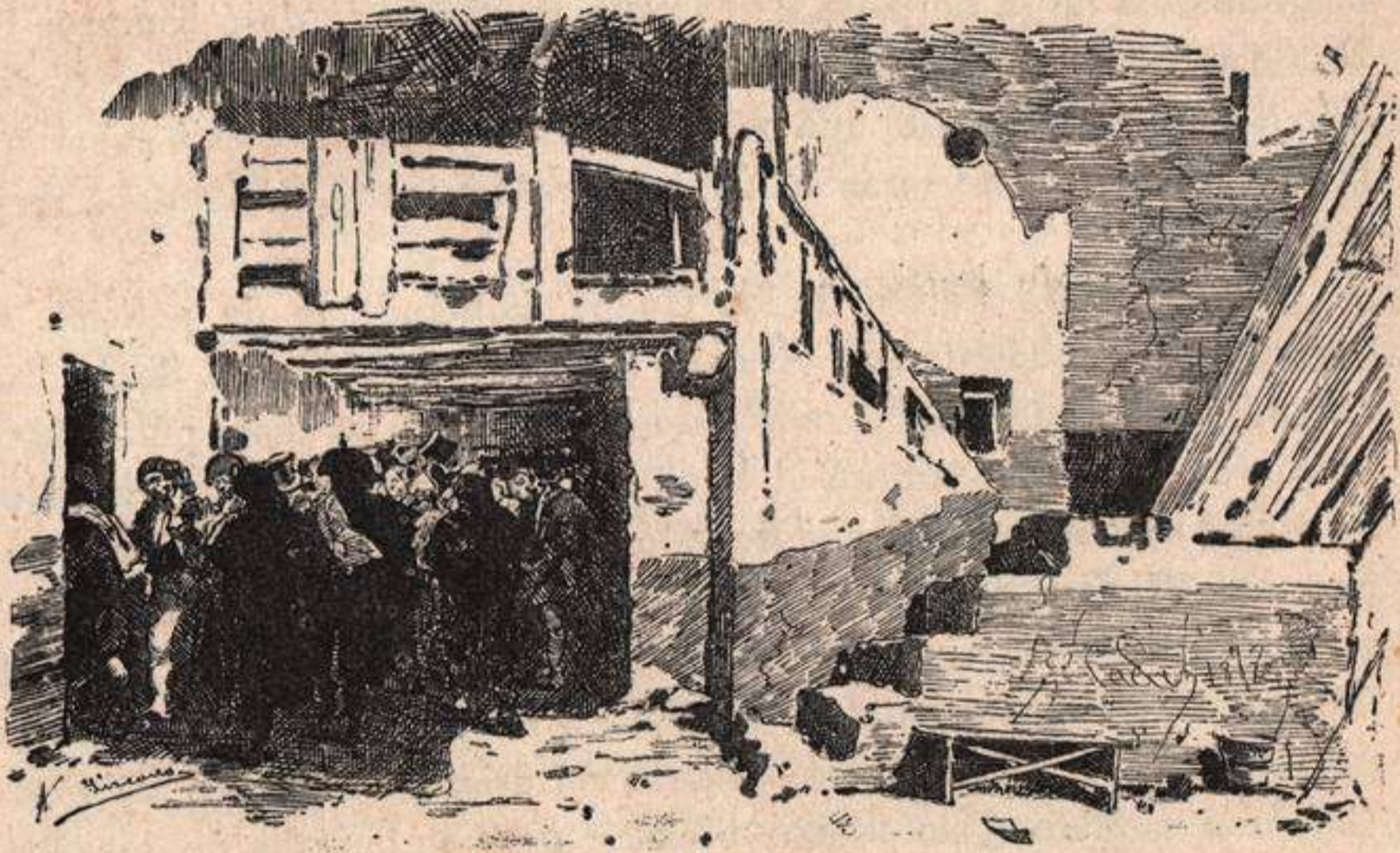
Vivían conmigo Argüelles, Canga Argüelles, Salvato, Florez Calderón, el canónigo Villanueva y D. Cayetano Valdés el almirante. Iban á visitar á éstos Galiano, Istúriz, Beltrán de Lis, D. Angel de Saavedra, después duque de Rivas, y otros. Con algunos de ellos tenía yo amistad. Oyéndoles supe que se había descubierto una conspiración tramada por cierto general inglés llamado Downie, el mismo que había organizado una partida de combatientes en la guerra de la Independencia. La conspiración debió de ser muy inocente como todas las de aquel tiempo, y todo en ella fué de sainete, hasta el descubrimiento, hecho por un cirujano.

Tan sólo descansé en la noche de mi llegada, y el día siguiente, que era el 10 de Junio, dí principio á mis investigaciones, saliendo á hacer algunas visitas. Al pasar por las calles más principales experimentaba profunda emoción creyendo ver semblantes conocidos. Yo no sé qué había en aquella fisonomía de la multitud para turbarme tanto; pero esto pasa cuando lo que amamos se pierde en las oleadas del gentío, al cual presta su rostro y su persona toda.

Aprovechando bien el día pude ver á muchas personas y encontrar á alguna que me indicó el domicilio de los marqueses de Falfán. Este era el principal objeto de mis impacientes ansias. Pero en aquel día 10 de Junio precursor de una de las fechas más célebres de nuestra historia, nadie hablaba de otra cosa que de política, de la resistencia, del Rey á trasladarse á Cádiz y del empeño de los Ministros en llevárselo de grado ó por fuerza. Advertí entonces que no era Sevilla población muy liberal, y que en la contienda entablada, la mayoría de los paisanos de Manolito Gazquez se ponían de parte del Rey. Por un fenómeno extraño, la aristocracia aparecía más enemiga del absolutismo que el pueblo; pero esto no me causaba sorpresa por haber observado el mismo contrasentido en Madrid.

No pudiendo refrenar mi impaciencia, aquella misma noche fui á

casa del marqués de Falfán. Las visitas de noche son sumamente agradables en verano y en aquel país, contribuyendo á ello los frescos patios trocados en salones de tertulia. Nadie puede, sin haber visto estos agradables recintos, formar idea de ellos y del hermoso conjunto que presentan las plantas, la fuente de mármol con su murmurante surtidor,



los espejos, los cuadros al mismo tiempo iluminados por las bujías y por el rayo de luna que penetra burlando el toldo, la dulce cháchara de las conversaciones, más dulce á causa del gracioso ceceo bético, y por último, las lindas andaluzas que alegrarían un cementerio, cuanto más un patio de Sevilla.

Había pocas personas en casa de Falfán. Encontré á la marquesa muy desmejorada y triste en gran manera, lo cual no sé si me causó pena ó alegría. Creo que ambas cosas á la vez. Yo justifiqué mi viaje á Sevilla, suponiendo asuntos de intereses, y no me atreví á preguntar por él ni siquiera á nombrarle para que mi afectada indiferencia alejara todo recelo. Tenía esperanza de verle entrar en el patio cuando menos lo pensase, y me preparaba para no turbarme en el momento de su aparición. Cualquier ruido de la puerta me hacía temblar, dándome los escalofríos propios de la pasión en acecho.

Sin que me esté mal el decirlo, y poniendo la verdad por delante de todo, aun de la modestia, yo estaba guapísima aquella noche, vestida al estilo de Paris con una elegancia superior á cuanto veían mis ojos.

Harto me lo probaban los de los caballeros allí presentes, que no se apartaban de mí, causando envidia á todas. Como los andaluces no son cortos de genio, aquella noche recibí galanterías y donaires para el año entero.

Mi afán consistía en sacar alguna luz, algún dato, alguna noticia, de mi conversación con la marquesa de Falfán; pero fuese discreción suma ó ignorancia de la hermosa dama, ello es que nada dejó comprender. Hablaba lo menos posible, y con sus miradas lo mismo que con el sentido de sus palabras sólo una cosa me decía claramente, es á saber: que me aborrecía de todo corazón. Yo, como más maestra, disimulaba mejor que ella.

El marqués de Falfán de los Godos, hablándome de política, me distrajo de esta batalla que yo daba á la taciturna reserva de Andrea. Las aficiones que yo había mostrado en Madrid á las cosas públicas me perdieron entonces, porque el buen marqués me atacó con verdadera ferocidad de charlatanismo, deseando saber mi opinión sobre sucesos y personas. Mi fastidioso interlocutor era liberal templado, partidario de un justo medio muy justamente mediano, y de las dos Cámaras y del veto absoluto. Había tenido sus repulgos de masón, repetía los dichos de Martínez de la Rosa y era bastante volteriano en asuntos religiosos. Defendía al clero como fuerza política; pero se burlaba de los curas, del Papa y aun del dogma mismo, sin que esto fuera obstáculo para creer en la conveniencia de que hubiese muchos clérigos, muchos obispos, muchísimas misas y hasta Inquisición. En suma: las ideas del marqués eran el capullo de donde, corriendo días, salió la mariposa del partido moderado.

Decir cuánto me mareó aquella noche fuera imposible. Tuve que saber cosas que á la verdad me interesaban poco, por ejemplo: que Calatrava, á la sazón presidente del Ministerio, no era hombre á propósito para las circunstancias; que los masones primitivos ó *descalzos* estaban en gran pugna con los secundarios ó *calzados* y ambos con los comuneros y carbonarios; que los partidarios de San Miguel trabajaban por echarlo todo á perder más de lo que estaba, y que cuando ocurrió el cambio de Ministerio que había llevado al poder á los amigos de Calatrava, se habían vistos cosas muy feas. Exaltándose á medida que entraba en materia, me dijo que él (el marqués de Falfán de los Godos) habría sido Ministro si hubiera querido, cuando se negó á serlo Flores Estrada; pero que no quiso meterse en danzas; que él (el propio marqués) había previsto los terribles sucesos que ya estaban cerca, y que la



ruina del pobre Sistema era ya inminente y segura. Apoyábanle en esto todos los presentes, mientras yo me aburría á mis anchas oyéndole. Era para morir.

Habiendo dicho uno de los tertulios que Su Majestad se negaría resueltamente á salir de Sevilla, el marqués habló así:

—Pues el Gobierno insiste en llevárselo á Cádiz, ¡qué tontería!... y como el Rey insiste en no ir, el Gobierno piensa declararle loco... ¡Loco Su Majestad, señores, el hombre más cuerdo de toda España, el único español que sabe á dónde va y por dónde ha de ir!

Luego, dirigiéndose á mí y como quien habla en secreto, me dijo que Calatrava era un hombre atolondrado; Yandiola, Ministro de Hacienda, una nulidad, y el de la Guerra, Sanchez Salvador, un insensato.

Yo estaba nerviosa á más no poder. Las palabras se me venían á la boca para contestarle de este modo:

—¿Y á mí qué me cuenta usted de todo eso, señor marqués? ¿Qué me importa á mí que Calatrava sea un majadero, Yandiola y Sanchez Salvador dos majaderos y usted más majadero que todos ellos?

Pero con no poco trabajo me contenía. Obligada á decir algo á causa de mi pícara reputación, me complacía en contradecirle, de modo que todo lo que para él era blanco, yo lo veía negro. Á cuantos el marqués denigró yo les supuse talentos desmentidos. En lo relativo á declarar loco á Su Majestad, dije que me parecía el acto más cuerdo y acertado del mundo.

—Pero, señora—me dijo el marqués,—esto equivale á destronar á Su Majestad, porque si le declaran incapacitado para reinar...

—Justamente, señor marqués—repuse.—Le destronan y luego le vuelven á entronizar; le quitan y le ponen, según conviene á las circunstancias. ¿Hay cosa más natural? ¿El Rey no abre y cierra las Córtes? Pues las Córtes abren ó cierran al Rey cuando quieren.

Tomaron á risa, como lo merecían, mis observaciones; pero no por verme tan inclinada á las burlas, cejó Falfán en su fastidioso disertar.

Entonces entró el Príncipe de Anglona, personaje distinguido de la fracción de Martinez de la Rosa y el duque del Parque, cuya vista me causó grande alegría. El Príncipe dijo que al día siguiente habría sesión muy interesante para discutir lo que debiera hacerse en virtud de la negativa del Rey á salir de Sevilla. Yo le pedí una papeleta de tribuna al duque del Parque y ofreció mardármela. Anglona se brindó á llevarme á Palacio. Formando mi plan para el día siguiente, determiné ver á

Su Majestad y asistir á la sesión de las Córtes, encendiendo de este modo una vela á San Miguel y otra al Diablo.

El duque del Parque, cuando no podían oirlo los demás, me dijo con malignidad:

—Mi secretario, á quien usted conoce, le llevará mañana la papeleta para la galería reservada de las Córtes.

Al oír esto parece que se abrieron delante de mí los cielos. Mi alma se llenó de alegría, que á no ser por el gran disimulo que eché sobre ella, como se echa hipocresía sobre un pecado, hubiera sido advertida por la concurrencia. Desde aquel momento todo se trasformó á mis ojos. Cuanto dijo el marqués de Falfán de los Godos lo encontré discreto y agudo y sus majaderías me parecieron prodigios de ingenio y perspicacia política. Á todo le contesté, desplegando verbosidad abundante como en mis mejores tiempos de Madrid, emitiendo juicios picarescos y sentenciosos, juzgando á los personajes con graciosa malevolencia y retratándoles con breves rasgos de caricatura. Desde aquel momento tuve lo que me había faltado en toda la noche, ingenio. Respondí á las galanterías, supe marear á más de cuatro, mortifiqué á la marquesa, alegré la reunión. Al retirarme no dejaba más que tristezas y presentimientos detrás de mí. Yo me llevaba todas las alegrías.





## XXIII

**D**ESDE muy temprano me levanté, pues poco dormí aquella noche. Las noches de Sevilla no parece que son, como las de otras partes, para dormir. Son para soñar en vela... Le aguardaba con tanta impaciencia, que á cada instante salía al balcón, esperando verle entre la multitud que pasaba por la calle de Génova. De repente me anunciaron una visita. Creí verle entrar: salí corriendo; pero mi corazón dió un vuelco quedándose frío y quieto, cual si hubiera tropezado en una pared. Tenía delante al Príncipe de Anglona, un señor muy bueno, un caballero muy simpático, muy atento, pero cuya presencia me contrariaba extraordinariamente en aquel momento.

Venía para llevarme al Alcázar.

—Su Majestad—me dijo,—recibe ahora muy temprano. Anoche le manifesté que estaba usted aquí y me rogó que la llevase á su presencia hoy mismo.

—Yo quise hacer objeciones, pretextando la inusitada hora, pues no habian dado las once; pero nada me valió. Erame imposible resistir á

aquella majadería insoportable que revestía las formas de la más delicada atención. Tampoco podía defenderme con dolor de cabeza, vapores ú otros recursos que tenemos para tales trances. Humillé la frente como víctima expiatoria de las conveniencias sociales, y después de arreglarme dispúseme á aceptar un puesto en la carroza del Príncipe, no sin dejar antes á mi criada instrucciones muy prolijas para que detuviera hasta mi vuelta al que forzosamente había de venir. Partí resuelta á hacer á Su Majestad visita de médico. En aquella ocasión deploré por primera vez que existieran Reyes en el mundo.

Poca es la distancia que hay de la calle de Génova al Alcázar. Antes de las doce estaba yo en la Cámara de Su Majestad, y salía gozoso á saludarme el descendiente de cien Reyes, pegado á su regia nariz. No parecía nada contento; pero mostró mucho placer en verme, dándome á besar su mano y rogándome que me sentase á su lado. Tanta bondad, que á cualquiera habría ensoberbecido, á mí me hizo muy poca gracia, y menos cuando con sus preguntas daba á entender que la visita sería larga.

Fernando quiso saber por mí muchas particularidades de la entrada de los franceses en Madrid, de la defección de La Bisbal en Somosierra y de la derrota de Plasencia en Despeñaperros. Yo contesté á todo, cuidando de la brevedad más que de otra cosa, y fingiéndome ignorante de varios hechos que sabía perfectamente; pero ninguna de estas estratagemas me valía, porque Fernando VII, que en el preguntar había sido siempre absoluto, no se hartaba nunca de oír contar cada paso del ejército francés; y como, además de mis palabras, le recreaba bastante, como he dicho en otra ocasión, la boca que las decía, de aquí que no llevara camino de saciar en muchas horas la curiosidad de su entendimiento y la concupiscencia de sus voraces ojos.

—¡Ay! ¡Qué felices son las repúblicas!—pensé.—Al menos, en ellas no hay Reyes pesados y preguntones que quieran saber noticias de la guerra á costa de la felicidad de sus súbditos.

Yo le miraba, haciendo esfuerzos héroicos para disimular mi descontento. Al responderle, decía en mi interior:

—Me alegraría de que te encerraran en una jaula como loco rematado.

Él entonces, sin indicios de conocer mi cansancio, hablóme así con cierto tono de confianza:

—Se empeñan en que me han de llevar á Cádiz, y yo me empeño en no salir de Sevilla. Veremos si se atreven á llevarme á la fuerza ó si yo cedo al fin.

—No se atreverán, señor.

—Ellos saben—continuó,—que en Cádiz hay una terrible epidemia; pero eso no les importa. ¡Á Cádiz de cabeza! ¿Nada importa, señores diputados, que yo y toda la real familia nos exponamos á perecer?... Veremos lo que decide el Consejo...

—Decidirá lo más conveniente.

—Yo les digo á esos señores: ¿Creen ustedes posible resistir á los franceses? No. Pues si al fin se ha de capitular, ¿no es mejor hacerlo en Sevilla?

—Admirable raciocinio, señor.

—Nada, á Cádiz, á Cádiz, y entre tanto ni coches para el viaje, ni recursos...

Parecía mortificado por dos ó tres ideas fijas, que agitadamente se sucedían en su mente y se enlazaban formando esa dolorosa serie de vibrantes círculos cerebrales, que si no producen la locura, la imitan. Me fué preciso, en vista de tanta pesadez, fingirme enferma y pedirle permiso para retirarme. Él entonces, ¡oh fiero y descomunal tirano! se empeñó en que me quedase en el Alcázar, donde se me prepararía habitación conveniente.

—Te comprendo, déspota—dije para mí, sofocando mi cólera.

No había más remedio que ser huraña y descortés, rehusando los obsequios y tapando mis oídos á preguntillas que empezaban á dejar de ser políticas. Al retirarme, Su Majestad me dijo:

—No saldré de Sevilla, no saldré... Veremos si se atreven.

—No se atreverán, señor—le respondí.—Vuestra Majestad podrá, con una firme voluntad, desbaratar las maquinaciones de los pérfidos.

Estas vulgaridades palaciegas le agradaban. Le dejé entregado á sus febriles inquietudes y corrí á calmar las mías. Por el camino iba contando el tiempo transcurrido, que me parecía largo, como todo lo que precede á la felicidad que se espera. Llegué á mi casa, subí precipitadamente, creyendo que él saldría á recibirme con los brazos abiertos; pero en mis habitaciones hallé un silencio y un vacío tristísimo... No estaba. Mi primer impulso fué de ira contra él por la audacia inaudita, por la infame crueldad de no estar allí; pero luego tornáronse contra el Rey mis furoros, cuando Mariana, mi fiel criada, me dijo que el caballero se había cansado de esperar.

—¿Luego ha estado aquí?

—Sí, señora; ha estado más de hora y media. No haría diez minutos que usted había salido cuando entró...

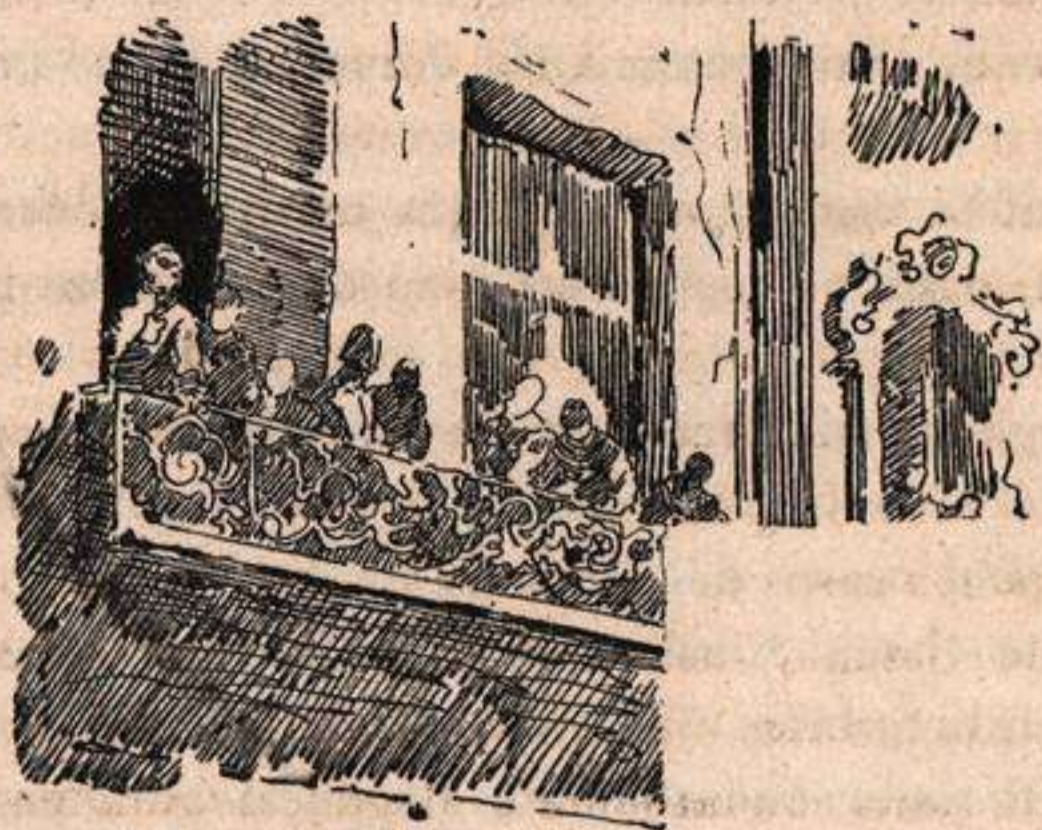
—¿Y no dijo que volvería?

—No dijo nada más sino que tenía que ir á las Córtes.

—Yo también tengo que ir á las Córtes—dije, sintiéndome como una máquina loca que mueve á la vez con precipitada carrera todas sus ruedas.—Vamos, vístete, Mariana, que no quiero perder esa gran sesión.

Por no ir sola, yo llevaba siempre conmigo á mi leal criada, vestida de señora, imitando en esto la usanza francesa de las *señoritas de compañía*. Esto era sumamente cómodo para mí, porque me libraba de la necesidad de admitir en muchos casos la compañía de hombres importunos ó antipáticos. En poco tiempo, haciendo yo de sirviente y Mariana de señora, quedó vestida, no tan bien que se desconociese su inferioridad con respecto á mí, pero con suficiente elegancia para poder ir al lado mío. Muchos la creían hermana soltera ó parienta pobre.





## XXIV



Fuimos á las Córtes, que estaban en San Hermenegildo, en la calle de La Palma, frente á San Miguel. Difícil hallamos la entrada á causa de la mucha gente que llenaba la calle, agolpándose á las puertas del edificio como las apiñadas lapas en la roca. Mujeres menos resueltas que nosotras habrían vuelto la espalda; pero Mariana y yo sabíamos romper las cortezas de vulgo, y al fin nos abrimos paso, y entrando con desenfado y pié ligero subimos á la galería. Desde antes de entrar en ella oímos la voz de un orador que resonaba en medio del más imponente silencio.

Mucho hubimos de bregar para encontrar asiento, pero al fin, pidiendo mil veces perdón y oyendo murmullos de descontento á un lado y otro, logramos acomodarnos. Mi primer cuidado no fué atender á lo que aquel gran orador decía, cosas sin duda altamente dignas de aplauso; mi primer cuidado fué registrar con los ojos toda la galería reservada por ver si estaba allí quien me cautivaba más que todos los discursos.

Pero ni á derecha ni á izquierda, ni delante ni detrás le ví, con lo cual la gran pieza oratoria que se estaba pronunciando empezó á serme muy fastidiosa.

—¿Quién habla?—pregunté á una señora vieja que estaba junto á mí.

—Alcalá Galiano, el gran orador—repuso en tono de extrañeza por mi ignorancia.

—¿Y de qué habla?—pregunté, sin temor de que la señora vieja me creyera cerril.

—¿De qué ha de hablar? Del suceso del día.

La señora volvió el rostro hacia el salón demostrando más interés por el discurso que por mis preguntas. Yo no quise molestar más, y traté de atender también. El orador hablaba de la patria, del inminente peligro de la patria, de la salvación de la patria y de la gloria de la patria. Es el gran tema de todos los oradores, incluso los buenos. No he conocido á ningún político que no estropeará la palabra patriotismo hasta dejarla inservible, y en esto se me parecen á los malos poetas, que al nombrar constantemente en sus versos la inspiración, la lira, el estro, la musa ardiente, la fantasía, hablan de lo que no conocen.

Alcalá Galiano era tan feo y tan elocuente como Mirabeau. Su figura, bien poco académica y su cara no semejante á la de Antonio, se embellecían con la virtud de un talismán prodigioso, la palabra. Le pasaba lo contrario que á muchas personas de admirable hermosura, las cuales se vuelven feas desde que abren la boca. Aquel día el joven diputado andaluz había tomado por su cuenta el llevar adelante la hazaña más revolucionaria que registran nuestros anales.

Los españoles sentían la comenzón de destronar algo, y el afán de probar la embriaguez revolucionaria, que sin duda embelesa á los pueblos de Occidente como á los chinos el opio, y dijeron: "hagamos temblar á los Reyes, pues que ha llegado la hora de que los Reyes tiemblen delante del pueblo...," Mas era aquí la gente demasiado buena para una calaverada sangrienta. En otra parte al ver al Rey sistemáticamente contrario á la Representación nacional, le hubieran cortado la cabeza; aquí le privaron del uso de la razón temporalmente, diciendo: "Señor, vuestro deseo de esperar aquí á los franceses nos prueba que estais loco. Con arreglo á la Constitución declaramos que sois digno de un manicomio y de perder la autoridad real. Vámonos á Cádiz, y cuando estemos allí, os adornaremos de nuevo con vuestra cabal razón, y seguiremos partiendo un confite como hasta aquí.,"

Admirable recurso habría sido este á mi parecer, desde el punto de



vista liberal, teniendo un gran ejército para reforzar el argumento en los campos de batalla. Sin fuerza aquel hecho probaba que los diputados estaban más locos que el Rey, y así se lo dije al marqués de Falfán de los Godos. Con esto se comprende que el marqués había entrado en la galería, colocándose detrás de mí. Él ponía mucha más atención que yo al discurso y aun á los rumores que sonaban arriba y abajo.

—Han llenado de gentuza la tribuna pública—me dijo en voz baja,— para que aplauda las atrocidades que habla ese hombre.

No sé si era ó no gente pagada, pero es lo cierto que á cada párrafo coruscante, terminado en la *salvación de la patria* ó en *el afrentoso yugo de esta Nación heroica*, la galería pública mugía como una tempestad cercana. ¡Qué rugidos, qué gestos de bárbaro entusiasmo, qué manera de apostrofar! Algunas señoras tuvieron miedo y se retiraron, lo cual me agradó en extremo, porque la tribuna se quedó muy holgada.

—¿Piensa usted seguir hasta el fin?—me dijo el marqués de Falfán endulzando su mirada hasta un extremo empalagoso.

—Estaré algún tiempo más—le dije.—No me he cansado todavía.

Y miraba á diestra y siniestra esperando verle y no viéndole nunca. Los que me conocen comprenderán mi aburrimiento y pena. No hay tormento peor que tener ocupada la mente por una idea fija que no puede ser desechada. Es una espina clavada en el cerebro, una acerada punta que hiere, y que sin embargo no se puede ni se quiere arrancar. Yo procuraba distraerme de aquel á manera de dolor agudísimo, charlando con Falfán; pero no conseguí nada. La locura del Rey, declarada por una votación que iba á verificarse, la exaltación revolucionaria de los diputados, la elocuencia fascinadora de Galiano, no bastaban á dar otra dirección á las fuerzas de mi espíritu.

—¿Y usted qué cree?—me preguntó el marqués.

—Yo no creo nada—repuse con el mayor hastío.—Si he de hablar con franqueza, nada de esto me importa gran cosa.

—¡Que declaren loco á Su Majestad!...

—Lo mismo que si lo declararan cuerdo... Yo soy así... Parece que se cansan—añadí,—reparando que se suspendían los discursos.

—Es que ahora va una comisión de las Cortes al Alcázar á intimar al Rey. Si no se resigna á salir...

—¿Habrá más discursos?

—Las Cortes están en sesión permanente. Después vendrá lo más interesante, lo más dramático; yo no pienso moverme de aquí.

—Su Majestad ha de responder que no sale de Sevilla. Me lo ha dicho

esta mañana, y aunque no tengo gran fe en su palabra, me parece que por esta vez va á cumplir lo que dice.

—Lo mismo creo, señora. En ese caso, las Córtes, después de este respiro que ahora se dan, están dispuestas á poner en ejecución el artículo 187 de la Constitución...

—¿Y qué dice ese artículo?...

En el momento de formular esta pregunta me estremecí toda, y me pasó por delante de los ojos una claridad relampagueante. Le ví: había entrado en la tribuna inmediata y volvía sus ojos en todas direcciones como buscándome. Desde aquel instante las palabras del marqués no fueron para mí sino un zumbido de moscardón... Por fin sus ojos se encontraron con los míos.

—¡Gracias á Dios!—le dije,—empleando el lenguaje de las pupilas.

El marqués seguía hablando. Para que no descubriese mi turbación, ni se enojase al verme tan distraída, le pregunté de nuevo:

—¿Y qué dice ese artículo?

—Si se lo he explicado á usted—repuso.—Sin duda no me presta atención. Es usted muy distraída.

—¡Ah! sí... estaba pensando en ese pobre Fernando.

—El mejor procedimiento, á mi modo de ver—manifestó Falfán de los Godos gravemente,—sería...

—¡Que le cortaran la cabeza!—indiqué mostrándome, sin cuidarme de ello, tan revolucionaria como Robespierre.

—¡Qué cosas tiene usted!—exclamó el marqués riendo.

Y siguió hablándome, hablándome, es decir, zumbando como un abejorro. Pasados diez minutos, creí conveniente dirigirle otra vez la palabra y repetí mi preguntilla.

—¿Y qué dice ese artículo?

—Por tercera vez se lo diré á usted.

Entonces me fué forzoso dedicarle un pedacito de atención.

—El artículo 187 dice poco más ó menos que cuando se considere á Su Majestad imposibilitado moralmente para ejercer las funciones del poder ejecutivo, se nombre una Regencia...

—¿Como la de Urgel?

—Una Regencia constitucional, señora, que desempeñe aquellas funciones...

—¡Oh! señor marqués, en todo soy de la misma opinión de usted—exclamé con artificiosa admiración.—En pocos hombres he visto un juicio tan claro para hacerse cargo de los sucesos.

Miré á Salvador. Parecióme que con los expresivos ojos me decía: "Salgamos." Y al mismo tiempo salía.

—Yo me retiro, señor marqués—dije de improviso levantándome.

—Señora: ¡se marcha usted en el momento crítico!—exclamó con asombro y pena.—Se van á reanudar estas interesantes discusiones. ¡Qué discursos vamos á oír!

—Estoy fatigada. Hace mucho calor.

—Sin embargo...

Mientras en el salón resonaba un rumor sordo como el anuncio de furibunda tempestad parlamentaria, Mariana y yo nos dispusimos á salir; pero en el mismo instante, ¡oh contrariedad imprevista! multitud de caballeros y señoras entraron en la tribuna. Eran los que habían salido durante el período de descanso, que regresaban á su puesto para disfrutar de la parte dramática de la sesión. Además, numeroso gentío recién venido se apiñaba en la puerta. Ya no era posible salir.

—Señora—me dijo el marqués,—ya ve usted que no es fácil la salida. No pierda usted su asiento. Esto acabará pronto.

No tuve más remedio que quedarme. Caí en mi asiento como un reo en su banquillo de muerte. Lo que principalmente me apenaba era que entre la multitud había desaparecido el que bastaba á alegrar ó entristecer mi situación. En la muralla de rostros humanos, ávidos de curiosidad, no estaba su rostro ni otro alguno que se le pareciese.

—Sin duda me aguarda fuera—pensé.—¡Qué desesperación! ¡Cuándo acabará esta farsa!...



## XXV



A comisión que fué con el mensaje á Palacio—dijo el marqués alargando su rostro para abarcar con una mirada todo el salón,—ha vuelto y va á manifestar la respuesta de Su Majestad.

—Que le maten de una vez—indiqué en voz baja.—¿Dice usted, señor marqués, que esto acabará pronto?

—Quizás no. Me parece que tendremos para un rato. Cosas tan graves no se despachan en un credo.

Pensé que se me caía el cielo encima. El profundo silencio que reinó durante un rato en aquel recinto, obligóme á atender brevemente á lo que allá abajo pasaba. Un diputado, en quien reconocí al almirante Valdés, tomó la palabra.

Pudimos oír claramente las palabras del marino al decir:—“Manifesté á Su Majestad que su conciencia quedaba salva, pues aunque como hombre podía errar, como Rey constitucional no tenía responsabilidad alguna; que escuchase la voz de sus consejeros y de los representantes del pueblo, á quienes incumbía la salvación de la patria.—“Su Majestad respondió: *He dicho*, y volvió la espalda.”

Cuando estas últimas palabras resonaron en el salón, un rumor de olas agitadas se oyó en las tribunas, olas de patriótico frenesí que fueron encrespándose y mugiendo poco á poco hasta llegar á un estruendo intolerable.

—Todos esos que gritan están pagados—dijo el marqués.

Entonces miré hacia atrás, pues no podía vencer el hábito adquirido de explorar á cada instante la muchedumbre, y le ví. Estaba en la postrera fila: apenas se distinguía su rostro.

—¡Ah!—exclamé para mí con gozo.—¡No me has abandonado! Gracias, querido amigo.

Advertí que desde el apartado sitio donde se encontraba atendía á la sesión con toda su alma. Mi pensamiento debía estar donde estaba el suyo, y atendí también. Segura de tenerle cerca; segura de que fiel y cariñoso me aguardaba, pude tranquilamente fijar mi espíritu en aquella turbulenta parte de la sesión, y en el orador que hablaba. Era otra vez Galiano. Su discurso, que en otra ocasión me habría fastidiado, entonces me pareció elocuente y arrebatador.

¡Qué modo de hablar, qué elegancia de frases, qué fuerza de pensamiento y de estilo, qué ademán tan vigoroso, qué voz tan conmovedora! Siendo mis ideas tan contrarias á las suyas entonces, no pude resistir al deseo de aplaudirle, enojando mucho al marqués con mi llamarada de entusiasmo.

—¡Oh! señor marqués—le dije.—¡Qué lástima que este hombre no hable mal! ¡Cuánto crecería el prestigio del realismo, si sus enemigos carecieran de talento!...

Los argumentos del orador eran incontestables dentro de la situación y del artículo 187 que se quería aplicar. "No queriendo Su Majestad—decía,—ponerse en salvo, y pareciendo á primera vista que Su Majestad quiere ser presa de los enemigos de la patria, Su Majestad no puede estar en el pleno uso de su razón. Es preciso, pues, considerarle en un estado de delirio momentáneo, en una especie de letargo pasajero,..."

Estas palabras compendiaban todo el plan de las Córtes. Un Rey constitucional que quiere entregarse al extranjero está forzosamente loco. La Nación lo declara así y se pasa sin Rey durante el tiempo que necesita para obrar con libertad. ¡Singular decapitación aquella! Hay distintas maneras de cortar la cabeza, y es forzoso confesar que la adoptada por los liberales españoles tiene cierta grandeza moral y filosófica digna de admiración. "Antes que arrancar de los hombros una cabeza que no se puede volver á poner en ellos, dijeron, arranquémosle el juicio, y tomándonos la autoridad real, la persona jurídica, podremos devolverlas cuando no nos hagan falta."

Yo miraba á cada rato á mi adorado amigo, y con los ojos le decía: —¿Qué piensas tú de estos enredos? Luego hablaremos y se ajustarán las cuentas, caballerito.

No duró mucho el discurso de Galiano, porque aquello era como lo muy bueno, corto, y habían llegado los momentos en que la economía de palabras era una gran necesidad. Cuando concluyó, las tribunas

prorrumpieron en locos aplausos. Entre las palmadas, semejantes por su horrible chasquido á una lluvia de piedras, se oían estas voces: "¡Á nombrar la Regencia! ¡Á nombrar la Regencia!"

—Señora—me dijo el marqués horrorizado,—estamos en la Convención francesa. Oiga usted esos gritos salvajes, esa coacción bestial de la gente de las galerías.

—Van á nombrar la Regencia.

—Antes votarán la proposición de Galiano. ¡Atentado sacrilego, señora! Me parece que asisto á la votación de la muerte de Luis XVI.

—¡Qué exajeración!

—Señora—añadió con solemne acento.—Estamos presenciando un regicidio.

Yo me eché á reír. El marqués de Falfán, enfureciéndose por el regicidio que se perpetraba á sus ojos, é increpando en voz baja á la plebe de las galerías, era soberanamente ridículo.

—Lo que más me indigna—exclamó pálido de ira,—es que no dejen hablar á los que opinan que Su Majestad no debe ser destronado.

En efecto: con los gritos de *¡fuera! ¡que se calle! ¡á votar!* ahogaban la voz de los pocos que abrazaron la causa del Rey. La Presidencia y la mayoría, interesadas en que las tribunas gritasen, no ponían veto á las demostraciones. Veíase al alborotado público agitando sus cien cabezas y vociferando con sus cien bocas. En la primera fila los brazos gesticulaban señalando ó amenazando, ó golpeaban el antepecho con las bárbaras manos, que más bien parecían patas. Muchas señoras de la tribuna reservada se acobardaron, y dióse principio al solemne acto de los desmayos. Esto fué circunstancia feliz, porque la tribuna empezó á despejarse un poco, haciendo menos difícil la salida.

—Señor marqués—dije tomando la resolución de marcharme.—Me parece que es bastante ya.

—¿Se va usted? Si falta lo mejor, señora.

—Para mí lo mejor está fuera. Aquí no se respira. Adios.

—Que van á votar. Que vamos á ver quienes son los que se atreven á sancionar con su nombre este horrible atentado.

—Ahí tiene usted una cosa que á mí no me importa mucho. ¿Qué quiere usted? yo soy así. Dormiré muy bien esta noche sin saber los nombres de los que dicen sí.

—Pues yo no me voy sin saberlo. Quiero ver hasta lo último; quiero ver remachar los clavos con que la Monarquía acaba de ser crucificada.

—Pues que le aproveche á usted, señor marqués... Veo que ya se

puede salir. Adios, tantas cosas á la marquesa. Ya sabe que la quiero.

No hice muy larga la despedida por temor á que tuviese la deplorable ocurrencia de acompañarme. Salí. ¡Ay! Aquella libertad me supo á gloria. ¡Con qué placentero desahogo respiraba! Al fin iba á satisfacer mi deseo, la sed de mis ojos y de mi alma, que há tiempo no vivían sino á medias. Desde que salí á los pasillos le ví lejos esperándome. Hízome una seña y ambos procuramos acercarnos el uno al otro, cortando el apretado gentío que salía. Pero cuando estaba á seis pasos de él, sentí detrás de mí la áspera voz del marqués de Falfán, la cual me hizo el efecto de un latigazo. Volvíme y ví su sonrisa y sus engomados bigotes que yo creía haber perdido de vista por muchos días.

—Señora, no se me escape usted—me dijo, ofreciéndome su brazo.—He salido porque la votación no es nominal. Esos pícaros han votado levantándose de su asiento... ¡qué escándalo!... ¡Votar así un acuerdo tan grave!... ¡Tienen vergüenza y miedo!... Ya se ve... Tome usted mi brazo, señora.

La importuna presencia del estafermo me dejó fría. No tuve otro remedio que apoyar mi mano en su brazo y salir con él. Frente á nosotros ví á Salvador, que me pareció no menos contrariado que yo.

—Querido Monsalud—le dijo el marqués,—¿ha visto usted la sesión? ¡Gran escena de teatro! Me parece que correrá sangre.

No recuerdo lo que ambos hablaron mientras bajamos á la calle. Me daban ganas de desasirme del brazo del marqués, y empujarle con todas mis fuerzas para que fuera rodando por la escalera abajo, que era bastante pendiente. Pero me fué forzoso tener paciencia y esperar, fiando en que el insoportable intruso nos dejaría solos al llegar á la calle. ¡Vana ilusión! Sin duda se habían conjurado contra mí todas las potencias infernales. El marqués de Falfán, empleando su relamido tono, que á mí me sonaba á esquilón rajado, me dijo:

—Ahora, dignese usted aceptar mi coche, y la llevaré á su casa.

—Si yo no voy á mi casa—repuse vivamente.—Voy á visitar á una amiga... ó quizás, como ya es tarde y no hace calor, daremos Mariana y yo un paseo.

—Bien, á donde quiera usted que vaya la acompañaré—dijo el marqués con la inexorable resolución de un hado funesto.—Y usted, Salvador, á ¿dónde va?

—Tengo que ver á un amigo junto á San Telmo.

—Entonces no digo nada. Si va usted en esa dirección, no puedo llevarle. Y usted, Genara, ¿á dónde quiere que la lleve?

—Mil gracias, un millón de gracias, señor marqués—repuse.—El movimiento del coche me marea un poco. Me duele la cabeza y necesito respirar libremente y hacer algo de ejercicio. Mariana y yo nos iremos á dar una vuelta por la orilla del río.

Bien sabía yo que el señor marqués no gustaba de pasear á pié y que en aquellos días estaba medianamente gotoso. Yo no quería que de ningún modo sospechase Falfán que Salvador y yo necesitábamos estar solos. Al indicar yo que iría á pasear por la orilla del río, claramente decía á mi amado:—Ve allá y espérame, que voy corriendo, luego que me sacuda este abejón.

Comprendiéndome al instante, por la costumbre que tenía de estudiar sus lecciones en el hermoso libro de mis ojos, se despidió. Bien claro leí yo también en los suyos esta respuesta:—“Allá te espero; no tardes.”

Luego que nos quedamos solos, el marqués reiteró sus ofrecimientos. Parecía que no rodaba en el mundo más carruaje que el suyo, según la oficiosidad con que lo ponía á mi disposición.

—La tarde está hermosa. Deseo pasear un poco á pié, repetí, como quien ahuyenta una mosca.

--Pues entonces—me contestó estrechándome la mano, no quiero alejarme de aquí; aún debe pasar algo importante. Á los piés de usted, señora.

Al fin... al fin me dejó aquel gabilán de sus impías garras... Mariana y yo nos dirigimos apresuradamente á la margen del Guadalquivir.

—¡Ahora sí que no te me escapas, amor!—pensaba yo.







## XXVI

Cuán largo me pareció el camino. Mariana y yo íbamos con más prisa de la que á dos señoras como nosotras convenía. Pero aun conociendo que parecíamos gente de poco más ó menos, cuando ví la Torre del Oro, los palos de los barcos y los árboles que adornan la orilla, avivé más el paso. No faltaba gente en aquellos deliciosos sitios; mas esto me importaba poco.

—Vamos hacia San Telmo—dije á Mariana.—Creo que es aquel edificio que se ve más abajo entre los árboles.

—Aquel es.

—Mira tú hacia la izquierda y yo miraré hacia adelante para que no se nos escape.

—Ya le veo, señora. Allí está.

Mariana le distinguió á regular distancia y yo también le ví. Me aguardaba puntualmente.

—¡Ah! bribón, ya eres mío—pensé, deteniendo el paso, segura al fin de que no se me escaparía.

El miraba hacia la puerta de Jerez, como si nos aguardara por allí. Avanzamos Mariana y yo, dando un pequeño rodeo para acercarnos á él por detrás, y sorprenderle, sacudiéndole el polvo de los hombros con nuestros abanicos. Yo sonreía.

Distábamos de él unos diez pasos, cuando sentí que me llamaban.

—¡Genara, Genara!—oí detrás de mí, sin poder precisar en el primer instante á quién pertenecía aquella horrible é importuna voz.

Volvíme y el coraje me clavó los piés en el suelo. Era el marqués de Falfán de los Godos, que venía hacia mí sonriendo y cojeando. Tan confundida estaba que no le pude decir nada ni contestar á sus empalagosos cumplidos.

—Vaya que ha corrido usted, amiguita—me dijo.—Yo acabo de llegar en coche... Es que en el momento de separarnos se me ocurrió una cosa...

—¿Qué cosa?

—Padecí un gran olvido—dijo relamiéndose.—Dispéñeme usted. Como usted dijo que venía á pasear á este sitio...

—¿Y qué?... ¿qué?... ¿qué?...

Según me dijo después Mariana, yo echaba fuego por los ojos.

—Que olvidé ofrecerme á usted para una cosa que sin duda le será muy agradable.

—Señor marqués, usted se burla de mí.

—¡Burlarme! No, hija mía: al punto que nos separamos, dije para mí: "¡Qué desatento he sido!", Puesto que va al río debí brindarme á acompañarla para ver el vapor y mostrarle ese prodigio de la industria del hombre.

—¡Usted está loco, sin duda!—afirmé ocultando todo lo posible mi despecho;—¿qué es eso del vapor? No entiendo una palabra.

—¡El vapor, señora! Es lo que más llama la atención de todo Sevilla en estos días.

—¿Y qué me importa?—dije bruscamente siguiendo mi camino.

—Dispéñeme usted si la he ofendido—añadió el marqués siguiéndome;—pero como venía usted á pasear al río, y como yo tengo entrada libre siempre que quiero en esa prodigiosa máquina, creí que la complacería á usted apresurándome á mostrársela.

—¿Qué máquina es esa?—le pregunté deteniéndome.

Al decir esto había perdido de vista al imán de mi vida.

—Mire usted hacia allá junto á la Torre del Oro.

—Miré, y en efecto ví un buque de forma extraña, con una gran chimenea que arrojaba negro y espeso humo. Sus palos eran pequeños



y sobre el casco sobresalía una armazón bastante parecida á una balanza.

—¿Qué es eso?—pregunté al marqués.

—El vapor, una invención maravillosa, señora. Esos ingleses son el Demonio. Ya sabe usted que hay unas máquinas que llaman de vapor, porque se mueven por medio de cierto humo blanquecino que va enredando de tubo en tubo...

—Ya sé...

—Pues los ingleses han aplicado esta máquina á la navegación, y ahí tiene usted un barco con ruedas que corre más que el viento y contra el viento. Esto cambiará la faz del mundo. Yo lo he predicho y no me equivocaré.

Mirando hacia la máquina prodigiosa, ví á Salvador que se dirigía hacia la Torre del Oro. Veámoslo de cerca, señor marqués—dije marchando hacia allá.— Verdaderamente, ese barco con ruedas es una maravilla.

—Creo que ahora va á dar un par de vueltas por el río, para que lo vean Sus Altezas Reales, que están, si no me engaño, en la Torre del Oro.

—Corramos.

—¡Va toda la gente hacia allá! Descuide usted, podremos entrar si usted quiere. El capitán es muy amigo mío y los consignatarios son mis banqueros.

—¿De quién es esa máquina?

—De una sociedad inglesa. De veras hubiera sentido mucho no mostrársela á usted esta tarde. Cuando me acordé, faltábame tiempo para acudir á reparar mi grosería.

—Gracias, señor marqués.

Dejé de ver entonces la luz de mi vida. Mi corazón se llenó de angustia.

—Yo estaba seguro de agradar á usted—me dijo Falfán.—Es un asombro ese buque.

—Un asombro, sí; apresuremos el paso.

—Si no se nos ha de marchar.

—¡Que se nos pierda de vista, que se nos va!—exclamé yo sin saber lo que decía.

—Señora, si está anclado... Podemos verlo con toda calma.

Nos acercamos á la Torre del Oro, junto á la cual estaba la nave maravillosa. Tenía dos ruedas como las de un batán, resguardadas por grandes cajones de madera pintados de blanco, con chimenea negra y alta, en cuyo centro estaba la máquina, toda grasienta y ahumada como una cocina de hierro, y el resto no ofrecía nada de particular. De sus

entrañas negras salía una especie de aliento ardoroso y retumbante, cuyo vaho causaba vértigos. De repente daba unos silbidos tan fuertes que era preciso taparse los oídos. En verdad aquella máquina infundía miedo. Yo no lo tuve porque no podía fijar en ella resueltamente la atención.

—¿Se atreve usted á entrar?—me dijo el marqués.

Yo miré á todos lados y ví reaparecer á mi amor perdido, saliendo de entre la muchedumbre, como el sol de entre las nubes.

—No señor, yo me mareo sólo de ver un barco—respondí á Falfán.—Estoy satisfecha con admirar desde fuera esta hermosa invención, y le doy á usted las gracias.

Yo hubiera dado no sé qué porque el vapor echase á andar hacia la eternidad llevándose dentro al marqués de Falfán de los Godos.

—¡Oh!—exclamó él,—embarquémonos. Yo le garantizo á usted que no se mareará.—Daremos un paseo hasta Asnalfarache. Vea usted cuántas persona entran.

—Pues yo no me decido. Pero no se prive usted por mí del gusto de embarcarse. Adentro, señor marqués. Yo me voy á mi casa.

—¡Ah! no consiento yo que usted vaya sola á su casa—dijo con una galantería cruel que me asesinaba.—Yo la acompañaré.

—Gracias, gracias... no necesito compañía.

—Es que yo no puedo permitir...

De buena gana habría cogido al marqués por el pescuezo como se coge á un pollo destinado á la cazuela, y le hubiera estrangulado con mis propias manos; ¡tal era mi rabia!

—Al menos—añadió, ya que lo hemos visto por la popa, vamos á verlo también por la proa.

Al decir esto el marqués dirigió sus miradas hacia la Maestranza, y sus ideas variaron de súbito.

—Vamos: por allí viene mi señora esposa—dijo señalando.—¿La ve usted? Por último se ha atrevido á salir á paseo, aunque no está bien de salud.

Miré y ví á la marquesa de Falfán, que venía con otra señora. También ellas, atraídas por la curiosidad, se dirigían hacia la Torre del Oro.

—Aguardemos aquí—me dijo el marqués sonriendo.—Veremos si pasa sin notar que estamos aquí.

La marquesa y su amiga estaban ya cerca de nosotros cuando Salvador pasó junto á ellas, se detuvo, las saludó y continuó andando á su lado. Nos reunimos los cinco.

—¿También tú vienes á ver el vapor?—exclamó Falfán riendo.—Ya te dije que era una maravilla. ¿Y usted, señora Doña María Antonia, también viene á ver el vaporcito?... Y usted, Salvador, no quiere ser menos. El que desee entrar que lo diga, y nos embarcaremos.

—¿Yo?...—dijo la marquesa después de saludarme.—Tengo miedo. Dicen que revienta la caldera cuando menos se piensa.

—¿De modo que eso tiene una caldera como las fábricas de jabón?—preguntó Doña María Antonia llevando á sus ojos el lente que usaba.

—¿Entran ustedes, sí ó no?—dijo el marqués empeñado siempre en reclutar gente.



—Yo no entraré—repuso la marquesa con desdén:—me mareo sólo de ver ese horrible aparato. Además tengo que hacer.

—¿A dónde vas ahora?—preguntó Falfán de mal talante.

—A las tiendas de la calle de Francos. Ya sabes que necesito comprar varias cosas.

—Pero si no has paseado aún...

—¿Que no? Señora Doña María Antonia, dice que no hemos paseado.. Si hace más de hora y media que estamos aquí dando vueltas. Ya nos íbamos cuando te vimos, y volví atrás para rogarte que nos acompañes.

—¡Yo!—indicó el marqués con mucho disgusto.—Ya sabes que no me agrada ir á tiendas.

—Y á mí no me gusta ir sola.

—Doña María Antonia...

—Es señora, y para ir á las tiendas conviene la compañía de un caballero. Mira, hijito, no te apures por eso, Salvador nos acompañará.

—Con mil amores—dijo mi amigo inclinándose.—Tengo mucho honor en ello.

Cuando allí mismo no abofeteé á mi amante, á la marquesa, al marqués, á Doña María Antonia y á mí misma, de seguro queda demostrado que soy una oveja por lo humilde.

—Sí, amigo Monsalud—manifestó Falfán,—acompañelas usted, se lo suplico. Genara y yo nos embarcaremos.

¡Se marcharon! ¡Ay! no sé cómo lo escribo. Se marcharon sin que yo les estrangulase. Dentro de mí había un volcán mal sofocado por mi disimulo. El marqués me hablaba sin que yo pudiese responderle, porque estaba furiosamente absorta y embrutecida por el despecho que llenaba mi alma.

—Nos embarcaremos—me dijo Falfán relamiéndose como un gato á quien ponen plato de su gusto.

—¡Ah! señor marqués—dije de improviso apoderándome de una idea feliz.—Ahora me acuerdo de una cosa... ¡qué memoria la mía!

—¿Qué, señora?

—Que yo también tengo que comprar algunas cosillas. ¿No es verdad, Mariana?

—¿De modo que va usted...?

—Sí señor, ahora mismo... Son cosas que necesito esta misma noche.

—¿Y hacia dónde piensa dirigirse usted?

—Hacia la calle de las Sierpes... ó la de Francos. Son las únicas que conozco.

—Pnes la acompañaré á usted.

Hizo señas á su cochero para que acercase el coche.

—Mi mujer—añadió,—se va á enfadar conmigo porque no quise acompañarla y la acompañó á usted.

Yo no hice caso de sus cumplidos ni de sus excusas.

—Vamos, vamos pronto—dije subiendo al coche.

Este nos dejó en la plaza de San Francisco. Nos dirigimos á las tiendas, recorrimos varias calles; pero ¡ay! estábamos dejados de la mano de Dios. No les encontramos; no les vimos por ninguna parte.

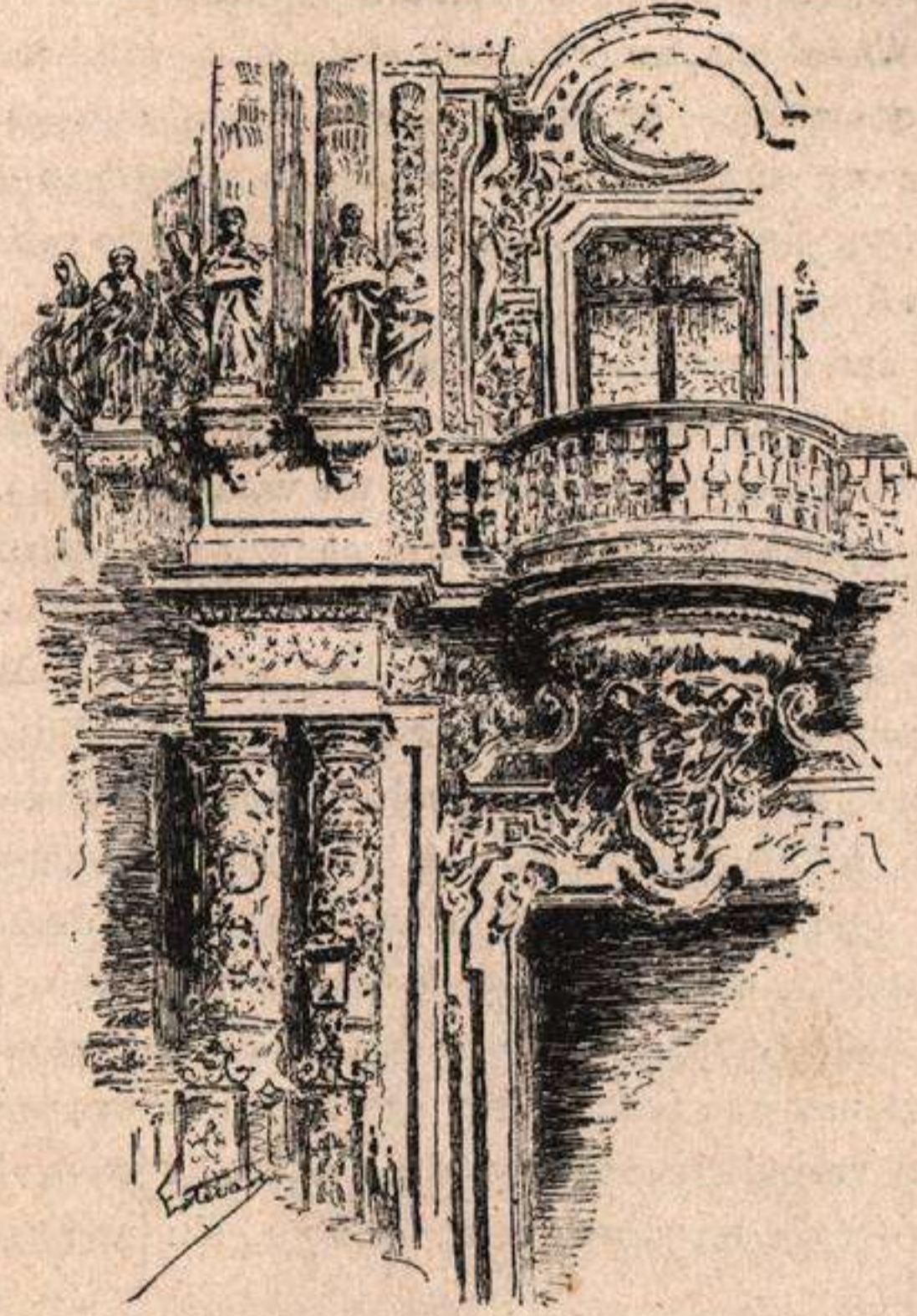
En mi cerebro se fijaba con letras de fuego esta horrible pregunta: “¿á dónde irán?”

Cuando el marqués me dejó en mi casa, ya avanzada la noche, yo tenía calentura. Retiréme á pensar y á recordar y á formar proyectos para el día siguiente; pero mi cerebro ardía como una lámpara; no pude dormir; hablaba á solas sin poder olvidar un solo momento el angustioso tema de mi vida en aquellos días. Por último, mis nervios se aplacaron un tanto, y me consolé pensando y hablando de este modo:

—¡Mañana, mañana no se me escapará!







## XXVII

**A**L levantarme con la cabeza llena de brumas, pensé en la extraña ley de las casualidades que á veces gobiernan la vida. En aquella época creía yo aún en las casualidades, en la buena ó mala suerte y en el destino, fuerzas misteriosas que ciegamente, según mi modo de ver, causaban nuestra felicidad ó nuestra desgracia. Después han variado mucho mis ideas y tengo poca fe en el dogma de las casualidades.

    Mi cerebro estaba aquella mañana, como he dicho, cargado de ne-

blinas. Pero el día no podía haber amanecido más hermoso, y para ser 12 de Junio en Andalucía, no era fuerte el calor. Sevilla sonreía convidando á las dulces pláticas amorosas, á las divagaciones de la imaginación y á exhalar con suspiros los aromas del alma que van desprendiéndose y saliendo, ya gimiendo, ya cantando entre vagas sensaciones que son á la manera de una pena deliciosa.

Pero yo continuaba con mi idea fija y la contrariedad que me atormentaba. A ratos deteníame á analizar aquel singular estado mío, y me asombraba de verme tan dominada por un vano capricho. Es verdad que yo le amaba; pero, ¿no había sabido consolarme honradamente de su ausencia después de Benabarre? ¿Por qué en Sevilla ponía tanto empeño en tenerle á mi lado? ¿Acaso no podía vivir sin él? Meditando en esto, me creía muy capaz de prescindir de él en la totalidad de la vida; pero en aquel caso mi corazón había soltado muchas prendas, habíase fatigado mucho, había, digámoslo así, adelantado gran parte de sus goces; de modo que padecía horribilmente al verse desairado. Aquel suplicio de Tántalo á que había estado sujeto irritábale más, y ya se sabe que las ambiciones más ardientes son las del corazón, y que en él residen los caprichos y la terrible ley satánica que ordena desear más aquello que más resueltamente nos es negado. Así se explica la indecorosa persecución de un hombre en que yo, sin poderme dominar, estaba empeñada.

Dije á Mariana que se preparase para salir conmigo. Mientras yo me peinaba y vestía, díjome que había oído hablar de la partida de Su Majestad aquel mismo día, y que Sevilla estaba muy alborotada. Poco me interesaba este tema y le mandé callar; pero después me contó cosas muy desagradables. En la noche anterior, y por la mañana, dos diputados residentes en la misma casa y que entre manos traían la conquista de mi criada, le habían hecho, con respecto á mí, indicaciones maliciosas. Según me dijo, eran conocidas y comentadas mis relaciones con el secretario del duque del Parque. ¡Maldita sociedad! Nada en ella puede tenerse secreto. Es un sol que todo lo alumbra, y en vano intenta el amor hallar bajo él un poco de sombra. Á donde quiera que se esconda vendrá á buscarle la impertinente claridad del mundo, de modo que por mucho que os acurruqueis, á lo mejor os veis inundados por los rayos de la intrusa linterna que va buscando faltas. El único remedio contra esto es arrojar mucha, muchísima luz sobre las debilidades ajenas, para que las propias resulten ligeramente oscurecidas. No sé por qué desde que Mariana vino á mí con aquellos chismes, me figuré que mi difama-

ción procedía de los labios de la marquesa de Falfán.—¡Ah, bribona! —dije para mí,—si yo hablara...

Las hablillas no me acobardaron. Siendo culpable, hice lo que corresponde á la inocencia, despreciar las murmuraciones.

Cuando manifesté á Mariana que pensaba ir á buscarle á su propia casa, me hizo algunas observaciones que me desagradaron, sin hacerme desistir de mi propósito.

—¿No averiguaste ayer la casa donde vive?

—Sí, señora, en la calle del Oeste. Pero usted no repara que en la misma casa viven también otras personas de Madrid que conocen á la señora...

Ninguna consideración me detenía. Escribí una carta para dejarla en la casa si no le encontraba, y salimos. Mariana conocía á Sevilla, y pronto me llevó á la calle del Oeste, que está hacia la Alameda Vieja, junto á la Inquisición. Salvador no estaba. Dejé mi carta, y corrimos á casa, porque al punto sospeché que mientras yo le buscaba en su vivienda me buscaba él en la mía. Así me lo decía el corazón impaciente.

—Me aguardará de seguro—pensé.—Ahora, ahora sí que no se me escapa.

En mi casa no había nadie; pero sí una esquela. Salvador estuvo á visitarme durante mi ausencia, y no pudiendo esperar á causa de sus muchas ocupaciones, dejome también una carta en que así lo manifestaba, añadiendo entre expresiones cariñosas que por la tarde á las cuatro en punto me aguardaba en la catedral. Después de indicar la conveniencia de no volver á mi casa, me suplicaba que no faltase á la cita en la gran basílica y en su hermoso patio de los Naranjos. Tenía preparado un coche en la puerta de Jerez para irnos de paseo hacia Tablada.

—Gracias á Dios—exclamé.—Esta tarde...

Tomando mis precauciones para que nadie me importunase y poder estar completamente libre en la hora de la cita, consagré algunas al descanso. Pero la ocasión no era la más á propósito, y á las tres ya estaba yo en la catedral. Era la hora del coro y los canónigos entraban uno tras otro por la puerta del Perdón. Algunos se detenían á echar un parrafito en el patio de los Naranjos paseando junto al púlpito de San Vicente Ferrer.

Al verme dentro de la iglesia, la mayor que yo había visto, sentí una violenta invasión de ideas religiosas en mi espíritu. ¡Maravilloso efecto del arte que consigue lo que no es dado alcanzar á veces ni aun á la misma religión! Yo miraba aquel recinto grandioso que me parecía

una representación del universo mundo. Aquel alto firmamento de piedra, así como las hacinadas palmas que lo sustentan y el eminente tabernáculo, que es cual una escala de santos que sube hasta Dios, dilataban mi alma haciéndola divagar por la esfera infinita. La suave oscuridad del templo hace que brillen más las ventanas, cuyas vidrieras parecen un fantástico muro de piedras preciosas. Las vagas manchas luminosas de azul y rosa que las ventanas arrojan sobre el suelo se me figuraban huellas de ángeles que habían huido al sentir nuestros pasos.

Mi mente estaba abrumada de ideas. Sentéme en un banco porque sentía la necesidad de meditar. Delante de mis piés, á manera de alfombra de luces, se extendía la transparencia de una ventana. Alzando los ojos veía las grandiosas bóvedas. Zumbaba en mis oídos el grave canto del coro, y á intervalos una como chorretada de órgano, cuyas maravillosas armonías me hacían estremecer de emoción, poniendo mis nervios como alambres. Á poca distancia de mí, á la izquierda, estaba la capilla de San Antonio, toda llena de luces, por ser 12 de Junio, víspera del santo, y de hermosos búcaros llenos de azucenas y rosas. Volviendo ligeramente la cabeza, veía el cuadro de Murillo y su espléndido altar.

Yo pensaba en cosas religiosas; pero mi egoismo las asociaba al amoroso afán que me poseía. Pensaba en la santidad de la unión sancionada por la Iglesia y de los lazos matrimoniales cuando son acertados. Consideraba lo feliz que hubiera sido yo no equivocando como equivoqué, la elección de marido. También pasó por mi mente, aunque con mucha rapidez, el recuerdo de la infeliz joven á quien con mis engaños precipité en los azares de un viaje absurdo; pero esto duró poco, y además me apresuré á sofocar tan triste memoria, dirigiendo el pensamiento á otra cosa.

La imagen que tan cerca estaba atrajo mi atención. Aquel santo tan bueno, tan humilde, tan buen compañero y amigo de los pobres es, según dicen, el abogado de los amores y de los objetos perdidos. Ocurrióme rezarle y le recé con fervor de labios y aun de corazón, porque en aquel instante me sentía piadosa. No sólo le pedí como enamorada, sino como quien busca y no encuentra cosas de gran valor; y mientras más le rezaba, más me sentía encendida en devoción y llena de esperanza. Concluí adquiriendo la seguridad de que mi afán se calmaría aquella misma tarde; y juzgando que mi entrada en la catedral á causa de la cita era obra providencial, mi alma se alivió, y aquella tensión dolorosa en que estaba fué cesando poco á poco.





¿Cómo no esperar, si aquel santo era tan bueno, tan complaciente que mereció siempre el amor y la veneración de todos los enamorados? No pude estar allí todo el tiempo que habría deseado, porque causaba vértigo el olor de las azucenas y también porque la hora de la cita se acercaba. Cuando salí al patio y en el momento de pasar bajo el cocodrilo que simboliza la prudencia, la alta campana de la Giralda dió las cuatro.

No habíamos llegado al púlpito de San Vicente Ferrer, cuando Mariana y yo nos miramos aterradas. Sentíamos un ruido semejante al de las olas del mar. Al mismo tiempo mucha gente entraba corriendo.

—¡Revolución, señora, revolución!—gritó Mariana temblando.—No salgamos.

La curiosidad, venciendo el miedo, me llevó con más presteza hacia la puerta. Ví regular gentío que llenaba todo el sitio llamado Gradas de la Catedral, y parecía extenderse por delante del Palacio arzobispal y la Lonja hasta el Alcázar. Pero la actitud de la muchedumbre era pacífica y más parecía de curiosos que de alborotadores. Al punto comprendí que la salida de la Corte motivaba tal reunión de gente, y se calmaron mis súbitas inquietudes. Esperaba ver de un momento á otro á la persona por quien había ido á la catedral, y mis ojos la buscaron entre la multitud.

—Aguardaremos un poco—pensé dando un suspiro.

La muchedumbre se agitó de repente, murmurando. Por entre ella trataba de abrirse paso un regimiento de caballería que apareció por la calle de Génova. Entrad la mano en un vaso lleno de agua y ésta se desbordará; introducid un regimiento de caballería en una calle llena de curiosos y vereis lo que pasa. Por la puerta del Perdón penetró un chorro que salpicaba dicharachos y apóstrofes andaluces contra la tropa, y tal era su ímpetu, que los que allí estábamos tuvimos que retroceder hasta el centro del patio. Entonces un sacristán y un hombre forzudo y corpulento de esos que desempeñan en toda iglesia las bajas funciones del transporte de altares, facistoles ó bancos, ó las altísimas de tocar las campanas y recorrer el tejado cuando hay goteras, se acercaron á la puerta y después de arrojar fuera toda la gente que pudieron, cerraron con estruendo las pesadas maderas. Corrí á protestar contra un encierro que me parecía muy importuno; mas el sacristán, alzando el dedo, arqueando las cejas y ahuecando la voz como si estuviera en el púlpito, dijo lacónicamente:

—De orden del señor Deán.



## XXVIII

**M**UCHO me irritó la orden del señor Deán, que sin duda no esperaba á una persona amada, y entré en la iglesia consolándome de aquel percance por la idea de que en edificio tan vasto no faltarían puertas por donde salir. Pasamos al otro lado; pero en la puerta que da á la plaza de la Lonja, otro ratón de iglesia me salió al encuentro después de echar los pesados cerrojos, y también dijo:

—De orden del señor Deán.

—¡Malditos sean todos los deanes!—exclamé para mí, dirigiéndome á la puerta que da á la fachada.—Allí, un viejo con gafas, sotana y sobrepelliz, se restregaba las manos gruñendo estas palabras:

—Ahora, ahora va á ser ella. Señores liberales, nos veremos las caras.

Yo fui derecha á levantar el picaporte; pero también aquella puerta estaba cerrada y el sacristán viejo al ver mi cólera, que no podía conte-



ner, alzó los hombros disculpándose con la orden de la primera autoridad capitular. El de las gafas añadió:

—Hasta que no pase la gresca no se abrirán las puertas.

—¿Qué gresca?

—La que han armado con la salida del Rey loco. Mi opinión, señora, es que ahora va á ser ella, porque hay un complot que no lo saben más de cuatro.

Volvió á restregarse las manos fuertemente, guiñando un ojo.

—¿Y á qué hora sale Su Majestad?

—Á las seis, según dicen; pero antes ha de correr la sangre por las calles de Sevilla como cuando la inundación de hace veinte años, la cual fué tan atroz, que por poco fondean los barcos dentro de la catedral.

—¡De modo que estaré encerrada aquí hasta las seis!—exclamé llena de furor.—Esto no se puede sufrir, es un abuso, un escándalo. Me quejaré á las autoridades, al Rey.

—El Rey está loco—dijo el viejo con horrible ironía.

—Al Gobierno; me quejaré al Azobispo. Ó me dejan salir ó gritaré dentro de la iglesia, reclamando mi derecho.

Discurrí con agitación indecible por la iglesia nave arriba, nave abajo, saliendo de una capilla y entrando en otra, pasando del patio al templo y del templo al patio. Miraba á los negros muros buscando un resquicio por donde evadirme, y enfurecida contra el autor de orden tan inicua, me preguntaba para qué existían deanes en el mundo.

Los canónigos dejaban el coro y se reunían en su camarín, marchando de dos en dos ó de tres en tres, charlando sobre los graves sucesos. Los sochantres y el fagotista se dirigían piporro en mano á la capilla de música, y los inocentes y graciosos niños de coro, al ser puestos en libertad iban saltando con gorjeos y risas, á jugar á la sombra de los naranjos.

Varias veces en las repetidas vueltas que dí por toda la iglesia, pasé por la capilla de San Antonio. Sin que pueda decir que me dominaban sentimientos de irreverencia, ello es que mi compungida devoción al santo había desaparecido. No le miré con aversión; pero sí con cierto enojo respetuoso, y en mi interior le decía:

—¿Es esto lo que yo tenía derecho á esperar? ¿Qué modo de tratar á los fieles es este?

Mi egoísmo había llegado al horrible extremo de pedir cuenta á la Divinidad de los desaires que me hacía. Irritábame contra el Cielo, porque no satisfacía mis caprichos.

Pero, ¡maldita hora! quien á mí me irritaba verdaderamente era el Deán tirano que mandaba encerrar á la gente porque se le antojaba. Desde que le ví salir del coro en compañía del Arcediano, moviéndose muy lentamente á causa del peso de su descomunal panza, le tuve por un realistón furibundo, sin que por esto me fuese menos antipático. ¿Por qué habían cerrado las puertas? Por poner el sagrado recinto á salvo de una invasión plebeya, é impedir que el bullicio de los vivas y mueras turbase la santa paz de la casa de Dios. Á pesar de su celo no pudo el señor Deán conseguirlo, y desde el patio oíamos claramente los gritos de la muchedumbre y el paso de la caballería. La Giralda cantó las cinco, cantó las seis, y aquella deplorable situación no cambiaba ni las puertas se abrían, ni se desvanecía el rumor del pueblo. Yo creo que si aquello se prolonga demasiado, me atrevo á decir dos palabras al buen canónigo encerrador. Por fin no era yo sola la impaciente: otras muchas personas, encerradas como yo, se quejaban igualmente, y todos nos dirigíamos en alarmante grupo al sacristán; pero sin conseguir nada.

—Cuando Su Majestad haya salido de Sevilla, nos respondía—ó se arma la de San Quintín ó todo quedará tranquilo.

Por fin, después de las siete, la puerta del Perdón se abrió y vimos las Gradas y la gente que iba y venía sin tumulto. Yo me arrojé á la calle como se arrojaría en el agua aquel cuyos vestidos ardieran. Miraba á un lado y otro; me comía con los ojos á cuantos pasaban; caminé apresuradamente hacia la Lonja y hasta el Alcázar; mi cabeza se movía sin cesar, dirigiendo la vista á todo semblante humano. ¡Afán inútil!... Yo buscaba y rebuscaba, y mi hombre no aparecía en ninguna parte... Ya se ve... ¡Las siete de la tarde! Se cansaría de aguardarme... tendría que hacer...

Volví de nuevo á la catedral, recorríla toda, salí, dí la vuelta por la Lonja; pero ¡ay! si diera la vuelta á toda la tierra, creo que tampoco le encontrara; ¡tal era la horrible insistencia de mi desgracia! Y sin embargo, hasta en las baldosas del piso, en el aire y en el sonido, hallaba no sé qué indicio misterioso de que él me había aguardado allí largas horas. Esto era para morir.

Después de mucho correr, sentéme en un banco de piedra junto á la Lonja. Tanto me enfadaba la gente que veía regresar del Alcázar y de la puerta de San Fernando, que si las llamas de furor que abrasaban mi pecho fueran materiales, de buena gana hubiera vomitado fuego sobre los que pasaban ante mí. Venían de ver partir al Rey loco. Mu-

chos se lamentaban de que se tratase de tal suerte al Soberano de Castilla. ¡Menguados! ¿por qué no tomaban las armas? Sí, ¿por qué no las tomaban? Me habría gustado ver á todos los habitantes de Sevilla destrozándose unos á otros.



La Giralda cantó otra hora, no sé cuál, y entonces me decidí á tomar nueva resolución.

—Vamos á su casa— dije á Mariana.

—Es de noche, señora—repuso.

La infeliz no queria alejarse mucho de la casa. Pero no le contesté y nos pusimos en camino para la calle del Oeste.

—¿Y si no está?—indicó mi criada.—Porque es muy posible que con estas cosas...

—¿Qué cosas?

—Estas revoluciones, señora.

—Si no hay nada.

—Pues... como se han llevado al Rey después de volverle loco... En el patio de la catedral decía uno que tendremos revolución mañana cuando se marche el Gobierno, porque el Gobierno se marchará.

—Déjalo ir: no nos hace falta. Date prisa.

—Pues yo creo que nos llevaremos otro chasco.

—Si no está en su casa le esperaré.

—¿Y si no vuelve hasta muy tarde?

—¡Hasta muy tarde le esperaré!

—¿Y si no vuelve hasta mañana?

—Hasta mañana le esperaré. No me muevo de su casa hasta que le vea. Ahora, ahora sí que no se me escapa, ¿concibes tú que se me pueda escapar?

## XXIX

**D**ICIENDO esto, mi corazón, oprimido por tantos desengaños se ensanchaba llenándose otra vez de esperanza, de ese don del cielo que jamás se agota y que á nadie puede faltar.

—Pues no veo yo muy tranquila esta noche la ciudad de Sevilla—indicó Mariana.—Si, como dicen, se ha marchado toda la tropa puede que nos despertemos mañana en un charco de sangre.

Echéme á reir, burlándome de sus ridículos temores, y seguimos avanzando con bastante presteza hacia la calle del Oeste. Detúveme antes de llamar en su casa, para que un breve descanso disimulara mi sofocación y se amortiguasen las llamaradas de mis mejillas.

—Sentémonos—dije á Mariana,—al amparo de este árbol. Ahora no hay gran prisa. Ya le tengo cogido. Estoy tranquila. Él ha de venir á su casa. Ahora, ahora sí que lo tengo en mi mano.

Cuando llamamos en la reja que daba entrada al patio, una mujer nos dijo que el Sr. Monsalud no estaba en casa.

—Pues tengo que hablarle precisamente esta noche y le esperaré—dije resueltamente.

Yo no reparaba en conveniencia alguna social. En el estado de mi espíritu, nada tenía fuerza para contenerme. Importábame ya muy poco que me vieran, que me conocieran, que me señalasen con el dedo, ni que el vulgo suspicaz y murmurador me hiciera objeto de burlas y comentarios deshonorosos.

Al principio vacilaba en dejarme entrar la mujer que abrió la puerta; pero tanto insté y con tan arrogante autoridad me expresaba, que al fin me llevó á una sala baja. Allí estaba un viejecillo, que á la debilidad de un velón de cobre, arreglaba baules y cajas, poniendo en ellas libros, ropa y papeles. Era un tal Bartolomé Canencia. Él no debía

conocerme; pero se apresuró á saludarme con extremadas urbanidades. Cual si comprendiera las ansias que yo padecía aquella noche, dijo:

—No está en casa, ni puedo asegurar que venga pronto; pero sí que vendrá. Necesitamos arreglar todo para nuestra partida.

—¿Cuándo?

—Mañana. Nos vamos con el Gobierno. ¿Quién se atreverá á quedarse aquí después que marchen los Ministros? Esto es un volcán realista. En cuanto desaparezca el Gobierno que obstruye el cráter, se agitará con fuego y vapores vomitando barbaridades. ¡Pobre Sevilla! no ha querido oír mis consejos, los consejos de la experiencia, señora, héla aquí en poder del realismo más brutal. Este pueblo, tan célebre por su riqueza y por su gracia como por sus procesiones, está infestado de curas; y aquí los curas son ricos.

Yo me fastidiaba con esta conversación, y así con la mayor habilidad la desvié de la política haciéndola recaer sobre mi objeto. Canencia contestó á mis preguntas de una manera categórica.

—Esta tarde salimos juntos—me dijo.—Él se quedó en las Gradas de la Catedral, donde tenía una cita, y yo seguí hacia el Alcázar, para asistir á la salida de Su Majestad... Luego nos encontramos de nuevo á eso de las siete; parecía disgustado, sin duda porque la cita no pudo verificarse. Entramos en casa y después él salió para ver á Calatrava. Díjome que volvería á arreglar su equipaje, y aquí me tiene usted arreglando el mío, señora, para lo que se le ofrezca mandar. De modo que si usted desea algo en Cádiz, puede dar sus órdenes con toda franqueza.

—Yo también pienso ir á Cádiz—repuse.

—¡Usted también! Bueno es que vayan todos—dijo con ironía maliciosa,—para que se haga con toda solemnidad el entierro de la Constitución. Allí nació, señora, y allí le pondremos la mortaja; que todo lo que nace ha de perecer... Si se hubieran seguido mis consejos, señora...; pero los hombres se han dejado enloquecer por la ambición y la vanidad. Ya no existen aquellos republicanos austeros, aquellos filósofos incorruptibles, aquellos sectarios de la honradez más estricta y de la sabiduría ateniense, hombres que con un pedazo de pan, un vaso de agua y un buen libro se pasaban la mayor parte de la vida. Ahora todo es comer á dos carrillos, pedir destinos, figurar;... en una palabra, señora, ya no hay virtudes cívicas.

—¿Y es seguro que el Gobierno marcha mañana?—le pregunté para desviarle de su fastidiosa disertación.

—Segurísimo. No puede ser de otra manera.

—¿Por tierra?

—Por agua, señora. Los ministros y diputados marchan en el vapor.

—¿Y usted y Salvador van también en el vapor?

—Iremos donde podamos, señora, aunque sea en globo por los aires.

Él siguió arreglando sus maletas y yo me abrumé en mis pensamientos. En la sala había un reloj de *cucú* con su impertinente pájaro de esos que asoman al dar la hora y nos hacen tantas cortesías como campanadas tiene aquella. Nunca he visto un animalejo que más me enfadase, y cada vez que aparecía y me saludaba mirándome con sus ojillos negros y cantando el *cucú*, sentía ganas



de retorcerle el pescuezo para que no me hiciera más cortesías. El pájaro cantó las nueve y las diez y las once, y con su insolente movimiento y su desagradable sonido parecía decirme:—¿Qué tal, señora, se aburre usted mucho?

Todo el que ha esperado comprenderá mi agonía. Aquel resbalar del tiempo, aquella veloz corrida de los minutos que pasan de nuestra frente á nuestra espalda, amontonándose atrás el tiempo que estaba delante, es para enloquecer á cualquiera. Cuando no

hay un reloj que lleve la cuenta exacta de la cantidad de esperanza que se desvanece y de la paciencia que se gasta grano á grano, menos mal; pero cuando hay reloj y este reloj tiene un pájaro que hace reverencias cada sesenta minutos y dice *cucú*, no hay espíritu bastante fuerte para sobreponerse á la pena. Ya cerca de las doce me decía yo:—“¿Si no vendrá?”

Habiendo manifestado mis dudas al viejo Canencia que parecía algo molesto por la duración de mi visita, me dijo:

—Puede que venga y puede que no venga. Seguramente estará ahora en el café del Turco ó en casa del duque del Parque. Ya es media noche. Dentro de unas cuantas horas será de día y... ¡en marcha todo el mundo para Cádiz!

Mariana bostezaba, siendo imitada por Canencia. Yo me sostenía intrépida, sin sueño ni cansancio, resuelta á estar un año en aquel sitio, si un año tardaba en venir mi hombre.

—De todas maneras—dije á Canencia,—si se marcha mañana ha de venir á arreglar su equipaje.

—Es muy posible, señora—me contestó secamente.—En caso de que quiera usted retirarse, puede con toda confianza dejar el recado verbal que guste. Yo se lo transmitiré puntualmente y con la fidelidad de un verdadero amigo.

—Gracias.

—Le diré que ha estado aquí... Aunque usted no me ha dicho su nombre, yo creo conocer á la persona con quien tengo el honor de hablar, por haberla visto en Madrid algunas veces... ¿No es usted la señora marquesa de Falfán?

Esta pregunta me hizo estremecer en mi interior, como si un rayo pasara por mí. Pero dominándome con soberano esfuerzo, répuse gravemente y con afectada vergüenza:

—Sí señor, soy la marquesa de Falfán. Fiada en la discreción de usted, me he aventurado á esperar aquí en hora tan impropia.

—Señora, yo soy un sepulcro, y además un amigo fiel de ese excelente joven, y como le debo muchos beneficios, á la amistad se une la gratitud. Puede usted con toda libertad confiarme lo que quiera. Es muy posible que él no pueda verla á usted esta noche. Estará muy ocupado y sin duda el viaje de mañana trastorna sus planes, porque si no recuerdo mal, hoy me dijo que pensaba despedirse de usted, por la noche, en casa de Doña María Antonia.

Al oír esto me quedé como mármol y en seguida me llené de ascuas. Desplegué los labios para preguntar: "¿dónde vive esa Doña María Antonia?" pero me contuve á tiempo comprendiendo la gran torpeza que iba á cometer. Evocando toda mi destreza de cómica, dije:

—Así pensábamos, pero no ha podido ser.

El infame pájaro se asomó á su nicho y burlándose de mí cantó la una. Yo me ahogaba, porque á mis primeras fatigas se unía desde que habló aquel hombre, la inmensa sofocación de un despecho volcánico, de los celos que me mataban. En mi cerebro se encajaba una corona de brasas resplandecientes y mi corazón chorreaba sangre, herido por mil puas venenosas. Mi afán, mi deso más vivo era morder á alguien.

Esperé más. Canencia seguía bostezando y Mariana dormitaba. Yo sentía en mis oídos un zumbido extraño, el zumbido del silencio nocturno que es como un eco de mares lejanos, y deshaciéndome esperaba. Habría dado mi vida entera por verle entrar, por poder hablarle á solas un momento, arrojando sobre él las palabras, la furia, la hiel que se desbordaban en mí. Á ratos balbucía terribles injurias que siendo tan infames, á mí me parecían rosas.

El vil pajarraco volvió á chancearse conmigo y haciendo la reverencia más pronunciada y el canto más fuerte, anunció las dos.

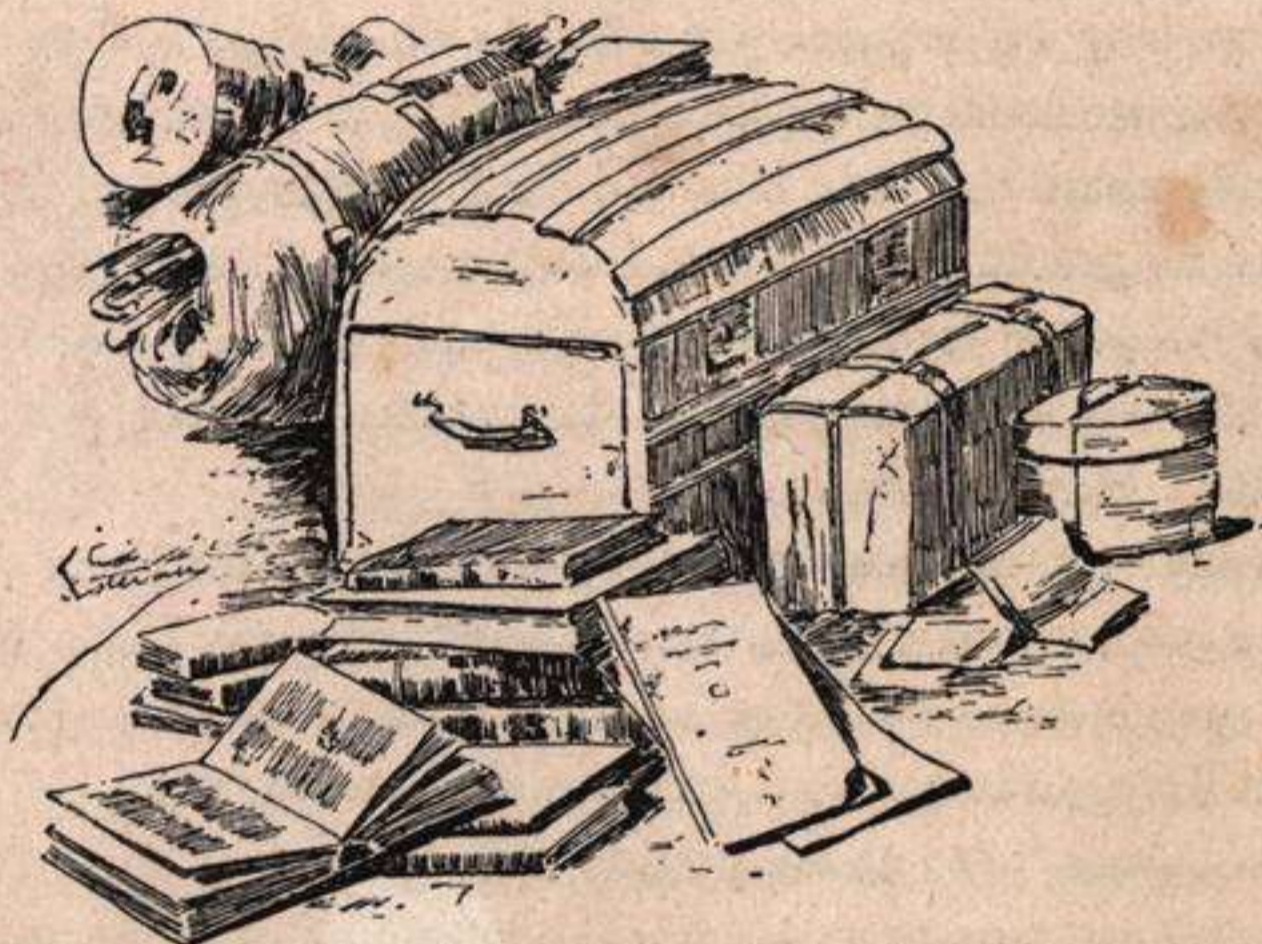
—¡Las dos!... ¡pronto será de día!—exclamé.

—Fijamente no viene ya, señora. Es que se embarca con los diputados—dijo Canencia dando á entender con sus bostezos que de buena gana dormiría un rato.

—¿Y á qué hora se embarcan los diputados?

—Al rayar el día: así se decía anoche en el salón del Congreso, cuando se levantó la sesión que ha durado treinta y tres horas.

Estuve largo rato dudando lo que debía hacer. Delante de mi pensamiento daba vueltas un círculo de fuego que alternativamente en su lenta rotación, mostrábame dos preguntas; primera: *¿Y si viene después*



*que yo me vaya?* segunda: *¿Y si se embarca en el muelle mientras yo estoy aquí?*

Yo veía pasar una pregunta, después otra. La segunda sustituía á la primera y la primera á la segunda en órbita infinita. Ambas tenían igual claridad, ambas me deslumbraban y me enloquecían de la misma manera. Yo, que por lo general me decido pronto, entonces dudaba. Cuando la voluntad se iba inclinando de un lado el pensamiento llamábame del otro, y así contrabalanceados los dos, ponían á mi alma en estado de terrible ansiedad. Largo rato permanecí en esta dolorosa incertidumbre. Los minutos volaban, y acercándose aquel en que era preciso resolver definitivamente, el silencio mismo llegó á impresionar



mi cerebro como un bramido intolerable, formado por mil voces. Oía el latir de mi corazón como se oye un secreto que nos dicen al oído; mi sangre ardía, y por fin aquella misma palpitación de mi alborotado seno fué como una voz que hablaba diciéndome: "anda, anda.,,"

El pájaro, riendo como un demonio burlón, me saludó tres veces con su cortesía y su infernal *cucú*. Eran las tres.

—Va á ser de día—dijo Canencia, dejando caer sobre el pecho su venerable cabeza.

Levantéme. Estaba decidida. Parecióme que D. Bartolomé, al verme dispuesta á partir, vió el cielo abierto. Despedíme de él bruscamente y salimos.

—¿Á dónde vamos, señora?—me dijo Mariana.—¿No es hora de retirarnos ya á descansar?

—Todavía no.

—¡Señora, señora, por Dios!... Está amaneciendo. No hemos cenado, no hemos dormido...

—Calla, imbécil—le dije clavando mis dedos en su brazo.—¡Calla, ó te ahogo!





### XXX

**A**MANECÍA, y multitud de hombres de mal aspecto vagaban por la calle. Veíanse paisanos armados, y muchos guapos de la Macarena y de Triana. Mi criada tuvo miedo; pero yo no. Repetidas veces nos vimos obligadas á variar de rumbo para evitar el encuentro de algunos grupos en que se oía el ronco estruendo de *¡vivan las caenas! ¡muera la Nación!*

Llegamos por fin al río. Ya el día había aclarado bastante, y desde la puerta de Triana vimos la chimenea del vapor que despedía humo.

—Si esos barcos de nueva invención humean al andar—dije,—el vapor se marcha ya.

Desde la puerta de Triana á la Torre del Oro se extendía un cordón de soldados de artillería. En la puerta de Jerez había cañones. Nada de esto me arredraba, porque mi exaltación me infundía grandes alientos, y hablando al oficial de artillería, logré pasar hasta la orilla donde algunas tablas sostenidas sobre pilotes servían de muelle. El vapor bufaba como animal impaciente que quiere romper sus ligaduras y huir. Multitud de personas se dirigían al embarcadero. Reconocí á Canga-Argüelles, á Calatrava, á Beltrán de Lis, á Salvato, á Galiano y á otros muchos que no eran diputados.

—Él se irá también—pensé.—Vendrá aquí de seguro... Pero no, no creo que se me pueda escapar.

Una idea grandiosa cruzó por mi mente, una de esas ideas napoleónicas que yo tengo en momentos de gravedad suma. Ocurrióme embarcarme también en el vapor, si le veía partir. No tenía equipaje; ¿pero qué me importaba? Mariana se quedaría para llevarlo después.

Acerquéme á Calatrava, que se asombró mucho de verme.

—Quiero un puesto en el vapor—le dije.

—¿También usted se marcha?... ¿De modo que...?

—Temo ser perseguida. Estoy llena de miedo desde ayer. Me han amenazado con anónimos atroces.

—¿Ha preparado usted su equipaje?

—He preparado lo más preciso: el viaje es corto. Mi criada se queda para arreglar lo que dejo aquí.

—También nosotros dejamos nuestros equipajes, porque no caben en el vapor. Irán en aquella goleta.

—¿Me hace usted un sitio sí, ó no?

—¿Un sitio? Sí, señora. Dejando el equipaje... El Gobierno ha fletado el buque. Puede usted venir.

Esto se llama proceder pronto y con energía... Pero observé á todos los que llegaban, y no le ví. Á cada instante creía verle aparecer.

—No puede tardar—dije, después que dí mis órdenes á Mariana.—Ahora sí que es mío.

Mariana hacía objeciones muy juiciosas; pero yo á nada atendía. Estaba ciega, loca.

—¿Y si no se embarca?—me dijo mi criada.—Todavía no ha venido...

—Pero ha de venir... Á ver si está por ahí el duque del Parque.

Miramos las dos en todos los grupos y no vimos al duque.

—¿El señor duque del Parque no va á Cádiz?—pregunté á Salvato.

—El señor duque no se ha atrevido á votar el destronamiento.

—¿Y qué?

—Que los que no votaron no se creen en peligro y seguirán en Sevilla.

—De modo que Su Excelencia...

—No tengo noticia de que se embarque con nosotros.

—Venga usted—me dijo Calatrava alargándome la mano para llevarme á la cubierta del buque.

—Entre usted, amigo, entre usted, que aún tengo que decir algo á mi criada.

—Parece que vacila usted...

—En efecto... sí... no estoy decidida aún.

No, no podía entrar en aquel horrible bajel que iba á partir silbando y espumarajeando, sin llevar al que turbaba mi vida. Yo les ví entrar uno tras otro, les conté; ni uno solo escapó á mi observación, y ¡él no estaba! ¡Siempre ausente, siempre lejos de mí, siempre en dirección diametralmente opuesta á la dirección de mis ideas y de mi apasionada voluntad! Esto era para enloquecer completamente, y digo completamente, porque yo estaba ya bastante loca. Mi desvarío insensato aumentaba como la fiebre galopante del enfermo solicitado por la muerte.

Se embarcaron ¡ay! ví al horrendo vapor separarse del muelle, ví moverse las paletas de sus ruedas machacando y rizando el agua, le oí silbar y mugir echando humo, hasta que emprendió su marcha majestuosa río abajo.

No yendo él, no podía causarme aflicción quedarme en tierra. El estaba también en Sevilla.

—Ahora—dije,—ahora no es posible que le pierda otra vez. Si tengo actividad é ingenio, pronto saldré de esta angustiosa situación.

No quise detenerme como el vulgo que se extasiaba contemplando el humo del vapor que conducía hacia el postrer rincón de España el último resto del liberalismo. Como aquel humo en los aires, así se desvanecía en el tiempo la Constitución... Pero en mi mente no podían fijarse ni por un instante estas ideas.

Me era forzoso pensar en otras cosas, y en la realidad de mi ya insoportable desdicha. ¿Á dónde debía ir? En los primeros momentos después del embarque no pude determinarlo, y vagué breve rato por la ribera, hasta que me obligaron á huir los excesos de la salvaje muchedumbre, que se precipitó sobre los equipajes de los diputados, apode-

rándose de ellos y saqueándolos en presencia de la poca tropa que había quedado en el muelle.

Al mismo tiempo sentí el clamor de las campanas echadas á vuelo en señal de que Sevilla había dejado de pertenecer al Gobierno constitucional, y en cuerpo y alma pertenecía ya al absolutismo. ¡Cambio tan rápido como espantoso! El pronunciamiento se hizo entre berridos salvajes, en medio del saqueo y del escándalo, al grito de *¡muera la Nación!* La verdad es que los alborotadores hacían poco daño á las personas; pero sí robaban cuanto podían. Al entrar por la puerta de Jerez, procuré apartarme lo más posible de la turbulenta oleada que marchaba hacia el corazón de Sevilla, con objeto, según oí, de destrozar el salón de sesiones y el café del Turco, donde se reunían los patriotas.

Lejos de desmayar yo con las muchas contrariedades, el insomnio y el continuo movimiento, parecía que la misma fatiga me daba prodigiosos alientos. No sentía el más ligero cansancio, y mi cerebro, como una llama cada vez más viva, hallábase en ese maravilloso estado de actividad que es para los poetas, para los criminales y para los que se ven en peligro, la rápida inspiración del momento. Yo sentía en mí un estro grandioso, avivado por mis contrariadas pasiones, mi rencor y mi despecho. Tenía la penetrante vista del genio y había llegado á ese momento sublime en que los más profundos secretos de nuestro destino se nos muestran con claridad espantosa. Mi pensamiento, como la aguja magnética de una brújula, señalaba con insistencia la casa del marqués de Falfán.

—¡Oh, allí, allí... he de encontrar la solución de este horrible problema!





## XXXI

**Y** corriendo hacia la casa, soñaba no ya con las delicias de un encuentro feliz y de una amable reconciliación, sino con proporcionar á mi alma el inefable, el celestial, el infinito regocijo de un escándalo, de una escena, de una de esas venganzas de mujer, que son la *Iliada* del corazón femenino. No sé si me equivocaré juzgando por mí de todas las mujeres; pero pienso firmemente que ninguna, por muy tímida que sea, deja de sentir en momentos dados y cuando se discuten asuntos del corazón, el poderoso instinto de la majeza. La maja, digan lo que quieran, no es más que lo

femenino puro. De mí puedo asegurar que en aquel instante me sentía verdulera.

—Tengo la seguridad—decía,—de que le encontraré allí. El corazón me lo dice... Es precisamente lo que necesito; es la satisfacción más preciosa y agradable de mi inmenso afán, el desahogo de mi pecho, semejante á un volcán sin cráter, el consuelo de todas mis penas. Hablaré, gritaré, vomitaré injurias, ¿qué digo injurias? verdades. Diré todo lo que sé, abriré los ojos de un marido crédulo y bonachón; arrancaré la máscara á una hipócrita; confundiré á un ingrato... en suma, estaré en mi elemento... ¡¡Ahora, Santo Dios de las venganzas, ahora sí que no se me puede escapar!!

Al dirigirme á la plaza de la Magdalena, donde vivía el marqués, ví á dos ó tres patriotas que eran llevados presos por el pueblo, con una cuerda al cuello. ¡Pobre gente! Entre ellos ví á Canencia, que me dirigió al pasar una mirada suplicante; pero no hice caso y seguí. Casi arrastrando á Mariana, que apenas podía seguirme de puro cansada y soñolienta, llegué á casa de Falfán.

En el patio encontré al marqués, que al punto que me vió asombróse mucho de la alteración de mi semblante, creyendo que me ocurría algún grave accidente.

—Señora—me dijo ofreciéndome una silla,—no extraño que esa gente mal educada... Se están cometiendo toda clase de excesos en la desgraciada Sevilla.

—No es eso, no. Si no me ha pasado nada.

—Señora, su rostro de usted me indica gran desasosiego y agitación.

—Es verdad—dije,—pero...

—Está usted muy intranquila.

—Intranquila no, estoy furiosa.

Después de decir esto y de romper en seis pedazos mi abanico, que ya lo estaba en cuatro, procuré tomar una actitud aparentemente serena, pues el caso requería en mí la grave majestad del que condena, no la atolondrada cólera y pueril turbación del condenado.

—¿Y por qué está usted furiosa?—me preguntó el marqués confundido.—¿En qué puedo servir á usted?

—¡Yo sé que está aquí, aquí!...—dije mirando al marqués de un modo que le aterró.

—¿Quién?

—¡Oh! ¿quién?... será preciso que yo hable; que lo diga todo...

—Señora, no comprendo una palabra.

—Llame usted á la señora marquesa y quizás ella me comprenda—  
repuse con amargo sarcasmo.

—Andrea no está en casa.

Al oír esto sentí un sacudimiento. Nuevo y más doloroso cambio en mis ideas, en mi voluntad, en mi cólera, en mis planes; nuevo movi-



miento de la aguja magnética que brujuleaba en mi corazón, marcándome el derrotero en medio de la tempestad... El marqués no podía tener interés en negarme á su esposa. Así lo comprendí al momento, y sin vacilar un instante, dije:

—¿Ha ido á la casa de Doña María Antonia?

— Precisamente, allí está — manifestó Falfán con tono de confianza honrada y tranquila que hubiera cautivado á otra persona más irritada que yo. — La señora Doña María Antonia se puso mala anoche y mi esposa fué á acompañarla un ratito. Á las diez estaba de vuelta.

—¿Á las diez?

—Pero sin duda la señora Doña María Antonia se ha agravado hoy, porque al rayar el día vinieron á buscar á Andrea y allá está. ¿Encuentra usted en esto algo de extraño?

—No señor, nada — dije levantándome. ¿Y dónde vive esa Doña Antonia?

—En la calle que sale á la puerta de Carmona, número 26. ¿Pero se va usted sin explicarme el motivo de su visita, su agitación...?

—Sí señor, me voy.

—Pero...



—Adios, señor marqués.

Quiso detenerme; pero rápida como un pájaro fugitivo le dejé y salí de la casa.

—Á la calle que sale á la puerta de Carmona, número 26—dije á Mariana, que me seguía durmiendo.

—Ahora—decía para mí, en el horroroso vértigo que formaban mis pensamientos y mi marcha,—ahora sí que de ningún modo se me puede escapar.

Yo saboreaba de antemano las horribles delicias del escándalo que iba á dar, de la venganza que tomaría, de las palabras que saldrían de mi boca, como el humo y la lava de un volcán en erupción. Me deleitaba con aquella copa de amarguras que se convertía en copa llena del delicioso licor de la venganza. Había llegado al extremo de recrearme en el veneno de mi alma y de hallar delicioso el fuego que respiraba. Seguía teniendo las mismas ganas de morder á alguien, y creo que mi linda boca tan codiciada, habría sido un áspid, si en carne humana hubiera posado sus secos labios.

Mariana, que conocía á Sevilla, me llevó hacia la puerta de Carmona, yo no sé por dónde ni en cuanto tiempo. Había yo perdido la noción de la distancia y del tiempo. Ví una calle larga y solitaria, con muchas rejas verdes llenas de tiestos de albahaca. Ví una fila de casas de fachada blanca iluminadas por el sol y otra línea de casas en la sombra. Yo buscaba el número 26, cuando sentí pisadas de caballos. Delante de mí, como á cuarenta pasos, abrióse una gran puerta y salieron tres hombres á caballo. ¡Era él!

Corrí, corrí... Iba vestido con el traje popular andaluz, y su figura era la más hermosa que puede imaginarse. Los otros dos vestían lo mismo. Caracolearon un instante los corceles delante de la casa, y en seguida emprendieron precipitadamente la carrera en dirección á la puerta de Carmona.

Yo corría, corría, y al mismo tiempo gritaba. Mariana, que no había perdido el juicio, me detuvo enlazando con sus dos brazos mi talle... Mi furor estalló con un grito salvaje, con una convulsión horrible y este inexplicable apóstrofe:—¡Ladrones! ¡Ladrones!

En el mismo momento en que yo rugía de este modo, dos mujeres se asomaban á la ventana de la casa y saludaban á los ginetes con sus abanicos. Él miró repetidas veces hacia atrás y saludaba también sonriendo. Ví brillar el lente de Doña María Antonia, ví los negros ojos de Andrea... ¡Oh, Satanás, Satanás!

Yo seguí hasta ponerme debajo de la ventana; pero ésta se cerró. Seguí corriendo un poco más. Un grupo de hombres feroces apareció por una boca-calle. Su aspecto infundía pavor; pero yo me adelanté hacia ellos y señalando á los tres ginetes que huían á escape fuera de la puerta entre nubes de polvo, grité con toda la fuerza de mis pulmones:

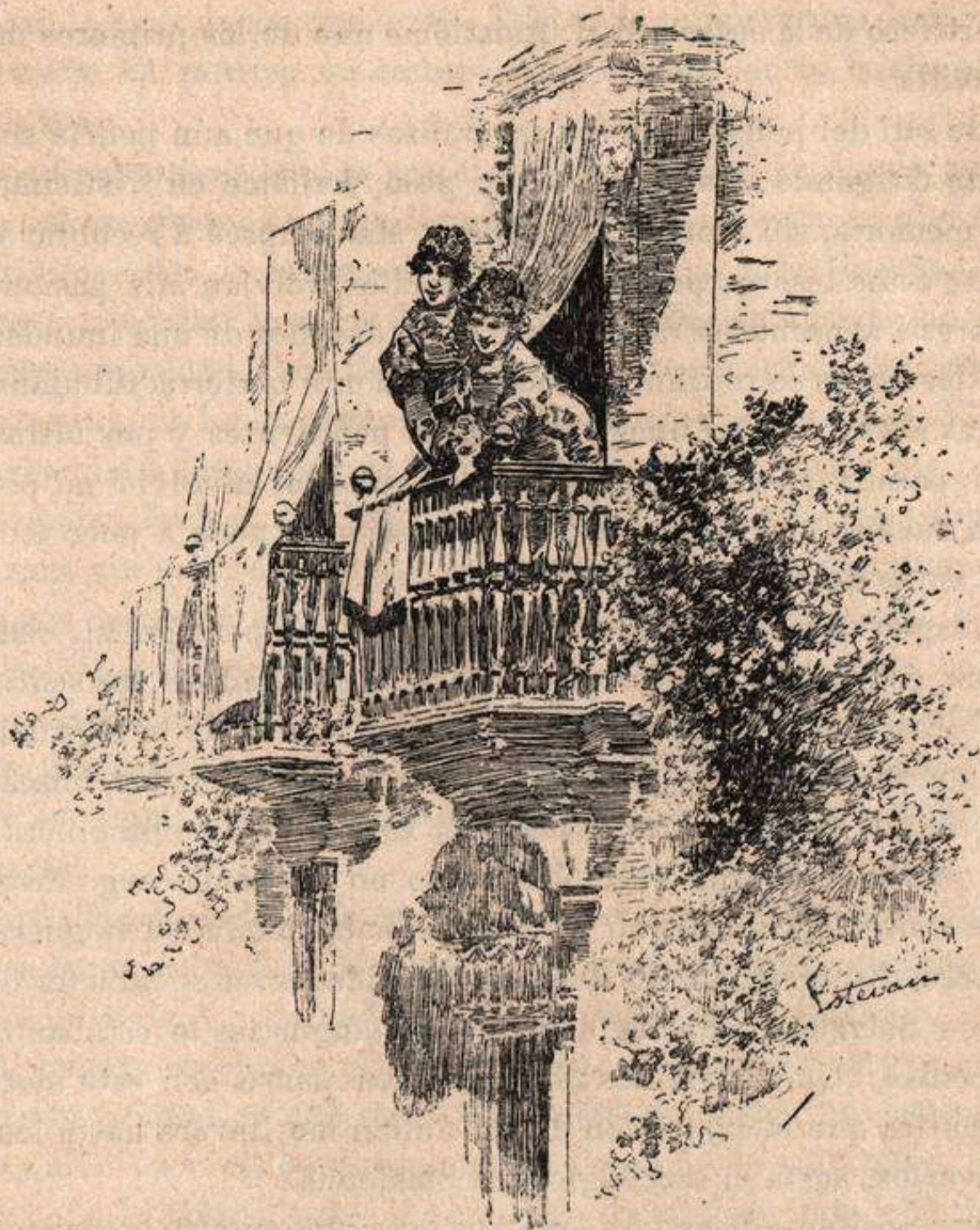
—¡Que se escapan!... corred... corred tras ellos... ¡Que se escapan!... los patriotas, los más malos de todos, los ateos, blasfemos, los republicanos, los masones, los regicidas, los enemigos del Rey... los que que-



rían matarle... Corred y cojedles... Yo tengo dinero... Mil duros al que les coja... ¡En nombre de la Religión!... ¡En nombre de las caenas!... Vamos, vamos tras ellos... ¡Que se escapan!

Á medida que hablaba, iba desapareciendo en mi espíritu la noción de lo externo, y me sentía envuelta en tinieblas ó en llamas, no sé en qué; me sentía caer en un hondo infierno lleno de demonios, sumergirme en abismo de negro delirio, de fiebre, de sueño ó muerte; pues no puedo expresar bien lo que era aquello.

Perdí el conocimiento.



## XXXII

**M**i dolorosa enfermedad, que me puso al borde del sepulcro, duró cuarenta días, de los cuales no sé cuántos pasé en terrible crisis de delirio, sin conciencia de las cosas, atormentada por la fiebre. Mi sangre enardecida había descompuesto en tales términos las funciones de mi cerebro, que en aquellos angustiosos días no vivía con mi vida propia, sino con el mismo

fuego mortífero de la enfermedad. Asistióme uno de los primeros médicos de Sevilla.

Cuando salí del peligro y hubo esperanzas de que aún podría seguir mi persona fatigando al mundo con su peso, halléme en tristísimo estado, sin memoria, sin fuerzas, sin belleza. Mas empecé á recobrar muy lentamente estos tesoros perdidos, y con ellos volvían mis pasiones y mis rencores á aposentarse en mi seno, como después de una inundación y cuando las aguas se retiran, aparece lentamente la tierra, dibujándose primero los altos collados, luego las suaves pendientes y por último el llano. Así, pasada aquella avenida de sangre que envolvió mi pensamiento en turbias olas venenosas, fué apareciendo poco á poco todo lo existente antes del 13 de Junio.

Una imagen descollaba sobre todas las que me perseguían, cuando mi fantasía, como un borracho que recobra la claridad de sus sentidos, empezó á presentarme lo pasado. Esta imagen era la de la huérfana, á quien yo suponía corriendo sin cesar por campos y ciudades, buscando lo que no había de encontrar. ¿Acaso el tormento de ella no era tan grande ó quizás mayor que el mío? Pero yo no me hacía cargo de esto, y lejos de sentir lástima de mi víctima, echaba leña á la hoguera de mis rencores, discurriendo mil defectos y fealdades en el carácter de la hermana de Salvador, para deducir que sus angustias le estaban muy bien merecidas. ¡Qué desatinos tan horribles pensé con este motivo! Parece mentira que la exaltación de mi ánimo me llevara hasta los últimos desvaríos, hasta el sacrilegio y la blasfemia.

—Es muy posible—decía yo,—que mis horribles angustias hayan sido causadas por las maldiciones de esa mujer. Al verse engañada habrá pedido á Dios mi castigo, y Dios, no hay duda, hace caso de los hipócritas... ¡Ah, los hipócritas! ¡perversa raza! Son capaces con sus fingidas lágrimas de engañar al mismo Dios y compelerle á castigar á los buenos.

A estos horrorosos pensamientos hijos de una turbada razón, añadía otros quizás más sacrilegos. Mi enfermedad, que parecía un aviso del cielo, no me había corregido, antes bien, cuando resucité estaba más intolerante, más soberbia, y proyectaba nuevos planes para vencer la tenaz contrariedad de mi destino. Lejos de desconfiar de mis fuerzas y de acobardarme, entonces tenía fe mayor en ellas y me vanagloriaba, suponiendo una victoria inmediata.

—Me han ocurrido tantos desastres—decía,—porque he sido una tonta. Pero ahora... ¡Oh! ahora, yo me juro á mí misma que moriré ó le he de atrapar... Iré á Cádiz.

Cuando esto decía, finalizaba Julio y la temperatura de Sevilla era irresistible. El médico me ordenó que buscara en la costa aires más templados.

Los franceses se habían establecido ya en Sevilla, donde reinaba el orden más perfecto. En toda España, y principalmente en algunos puntos privilegiados de la tragedia, como Manresa y la Coruña, corría la sangre á raudales. Los dos furibundos partidos se herían mutuamente con impía crueldad. Pero los ejércitos de ambas Naciones no habían empeñado ninguna lucha verdaderamente marcial y grandiosa. El nuestro se desbandaba como un rebaño sin pastores y el francés iba ocupando las ciudades desguarnecidas y dominando todo el país sin trabajo y sin heroísmo, sin sangre y sin gloria. Sus victorias eran ramplonas y honradas, su proceder dentro de los pueblos noble y templado. Era aquel ejército como su jefe, leal y sin genio, un ejército apreciable, compuesto de cien mil buenos sugetos que no conocían el saqueo, pero tampoco la gloria. ¡Detestable suerte la de España!... ¡Haber hecho temblar al coloso y sucumbir ante un hijo del conde Artois, ante un pobre emigrado de Gante!

¡Á Cádiz, á Cádiz! Estas palabras compendiaban todo mi pensamiento en aquellos días. Empecé á disponer mi viaje con gran prisa, y á principios de Agosto nada tenía que hacer ya en Sevilla.

Mi belleza recobraba al fin su esplendor. Y no era esto poco triunfo, porque la verdad es que me había quedado como un espectro. ¡Con cuánto alborozo veía yo despuntar de día en día la animación, la gracia, la frescura, la viveza, todos los encantos de mi fisonomía, que iban mostrándose, como flores que se abren al cariñoso amor del sol! Yo no cesaba de mirarme al espejo para observar los progresos de mi restauración, y casi casi estoy por decir que me encontraba más guapa que antes de mi enfermedad. Perdóneseme este orgullo vano; pero si Dios me hizo así, si me dió hermosura y gracias, ¿por qué no lo he de decir para que lo sepan los que no tuvieron la dicha de conocerme?

El conde de Montguyon se me presentó en el momento de partir para Cádiz. ¡Oh, feliz encuentro! Mi D. Quijote, que había sido ascendido á jefe de brigada, me acompañó en casi todo el camino de Sevilla á la costa, mostrándose en extremo orgulloso por creer próximo el momento de mi definitiva conquista, y yo cuidaba no poco de confirmarle en esta creencia, porque quería tenerle muy dispuesto á servirme en negocios difíciles. Hablamos también de política y de la ordenanza de Andujar, en que Su Alteza recomendaba la mayor templanza á los abso-

lutistas, habiéndoles disgustado por esto. Pero el tema más agradable á mi caballero era el amor.

Según se expresaba, su bello ideal estaba á punto de realizarse. El país ardiente, el territorio pintoresco, la dama hermosa, nada faltaba para que la leyenda fuese completa. Pero yo, esmerándome en fomentar sus esperanzas, era sumamente avara de concesiones. Mi ordenanza de Andujar prescribía también la moderación. Ya me había yo instalado en el Puerto cuando, apremiada por el Conde, le revelé la causa de mis ardientes deseos de penetrar en Cádiz.

—Un hombre—le dije,—que antes poseía mi confianza, administrando los bienes de mi casa, un mayordomo que supo servirme algún tiempo con lealtad para engañarme después con más seguridad, huyó de Madrid, robándome gran cantidad de dinero, muchas alhajas de valor y documentos preciosos. Ese hombre está en Cádiz...

—Pero en Cádiz hay tribunales de justicia, hay autoridades...

—En Cádiz no hay más que un Gobierno espirante, que para prolongar su vida entre agonías se rodea de todos los pillos.

—Sin embargo, señora, un ladrón de semejante estofa no puede ser patrocinado por nadie. Horribles cosas se ven en las guerras civiles; pero nosotros, nosotros los franceses entraremos en Cádiz.

—Esa es mi esperanza.

—¿No tiene usted valimiento con los Ministros liberales?

—Ninguno. Mi nombre sólo les sonará á proclama realista.

—Entonces....

—Cuento con la protección de los jefes del ejército francés.

—Y con los servicios de un leal amigo... El objeto principal es detener al ladrón.

—¡Detenerle y amarrarle y arrastrarle!—exclamé con furor.—Mas deseo hacer mi justicia á espaldas de los tribunales, porque aborrezco la curia y los pleitos, aun cuando los gane.

—¡Oh! eso es muy español. Se trata, pues, de cazar á un hombre; ¿por ventura eso es facil todavía?

—Facil no.

—Y para una dama...

—Pero yo no estoy sola. Tengo servidores leales que sólo esperan una orden mía para...

—Para matar...

—No tanto—dije riendo.—Esto le parecerá á usted leyenda, novela, romance ó lo que quiera; pero no, mis propósitos no son tan trágicos.

—Lo supongo... pero siempre serán interesantes... ¿Ha dejado usted criados en Sevilla?

—Uno tengo á mis órdenes. Le he enviado por delante y ya está en Cádiz.

—Vigilando...

—Acechando.

—Bien; le seguirá de noche, embozado hasta las cejas; espiará sus



acciones, se informará de su método de vida. ¿Y ese criado es fiel?

—Como un perro... Examinemos bien mi situación, señor conde. ¿Se puede entrar en Cádiz?

—Es muy difícil, señora, sobre todo para los que son sospechosos al Gobierno liberal.

—¿Y por mar?

—Ya sabe usted que en la bahía tenemos nuestra escuadra.

—¿Cuándo tomarán ustedes la plaza?

—Pronto. Esperamos á que venga Su Alteza para forzar el sitio.

—¿Y podrán escaparse los milicianos y el Gobierno?

—Es difícil saberlo. Ignoramos si habrá capitulación; no sabemos el grado de resistencia que presentarán los insurgentes.

—¡Oh!—exclamé sin saber lo que decía, obcecada por mis pasiones.— Ustedes los realistas no sirven para esto. Si Napoleón estuviera aquí, amigo mío, mañana, mañana mismo, sí señor, mañana, sería tomada por

asalto esa ciudad rebelde y pasados á cuchillo los insensatos que la defienden.

—Me parece demasiado pronto—dijo Montguyon sonriendo.—En fin, comprendo la impaciencia de usted.

—Sí, quien ha sido robada, vilmente estafada, no puede aprobar estas dilaciones que dan fuerza al enemigo. Señor conde, es preciso entrar en Cádiz.

—Si de mí dependiera, señora, esta tarde mandaba dar el asalto—repuso con entusiasmo.—Sorprendería á la guarnición, encarcelaría á los diputados y á las Córtes y pondría en libertad al Rey.

—Ya eso no me importa tanto—dije en tono de conquistador.—Yo entraría al asalto sorprendiendo la guarnición. Dejaría á los diputados que hicieran lo que les acomodase, mandaría al Rey á paseo...

—Señora...

—Buscaría á mi hombre, revolvería todos los rincones, todos los escondrijos de Cádiz hasta encontrarle... y después que le hallara...

—Después...

—Después, señor conde... ¡Oh! mi sangre se abrasa...

—En los divinos ojos de usted, Genara—me dijo,—brilla el fuego de la venganza. Parece usted una Medea.

—No me impulsan los celos—dije serenándome.

—Una Judith.

—Ni la idea política.

—Una...

—Parezca lo que parezca, señor conde, es preciso entrar en Cadiz.

—Entraremos.

—¿No sirve usted ahora en el Estado Mayor del general Bourmont?

—En él estoy á las órdenes de la que es imán de mi vida—repuso poniendo los ojos en blanco.

—¿Bourmont será nombrado comandante general de Cádiz, luego que la plaza se rinda?

—Así se dice.

—¿Hará usted prender á mi mayordomo?...

—Le haré fusilar...

—¿Me lo entregará atado de piés y manos?

—Siempre que no huya antes, sí señora.

—¡Huir! Pues qué, ¿tendrá ese hombre la vileza de huir, de no esperar?...

—El criminal, amiga mía de mi corazón, pone su seguridad ante todo.



—¿No dice usted que hay una especie de escuadra?

—Una escuadra en toda regla.

—¿Pues de qué sirven esos barcos, señor mío—dije de muy mal talante,—si permiten que se escape... ese?

—Quizás no se escape.

—¿De qué sirve la escuadra?—añadí con la más viva inquietud.—¿Quién es el almirante que la manda? Yo quiero ver á ese almirante, quiero hablar con él...

—Nada más facil; pero dudo...

—Me ocurre que si hay capitulación, será más facil atraparle...

—¿Al almirante?

—No; á... á ese.

—Sin duda. En tal caso se quedaría tranquilo en Cádiz, al menos por unos días.

—Bien, muy bien. Si hay capitulación, arreglo, perdón de vidas y libertad para todos... Señor conde, aconsejaremos al Príncipe que capitule... ¡pero qué tonterías digo!

—Está patente en su espíritu de usted la obsesión de ese asunto.

—¡Oh! sí; no puedo pensar en otra cosa. El caso es grave. Si no consigo apoderarme de ese hombre... no sé... creo que me costará la vida.

—Yo también le aborrezco... ¡Hombre maldito!... Pero le cojeremos, señora. Me pongo al servicio de este gran propósito con la sumisión de un esclavo. ¿Acepta usted mi cooperación?

Al decir esto me besaba la mano.

—La acepto, sí, hombre generoso y leal, la acepto con gratitud y profundo cariño.

Al decir esto, yo ponía en mi semblante una sensibilidad capaz de conmover á las piedras, y en mis pestañas temblaba una lágrima.

—Y entonces—añadió Montguyon con voz turbada,—cuando nuestro triunfo sea seguro, ¿podré esperar que el hueco que se me destina en ese corazón no sea tan pequeño?

—¿Pequeño?

—Si es evidente, por confesión de él mismo, que ya tengo una parte en sus sublimes afectos, ¿no puedo esperar...?

—¿Una parte? ¡Oh! no; todo, todo.

El inflamado galán abrió sus brazos para estrecharme en ellos; pero evadí prontamente aquella prueba de su insensato ardor, y poniéndome primero seria y después amable, con una especie de enojo gracioso y virtud tolerante, le dije que ni Zamora ni yo podíamos ser ganadas en

una hora. Al decir esto violentos cañonazos me hicieron estremecer y corrí al balcón.

—Son los primeros tiros de las baterías que se han armado para atacar el Trocadero—me dijo el conde.

—¿Y esas bombas van á Cádiz?—pregunté poniendo inmenso interés en aquel asunto.

—Van al Trocadero.

—¿Y qué es eso?

—Un fuerte que está en medio de las marismas.

—¿Y allí están...?

—Los liberales.

—¿Muchos?

—Mil y quinientos hombres.

—¿Paisanos?

—Hay muchos paisanos y milicianos.

—¡Oh! morirá mucha gente.

—Eso es lo que deseamos. Parece que siente usted gran pena por ello.

—La verdad—repuse,—ocultando los sentimientos que bruscamente me asaltaban,—no me gusta que muera gente.

—Á excepción de su enemigo.

—Ese... ¿pero estará en el Trocadero?

—¡Quién sabe!... Está usted aterrada.

—¡Oh! yo quiero ir al Trocadero.

—Señora.

—Quiero ir al Trocadero.

—Eso mismo deseamos nosotros—me dijo riendo,—y para conseguirlo, enviaremos por delante algunos centenares de bombas.

—¿Dónde está el Trocadero?—pregunté corriendo otra vez á la ventana.

—Allí—dijo Montguyon asomándose y alargando el brazo.

Hízome explicaciones y descripciones muy prolijas de la bahía y de los fuertes; pero bien comprendí que antes que mostrar sus conocimientos, deseaba estar tan cerca de mí como estaba, aproximando bastante su cabeza á la mía, y embriagándose con el calor de mi rostro y con el roce de mis cabellos.

## XXXIII



UÉ aparato desplegaron contra aquellas fortalezas que se alzan entre charcos salubres y que llevan por nombre el Trocadero! Desde que llegó Su Alteza á mediados de Agosto, no hacían más que disparar bombas y balas contra los fuertes, esperando abrir brecha en sus gloriosos muros. ¡Figúrese el buen lector mi aburrimiento! Figúrese con cuánta tristeza y tedio vería yo pasar día tras día sin más distracción que oír los disparos y ver por las noches las majestuosas curvas de los proyectiles. Me consumía en mi casa del Puerto sin tener noticias del interior de Cádiz, ni esperanzas de poder penetrar en la plaza. Ni parecía aquello guerra formal y heroica como yo creía que debían de ser las guerras y como las que vi en mi niñez y en tiempo del Imperio. Casi todo el ejército sitiador estaba con los brazos cruzados: los oficiales paseaban fumando; los soldados hacían menos pesado el tiempo con bailoteo y cantos.

No debo pasar en silencio que el duque del Infantado, que llegó de Madrid en aquellos días, me llevó á visitar á Su Alteza, nuestro Salvador y el angel tutelar de la moribunda España por aquellos días. Luis Antonio era un rubio desabrido, cuyo semblante respiraba honradez y buena fe; pero la aureola del genio no circundaba su frente. Fuera de aquel sitio, lejos de aquella deslumbradora posición y con otro nombre, el hijo del conde de Artois habría sido un joven de buen ver; mas no en tal manera que por su aspecto descollase entre la muchedumbre. Para hallar en él lo que realmente le distinguía, era preciso que un trato frecuente hiciese resaltar las perfecciones morales de su alma privilegiada, su lealtad sin tacha y aquel levantado espíritu caballeresco

sin quijotismo que le hacía estimable en la Corte de Francia. Era valiente, humanitario, cortés, puntual y riguroso en el cumplimiento del



deber. Si estas cualidades no eran suficientes á formar un gran guerrero, ¿qué importaba? La pericia militar diéronsele sus prácticos genera-

les y nuestros desaciertos, que fueron el principal estro marcial de la segunda invasión.

Angulema me recibió con la más fina delicadeza y urbanidad; pero de todas sus cortesánias la que más me agradó fué la de disponer el asalto del Trocadero.—¡Al fin, al fin—exclamaba yo,—será nuestro el horrible fuerte que nos abrirá las puertas de Cádiz!

El 19 abrieron brecha; pero hasta la noche del 30 no se dió el asalto, habiéndose guardado secreto sobre esto en los días anteriores, aunque yo lo supe por el conde de Montguyon, que no me ocultaba nada referente á las operaciones. ¡Noche terrible la del 30 al 31 de Agosto! noche en que me pareció día por lo clara y hermosa así como por el estrépito guerrero que en ella resonara y las acciones heroicas dignas de ser alumbradas por el sol... Apretado fué el lance del asalto, segun oí contar, y Su Alteza y el príncipe de Carignan, se portaron bravamente, combatiendo como soldados en los sitios más peligrosos. No fué ciertamente el hecho del Trocadero una de aquellas páginas de epopeya que ilustraron el Imperio; fué más bien lo que los dramaturgos franceses llaman *Succés d'estime*, un éxito que no tiene envidiosos. Pero á la Restauración le convenía cacarearlo mucho, ciñendo á la inofensiva frente del duque los laureles napoleónicos; y se tocó la trompa sobre este tema hasta reventar, resultando del entusiasmo oficial que no hubo en Francia calle ni plaza que no llevase el nombre del *Trocadero*, y hasta el famoso arco de la Estrella, en cuyas piedras se habían grabado los nombres de Austerlitz y Wagram, fué durante algún tiempo *Arco del Trocadero*.

Yo me había trasladado á Puerto Real para estar más cerca. En la mañana del 31, cuando ví pasar á los prisioneros hechos en los fuertes, me sentí morir de zozobra. Entre aquellas caras atezadas, á cada instante creía ver la suya. Estuvieron pasando mucho tiempo, porque eran más de mil entre militares y paisanos. Creo que les miré uno por uno; y al fin, cuando ya quedaban pocos, redoblé mi atención. ¡Oh misericordioso Dios, qué estupendas cosas permites! En la última fila, casi solo, más abatido, más quemado del sol, más demacrado, con los vestidos más rotos que los demás, pasó él, él mismo... no podía dudarlo, porque le estaba viendo, viendo, sí, con mis propios ojos arrasados de lágrimas. Llevaba la mano izquierda en cabestrillo hecho con un andrajo, y su paso era inseguro y como dolorido, sin duda por tener lleno de contusiones el cuerpo. Al verle extendí los brazos y grité con toda la fuerza de mi voz. Mi enamorada exclamación hizo volver la cabeza á todos los que iban delante y á los curiosos que les rodeaban. Él, alzando los



amortiguados ojos, me miró con expresión tan triste que sentí partido mi corazón y estuve á punto de desmayarme. Creo que pronunció algunas palabras; pero no oí sino un adios tan lúgubre como campanada funeral, y movió la mano en ademán de cariñoso saludo, y pasó, desapareciendo con los demás en una vuelta del camino.

Mi primera intención fué correr tras él, pero en la casa me detuvieron. Cuando serenamente me

hice cargo de la situación, formé mil proyectos; pero todos los desechaba al pun-

to por descabellados. Pensándolo bien, comprendí que no era tan difícil conseguir su libertad. Me congratulaba de que al cabo de tantas fatigas, el destino me le presentara prisionero para poder decir con más valor que nunca:—Ahora sí que no se me puede escapar.

## XXXIV

**F**VIÉ recados al conde de Montguyon; pero no se le podía encontrar por ninguna parte. Unos decían que estaba en el Trocadero, otros que en el Puerto, otros que había ido á las fragatas con una comisión. Por último, averigué con certeza su paradero, y le escribí una carta muy cariñosa. Mas pasó un día, pasaron dos, y yo me moría de impaciencia, sin poder ver al prisionero, ni aun saber dónde le habían llevado. El conde, robando al fin un rato á sus muchas ocupaciones, vino á verme el día 4. Yo estaba otra vez medio loca, y no tenía humor para hacer papeles, sino que espontáneamente dejaba que se desbordasen los sentimientos de mi corazón.

—¡Oh! Cuánto me alegro de ver á usted—le dije.—Si usted no viene pronto, señor conde, me hubiera muerto de pena.

Con estas palabras, que creí dictadas por un vivo interés hacia él, se puso el noble francés un poco chispo, que así denomino yo al embotamiento de los hombres enamorados. Se deshizo en galanterías, á las cuales daba cierto tono de intimidad cargante, y después me dijo:

—Pronto, muy pronto, libertaremos á Su Majestad el Rey de España, y entraremos en Cádiz. El sol de ese día, señora, ¡cuán alegremente brillará sobre toda España, y especialmente sobre nuestros corazones!

—Mi estimado amigo—indiqué riendo,—no diga usted tonterías.

El se quedó cortado.

—Basta de tonterías—añadí,—y óigame usted lo que voy á decirle. Ya he encontrado al hombre que buscaba...

—¿Dónde... cómo... ese malvado?

—No es malvado.

—¿Cómo no? Me dijo usted que le había robado sus alhajas.

—¡No es ese... por Dios! ¿Cuándo entenderá usted las cosas al derecho?

—Siempre que no se me expliquen al revés.

—He encontrado á ese hombre... Pero entendámonos. ¿No dije á usted que había venido delante de mí un fiel criado de mi casa, el cual entró en Cádiz?...

—¡Ah! sí... entró para observar los pasos del ladrón.

—Pues ese fiel criado tiene el defecto de ser algo patriota... ¡debilidades humanas! y como es algo patriota se puso á pelear en el Trocadero por una causa que no le importaba.

—Ya comprendo: y ha caído prisionero. ¿Le ha visto usted?

—Le ví cuando los prisioneros pasaron por aquí, pero no le he visto más; y ahora, señor conde, quiero que usted me le ponga en libertad.

—Señora, si Cádiz se rinde pronto, como creo, y todo se arregla, espero conseguir lo que usted me pide.

—¡Qué gracia! Para eso no necesito yo de la amistad de un jefe de brigada—dije con enfado.—Ha de ser antes, mañana mismo.

—¡Oh! Señora, usted somete mi amor á pruebas demasiado fuertes.

—¿Quiere usted que dejemos á un lado el amor—le dije, poniéndome muy seria,—y que hablemos como amigos?

Montguyon palideció.

—¿Esa persona—me dijo,—interesa á usted tanto que no puede esperar á que concluya la guerra, dando yo mi palabra de que el prisionero será bien atendido?

—No basta que sea atendido—afirmé con resolución.—No basta nada: quiero su libertad; quiero atenderle yo misma, cuidarle, curar sus heridas, tenerle á mi lado, llevarle á sitio seguro...

Me expresé, al decir esto, con vehemencia suma, porque me era ya muy difícil contener mi corazón que iba al galope en busca de las anheladas soluciones. El conde me oía con cierto terror.

—¿Tanto interesa á usted—repitió,—tanto interesa á usted... un criado?

—No es criado.

—¿Tal vez un anciano servidor de la casa?

—No es anciano.

—¿Un joven?... Supongo que no será el ladrón?

—¿Qué ladrón?

—El ladrón de quien usted me habló...



—¡Ah! No me acordaba... Ya no me ocupo de eso.

—¿Abandona usted la empresa de detener y castigar á ese miserable?

—La abandono.

—¡Qué inconstancia!

—Yo soy así.

—Pero ese, ese otro... ¿interesa á usted tanto?...

—Muchísimo.

—¿Es pariente de usted?

—No. Es compañero de la infancia.

—¿Es militar?

—Paisano... señor conde—dije con el tono de severa autoridad que sé emplear cuando me conviene. Si se empeña usted en ser Catecismo, buscaré otra persona más galante y más generosa que sepa prestar un servicio, economizando las preguntas.

—Creo tener algún derecho á ello—repuso con gravedad.

—No tiene usted ninguno—afirmé con desenfado,—porque este derecho yo sola podría darlo, y yo lo niego.

—Entonces, señora—objetó, encubriendo su ira bajo formas urbanas,—he padecido una equivocación.

—Si cree usted que le amo, sí. La equivocación no puede ser más tremenda.

Montguyon se levantó. Sus ojos, en los cuales se leía el furor mezclado con la dignidad, me dirigieron una mirada, que debía ser la última. Yo corrí á él y tomándole la mano, le rogué que se sentase á mi lado.

—Usted es un caballero—le dije.—Ningún otro ha merecido más que usted mi estimación, lo juro. Dios sabe que al decir esto hablo con el corazón.

—Dios lo sabrá—repuso Montguyon muy afligido;—mas para mí, y de aquí en adelante, las palabras de usted están escritas en el agua.

—Considere usted las que le diga hoy como si estuvieran grabadas en bronce. La que confiesa hechos que no le favorecen, ¿no tiene derecho á ser creída?

—A veces sí. Confiésemle usted que su conducta conmigo no ha sido leal.

—Lo confieso—repliqué bajando los ojos, y realmente avergonzada.

—Confiese usted que yo no merecía servir de juguete á una mujer voluntariosa.

—También es cierto y lo confieso.

—Declare usted que ama á otro.

—¡Oh! sí, lo declaro con todo mi corazón, y si cien bocas tuviera con todas lo diría.

El leal caballero se quedó atónito y espantado. Estaba, como ellos dicen, *foudroyé*. Durante breve rato no me dijo nada, pero yo comprendí su martirio y le tenía lástima. ¡Oh, qué mala he sido siempre!

—Ese hombre...—murmuró Montguyon,—ese hombre...

—Ahora, reconociéndome culpable, reconociéndome inferior á usted —dije,—le autorizo para que me abrume á preguntas, si gusta, y aun para que me eche en cara mi ligereza.

—Ese hombre...—prosiguió el francés.—Perdone usted; pero nada es más curioso que la desgracia. El amor desairado quiere tener miles de ojos para sondear las causas de su desdicha. Ese hombre... ¿quién es?

—Un hombre.

—¿De familia ilustre?

—No señor, de origen muy humilde.

—¿Le ama usted hace tiempo?

—Hace mucho tiempo.

—Él... ¿la ama á usted?

—No estoy muy segura de ello.

—¡Oh! ¡Qué iniquidad!—exclamó con furor el conde.—Es un miserable.

—Un ingrato, y es bastante.

—¿Y á pesar de su ingratitud le ama usted?

—Tengo esa debilidad, que no puedo dominar.

—Aborrézcale usted.

—Si fuera facil... Difícil cosa es esa.

—¡Es verdad, difícil cosa!—exclamó Montguyon con tristeza.—¿Y ese hombre...

—¿Pero hay más preguntas todavía?

—No, ya no más. Me basta lo que sé y me retiro.

Yo le detuve de nuevo.

—Se conduce usted como un cualquiera—le dije con verdadero afecto.—Me abandona usted, precisamente cuando mi sinceridad merece alguna recompensa. ¿Será posible que cuando yo empiezo á tener franqueza, deje usted de tener generosidad?

—¡Oh! Señora, toca usted una fibra de mi corazón que siempre responde, aun cuando la hieran con puñal.

—Sí, sí, amigo mío. Usted es generoso y noble en gran manera. Para

que la diferencia entre los dos sea siempre grande, para que usted sea siempre un caballero y yo una miserable, págume usted como pagan en todas ocasiones las almas elevadas. Pues yo me he portado mal, pórtese usted bien conmigo. Haga cada cual su papel. Cumpla usted el precepto que manda volver bien por mal. Así crecerá usted más á mis ojos; así me abatiré yo más á los suyos; así su generosidad será mayor y mi culpa más grande también, y usted tendrá en su vida una página más gloriosa que la victoria que acaba de alcanzar frente al enemigo.

—Comprendo lo que usted me dice—murmuró Montguyon descansando por breve rato su frente en la palma de la mano.—Yo seré siempre digno de mi nombre.

—¡Caballero leal antes, ahora y siempre!—exclamé yo.

—Bien, señora—dijo levantándose y alargándome la mano que estreché cordialmente.—Lo que usted desea de mí es bastante claro.

—Sí.

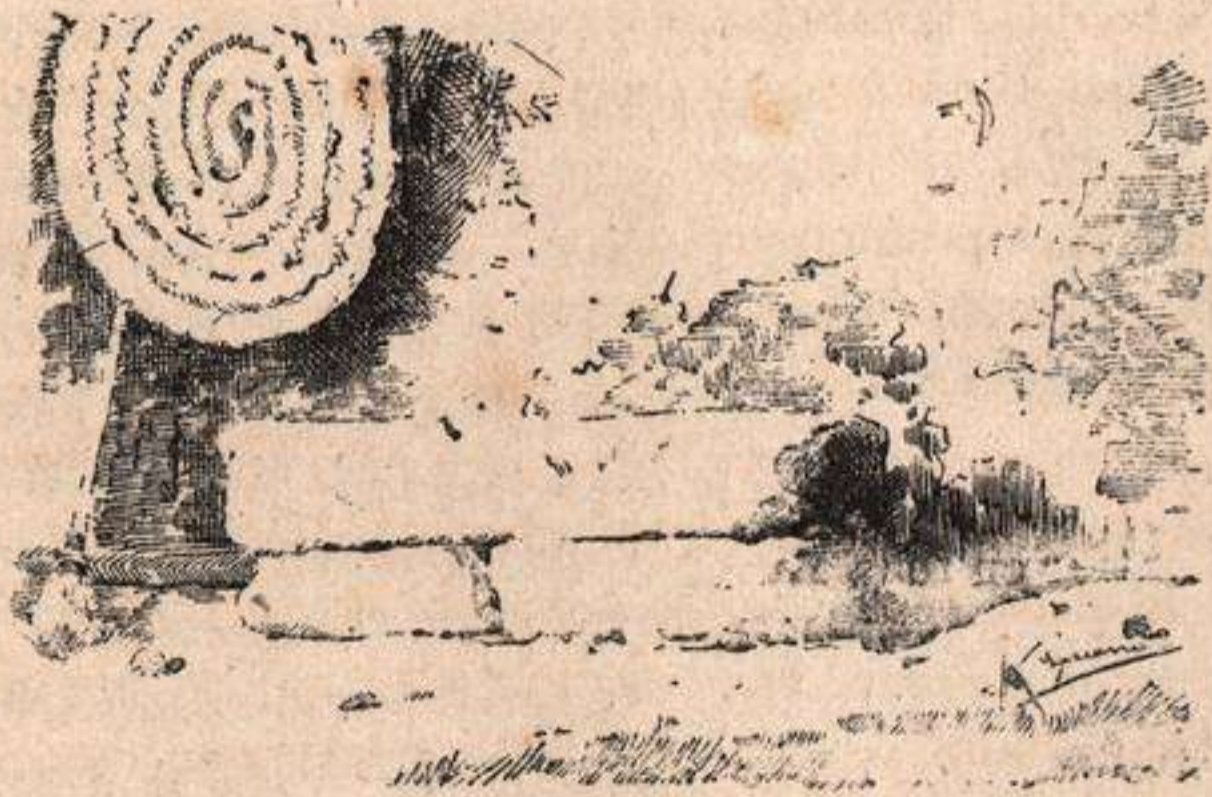
—Y yo—añadió con manifiesta emoción, empeño mi palabra de honor...

—¡Oh! lo esperaba, lo esperaba.

—Doy mi palabra de honor de hacer cuanto esté en mi mano para devolver á usted la felicidad, entregándole á su amante.

—Gracias, gracias—exclamé derramando lágrimas de admiración y agradecimiento.

El conde, saludándome ceremoniosamente, se retiró. De buena gana le habría dado un abrazo.





UÉ días pasaron! Yo contaba las horas, los minutos, como si de la duración de ellas dependiese mi vida. Entre españoles y franceses era opinión corriente que la guerra acabaría pronto, que Cádiz espiraba, que las Cortes se morían por momentos. Sin embargo, aún resistía el Gobierno liberal y sus secuaces, como la bestia herida que no quiere soltar su presa, mientras tenga un hálito de existencia. Esta constancia no carecía de mérito, y lo tendría mayor si se empleara en causa menos perdida. ¡Qué sacrificio tan inútil! No tenían hombres, porque los alistamientos no producían efecto. No tenían dinero, porque el empréstito que levantaron en Londres produjo... una libra esterlina. Yo creo que si mi espíritu hubiera estado en disposición de admirar algo, habría admirado la perseverancia de aquel Gobierno que

no pudo encontrar en toda Europa quien le prestase más de cinco duros.

Mi deseo era que se rindiese todo el mundo, que el Rey y la Nación arreglasen pronto sus diferencias, aunque las arreglaran devorándose mutuamente. Yo quería tener el campo libre para el desenlace de mi campaña amorosa, que veía ya seguro y feliz.

Casi todo Setiembre lo pasaron Angulema y las Cortes en dimes y

diretes. Mil recados atravesaban la bahía en un bote y callaban los cañones para que hablaran los parlamentarios. Tales comedias me ponían furiosa, porque no se decidía la suerte de los infelices prisioneros del Trocadero, que habían sido repartidos entre los Dominicos del Puerto y la Cartuja de Jerez.

Montguyon me visitó el 12, para informarme de que había visto al prisionero, cuyo nombre y señas le había dado yo oportunamente.

—Está sumamente abatido y melancólico—me dijo.—Se ha negado á recibir los auxilios pecuniarios que le ofrecí de parte de usted; pero se ha mostrado muy agradecido. Al oír que Genara tenía gran empeño en conseguir su libertad, pareció muy turbado y conmovido, pronunciando palabras sueltas cuyo sentido no pude comprender.

—¿Y no desea verme?

—Parece que lo desea ardientemente.

—¡Oh! ¡Estas dilaciones son horribles! ¿Y qué más dijo?

—Cosas tristes y peregrinas. Afirma que desea la libertad para conseguir por ella el destierro.

—¡El destierro!

—Dice que aborrece á su país y que la idea de emigración le consuela.

—Le conozco, sí... Esa idea es suya.

Otras cosas me dijo el conde; pero se referían al trato que se daba á los prisioneros y á las excepciones ventajosas que él estableciera en beneficio de mi amado. ¡Cuánto le agradecí sus delicadezas! Mientras viva tendré buenos recuerdos de hombre tan caballeroso y humanitario.

Interrumpidos los tratos por la terquedad de las Córtes, tomó de nuevo la palabra el cañón, y el día 20 fué ganado por los franceses con otro brioso asalto, el castillo de Santi-Petri. Después de este hecho de armas, Angulema habló fuerte á los tenaces liberales, pegados como lapas á la roca constitucional, y les amenazó con pasar á cuchillo á toda la guarnición de Cádiz, si Fernando VII no era puesto inmediatamente en libertad. El 26 se sublevó contra la Constitución el batallón de San Marcial que guarnecía la batería de Urrutia en la costa; y la armada francesa, secundando el fuego de las baterías del Trocadero, arrojaba bombas sobre Cádiz. No era posible mayor resistencia. Era aquella una tenacidad que empezaba á confundirse con el heroísmo, y la Constitución moría como había nacido, entre espantosa lluvia de balas, saludada en su triste ocaso como en su dramático oriente por las salvas del ejército francés.

Por fin llegaba el anhelado día.

—Habrá perdón general—decía yo para mí.—Todos los prisioneros serán puestos en libertad. Huiremos. ¡Cuán grato es el destierro! Comeremos los dos el dulce pan de la emigración, lejos de indiscretas miradas, libres y felices fuera de esta loca patria perturbada, donde ni aun los corazones pueden latir en paz.

Montguyon me trajo el 29 muy malas noticias.

El duque ha resuelto poner en libertad á todos los prisioneros de guerra. Pero...

—¿Pero qué?

—Ha dispuesto que sean entregados á las autoridades españolas los individuos que en Cádiz desempeñaban comisiones políticas.

—¿Él está comprendido?

—Sí, señora. Desgraciadamente se tienen de él las peores noticias. Había recorrido los pueblos alistando gente por orden de Calatrava; había venido desde Cataluña con órdenes de Mina para realizar asesinatos de franceses. Había organizado las partidas de gente soez que en el tránsito de Sevilla á Cádiz insultaron á Su Majestad.

—¡Oh, eso es falso, falso, mil veces falso!—exclamé sin poder conter mi indignación.

Y en efecto, tales suposiciones eran infames calumnias.

—Ha llegado al Puerto de Santa María—añadió Montguyon,—el Sr. D. Víctor Saez, secretario de Estado, ¿por qué no le ve usted?

—No quiero nada con hombres de ese jaez—repuse con enojo.—Usted me ha dado su palabra de honor, usted ha empeñado su nombre de caballero, y con usted sólo debo contar. ¡Oh! señor conde, si mi prisionero es entregado á la brutalidad de las autoridades españolas, sedientas hoy de sangre y de venganza, sospecharé que usted me hace traición.

El caballero francés se puso pálido. Dirigiéndome una mirada desdenosa, me dijo al despedirse:

—Todavía, señora, no sabe usted quién soy yo.

Á pesar de mis propósitos determiné visitar á Saez, porque bueno es tener amigos aunque sea en el Infierno. Vencí mis recientes antipatías, y tomando un coche, me encaminé al Puerto de Santa María. Era el 1.º de Octubre, día solemne en los fastos españoles.

Hallé al buen canónigo más soplado y presuntuoso que nunca, como todo aquel que se ve en alturas á donde nunca debió llegar; pero contra lo que yo esperaba, recibíome afablemente y no me dijo una sola palabra acerca de mi conversión al absolutismo templado. Parecía olvidado

de estas pequeñeces, y ocupado tan sólo como Jimeno de Cisneros, de los negocios públicos de ambos mundos.

—Hoy es día placentero, señora, día feliz, entre todos los días felices de la tierra—me dijo.—Su Majestad D. Fernando, ese ilustre martir de los excesos revolucionarios es ya libre.

—¿Ya?

—Hoy nos le entregan. Al fin han comprendido esos locos que su resistencia les podría costar muy cara, pero muy cara. El duque tiene malas moscas.

—Felicitémonos, Sr. D. Víctor—dije con afectado entusiasmo,—de esta solución lisongera. España y el mundo están de enhorabuena. Mas para que se completara la dicha, convendría que tantas y tan graves heridas no se ensañasen con la venganza y la crueldad del partido vencedor, y que un generoso olvido de los errores pasados inaugurase la venturosa era que empieza hoy.

—Así será, señora—repuso sonriendo de un modo que me pareció algo hipócrita.—Su Majestad ha dado ayer en Cádiz un manifiesto en que ofrece perdonar á todo el mundo y no acordarse para nada de los que le han ofendido. ¡Cuánta magnanimidad! ¡Cuánta nobleza!

—¡Oh! sí, conducta digna de un descendiente de cien Reyes, digna de quien da el perdón y del pueblo que la recibe! Si Fernando cumple lo que promete, será grande entre todos los Reyes de España.

—Lo cumplirá, señora, lo cumplirá.

Aunque no tenía gran confianza en las afirmaciones de Saez, di crédito á estos propósitos por creerlos inspiración del duque de Angulema.

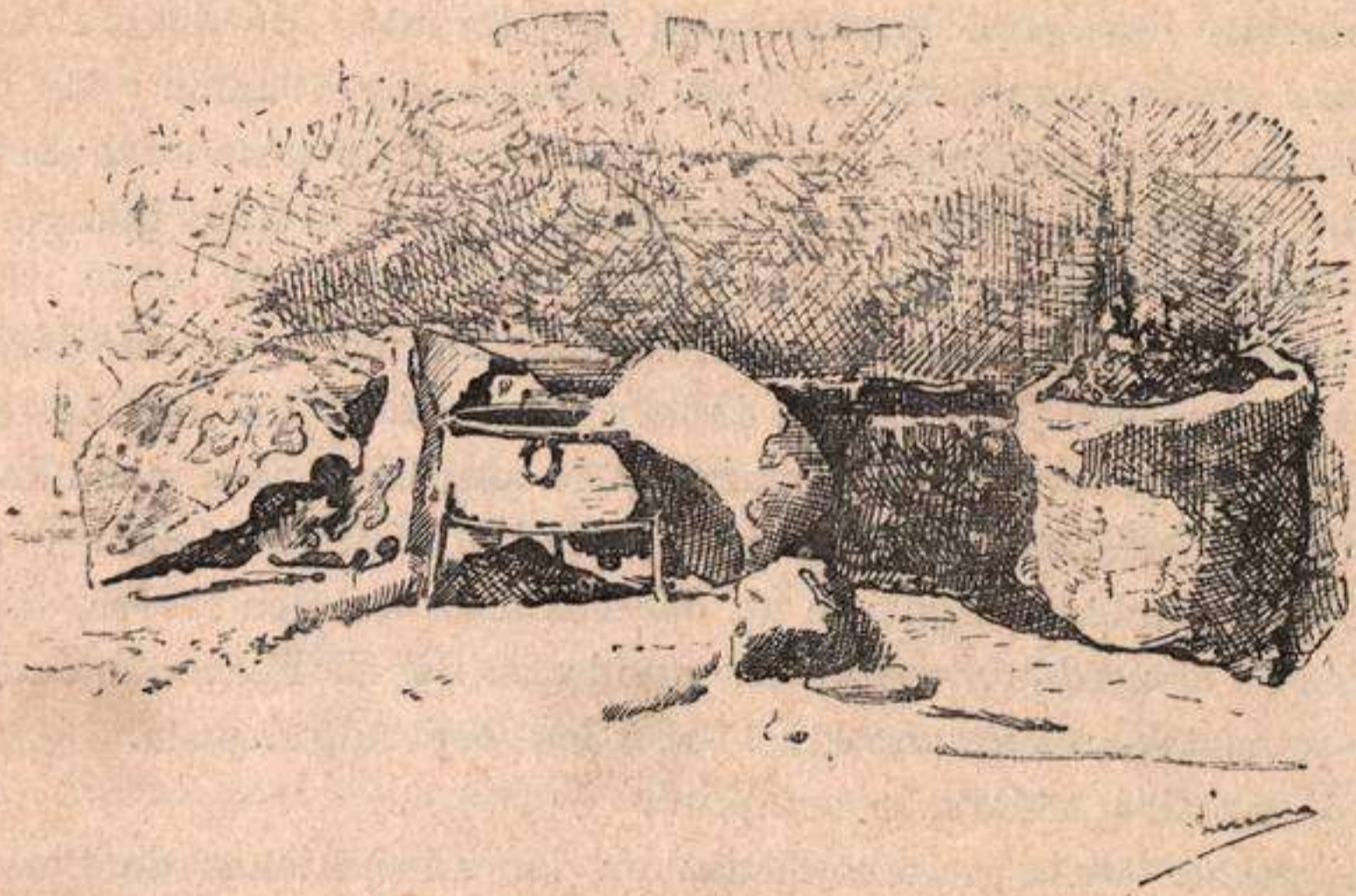
Invítome luego á presenciar el desembarco de Su Majestad, á lo que accedí muy gustosa. Nos trasladamos al muelle, y habiendo sido colocada por un oficial francés en sitio muy conveniente para ver todo, presencié aquel acto, que debía ser uno de los más notables recodos, uno de los más bruscos ángulos de la historia de España en el tortuoso siglo presente.

¡Espectáculo conmovedor! La regia falúa, cuyo timón gobernaba el almirante Valdés, uno de los más gloriosos marinos de Trafalgar, se acercaba al muelle. En ella venía toda la familia real, la Monarquía histórica secuestrada por el liberalismo. La conciliación ideada por cabezas insensatas era imposible, y aquellos regios rehenes personales que la Nación había tomado, eran devueltos al absolutismo, contra el cual no podían prevalecer aún los infiernos de la demagogia. En una

lancha volvían del purgatorio constitucional las ánimas angustiadas del Rey y los Príncipes.

Mientras el victorioso despotismo recobraba sus personas sagradas, allá lejos, sobre la gloriosa peña inundada de luz y ceñida por coronas de blancas olas, los pobres pensadores desesperados, los utopistas sin ilusiones, los desengañados patricios lloraban sus errores, y buscando hospitalidad en naves extranjeras, se disponían á huir para siempre de la patria á quien no habían podido convencer.

Así acaban los esfuerzos superiores á la energía humana, las luchas



imposibles con mónstruos poderosos de terrible lazos, y que hunden en el suelo sus patas para estar más seguros, como hunde sus raíces el árbol. Tal era la contienda con el absolutismo. Querían vencerle cortándole las ramas, y él retoñaba con más fuerza. Querían ahogarle, y regándole daban jugo á sus raíces. ¡A vosotros, oh venideros días del siglo, tocaba atacarlo en lo hondo, arrancándolo de cuajo!... Pero advertido que estoy hablando la jerga liberal. ¡Qué horror! Verdad es que escribo veinte años después de aquellos sucesos; que ya soy vieja, y que á los viejos como á los sabios se les permite mudar de parecer.

Fernando puso el pié en tierra. Dicen que al verse en suelo firme dirigió á Valdés una mirada terrible, una mirada que era un programa político, el programa de la venganza. Yo no lo ví, pero debió de ser cierto, porque me lo dijo quien estaba muy cerca. Lo que sí puedo asegurar es que Angulema, hincando en tierra la rodilla, besó la mano



al Rey, que luego se abrazaron todos, que D. Víctor Saez lloraba como un simple, y que los vivas y las exclamaciones de entusiasmo me volvieron loca. Los franceses gritaban, los españoles gritaban también, celebrando la feliz resurrección de la Monarquía tradicional y la miserable muerte del impío constitucionalismo. El glorioso imperio de las *caenas* había empezado. Ya se podía decir con toda el alma:—¡Viva el Rey absoluto! ¡Muera la Nación!





## XXXVI

ALTABA la solución mía. Mi corazón estaba como el reo cuya sentencia no se ha escrito todavía. El 1.º de Octubre por la tarde y el día 2 hice muchas diligencias sin fruto, no siéndome posible ver á Saez ni á Montguyon, á quien envié frecuentes y apremiantes recados. Ninguna noticia pude adquirir tampoco de los prisioneros. Creo que me hubiera repetido el ataque cerebral que padecí en Sevilla, si en el momento de mi mayor desesperación no apareciese mi generoso galán francés á devolverme la vida. Estaba

pálido y parecía muy agitado.

—Vengo de Cádiz—me dijo.—Dispéñseme usted si no he podido servirle más pronto.

—¿Y qué hay?—pregunté con la vida toda en suspenso.

—Deme usted su mano—dijo Montguyon ceremoniosamente.

Se la dí y la besó con amor.

—Ahora, señora, todo ha acabade entre nosotros. Mi deber está cumplido, mi deber que es perdonar, pagando las ofensas con beneficios.

Yo me sentía muy conmovida y no pude decirle nada.

—Ni un momento he dudado de su nobleza é hidalguía—indiqué con

acento de pura verdad.—Á veces tropezamos en la vida con el bien y pasamos sin verlo. Señor conde, mi gratitud será eterna.

—No quiero gratitud—díjome con mucha tristeza.—Es un sentimiento que no me gusta recibido, sino dado. Deseo tan sólo un recuerdo bueno y constante.

—¡Y una amistad entrañable, una estimación profunda!—exclamé derramando lágrimas.

—Todo está hecho.

—¿Conforme á mi deseo...? ¡Bendito sea el momento en que nos conocimos!

—Señora, su prisionero de usted está sano y salvo á bordo de la corbeta *Tisbe* que parte esta tarde para Gibraltar.



—¿Y cómo?...

—Por sus antecedentes debía ser condenado á muerte. Otros menos criminales subirán al cadalso, si no se escapan á tiempo. Yo le saqué anoche furtivamente de los Dominicos y le embarqué esta mañana. Ya no corre peligro alguno. Está bajo la salvaguardia del noble pabellón inglés.

—¡Oh, gracias, gracias!

—Además del servicio que á usted presto, creo cumplir un deber de conciencia arrancando una víctima á los feroces Ministros del Rey de España.

—¿Pues qué—pregunté con asombro,—Su Majestad no ha ofrecido en su Manifiesto de Cádiz perdonar á todo el mundo?

—¡Palabras de Rey prisionero! Las palabras del déspota libre son las que rigen ahora. Su Majestad ha promulgado otro decreto que es la negra bandera de las proscripciones, un programa de sangre y exterminio. Innumerables personas han sido condenadas á muerte.

—Esto es una infamia... pero en fin, ¿él está en salvo?...

—En salvo.

—Y sabe que me lo debe á mí... sabe que yo... ¡Oh! Señor conde, no extrañe usted mi egoísmo. Estoy loca de alegría, y puedo repetir con toda mi alma: "Ahora sí que no se me puede escapar.,"

—Sabe que á usted lo debe todo, y espera abrazarla pronto.

—¿Cómo?

—Muy facilmente—repuso,—comprendiendo que usted desea ir en su compañía, he pedido otro pasaporte para Doña Genara de Baraona.

—De modo que yo...

—Puede embarcarse usted esta tarde antes de las cuatro á bordo de la *Tisbe*.

—¿Es verdad lo que oigo?

—Aquí está la orden firmada por el almirante inglés. Me la ha dado juntamente con las que ponen en salvo á los ex-regentes Ciscar y Valdés, impiamente condenados á muerte por el Rey.

—¡Oh... soy feliz, y todo lo debo á usted!... ¡Qué admirable conducta!

Sin poderme contener, caí de rodillas, y con mis lágrimas bañé las generosas manos de aquel hombre.

—Así castigo yo—me dijo, levantándome.—Prepárese usted. A las tres y media vengo á buscarla para conducirla á bordo del bote francés que me han facilitado dos guardias marinas, parientes míos.

El conde se retiró, recomendándome otra vez que estuviera pronta á las tres y media. Era la una.

Ocupéme con febril presteza de preparar mi viaje. Estaba resuelta á abandonar todo lo que no nos fuera facil llevar. Mariana y yo trabajamos como locas, sin darnos un segundo de reposo.

La felicidad se desbordaba en mi alma. Me reía sola... Pero ¡ay! una idea triste conturbó de súbito mi mente. Acordéme de la pobre huérfana.

viajera, y esto produjo en mi espíritu una detención dolorosa en su raudo y atrevido vuelo... Pero al mismo tiempo sentía que los rencores huían de mi corazón, siendo reemplazados por sentimientos dulces y expansivos, los únicos dignos de la privilegiada alma de la mujer.

—Perdono á todo el mundo—dije para mí—Reconozco que hice mal en engañar á aquella pobre muchacha... Todavía le estará buscando... Pero yo también le he buscado, yo también he padecido horribilmente... ¡Oh! ¡Dios mío! Al fin me das respiro, al fin me das la felicidad que tanto he buscado y que no pude obtener á causa sin duda de mis atroces faltas... La felicidad hace buenos á los malos, y yo seré buena, siempre seré buena... Esta tarde, cuando le vea, le pediré perdón por lo que hice con su hermana... ¡Oh! ahora me acuerdo de la marquesa de Falfán, y torno á ponerme furiosa... No, eso sí que no puede perdonarse, no... Tendrá que darme cuenta de su vil conducta... Pero al fin le perdonaré. ¡Es tan dulce perdonar!... Bendito sea Dios que nos hace felices para que seamos buenos.

Esto y otras cosas seguía pensando, sin cesar de trabajar en el arreglo de mi equipaje. Miraba á todas horas el reloj, que era también de *cucú*, como el de aquella horrible noche de Sevilla; pero el pájaro de Puerto Real me era simpático y sus saluditos y su canto regocijaban mi espíritu.

Dieron las tres. Una mano brutal golpeó mi puerta. No había dado yo la orden de pasar adelante, cuando se presentaron cuatro hombres, dos paisanos y dos militares. Uno de los paisanos llevaba bastón de policía. Avanzó hacia mí. ¡Visión horrible!... Yo había visto á aquel hombre en alguna parte. ¿Dónde? En Benabarre.

Aquel hombre me dijo groseramente:

—Señora Doña Genara de Baraona, dése usted presa.

En el primer instante no contesté, porque la estupefacción me lo impedía. Después, rugiendo, más bien que hablando, exclamé:

—¡Yo presa, yo!... ¿De orden de quién?

—De orden del Excmo. Sr. D. Víctor Saez, Ministro universal de Su Majestad.

—¡Vil! ¡Tan vil tú como Saez!—grité.

Yo no era mujer, era una pantera.

Al ver que se me acercaron dos soldados y asieron mis brazos con sus manos de hierro, corrí por la estancia. No buscaba mi salvación en cobarde fuga; buscaba un cuchillo, un hacha, un arma cualquiera... Comprendía el asesinato. Mi furor no tenía comparación con ningún

furor de hombre. Era furor de mujer. No encontré ninguna arma. ¡Dios vengador! Si la encontrara, aunque fuera un tenedor, creo que habría matado á los cuatro. Un candelabro vino á mis manos, tomélo, y al instante la cabeza de uno de ellos se rajó... ¡Sangre! ¡Yo quiero sangre!

Pero me atenazaron con sus salvajes brazos... ¡Presa, presa!... Todos mis afanes, todos mis sentimientos, todos mis deseos se condensaban en uno solo: tener delante á D. Víctor Saez para lanzarme sobre él, y con mis dedos teñidos de sangre, sacarle los ojos.

No pudiendo hundir mis dedos en ajenos ojos, los volví contra los míos... clavélos en mi cabeza, intentando agujerearme el cráneo y sacarme los sesos. Mi aliento era fuego puro.

Lleváronme... ¿qué sé yo á dónde? Por el camino... ¡oh Satán mío! ¡oh demonio, injustamente arrojado del Paraíso!... sentí el disparo de la corbeta inglesa al darse á la vela.



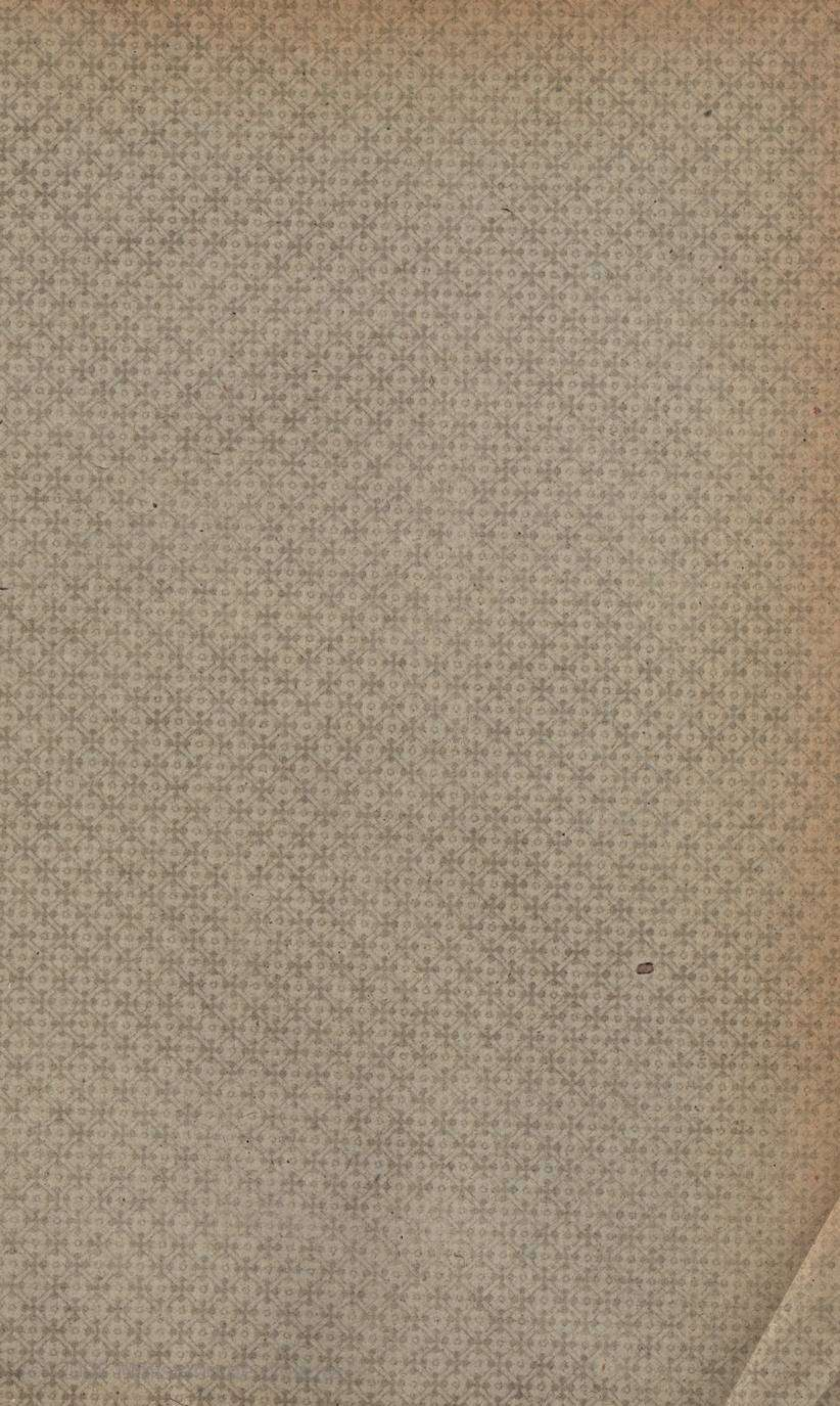
FIN DE LOS CIEN MIL HIJOS DE SAN LUIS.

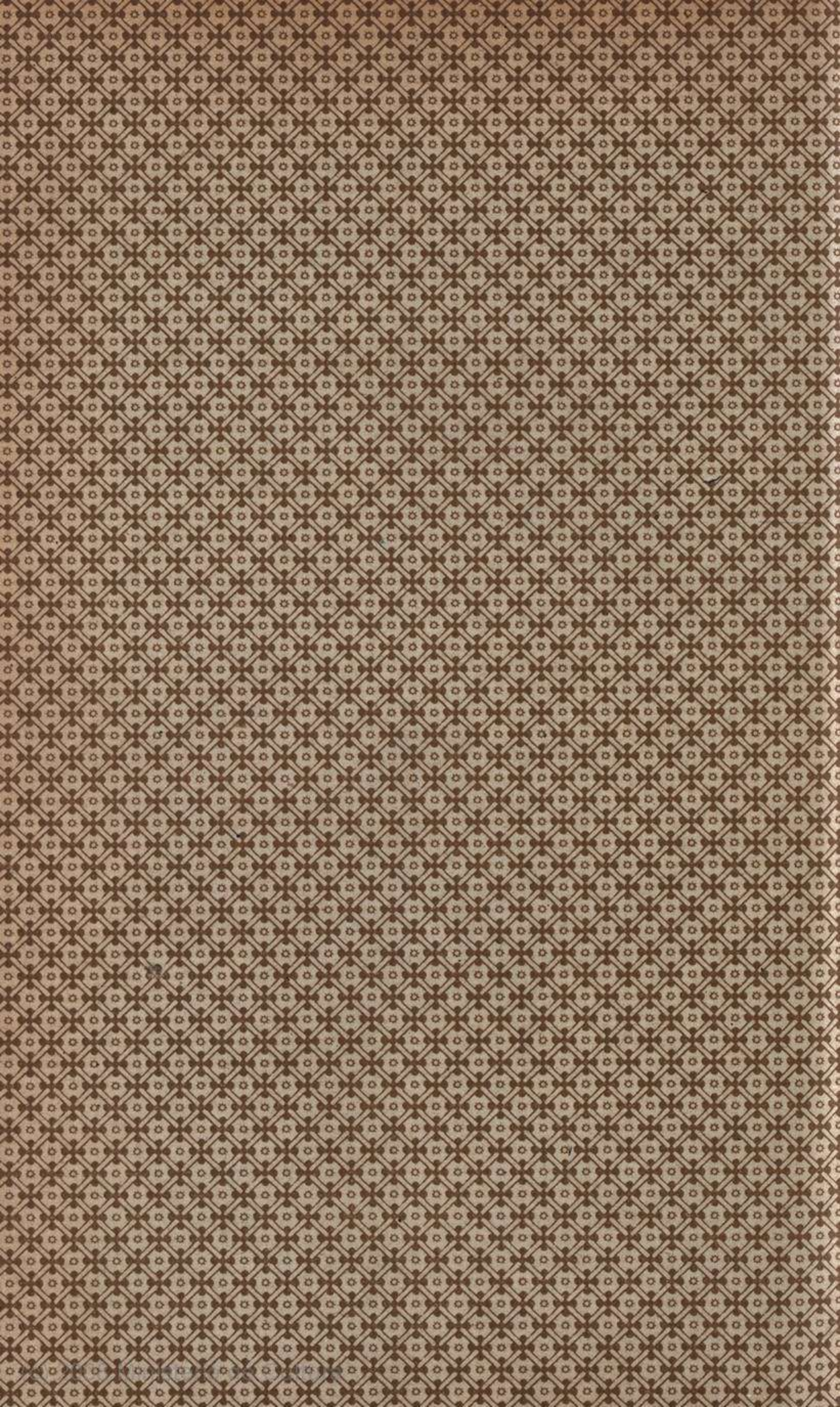
Madrid, Febrero de 1877.

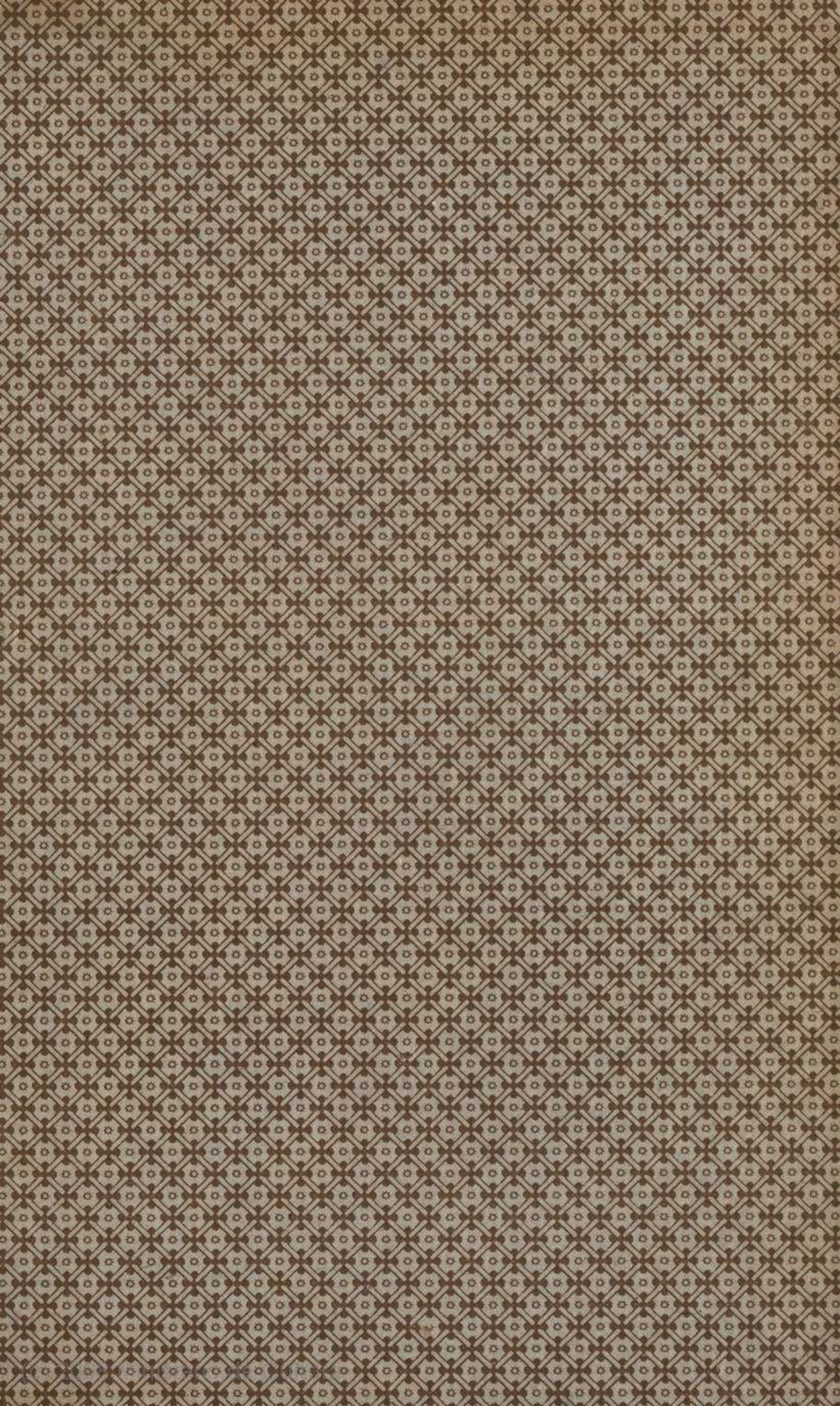












R.  
E.  
N.

B. PEREZ GALDÓS

—  
EPISODIOS  
NACIONALES

VIII

III

44 - 2

5